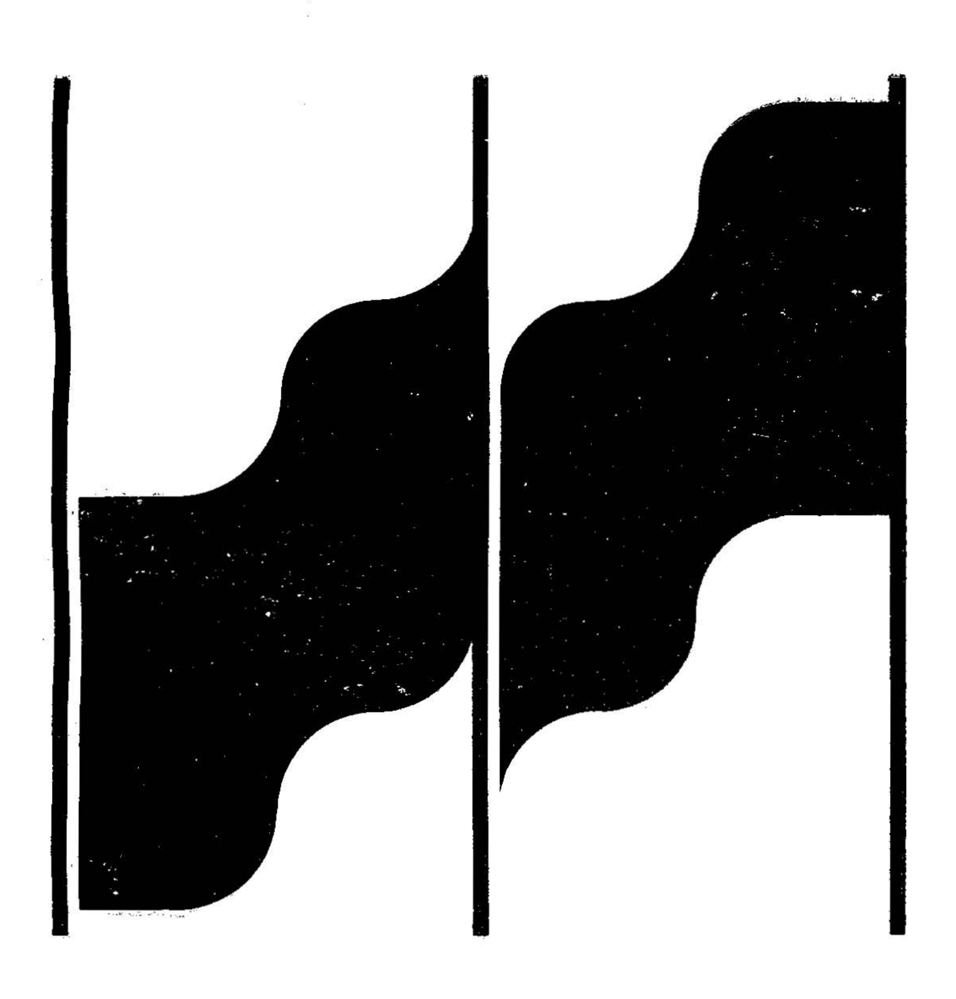
Socialismo y movimiento social

Sombart



WERNER SOMBART

SOCIALISMO
y
MOVIMIENTO SOCIAL



Distribuidora Baires S.R.L.
Colección Papeles Políticos
1974

Esta tirada consta de 1.500 ejemplares.

PAPELES POLITICOS
CASILLA DE CORREO 4967
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Buenos Aires — Argentina

INTRODUCCION

¿Qué entendemos por socialismo y movimiento social?

Socialismo —en el sentido en que hasta ahora se ha empleado esta palabra— puede definirse como un precipitado mental del movimiento social moderno. Pero este movimiento representa la suma de todos los esfuerzos que el proletariado, o sea una de las clases sociales de nuestro tiempo, realiza para lograr su emancipación. Y para que nos formemos cabal idea del sentido de estas palabras, será preciso que empecemos por inquirir algunas nociones exactas de lo que es la esencia de una clase social en general, y particularmente de la que aquí nos interesa, o sea el proletariado.

Entiendo por clase social un grupo que, con arreglo a sus ideas, representa un sistema económico determinado, es decir, un régimen económico al que sirve de base uno o más principios económicos. Pero un régimen económico viene a ser la totalidad de normas jurídicas y morales que regulan objetivamente la producción y distribución de los valores. Y por el contrario, son principios económicos el conjunto de motivos que determinan preferentemente la conducta de los sujetos económicos. Estas definiciones se harán más comprensibles cuando las apliquemos a las condiciones concretas en que se desarrolla la realidad.

Las modernas clases sociales, así como el concepto que de ellas se tiene, han nacido en el solar francés. Los episodios de la gran Revolución, y más aún los sucesos que se desarrollaron durante la restauración y la revolución de julio, fueron ejemplos luminosos que revelaron a los historiadores los elementos que integraban la sociedad moderna. En las obras de Guizot, Mignet y Luis Blanc, ya encontramos cuanto hoy se pueda repetir acerca

de la evolución y esencia de las clases sociales. El concepto que acerca de esto tenían ha constituido el modelo en que después se han inspirado los tratadistas extranjeros, y si se exceptúa la terminología, nosotros, los alemanes, no hacemos hoy otra cosa que seguir las huellas de los grandes historiadores franceses y de sus vulgarizadores germánicos, de los cuales Lorenzo von Stein y Carlos Marx fueron los más impregnados de esas influencias. Con arreglo a las teorías de estos autores, dividiremos la sociedad moderna en cuatro clases sociales:

1ª La aristocracia feudal, o sea los hidalgos. Son los representantes de un régimen económico feudal o patriarcal, basado en la propiedad de la tierra.

2ª La clase media o pequeña burguesía, que, en mi concepto, la constituyen los artesanos, tomada esta palabra en su acepción más amplia. Representa una organización económica, cuya tradición la constituye el trabajo profesional.

3ª La burguesía, representante del sistema económico-capitalista.

4ª El proletariado, el polo opuesto, la antítesis de la burguesía.

De estas dos clases últimas, especialmente el proletariado, hemos de ocuparnos repetidas veces, y conviene, por tanto, que procuremos fijar con más exactitud el concepto de su naturaleza y de sus atributos.

Pero antes, para aclarar este concepto, debemos determinar en líneas generales las afinidades y diferencias que tiene esta clase social respecto a otros grupos sociales con los cuales se le suele confundir. Esta clase social se halla lindando con los profesionales y los propietarios, pero en modo alguno se les asimila. Un zapatero puede pertenecer a la clase media (como artesano) y también al proletariado (como obrero asalariado), y hasta puede ser un burgués (como fabricante de calzado). Igual grado de riqueza pueden disfrutar un hidalgo y un banquero, y en el mismo extremo de pobreza pueden hallarse un artesano y un proletario, y esto no impedirá que pertenezcan a clases sociales diferentes. Tampoco la igualdad de profesión o de riqueza puede servir de base para la clasificación de los individuos en una categoría social determinada, porque un mediantín cerrajero puede disfrutar de tanta holgura como un montador que trabaje a jornal en una fábrica, y que no dejará de ser un proletario.

Pero lo que principalmente se opone a la clara inteligencia de lo que sea una clase social, es su confusión con los partidos políticos. Partido y clase son cosas completamente distintas. El partido político debe su organización a una circunstancia fortuita. Es el resultado de una idea progresiva que logró abrirse camino en un determinado momento histórico; pero suele ocurrir que, pasado ese momento, siga subsistiendo el partido político que lo encarnó, sin que tenga ya otra razón de ser que su pasado. La idea fundamental que sirve de base a la formación de los partidos puede tener carácter nacional, religioso o jurídico, y puede revestirse también de un matiz humanitario o económico. Y sin negar que exista cierta íntima relación entre clase social y partido político, se puede afirmar resueltamente que la formación de los partidos se opera muchas veces con abstracción completa de la clase social a que pertenecen sus individuos.

Cabe en lo posible, y así suele ocurrir en efecto, que clases sociales distintas, la burguesía y el proletariado, por ejemplo, sustenten los mismos principios políticos (verbigracia: la necesidad de libertades públicas) y hasta determinadas concepciones religiosas, como la ortodoxia, en que comulgan la aristocracia y la clase media, y en ocasiones también la burguesía. Suele darse, además, y no pocas veces, el caso de que un mismo partido político se halle integrado por representantes de clases sociales diferente. Baste recordar lo que ocurría en Alemania en 1870 con el centro y los liberales nacionales, y lo que ocurre en Inglaterra y los Estados Unidos con los dos grandes partidos que se disputan el Poder. Y suele ocurrir también, por último, que la misma clase social se halle representada por partidos políticos diversos. En Alemania lo está la clase media reaccionaria por el centro y los conservadores, mientras el proletariado tiene repartida su representación entre el mismo centro y la socialdemocracia.

En el transcurso de este libro trataremos de analizar lo que significa para el movimiento social la distinta relación que guardan entre sí en los diferentes países esos heterogéneos conglomerados que se llaman partido político y clase social.

Además de esto, nos proponemos reflejar en esta obra el *movimiento social* que llena la época presente y que encarna la suma de esfuerzos que, por llegar a su emancipación, realiza esa clase social que llamamos proletariado y que ya hemos dicho es el polo opuesto a la burguesía, representante del sistema económico-capitalista. Ambas clases sociales sólo serán comprendidas en su esencia cuando examinemos las peculiaridades de este sistema económico que en la actualidad predomina. Este examen habrá de limitarse, naturalmente, a unas cuantas particularidades principales que nos harán conocer el capitalismo o el sistema económico-capitalista, como nosotros le llamamos.

El capitalismo se funda en la posesión privada de valores de toda índole, incluyendo entre ellos los medios de producción, como materias primas, herramientas, fábricas, locales, etc. El proceso de su evolución histórica ha conducido a la producción de mercancías *al por mayor,* como se hace hoy, reuniendo bajo una dirección única, y en una obra común, múltiples energías individuales. Esta forma de producción exige la concentración de mil hombres, por ejemplo, para la explotación de una mina o de una fábrica de maquinaria, y cien para la fabricación de tejidos, en un gran local. Pero este mismo proceso exclusivo hace que todos los trabajadores reunidos para laborar en común no tengan las mismas relaciones jurídicas con los medios de producción que emplean. Los unos son los propietarios de estos medios, y esta propiedad de los medios de producción les confiere el derecho de dirigir los trabajos y de disponer del fruto de los mismos. Los otros, es decir, la gran masa, privada de recursos, carece de toda propiedad sobre los medios de producción, y esto la obliga a buscarse el sustento ofreciendo a los propietarios de esos medios, a cambio de una retribución, la fuerza de sus brazos, esto es, lo que constituye su única propiedad.

De aquí se deriva el contrato de salario, mediante el cual el obrero desposeído se compromete con el propietario de los medios de producción (y por ende director de esta última) a realizar un trabajo determinado a cambio de un determinado salario. Teniendo ahora en cuenta que toda producción de mercancías estriba en la unión del trabajo del hombre con los factores de la producción se hallan representados por grupos separados que necesitan reunirse para que resulte una obra útil (lo contrario de la organización artesana, en que el trabajador es, al mismo tiempo, propietario de los medios de producción), y además porque la unión antes dicha se realiza por el libre acuerdo, por el libre contrato del "trabajo", circunstancia que la distingue aún, por ejemplo, de la forma de producción basada en la esclavitud, en la cual también se observa la diferencia entre dos grupos sociales distintos.

Pero los principios económicos que rigen esta organización económica y que imprimen su sello peculiar a la vida social moderna, son el afán de lucro y el nacionalismo económico. Toda la actividad económica tiende, en último término —precindiendo de la intención personal del sujeto económico aislado, que la mayor parte de las veces no se halla incluido por su gusto en el engranaje social—, a aumentar o a valorar, como dicen los economistas, el capital que se aplica a la producción. Para este capital se realiza día y noche esa caza febril, continua, del *beneficio,* indispensable. Y ésta es la causa de que toda la actividad mental del sujeto económico —el capitalista, el propietario de los medios de producción— o de sus agentes retribuidos se ejercite en dar a la producción una forma racional lo más *adecuada* posible a las condiciones en que el proceso económico y técnico se desarrolla.

Ahora bien; la clase social que representa los intereses de este sistema económico-capitalista es la burguesía. Esta se compone, en primer término, de los sujetos económicos directores, los iniciadores de empresas capitalistas, los patronos, a los cuales viene a agregarse en nuestras sociedades modernas un gran número de personas interesadas en su prosperidad. En la burguesía incluyo también los siguientes elementos: 1º, todas aquellas personas que tienen o podrían tener una posición económica independiente y que reconocen el principio de la explotación, del nacionalismo económico y de un régimen legal de libre economía a aquél acomodado. Entran también en este grupo un pequeño número de personas que, al parecer, son artesanos, muchos tenderos, propietarios de casas, hoteleros, agentes y zurupetos de bolsa, etc., y entre los agricultores, los "modernos" colonos; 2º, todas las entidades económicas dependiente, pero que al

mismo tiempo actúan como colaboradores o representantes de empresas capitales, y la mayor parte de las veces tienen también un interés directo en su éxito económico. En esta categoría puede incluirse a los directores, procuradores y jefes que llevan un tanto por ciento en los grandes negocios, y a otras personalidades afines. El número de estos elementos pertenecientes a la *burguesía,* en el más amplio sentido de la palabra, calculo que será en Alemania de 2 ¼ a 2 ½ millones de individuos, que vienen a presentar el 3 ó el 5 por ciento de la población total.

Como polo opuesto a esta categoría social (ya que sin él no se la concibe), he designado antes al proletariado, es decir, la clase social que ha de constituir el objeto preferente de este estudio. Si aspiramos a penetrar en la esencia del proletariado, preciso será que desechemos la imagen de chusma mal vestida que suele despertar esta palabra en quien no ha leído a Carlos Marx. La palabra proletariado se emplea hoy —con independencia de su significación primitiva— en un sentido técnico para designar las clases sociales que se hallan al servicio y cobran un salario de las empresas capitalistas y también el objeto del sistema económico-capitalista y de sus elementos afines. La palabra proletariado empezó a usarse en este sentido en la literatura francesa, y de allí la tomó Lorenzo von Stein (1842), que la introdujo en la ciencia alemana. Ahora bien; ¿quiénes son estos modernos proletarios? ¿qué signos les caracterizan? ¿en qué sentido dirigen esas aspiraciones de emancipación, a las cuales llamamos nosotros movimiento social?

El núcleo de esta clase social lo forma el conjunto de todos los trabajadores asalariados libres, es decir, todas aquellas personas ocupadas en empresa capitalistas cuyos intereses respecto a éstas no son los mismos de las entidades designadas antes como *aburguesadas.*

El número de estas personas es en Alemania, según mis cálculos, de diecisiete millones, cifra que representa el tercio, a lo sumo, de la población total del Imperio. Cuando en el año 1847 decía Marx: "El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría, es el interés de la mayoría inmensa", incurría indudablemente en una *inmensa hipérbole,* aun habida cuenta de aquel tiempo y aplicando su

frase a los países de Europa occidental, si se toma la palabra proletariado en su estricta acepción, como el mismo Marx lo hacía. Para justificar la hipérbole marxista hay que incluir entre los proletarios *verdaderos* la enorme legión de los desposeídos del pueblo bajo, como suele decirse, sin olvidar aquellas entidades que, en mi concepto, son de carácter proletario, y que se encuentran en las filas de los agricultores e industriales *independientes* y entre las capas más inferiores de la burocracia, por ejemplo, en las administraciones de Correos y Ferrocarriles. Si se amplían de este modo los linderos de esa clase social, podrá sumarse a ella todo el *pueblo bajo,* la llamada *clase obrera,* que es en Alemania de unos treinta y cinco millones de individuos, cifra superior a dos tercios de la población total. Y entonces, si no la *inmensa* mayoría, sí tendremos la gran mayoría de la población, casi todo el censo de la población alemana en el siglo XIX. Y cuenta que en los demás países en que impera la producción capitalista se observa la misma proporción.

Sobre la esencia íntima del proletariado, sólo haré aquí algunas indicaciones que nos permitan inferir qué dependencia existe entre la situación característica de esta clase social y el movimiento que la misma fomenta. En mi obra *Das Proletariat,* publicada en 1906, he tratado ya este tema, y en esa obra encontrará el lector un complemento de lo que aquí pienso decir.

He dicho ya, y repito ahora, que si queremos formarnos una idea justa del proletario moderno debemos desechar el concepto de chusma mal vestida que en algún tiempo ha sido inherente a esa palabra.

El aspecto exterior no es siempre un indicio seguro para juzgar de las personas. La miseria absoluta no es específica del proletariado, aunque éste cuente, naturalmente, entre sus filas compactas legiones de hambrientos. Pero pocos serán los proletarios que arrastren vida tan penosa como el labrador ruso, el coolí chino o el colono irlandés, que, sin embargo, no pertenecen al proletariado. En la misma Europa muchos obreros tienen más ingresos que un profesor de la Universidad, y lo que gana por término medio un proletario en América no dista mucho del sueldo que percibe un *extraordinario* prusiano.

Cuando vemos agitarse al proletariado para elevarse por encima de su plano social y le vemos obrar a impulsos del odio y de la envidia y poseído por ansias de dominación, tenemos que reconocer que la miseria absoluta no es el origen de estas agitaciones.

Su causa primera es el contraste que observa el obrero entre su situación, generalmente precaria, y la riqueza en que nadan muchos burgueses, y que, en su sentir, es el fruto de sus sudores, pues al servicio de estos burgueses consume su energía. Y este contraste se le hace más palpable cada día, no sólo porque suele ver esas riquezas dilapidadas de un modo insensato, sino también, y sobre todo, porque ve cómo se van aumentando día por día y cómo van encumbrándose sus sueños. Este estado de alma describiólo bien Federico Alberto Lange cuando dijo: "El sentimiento de la envidia no desaparece nunca por completo del corazón del pobre que vive en contacto con un rico, si bien se le puede atenuar manteniendo entre ambos relaciones uniformes y constantes. Cuando estas relaciones se alteran y cuando las diferencias que separan a entrambos se hacen más perceptibles, el sentimiento de la envidia, que estaba adormecido, vuelve a despertarse más intenso." En nuestros días, a la inestabilidad de estas relaciones, que podríamos llamar objetiva, se agrega la inestabilidad subjetiva, esto es, la incertidumbre del sustento; el no saber si podrá ganar el pan al día siguiente, ya que una depresión que se opere en la vida económica puede traer por consecuencia el despido, y con ello el hambre de considerables masas obreras.

Esta inestabilidad de su posición no pasa inadvertida al proletario. La creciente cultura que por su residencia en grandes poblaciones va adquiriendo, le capacita para analizar las causas que la determinan y reflexionar sobre esas otras que mantienen tan marcado contraste entre su posición y la del rico, y en todo ello presiente él un problema a cuyo esclarecimiento tienden con justos títulos los movimientos oposicionistas que realiza en nuestros días la clase obrera. Este problema es el de que todas aquellas peculiaridades de su existencia no tienen su fundamento en condiciones naturales y permanentes, sino en particularidades de la organización social, en la esencia del sistema económico predominante. "Contra la Naturaleza nadie puede sustentar un derecho; pero en el estado de sociedad toda deficiencia representa una injusticia infligida a una u otra clase social". (Hegel). Esas palabras preparan ya el terreno para que pueda desarrollarse un movimiento social, y señalan un punto de ataque: la actual organización social.

Pero a medida que se afina y aguza la crítica social, y se van haciendo cada vez más vivos el descontento y el deseo de mejoras, se va también haciendo cada vez más intolerable para el proletario otra circunstancia, que asimismo determina esencialmente su posición social: la de su dependencia respecto a los que le proporcionan el sustento. Esta dependencia no tiene ya un carácter jurídico, cual en los tiempos de la esclavitud, pero no por ello es menos absoluta. Se manifiesta en la tutela que el patrono le impone —so pena de hambre— y en la sumisión incondicional con que ha de acatar sus órdenes dentro de la fábrica, llegando a revestir formas medioevales cuando el dueño de la fábrica, sintiéndose *patriarca* con *su gente,* trata de entrometerse en la dirección de su vida privada, y hasta invade la esfera propia del derecho político, al servirse de su fuerza para limitar la participación del proletariado en la vida pública, en el terreno de la legislación o en el campo administrativo.

He aquí someramente expuestos los motivos en que el proletariado se inspira al hacer objeto de su crítica la organización social existente; pero aun necesitaremos examinar otras condiciones de la vida del proletariado moderno para ilustrar la idea directora que encontramos en el fondo de cuantos esfuerzos realiza para lograr su emancipación, y que por una parte podemos interpretar como tendencia a un régimen de vida comunista y por otra como puro amor a las masas.

El amor y el respeto a las masas humanas es inmediata consecuencia de la comunidad en que vive cada obrero con millares de compañeros suyos, a los que le une el vínculo del común trabajo que ejecutan al servicio del patrono. Y está identificado con dichos compañeros como lo están entre sí dos granos de arena, y busca su compañía fuera de la fábrica, en las asambleas populares. El capitalismo amontona en las grandes ciudades y en los centros manufactureros una masa inarticulada de con-

ciencias individuales que han roto por completo con el pasado y con todos esos motivos de solidaridad que representan la patria, el pueblo natal y el parentesco, pues aspiran a crearse una nueva vida sobre la quiebra de sus antiguos ideales. Un caso no más une a esos seres: la identidad de su destino. Compañeros unos de otros, vienen a formar una masa que no se distingue por las condiciones individuales de los que la integran ni por la tradición común a todos ellos, sino simplemente por la cantidad, por la cifra numérica que representan. Jamás en la Historia han comulgado tantos hombres en un movimiento común, jamás ha sido tan palpable y decisiva la acción de las masas en movimiento alguno como lo es hoy en el movimiento proletario. Por doquiera se oye hablar del "sordo avance del ejército proletario" con que Lassalle pretendió intimidar a sus adversarios. Y al representarnos el movimiento social de nuestros días, siempre nos lo figuramos como una inmensa oleada humana, en la cual apenas se destaca un individuo, pero que anega el mundo entero, extendiéndose a cuanto alcanza la vista, hasta los más remotos horizontes.

Traducido al lenguaje psicológico, lo que acabamos de decir significa que el sentimiento del poder se ha afianzado extraordinariamente en la conciencia de las masas, y que una ética fundada en el número tiende a sustituir cada vez más a la ética de clases que antaño imperaba. Su filiación de clase social significa para el proletario moderno lo mismo que en otro tiempo significaba para algunos el pertenecer a la nobleza, a tal familia, a tal ciudad o a tal Estado, y parodiando la histórica frase, le oíamos proclamar con orgullo: *Proletarius sum!* Paralelo a esta apreciación meramente cuantitativa de la masa, marcha el progreso de la técnica moderna, que en otros campos de la observación obra en el mismo sentido. Sólo quien haya estudiado de cerca el movimiento proletario podrá explicarse bien ciertos caracteres importantes del mismo, y sobre todo su tendencia al régimen de vida comunista.

Lo que se ha dado en llamar "socialización" del proceso productivo, es decir, la creciente diferenciación e integración de las distintas industrias, su reunión, por una parte, en un todo indisoluble, y por otra, la especialización y cooperación en el

trabajo, que cada día caracteriza más a la gran industria moderna, traen como consecuencia el que un producto aislado no pueda considerarse ya como la labor individual del obrero, sino como la obra colectiva de un trabajador colectivo. En otro tiempo el zapatero que hacía un par de botas sentíase creador exclusivo de su obra; pero en una fábrica de calzado montada a la moderna, un obrero, a quien sólo incumbe realizar una parte de la tarea total, no tiene ya el sentimiento de esa relación personal con el producto a cuya elaboración contribuye. El proceso de producción es hoy un proceso colectivo. El concepto de una organización colectiva de la producción total ha penetrado ya en la mente de los obreros acostumbrados a labores parciales. Pero aun hay otro factor, la influencia del medio, esa influencia que contribuye a arraigar cada vez más en el cerebro de los obreros de nuestras grandes capitales la idea de una organización comunista.

El hogar doméstico, en el que antaño se agrupaban los seres movidos por inclinaciones individuales, va perdiendo cada vez más su encanto para los pobres en las grandes barriadas modernas. El obrero se siente más a gusto en los locales públicos, en que puede satisfacer de modo más completo sus necesidades, así espirituales como materiales. Cantinas, salones de lectura y de conciertos, cervecerías, constituyen hoy un nuevo hogar para las masas obreras de las grandes ciudades. Las atracciones colectivas de los establecimientos públicos, los jardines y plazas públicos, los museos, con sus perfeccionamientos constantes, van ganando importancia para el obrero a medida que pierde el gusto por la vida individual o de familia. La familia misma se disuelve por efecto de las jornadas excesivamente largas y, aun de las veladas, que retienen al obrero fuera de su hogar. Y también por efecto del trabajo femenino y de la tierna edad en que hoy se aplican los niños a un oficio. De todo ello resulta que el obrero, aun sin poner nada de su parte, se ve obligado a trasladar el centro de sus intereses, llevándolo de la esfera de la vida individual a aquella otra de la vida en común.

Para comprender en toda su extensión el movimiento social moderno, debemos todavía examinar las circunstancias generales del tiempo en que se desarrolla. Y a este objeto bastará que ha-

gamos dos observaciones principales. Lo que caracteriza nuestra época es antes que nada una actividad de que no se halla ejemplo en ningún tiempo pasado. Una corriente de vida como nunca la hubo anima a la sociedad moderna. Gracias a esta actividad ha podido llegarse a un rapidez de comunicaciones como nunca pudo concebirse. Todo esto ha sido obra de los nuevos medios de comunicación creados por el capitalismo. La posibilidad que hoy se disfruta de informarse en pocas horas de cuanto ocurre en un país por medio del teléfono, el telégrafo y la prensa, la posibilidad también de trasladar grandes masas de un punto a otro con los modernos medios de transporte, ha creado un estado de solidaridad entre los pueblos, un sentido de la actualidad como nunca los hubo en épocas pasadas. Y todo ello ha aumentado la facilidad de realizar grandes movimientos colectivos. Y al mismo tiempo ha contribuido a desarrollar en las masas lo que llamamos cultura, los conocimientos y las exigencias que traen consigo.

Pero a esta actividad se halla íntimamente ligada lo que podemos llamar nerviosidad de nuestro tiempo, la inestabilidad, la precipitación, la inseguridad de la vida en todos sus aspectos. La peculiaridad de la organización económica ha introucido en todas partes, no sólo en el terreno económico, sino también en el de la vida social, esa característica de inquietud y desasosiego. Esta época de competencia libre se caracteriza por eso; cada uno empuja al otro y nadie está contento con su suerte. La dulce calma, propicia a la contemplación, no existe en nuestro tiempo.

Es más. Por el concepto de un verdadero revolucionarismo cabría explicarse el hecho de que ningún otro tiempo haya conocido una subversión tan completa de todas las formas de la vida como la que en el nuestro se opera. Todo se halla en un flujo y reflujo continuo: industria, ciencia, arte, moral y religión, y está de tal modo, que a veces se llega a pensar si no habrá nada estable. Y esta es una de las razones que con más claridad ilustran las modernas corrientes sociales, esa demoledora crítica de lo existente, que tiende a desprestigiarlo todo, que desecha como vieja herrumbre toda creencia antigua, para edificar otras nuevas. Esta concepción crítica la había aplicado ya la burguesía a la política, la moral, la religión y el arte, pero el proletariado

le ha superado en espíritu crítico, aplicándola a la esfera económica y a las instituciones sociales.

Pero tal concepción revolucionaria engendra también una creencia fanática basada en la posibilidad de conseguir un deseado estado futuro. Cuando se ha operado un cambio tan hondo, cuando ante nuestros ojos se realizan maravillas que nadie hubiera osado concebir, ¿por qué no han de producirse otras? ¿por qué no se ha de obtener cuanto se desea? Así, la oposición revolucionaria se convierte en terreno abonado para la utopía social del porvenir. Edison y Siemens son los padres espirituales de Bellamy y Bebel.

Y henos ya con esto en posesión de los elementos que integran el socialismo y el movimiento social de nuestros días. Hemos establecido un punto de partida: el sistema económico-capitalista, con su división entre burguesía y proletariado, entre sujeto y objeto del proceso económico, y en cuyo fondo laten gérmenes de descontento, deseos de innovación, asomos del despertar de una voluntad colectiva, en una palabra, de emancipación. Hemos estudiado al representante de esta voluntad colectiva, al proletariado, es decir, el objeto del actual sistema económico, y hemos tratado de inferir de sus condiciones vitales, no sólo su protesta contra lo existente, sino también la dirección en que ese movimiento de protesta se agita: el ideal de un régimen social y económico de organización comunista que defienda en todo lo posible los intereses peculiares de la gran masa. El proletariado es en este sentido el representante de un futuro régimen económico, puramente ideal, que nosotros, para abreviar, llamaremos *socialista,* y adquiere el carácter de clase social independiente que le reconozco.

"Socialismo y movimiento social" no son otra cosa que la realización de este régimen social futuro acomodado a los intereses del proletariado, o la suma de los esfuerzos que hace por implantarlo.

El socialismo persigue este fin en el mundo de las ideas; el movimiento social en la esfera de las realidades.

La suma de todos los esfuerzos teóricos encaminados a indicar al proletariado militante el término de sus aspiraciones y a

excitarle a la lucha, organizarla y mostrarle el camino para lograr el triunfo de sus reivindicaciones, constituye lo que entendemos por socialismo moderno, mientras que todas las tentativas de carácter *práctico* dirigidas a dar efectividad a las ideas en que se condensan las aspiraciones proletarias, es lo que entendemos por *movimiento social moderno.* Socialismo y movimiento social son, pues, únicamente distintos aspectos de un mismo fenómeno, y entre uno y otro existe la misma relación que entre pensamiento y acción y entre espíritu y cuerpo.

En las páginas de esta obra hemos de perseguir desde sus principios el desarrollo de ese doble carácter y descubrir al mismo tiempo las leyes que regulan su desarrollo. Y esto serenamente, sin dejarnos impresionar por nada de cuanto se ofrezca a nuestra observación, como el botánico examina una planta, como el médico observa un proceso morboso a título de *caso interesante.*

La severa delimitación que hacemos de nuestro trabajo nos librará de introducir en él nada superfluo ni inútil. Y en la estricta sujeción a lo que sea importante estriba el mérito de esta edición sobre las anteriores. No todo lo que se comprende bajo el nombre de *teorías socialistas*, ni siquiera todas las que hemos visto formularse en nuestro tiempo, han de ser objeto de este examen, sino tan sólo aquellas que han logrado alcanzar una importancia positiva en el proceso de formación social. Y con igual criterio hemos de analizar las teorías de Rodbertus, de Carlos Marx, Dühring y tantos otros, sin abrazar ningún partido.

Del mismo modo hemos de prescindir de todas aquellas campañas de carácter práctico que se realizan bajo el nombre de reivindicaciones *sociales.* Se me ha reprochado mi inhibición ante muchas de estas campañas, como por ejemplo, la que los reformadores están llevando a cabo. En concepto de los que así piensan, hubiera debido conceder atención a esas campañas; pero entonces mi trabajo habría perdido el carácter de unidad que he querido darle. Tan fuera de mi propósito cae el estudio de tales campañas como el de aquellas otras que realizan los partidarios de una nutrición racional, o los enemigos del injerto, o los abolicionistas de dos, tres o cuatro matices, o los que abogan porque se reformen las viviendas; en suma, todas aquellas que no pasan

de ser la bandera de un grupo de reformadores. Nuestra atención la reservamos de modo exclusivo para las reivindicaciones cuyo único y autorizado portavoz es el proletariado. Y no para todas tampoco, sino tan sólo para aquellas que tienden a sustituir el régimen del capitalismo por una organización socialista. Los otros movimientos proletarios, encaminados a mejorar la situación de la clase trabajadora dentro del sistema económico existente, sólo los hemos de estudiar en cuanto se relacionan con aquel gran movimiento social, ya porque vengan a cruzarse en su camino, ya porque le secunden en su evolución.

Todos estos conceptos quedarán suficientemente aclarados en el transcurso de esta obra.

PARTE PRIMERA

EL SOCIALISMO

CAPITULO PRIMERO

LAS IDEAS FUNDAMENTALES DEL SOCIALISMO MODERNO

A medida que el sistema económico-capitalista, desde mediados del siglo XVIII, iba desenvolviendo las modalidades que le caracterizan, surgía una literatura que reprodujo en múltiples refracciones la revolución que se operaba en la esfera económica. La literatura predominante entonces es aquella que hemos acostumbrado a designar con el nombre de economía nacional clásica, y que en las obras de Quesnay, Adan Smith, Malthus y David Ricardo tiene su más alta expresión científica. Dicha literatura daba pruebas de un gran candor frente al capitalismo. Todos sus esfuerzos tendían a explicar la esencia íntima de aquél, pero erigiéndose al mismo tiempo en su más ardiente propagandista.

Más tarde se desarrolló otra literatura que, hostil a las doctrinas dominantes, tenía como rasgo fundamental su carácter anticapitalista, y al oponerse a las ideas que imperaban, combatía también el sistema económico ensalzado por aquéllas. Semejante táctica de combate correspondía al estado de inmadurez en que se hallaba por entonces la ciencia económica.

Esta literatura más moderna formula su protesta en un abigarrado revoltijo de explicaciones y postulados, de disertaciones sobre lo que es y sobre lo que debiera ser. Tal desorden es característico de toda literatura que comienza, como lo es la confusión de toda mentalidad no cultivada, llena de perplejidad entre lo que es y lo que debe ser. Y en efecto, en la nueva literatura

—cosa comprensible— predomina sobre todas las cosas el carácter práctico, la tendencia a implantar sobre una base científica unas nuevas aspiraciones y unos ideales distintos.

Por esta razón, si deseamos comprender en su conjunto y en sus distintos matices esta literatura, debemos elegir como criterio de diferenciación las diversas direcciones en que aparece formulado en ella el nuevo *deber*. Bajo este punto de vista, podemos distinguir desde luego dos grandes grupos, formados, respectivamente, por la literatura reformadora y la literatura revolucionaria, aplicando este último epíteto no en su acepción corriente, sino en la que al punto explicaremos. La literatura reformadora y la literatura revolucionaria se diferencian entre sí en que la primera reconoce fundamentalmente el sistema económico actual, basado en el capitalismo, y sobre esta base trata de introducir en él cambios y mejoras. Las reformas que propone son de índole secundaria y no afectan a la esencia misma del régimen económico imperante, y sobre todo la caracteriza el hecho de reconocer los principios fundamentales de la organización social y aspirar, sin embargo, a transformar los buenos sentimientos de la humanidad: fraternidad, caridad, reconciliación.

Esta campaña reformadora, que reconoce los males y daños de la vida social, pero que, sin embargo, se apoya en el sistema económico imperante y pretende dentro de él remediar esos males, combatir y atenuar esos daños, tiene distintos puntos de partida. Ya es el pensamiento cristiano el que inspira la nueva literatura, ya es un criterio ético o filantrópico el que la informa.

El pensamiento cristiano es aquel que, aplicado al mundo social, imprime a la lilteratura esa dirección que, aunque no muy propiamente, se ha convenido en llamar *socialismo cristiano*. Esta influencia se refleja en las obras de Lamennais, en Francia, y en las de Kingsley, en Inglaterra, impregnadas de bíblica unción, y que por igual predican a patronos y obreros: arrojad de vuestras almas el espíritu de Mammón; llenad vuestros corazones del espíritu evangélico, el *nuevo espíritu*, como ellos le llaman. Y en el mismo tono claman las voces de los primeros economistas nacionales *éticos*. Sismondi y Tomás Carlyle, que no se cansan de predicar el espíritu cristiano, el espíritu *social*. En concepto de estos escritores, la salvación estriba en la conversión de los hombres. La otra tendencia, que llamo filantrópica, se dirige más al sentimiento y menos al deber y a la religión, tendencia adaptada por muchos hombres y mujeres de aquel tiempo, que, henchidos de un grande y vivo amor hacia la humanidad, querían curar con él las heridas abiertas en los corazones y ahogar en este amor la miseria que veían en todas partes. "¡Amaos los unos a otros como hombres, como hermanos!", esta es la idea que predomina en sus arengas y las inspira. A todas estas tendencias —cuyas fuentes me limito a citar, y que hoy siguen aún su curso— les es común, como antes dije, la adhesión a los cimientos del orden social constituido, y por ello les he dado el nombre de reformadoras. Pero frente a ellas surge otra literatura, la literatura revolucionaria. Revolucionaria, porque combate en sus principios las *bases* del sistema económico-socialista y se propone cambiarlo y plasmarlo en nuevos moldes. Y todo esto aspira a realizarlo en dos direcciones distintas: una progresista y la otra reaccionaria.

En aquella época en que se iban precisando las oposiciones económicas, y con ellas se manifestaban los nuevos fenómenos de la literatura anticapitalista, no encontramos la más mínima representación de una literatura revolucionario-anticapitalista que bogue por una retroformación del sistema económico existente. Esa tendencia aparece a fines del siglo XIX en las obras de Adam Müller y Leopoldo von Haller, que quisieron cambiar los cimientos del moderno sistema económico-capitalista, sustituyendo el capitalismo burgués por la asfixiante organización feudal censitaria de la Edad Media. Estas corrientes no han logrado alcanzar su objeto, pero aún persisten repartidas en distintos canales, cuando no estancadas en cenagosos charcos.

Junto a esta literatura reaccionaria se eleva otra literatura revolucionaria progresiva, que es la que aquí nos interesa, la socialista. Revolucionaria, porque ataca los fundamentos del sistema económico imperante; *progresiva*, porque no aspira a reedificar un régimen social ya derruido, sino a edificar una organización de nueva planta; socialista, porque formula las reivindicaciones en provecho del proletariado.

¿Es posible —preguntará el lector— discernir rasgos comunes, algo así como un aire de familia en las aisladas manifestaciones de esta ingente literatura del socialismo moderno? En mi

concepto, puede contestarse afirmativamente, y lo raro sería que no ocurriese así, pues los elementos de que se componen todas las modernas construcciones doctrinales socialistas son en gran parte los mismos, al menos en cuanto se refiere a aquellas que, revistiendo una importancia práctica, han echado raíces en las masas, disfrutan de su confianza y constituyen normas del movimiento proletario.

Al hablar de socialismo moderno, debemos tener bien presente que en cada uno de los sistemas por él inspirados no sólo se contiene un programa económico o político-social, sino también una filosofía casi completa. Las doctrinas de los maestros socialistas hablan a las muchedumbres de todo lo que antaño les hablaban los sabios y los sacerdotes. Y sólo en esta confusión de las reivindicaciones políticas y económicas con los artículos de fe de una concepción metafísica del mundo y de la vida, profundamente arraigada en las conciencias, es donde se encuentra la clave de este fanatismo dogmático, de esa fe invencible que se suele observar en los adeptos de las teorías socialistas. Y es tan fuerte esta fe, que aun allí donde no se ha perdido todavía la creencia en el Cristo de la *revelación* (como en Inglaterra y Norteamérica), los socialistas lo subordinan a su otro ideal, interpretando a su favor las doctrinas de Cristo, que consideran como "¡el primer demócrata social!"

Ahora bien; esta filosofía, que, si no explícitamente, se halla entre líneas en todos los sistemas socialistas, lleva, en mi concepto, un sello especial. Toda ella respira un optimismo cándido y pueril, un deseo y una invocación a la *dicha*, a la alegría y a la libertad, cuyos ecos dominan los frenos que los males de la actual organización social inspiran. Y así tenía que ser tratándose de una clase social joven, apenas despierta a la vida. El lema que Weitling puso a la cabeza de su obra *Garantía de armonía y libertad*, puede considerarse como el lema de toda la literatura social moderna: "Queremos ser libres como los pájaros del cielo, y pasar como ellos a través de la vida, sin cuidados ni apuros, cantarines y alegres". Y esta canción, compendio de cuanto de dichas y placeres se forjaba en su fantasía el alma torturada de aquel pobre sastre, condensándolo en estos versos que transmitía a sus enfermizos compañeros con el piadoso fin de que aliviasen sus horas

de penoso trabajo; esto mismo, con toda su sencillez y tosquedad, con todo su primitivo desgaire, continúa arrullando hoy a la gran masa, que sigue arrastrando, como entonces, una existencia inquieta y miserable. El más sacro derecho es el derecho a vivir, a vivir dichosos, gozar de la vida. "El socialismo... se apoya sobre los derechos positivos a la vida y a todos los goces de la vida, tanto intelectuales como morales y físicos. ¡Ama la vida y quiere gozarla plenamente...!" El socialista "no dirá nunca que la vida debe ser un sacrificio ni que sea la muerte lo más dulce". Así se expresa Bakunín, así se había expresado antes Fourier, y los últimos socialistas de nuestro tiempo, Jaurés y Bebel, así se expresan en sus obras. El trabajo doctoral del gran agitador francés lleva por título *De la realidad del mundo sensible*, y es todo él un inspirado panegírico de la *sensación*, que ha sido llamado, con razón, *un himno a la dicha*, del que se desborda un radiante optimismo. Estos profetas van guiando a su pueblo a través del desierto de la vida diaria hacia los cielos soleados de la alegría y la dicha soñadas, cielo que se encuentra en la tierra, pasado el purgatorio capitalista.

Todo lo que un declamador socialista haya podido predicar a las crédulas masas se halla contenido en las famosas estrofas de Heine, que a su vez encierran la quintaesencia de toda la terapéutica socialista:

> Para vosotros, mis amigos,
> voy a entonar un canto nuevo:
> queremos ver cómo en la tierra
> triunfa el reino de los cielos.
>
> Vivir dichosos aquí abajo
> y sin apuro es nuestro anhelo;
> que el vientre ocioso no consuma
> lo que con su fatiga crea el obrero.
>
> Para los hijos de los hombres
> la tierra ofrece su granero:
> mirtos y rosas, luz y aire,
> y dulce fruto en todo tiempo.
>
> Y para todos, los dulces frutos
> que agobian a las ramas con su peso.

Todo lo contrario de las adustas exhortaciones del autor de la *Sonata a Kreutzer*. Pero estas exhortaciones y cuantas se

les parezcan, apenas si podrán nunca reunir un pequeño número de almas descorazonadas, pues la gran masa del proletariado no les prestará oídos. No se puede, ya lo he dicho, esperar otra cosa de una clase social joven que apenas acaba de abrir sus ojos a la vida.

Esta aspiración a alcanzar en la tierra el reino de los cielos, se expresa en fórmulas distintas. La más en boga hoy viene a decir poco más o menos esto mismo cuando afirma que todos los hombres deben participar de los beneficios de la cultura. Pero el sentido es siempre el mismo.

En la poesía de Heine apunta aún otra idea no menos característica del socialismo moderno:

que el vientre ocioso no consuma
lo que con su fatiga crea el obrero.

No creo que haya una sola teoría socialista en la que no se ensalce el culto al trabajo con el *entusiasmo* que en estos versos. Puede afirmarse con toda exactitud que la magnificencia del trabajo es el puntal de toda la *ética socialista,* y que las disertaciones sobre la organización del trabajo, sobre las relaciones entre trabajo y producción, entre trabajo y capital, entre trabajo y goce, constituyen el núcleo central de todas las teorías socialistas. El país del porvenir será el *país del trabajo,* en el que regirá como supremo principio el de que "quien no trabaja no debe comer". En este punto están de acuerdo todos los socialistas.

Y no podía ser esto de otro modo; cuando los estratos populares más profundos, aquellos sobre los que pesa la maldición del trabajo común (y en este trabajo, en el trabajo manual, piensan en primer lugar los socialistas), se forman en sus sueños un reino ideal, no puede ser éste el reino de la vida fácil o contemplativa. El trabajo se considera indispensable, si bien la idea de los pensadores socialistas ha sido siempre reducir la jornada harto considerable, calculando unos en tres horas, otros en dos y otros en menos aún el tiempo necesario para satisfacer la necesidad de producción de artículos industriales, y como el trabajo es indispensable, nadie debe eximirse de su yugo, pues su exención duplicaría la fatiga de los que trabajan. Y además, ¿en qué podría basarse el privilegio de holganza?

De esta convicción de que el trabajo en común es necesario y que nadie debe sustraerse a él, se llega sin esfuerzo a la glorificación del trabajo mismo. Puesto que es lo único que todos, aun el más humilde, pueden ofrecer, puesto que en él —cuando se le considera con criterio puramente cuantitativo— como suma de esfuerzos realizados durante un determinado lapso todas las diferencias individuales quedan anuladas, el trabajo es el signo de la nueva y última nobleza que aún puede desempeñar un papel en la historia de la humanidad. Y efectivamente, el único medio de nivelar a los hombres, el único medio de fundir a los individuos sin ninguna diferencia dentro de la masa, y de inculcarles el conocimiento de que son parte de ella y que en esto consiste su verdadera importancia, es la glorificación del trabajo, como simple gasto de fuerza muscular, sin tener en cuenta la utilidad del mismo, nada más que por ser el trabajo. Sólo en la muerte y en el *trabajo* son los hombres iguales, y como en el Estado socialista es preciso vivir, sólo queda el *trabajo* como medio de realizar la igualdad entre los hombres.

Inútil es decir que en este futuro Estado se habrán de hacer las cosas a gusto de la masa. Todos los sistemas socialistas que han obtenido en nuestro tiempo la consideración del proletariado ofrecen como únicos ideales el de una democracia radical. Dando de lado al parlamentarismo, aunque se base en el sufragio universal, todos ellos abogan por la adopción de iniciativas y referéndum, estimándolas como las más adecuadas y legítimas formas de expresión de la voluntad de las masas. Se puede considerar, pues, el parlamentarismo como una institución específicamente liberal, correspondiente a los intereses del radicalismo burgués, pero por encima de la cual se elevan los ideales específicos del socialismo proletario, que tienden hacia una fórmula social perfecta, como aquella institución que se alzó en otro tiempo sobre el absolutismo de la sociedad anterior al advenimiento del capitalismo. Y éste es un hecho evidente para cuantos están familiarizados con la esencia íntima de las masas proletarias. En el parlamentarismo late siempre una buena parte de aristocracia: el predominio del político profesional, de los candidatos, de los augures, sobre la multitud. La decisión directa del pueblo soberano en todas las incidencias de la vida pública es el único puntal

que puede sostener la democracia radical tal como el proletariado la concibe. Todas sus aspiraciones se condensan en el deseo de ser sujeto en el Estado y en la sociedad, cuando hasta aquí no pasara de objeto.

Pero si preguntamos a los socialistas por qué hasta ahora no se ha realizado en la tierra ese Estado de legalidad y de contento, o si ha existido alguna vez por qué no perdura, nos contestarán que porque el régimen social lo ha impedido. Este es otro tópico fundamental de todas las doctrinas socialistas: el de que el bien y el mal del género humano se condicionan por la naturaleza del régimen externo en que viven los hombres. Roberto Owen fue el primero que anunció este principio, haciendo de ello el centro de todo sus sistema. Owen ha sido, en realidad, el verdadero fundador de la moderna teoría del medio, y el lema con que encabezaba sus obras era éste: "El carácter del hombre ha sido formado para él y no por él". De entonces acá, esta frase se ha repetido con insistencia abrumadora y se ha reproducido bajo mil formas distintas señalando que el hombre se halla condicionado en toda su esencia por el medio en que se desarrolla, dependiendo de la influencia de las circunstancias, y que como éstas han sido defectuosas, no han reinado en la tierra la dicha y la armonía. Cread un nuevo régimen, un nuevo medio, nuevas *circunstancias*, y veréis maravillas. Esta creencia en la extraordinaria importancia de la organización social es la herencia de Owen, que ha pasado al socialismo moderno y se ha hecho, dentro de él, casi universal. Tal creencia en una organización social *buena* revela un optimismo social que corresponde al optimismo metafísico de que antes hablamos.

Hay un punto en el que todas las teorías socialistas coinciden, y es en señalar como defecto de la organización social presente los dos factores que le sirven de base: la libre concurrencia, animada del deseo de lucro, y la propiedad privada, en su sentido más amplio o más estricto.

El deseo de lucro se halla encarnado en el oro, y así, en las más antiguas publicaciones socialistas encontramos ya a cada paso tonantes imprecaciones contra el oro y el culto a Mammón. ¡Cuántas de esas ideas que han llegado a constituir férreos sostenes del socialismo teórico no fueron ya anunciadas en su infantil lenguaje por aquel pobre sastre de Magdeburgo! "En aquel tiempo —es decir, cuando se reconozca la corrupción del oro y los hombres supriman el dinero— volverán las lágrimas del amor fraternal a humedecer los ojos de los egoístas, el corazón de los viciosos se sentirá invadido de virtuosos sentimientos nunca conocidos hasta entonces, el ateo elevará a los cielos una ferviente acción de gracias. ¡Bienaventurados los que lleguen a alcanzar estos tiempos! Los anales del mundo no registrarán otros semejantes, pues ésa será la era del conocimiento (!) y de la reconciliación... El hombre se despojará de su antigua piel y el mundo será creado de nuevo..." "¡Adelante, hermanos! Dejad que vociferen los adoradores de Mammón y esperad confiados la hora de la liberación, que ha de cambiar nuestras lágrimas en consolador rocío, que ha de transformar el mundo en un paraíso y la humanidad en una gran familia..." (Weitling, *Garantien*, 57).

Por esta o por aquella razón, se considera también la propiedad privada como un cáncer de nuestra viciada organización económico y social, y todos los escritores socialistas convienen en afirmar que en el futuro orden de cosas no existirá propiedad privada o, de haberla, estará muy restringida. Así, pues, la organización económica privada que caracteriza nuestra época se transformará en un régimen económico comunal o socializado, sin empresas particulares. Al querer socavar la cumbre capitalista de nuestro sistema económico, que imprime a éste su odioso carácter específico, pero conservando al mismo tiempo la producción social en gran escala (y así debe hacerse, en bien de millones de bocas que por la del socialismo hablan), no queda otro recurso que echar en brazos de la masa el peso de este poderoso aparato y organizar la producción y también, eventualmente, la distribución y el consumo sobre la base de la propiedad comunista y del régimen corporativo. Ya veremos más adelante cómo este pensamiento capital de la teoría marxista se encuentra expresado allí con extraordinario relieve, pero también apunta con formas más o menos vagas en las obras de todos los precursores de Marx. Y es natural que sea así, pues no se trata de una idea arbitraria nacida de una imaginación ardiente, sino de la forzosa consecuencia de toda tentativa que se encamine a asentar sobre bases teóricas las reivindicaciones del proletariado, y por ende las reivindicaciones de toda teoría socialista.

Teniendo presente la importancia que para todo sistema socialista entraña esta regulación de las condiciones de la propiedad, se ha querido formar el concepto de socialismo (o comunismo) adoptando como criterio el carácter específico del régimen de propiedad, y se ha dicho: "Socialismo es aquel régimen económico en el cual no se admite la propiedad privada de esta o aquella clase de valores". Pero tal método de clasificación, que podrá ser muy conveniente en botánica, no lo es a nuestro objeto. Nosotros aspiramos a reflejar un trozo de vida, y debemos, por tanto, considerar al socialismo como a un ser vivo, y estudiarlo en su importancia histórica como expresión espiritual de un conocimiento social determinado. Pero al hacerlo así, surge, como uno de tantos caracteres, el arreglo de la propiedad privada, y no debemos conceder a este punto una supremacía dogmática, sino considerarlo, como a sus congéneres, producto necesario de la evolución de una forma vital.

Este criterio nos preserva también de incurrir en el error de aquellos que, a semejanza de los herboristas, señalan como característica diferencia entre unos y otros sistemas socialistas la concepción que cada uno de ellos tiene de la propiedad o de la vida económica en el Estado futuro. Nada importa, en efecto, al núcleo viviente de este gran movimiento espiritual el que establezcamos una distinción entre comunismo (que supone la propiedad en común de toda clase de valores) y colectivismo (que limita esta propiedad en común a los medios de producción), o entre socialismo central y socialismo federal. Estas son en el fondo minucias sin trascendencia, que podrán interesar a los economistas dogmáticos, pero que no tienen en la vida la menor importancia, además de que sería difícil asignar un puesto fijo a cada sistema dentro de esa clasificación, pues el anarquismo comunista y el socialismo comunista se asemejan uno a otro como dos hojas de un mismo árbol.

Lo que distingue esencialmente unos de otros a los diversos sistemas socialistas (cuyos rasgos generales acabamos de trazar y cuyas particularidades estudiaremos luego), es el distinto espíritu que los anima, es decir, el transitorio juicio histórico que el curso de los acontecimientos les merece, la concepción histórico-filosófica, transitoria también, que acompaña a los ideales

socialistas y que está en estrecha relación con la orientación filosófica propia de cada época. En otros términos: todos los doctrinarios socialistas han estado de acuerdo en lo esencial al hacer la crítica de lo existente y al exponer lo que consideraban objeto de sus esfuerzos, divergiendo tan sólo en la manera cómo creían poder realizar el logro de sus aspiraciones. Aplicando este criterio a los distintos sistemas socialistas modernos, podemos dividirlos en los siguientes grupos: 1º, el socialismo ingenuo, racional, utópico; 2º, el socialismo histórico, realista, que a su vez se bifurca en dos tendencias, una dogmática y otra crítica. Este orden es el que hemos de seguir al estudiar los sistemas sociales en lo que esencialmente les caracteriza y distingue.

CAPITULO II

EL SOCIALISMO RACIONAL

I. *El antiguo socialismo llamado "utópico"*

Los numerosos sistemas socialistas que surgieron desde el siglo XVIII hasta mediados del XIX tienen tal aire de familia, que puede decirse que los une un íntimo parentesco y que son todos hijos de una misma madre. Y así es, efectivamente. La madre que les diera la vida y cuyas facciones reproducen, es la filosofía social de la anterior centuria. A ella debieron su existencia los sistemas de Godwin y Owen en Inglaterra, de Fourier y Cabet (y en cierto sentido también de Proudhon) en Francia, y de Weitling en Alemania, para no citar sino aquellos que han llenado un lugar en el árbol genealógico de las teorías socialistas. Este común origen espiritual y este espiritual parentesco de todos los antiguos sistemas del moderno socialismo quedarán mostrados con algunas pruebas.

Todo lo que hasta 1840 se piensa con tendencia socialista descansa sobre la consabida base metafísica: la creencia en la bondad de Dios o de la Naturaleza. Dios es bueno, y puesto que ha creado el mundo, también éste ha de ser bueno. Sería absurdo suponer que el buen Dios hubiera creado un mundo privado de armonía y de bondad. "Dios hizo bien todo lo que hizo" (Fourier). Pero la sociedad humana es una parte del mundo y debe estar regida por las mismas leyes que rigen el universo. Dios tiene que haber hecho de ella el reino de la armonía y de la paz, y por consecuencia, de la vida humana. También el hombre es bueno por naturaleza, *homo homini amicus*, es sociable, puede alcanzar las cimas de la perfección, es *perfectible*. Así, se llegó a decir: "Como todas las cualidades de la humanidad son obra de Dios o de la Naturaleza, deben ser buenas y necesariamente iguales a sus creadores" (Owen). "¿Por qué desesperar de la sabiduría de Dios antes de haber estudiado sus designios...? Pretender que los hombres no pueden alcanzar tal grado de perfección, equivale a llamar malvado a Dios... Si la industria estuviera condenada a no producir sino estos escandalosos resultados, no la habría creado Dios" (Fourier). "...Es imposible aceptar que el destino del hombre sea vivir desgraciado en la tierra, y cuando se considera que es esencialmente sociable, y por consecuencia simpático y afectuoso, no es posible admitir que sea malo por naturaleza" (Cabet). Y Weitling exclama: "Debe haber sido una dicha que el hombre, hijo del amor de Dios y de la Naturaleza, haya disfrutado en el principio del mundo el paraíso de esta tierra tan hermosa".

Y sin embargo, los pensadores socialistas sólo ven en este mundo miseria y necesidad, luchas y discordias; la moderna cultura ha producido en todas partes resultados escandalosos, "disturbios y desórdenes, vicios y crímenes, guerras y revoluciones, suplicios y matanzas, catástrofes y calamidades" (Cabet). ¿Y a qué se ha debido eso? He aquí la contestación: los hombres insensatos han puesto sus torpes manos en el artístico mecanismo social que Dios creara, y han acabado por alterar su funcionamiento. Es decir, han destruido con instituciones artificiales, como la propiedad privada y otras semejantes, la natural armonía de la vida social, y con ello también la dicha de los individuos.

"Los conocimientos adquiridos actualmente... se hallan en oposición directa con las infalibles e inmutables leyes naturales, y de aquí la falta de razón y el malestar de que ha adolecido en el estado pasado y en el presente la raza humana" (Owen). "Si estos vicios y estas desgracias no son producto de la Naturaleza, es preciso buscar en otra parte la causa de las mismas. ¿Esta causa no reside en la mala organización de la sociedad?" (Cabet).

Hay, pues, dos estados sociales: uno *natural*, el "estado racional de la existencia humana basado en las infalibles e inmutables leyes de la Naturaleza" (Owen), y otro antinatural, artifi-

cial, el estado *positivo*, como se refleja en la Historia y como aun subsiste. Todos los que sientan amor hacia la humanidad deben trabajar, pues, por reintegrar en sus derechos al orden natural. Mas para eso se necesita, como condición primera, estudiar los motivos que hasta ahora se han opuesto a ello e impedido tal restauración. Y estos motivos no son otros que la ignorancia de los hombres, la imperdonable ignorancia, que fue, en lugar del pecado, la que cerró a la humanidad las puertas del paraíso y aún las tiene cerradas para ella. "Todos los gobiernos, todas las leyes, instituciones y costumbres de las naciones han emanado del mismo fundamental error... y son falsas. Y todo lo que es falso constituye para el hombre una constante afrenta" (Owen). La consecuencia natural de todo esto es que hay que acometer la investigación de la verdad. "Tan sólo la verdad, tan maltratada hasta aquí por los rudos ataques de las opiniones insensatas, puede impulsar al hombre por la vía del progreso" (Owen). Y hemos llegado al punto culminante de todo pensamiento racional. El mejor régimen social, aquel que podría proporcionar al hombre la dicha y la perfección, es un problema del conocimiento, un problema de la ciencia. Hay que descubrir la ley natural, que rige el "régimen natural", y una vez descubierta, quedará instaurado en este mundo el reino de la felicidad y la armonía. Lo que ha de conducirnos al conocimiento de esa ley y ha de proporcionarnos esa nueva vida, más hermosa que la actual, ha de ser nuestra razón; "¿no ha sido la Naturaleza la que ha dado a todos los hombres... la inteligencia y la razón para organizar la dicha, la sociedad y la igualdad?" (Cabet). El futuro estado de cosas será tan *racional* —"intrumento de justicia, razón" (Godwin)— como lo es el *natural*. Por la razón vuelve el hombre a su natural estado y "la sociedad volverá a entrar en la sinceridad de su naturaleza" (Proudhon).

Fácil es comprender ahora el ilimitado aprecio que hacían de la razón y de la ciencia estos antepasados. El culto de la Razón, que caracterizó a la Revolución Francesa, se remonta a esa misma fuente que hemos visto fluir en las teorías de los socialistas racionalistas. Y estos sabios son también los sacerdotes de la omnipotente diosa Razón, los iniciados en la sabiduría divina, cuya adoración, comparten y en cuyas manos debe dejarse, a ser posible, la gerencia de todos los asuntos sociales. Así extremaba Weitling, consecuente consigo mismo, esas ideas que son comunes a todos los nacionalistas, formulando tan notables conclusiones que merecen ser conocidas. En su obra capital, *Garantías de la armonía y de la libertad*, se expresa en los siguientes términos: "Partí del axioma de que debe reinar la filosofía, axioma indiscutible en todo el mundo de la cultura. Luego pasé a inquirir el concepto de filosofía, y hallé que significa la suma de toda la ciencia... Ahora bien; ¿qué ha de hacerse para asegurar a la ciencia la dirección de la administración del régimen social?" A esto contesta Weitling que han de convocarse concursos. "Las obras presentadas deberán someterse al examen de los académicos, y concediéndosele al autor de la mejor el ramo de la administración en que su talento pueda ser más útil a la sociedad..." Y para la administración pública ideó este régimen: "A la cabeza de aquélla habrá un trío o consejo compuesto de tres individuos, que serán los mejores filósofos, y al mismo tiempo los genios más grandes de la medicina, de la física y de la mecánica." "Si se quiere que la ciencia gobierne, nadie puede ya reinar en el sentido actual de esta palabra." Análogos pensamientos se hallan a cada paso en la mayoría de las obras socialistas de aquel tiempo, tan henchidos de rosados sueños, no obstante toda su miseria. Entonces se aceptaba como un axioma que la ciencia social debía ser la conductora y directora de las prácticas sociales y que ambas estaban en perfecto acuerdo. "La ciencia social es la conformidad de la razón y de las prácticas sociales". Hay que reconocer que en aquella época había motivos sobrados para tener tan alto concepto de la razón y de la ciencia. Faltaba, sin embargo, descubrir aquellas leyes que debían regir la sociedad humana conforme a la voluntad del creador o de la Naturaleza y que habían desconocido, en su ceguedad, las generaciones anteriores. Pero por fin clareó la aurora del día deseado; el sol del conocimiento surgió en el horizonte esplendoroso y un alegre clamor se difundió en las palabras y en los escritos. "Estas oscuras nubes de la noche mental se disipan en todos sentidos" (Owen). "Es tan sólo... que el hombre ha descubierto las causas de su pasada existencia, imperfecta, ruda y miserable" (Owen). "Se ha descubierto al fin el mecanismo de las sociedades superiores a

la civilización" (Fourier). "Algunos han alcanzado en toda su plenitud la inteligencia de la ley nueva" (Proudhon).

Notemos de pasada que en la anterior generación las más claras mentalidades habían descubierto que el régimen capitalista, con su libre concurrencia y su propiedad privada, representaba precisamente el *orden natural* de las cosas. Esta opinión había constituido el credo de la escuela fisiocrática. Hombres como el viejo Mirabeau, Dupont, Nemours, Duesnay, Turgot, estaban firmemente persuadidos de haber descubierto las leyes naturales de la sociedad humana y las habían encarnado en el sistema de la concurrencia libre. Por lo tanto, aquel descubrimiento no era tampoco nuevo. La diferencia entre los fisiócratas y estos escritores más modernos consistía únicamente en el contenido del descubrimiento, es decir, su afirmación de que el capitalismo no es el orden natural y que era necesario implantar un nuevo régimen para que el reinado de la razón, objeto de la voluntad divina, se realizase al fin sobre la tierra. Y esta creencia llevó a aquellos racionalistas, cuyas teorías ya conocemos, a convertirse en socialistas, pues aquel régimen nuevo contenía –y en eso coincidían todos– los fundamentos de la sociedad socialista tales como los hemos expuesto en el capítulo anterior.

Pero es natural que al descender a los detalles surgieran entre los descubridores del nuevo régimen de la *verdad* divergencias y discusiones serias que habían de lanzarles a una lucha recíproca y violenta. Fourier hablaba con desprecio de "las insulceses morales" que la secta de Owen ponía en circulación. Y Weitling, por su parte, tronaba contra Fourier. "¡Maldita insensatez a la que los furieristas se entregan con infernal tenacidad...! Mientras persistan en ello, estaremos divorciados".

Para cada uno el *orden natural* era el que él mismo se había imaginado, y venía a ser, por lo tanto, el reflejo de una personalidad. Para un temperamento artístico como el de Fourier, era uno de los más grandiosos poemas que la humanidad ha conocido, mientras que en la imaginación del taciturno inglés Owen, quedaba reducido a un sistema de educación protestante.

Pero todo esto era accesorio, como ya hemos dicho. No afectaba a la esencia de la cosa, al espíritu de la teoría, que

es lo que nos interesa. Por el contrario, para la misión que la teoría socialista está llamada a desempeñar en el terreno de los hechos, son de decisiva importancia las conclusiones que el socialismo racional deduce de su concepción de la sociedad y de la Historia (si cabe esta palabra en aquel mundo mental), inspirando en ellas su *táctica*, es decir, la manera como piensa dar realidad a sus ideas. He aquí esas conclusiones: toda vez que la restauración de la sociedad es un problema de la ciencia y del conocimiento, es necesario, una vez hallada la verdad y descubiertas las condiciones naturales de la vida en común, pensar ante todo, aunque no exclusivamente, en difundir las nuevas teorías de bendición, en divulgar la verdad y dar a conocer la "revelación". Puesto que la realización de las nuevas ideas supone la dicha suprema y la suprema perfección para la humanidad, la restauración apetecida será un hecho apenas sea conocida la verdad por un suficiente número de hombres. Es imposible que nadie se resista a dejar el régimen actual por el nuevo, una vez que lo haya conocido.

"La completa restauración que hay que llevar a cabo apenas cabe imaginársela. Es una aurora general. Los hombres sienten que su penosa situación y las cadenas que les oprimían han desaparecido como un sueño. Cuando suene la hora decisiva, no será necesario que desenvainemos la espada, ni siquiera que movamos un dedo. Nuestros adversarios serán demasiado débiles para oponerse a los unánimes deseos de la humanidad'. (Godwin, según la traducción de Eltzbacher.) Como todos sufren en el actual estado de cosas verdaderamente *irracional*, no han de resistirse a dejarlo. Por eso hay que predicar la nueva teoría a todos los hombres, no sólo a los oprimidos y desheredados, sino en general a todos ellos, y hasta con singular cuidado a los poderosos y a los ricos, pues si esto se suman a la nueva verdad, habremos acelerado su realización. "¿Acaso no interesa antes que nada convertir a los ricos? Lo más útil sería empezar por ellos, pues los ricos y los sabios tienen más influencia para convertir a otros ricos y aun a los mismos pobres... ¿Pero puede esperarse que los ricos se conviertan? ¿Cómo dudarlo? ¿Es que no hay ricos inteligentes, justos y generosos?" (Cabet). Consideraciones semejantes se encuentran a cada paso en los escritos

de los antiguos socialistas, y si he citado precisamente a Cabet ha sido porque pertenece a la última de aquellas remotas generaciones. Pero también Weitling termina sus "garantía" (1842) con un llamamiento a los *poderosos de la tierra*: "¡Poderosos de la tierra! Vosotros tenéis el medio de adquirir un nombre que eclipse la gloria de Alejandro y de Napoleón. En vuestras manos está el medio de combatir los males de la sociedad de un modo grato a vosotros y a nosotros también —aquí habla ya la voz de lo profundo—. Si nosotros con nuestros toscos medios nos vemos obligados a hacer todo el trabajo, siempre resultará este trabajo doloroso para vosotros y para nosotros mismos. ¡Reflexionad y elegid!"

En estos párrafos vibra ya una voz que tiene acentos de impaciencia. Es la advertencia última, la última tentativa de persuación, antes de que la nueva concepción de las cosas emprenda su marcha arrolladora.

Se aconsejan como medio de propaganda todas las formas orales y escritas: "¡A la obra, pues, a la obra todos, ricos y pobres, que os habéis convertido a la comunidad! ¡Discutid, predicad, convertid, propagad! Recoged todas las opiniones y todas las pruebas que puedan facilitar la conversión de todos los otros... Proselitismo nada más, siempre proselitismo, hasta que la masa adopte el principio de la comunidad" (Cabet).

Cabet llega hasta a rechazar la experimentación. La mayoría de los demás representantes del viejo socialismo le concede, sin embargo, un gran poder de propaganda, reconociendo que con el ejemplo se puede convencer aún a los que se muestren más reacios contra el poder victorioso de los ideales. Uno de los rasgos distintivos de aquellas antiguas orientaciones socialistas, es que todas pretendían organizar agrupaciones basadas en principios comunistas. La América del Norte, sobre todo, fue el terreno elegido para estas tentativas, y se contaron por centenares las "comunidades" furieristas, owenianas y cabetianas que surgieron en el Nuevo Mundo, para sumirse rápidamente en el olvido.

Pero fue una consecuencia natural de este criterio de hacer *prosélitos* la repugnancia a emplear medios coercitivos, que hubieran podido imponer el nuevo orden de cosas. "Evitemos cuidadosamente el empleo de la violencia; la fuerza no es convicción, y es indigna de que se la ponga al servicio de la causa de la justicia" (Dodwin), "No demos cabida en nuestros corazones a sentimientos de menosprecio, de amargura, de rencor ni de ira. La causa del derecho es la causa de la humanidad. Sus representantes deben estar henchidos de buena voluntad. Debemos amar esta causa, porque conduce a los hijos de los hombres a la dicha general. Debemos amarla, porque no habrá ningún hombre que en la evolución natural y tranquila de las cosas no sea más feliz cuando el triunfo corone nuestra causa."

Pero este socialismo racional es completamente hostil a toda clase de política. Claro es que frente a esta actitud cabe formular la pregunta: ¿cómo puede triunfar en el terreno de la lucha una teoría que sólo aspira a difundirse por medio de la revelación, y a lo sumo por la sola fuerza del ejemplo? Así lo creían, sin embargo, y por eso el socialismo racional miraba con tan poca simpatía lo que podríamos llamar el movimiento gremial obrero. Verdad es que Owen fue quien fundó en Inglaterra las *Trade Unions*, pero su misión fue siempre la difusión de sus ideas no la lucha con los patronos.

He aplicado al socialismo antiguo una denominación nueva, la de racional, porque creo que con ella se hace resaltar más el espíritu que le animaba, un espírtu de atención exclusiva a los puntos esenciales, desdeñando detalles secundarios. Debo consignar de pasada que otra denominación, la de *utopista*, que yo fui el primero en aplicarle, se ha hecho luego general. Pero esa denominación, por más que no sea falsa, me parece que no da idea de la parte positiva de aquellas teorías, sino más bien de su aspecto negativo, y por eso renuncio ahora a emplearla. Y no quiero dejar de exponer en breves frases la parte verdaderamente utópica de dichas teorías que, después de lo que dejamos expuesto, aparece como un fenómeno necesariamente derivado de su critério general. A esos socialistas antiguos se les llama *utopistas*, porque no reconocen los móviles reales que impulsan la vida social.

Hemos visto qué importancia preponderante tiene en sus teorías la fe en la revelación, en el poder de la conciencia de lo bueno. En esto consiste principalmente su utopismo, en con-

siderar como móviles activos e impulsores a unos factores que no mueven el mundo de las realidades y apenas si contribuyen a la integración de la vida social. Y efectivamente, esta creencia es errónea bajo dos aspectos. Encierra, por una parte, un concepto falso del pasado y del presente, y por otra se engaña en sus hipótesis sobre el porvenir. El primero de dichos conceptos lo formula al decir que el actual orden de cosas representa un error en que se encuentran los hombres actualmente y que el mundo es un dolor porque hasta ahora no se supo mejorar aquel orden de cosas. En su buena fe, llegan a reconocer los utopistas que parte de la sociedad se encuentra muy a gusto con el régimen imperante y repugna toda mudanza, estando interesada en su conservación. Reconocen asimismo que si se mantiene aquel estado social, es porque los elementos en él interesados poseen también los medios de sostenerle, y que todo régimen social no es otra cosa que la expresión temporal de la distribución del Poder entre las distintas clases sociales. Pero al mismo tiempo demuestran un ilimitado menosprecio de las fuerzas de sus adversarios al creer que pláticas y prédicas pueden obligar a los detentadores del Poder a abandonar su posición privilegiada.

Y tanto como desprecian los utopistas las fuerzas de sus adversarios, aprecian sus propias fuerzas, las de su poder, convirtiéndose así en utopistas del futuro. Hállanse persuadidos de que les bastaría un simple gesto, una sencilla resolución, para traer a la realidad el reino del futuro. A esta convicción acompaña un concepto hiperbólico de la capacidad productiva de los hombres que deben constituir la nueva sociedad. Olvidan, pues, o ignoran que en ese lento proceso de transformación habría que crear primero hombres y cosas que hiciesen posible la nueva organización social. Desconocen en suma, que la transformación social no es un problema de la conciencia, sino del carácter.

Preferimos pasar en silencio las fantasías en que se pierden al afrontar la descripción del porvenir. Fourier llegó hasta poblar la tierra, con la imaginación, se entiende, de leones amansados y a transformar el agua salina del Océano en limonada, al mismo tiempo que veía a los hombres futuros con cuerpos de tres metros de estatura. Y Godwin, por su parte, prometía seriamente

a los hombres la inmortalidad en carne y hueso. Pero estos son juegos inofensivos al alcance de una viva imaginación, y que nadie toma en serio. De mayor alcance y magnitud son aquellos errores fundamentales en que incurren al juzgar a los hombres y la Historia, y que más arriba expuse. Estos errores podremos apreciarlos en toda su extensión al estudiar más adelante las nuevas doctrinas socialistas que, nutridas de la savia de las antiguas, se han desarrollado en oposición consciente a su concepción fundamental, formando lo que se llama el socialismo histórico o realista.

Antes de pasar a ese estudio conviene recordar que el antiguo socialismo racional no ha desaparecido aún por completo, y al hacer esta afirmación no quiero referirme a los elementos aislados del racionalismo y utopismo antiguos que han ido a englobarse en las teorías del socialismo moderno, sobre todo del marxismo, orientadas en sentido fundamentalmente opuesto, y de las que habré de hablar una vez enumerados los principios de este nuevo socialismo, sino que me refiero a aquellas teorías que por sus sentimientos y sus ideas siguen viviendo hoy en el terreno racionalista, y por lo tanto utópico, y que son lo que se suele designar algo impropiamente con el nombre de anarquismo.

II. *El anarquismo*

Creo que sólo pueden apreciarse bien las teorías anarquistas considerándolas como herederas legítimas de la filosofía racionalista del siglo XVIII, que, merced a las adquisiciones espirituales del siglo XIX, han ensanchado en más de un sentido su caudal de ideas. Pero lo más importante de este caudal lo tomaron de los pensadores racionalistas, y sobre todo de los grandes *utópicos* Godwin y Fourier, como lo demuestra una simple ojeada a la literatura anarquista de nuestro tiempo.

Aquí volvemos a encontrar en primer término la misma creencia en el orden *natural* de la sociedad, que subsiste por encima de todo orden *positivo*, y la misma fe en la existencia de leyes sociales naturales que es necesario descubrir, "de las leyes generales de la economía social, ya descubiertas o que la ciencia tiene que descubrir" (Bakunin). Y, por consiguiente, la creencia en que

el reinado de la armonía, es decir, de aquel *orden natural*, es susceptible de realizarse en la tierra: "si la sociedad estuviera establecida sobre bases naturales, jamás habría choques entre el interés de la sociedad y el del individuo" (Juan Grave). "La armonía surgirá espontáneamente de la solidaridad de los intereses, cuando todos los hombres no formen más que una sola familia" (Kropotkin). No cabe duda alguna que cuando la humanidad haya asentado sus relaciones sobre bases naturales, "sobre este principio tan sencillo y sublime" (Kropotkin) —a saber, la ayuda mutua— alcanzará toda su perfección y gozará una dicha completa: "esta sencilla afirmación... le abre de un solo golpe todo un inmenso horizonte de perfectibilidad, de mejoramiento de la raza humana" (Kropotkin). "El trabajo mismo vendrá a ser exactamente como ya lo profetizaba Fourier – *un agradable pasatiempo, un ejercicio gimnástico*" (Juan Grave).

También proclaman los anarquistas que las causas de que hoy impere en el mundo lo contrario de la armonía y de la felicidad están en el defectuoso orden social que hasta ahora nos ha regido. Y este pensamiento lo repiten con preferencia y a cada momento lo desarrollan con particular amor en sus escritos. El *orden defectuoso*, el *orden positivo*, lo encarna para ellos el Estado. "El Estado es el mal" (Bakunin). "El Estado, porque es algo artificial, producto de la creación humana, que cohibe las relaciones naturales de hombre a hombre. La *sociedad*, liberada del *Estado*, en la cual no imperen ya las leyes positivas impuestas a la fuerza, sino las leyes naturales de la mutua atracción —de la "atracción de las pasiones", según Fourier—, he aquí el estado natural, el orden natural. La sociedad... no se impone formalmente de un modo oficial y autoritario... sino de modo natural" (Bakunin). "Las leyes sociológicas que no deben ser una regla impuesta, sino establecida por la enseñanza y no por la exacción, han de limitarse a indicarnos el mejor medio para que el individuo pueda evolucionar en toda la plenitud de su ser" (Juan Grave).

Esta misma afirmación fundamental había de conducir también a los anarquistas a formular la conclusión de que en lo esencial la realización del nuevo régimen es un problema del conocimiento. Y efectivamente, muchos de ellos demuestran tener

el mismo alto concepto de la conciencia, el mismo aprecio de la razón, llamada a iluminarnos y a determinar nuestra conducta.

A este sentir ha dado expresión Juan Enrique Mackay en su libro *Los anarquistas* al resolver del siguiente modo el conflicto espiritual en que supone a su protagonista: "Era como el rosado resplandor que anuncia el nuevo día. Tras una larga noche de terror y de locura, cruzaba una mañana luminosa. El sol del conocimiento se había elevado en el horizonte, y cada vez resplandecía a mayor altura. Muchos milenarios debían transcurrir antes de que la idea de la anarquía pudiese despertar de su sueño... ¡Ahora sí que había encontrado la verdad!" Y Pedro Kropotkin contesta en su *Pequeño Catecismo* a la pregunta "¿Cuál ha sido hasta ahora la acción más grande de la Revolución?": "El decreto de la Convención, de 10 de mayo de 1793, estableciendo el culto de la Razón".

Los *triunfos* que hacia mediados del siglo festejaron los naturalistas, aumentaron aún más esta veneración de los anarquistas por la ciencia. Las ideas anarquistas recibieron en sus puntos esenciales la influencia del materialismo *filosófico*, que se basaba en los *conocimientos* adquiridos por las ciencias naturales en el siglo anterior.

Los *anarquistas* y sus afines tienen hoy de común con el socialismo racional de otros tiempos su respeto al poder de la propaganda, y lo fundamentan en las mismas razones, diciendo que se trata de difundir una verdad que ha de hacer felices a todos los hombres. A semejanza de los antiguos socialistas, quieren también servirse de los mismos medios de propaganda, intentando su acción sobre las masas con la palabra, con el escrito y con el ejemplo. "Los anarquistas dedican todas sus energías a la difusión de doctrinas, especialmente de doctrinas económicas" (Tucker). Sus órganos son el discurso y la prensa.

Pero además hay que ilustrar esta propaganda y fortalecerla con el ejemplo. "Si en cada gran población de aquellas en que se manifiestan los múltiples caracteres y esfuerzos de nuestra cultura, tan rica en contrastes, se reuniesen y laborasen suficiente número de anarquistas ilustrados y serios, pertenecientes a las distintas profesiones; si estos anarquistas estableciesen la producción de mercancía y su distribución con arreglo al derecho basa-

do en el producto del trabajo, y consignadas en un Banco que sin interés facilitase dinero a las pequeñas industrias y aplicasen su capital a empresas nuevas, de suerte que todos pudiesen ver las ventajas de este sistema, ¿qué acontecería? Que todos los elementos de la población, tontos y listos, malos y buenos, entusiastas e indiferentes, no tardarían en advertir los beneficios de este procedimiento, y al cabo de un par de años todos recogerían el fruto de su labor, se acabaría la usura, y toda la población sería una gran colmena de obreros anarquistas, de hombres libres y victoriosos" (Tucker). He ahí la antigua canción que aun hoy escuchamos cada día y en todos los tonos. Y siempre se trata de lo mismo, de aplicar al organismo social enfermo la única terapéutica, exacta, infalible. Sólo que hoy, como hace un siglo, los doctores socialistas siguen discrepando acerca de cuál sea este método "único e infalible".

Ahora bien: es curioso observar cómo esta pasión por la propaganda ha engendrado en los temperamentos inquietos e impacientes un procedimiento característico y desesperado: la propaganda por el hecho. Este *nuevo método* de propaganda, descubierto y aplicado primeramente por el ruso Rechayev, y perfeccionado luego por Pablo Brousse y otros, quedó incorporado al sistema. Oigamos cómo describe Brousse este método: "De los hechos habla todo el mundo; hasta las masas indiferentes preguntan por las causas que los han producido; el público aplica su atención a las nuevas teorías y las discute. Y cuando se consigue esto, no es difícil ganar partidarios para la buena causa". Esos "hechos" son ante todo los atentados, los crímenes políticos o los crímenes comunes que tengan honda resonancia: se arroja una bomba en un café, donde hay sentadas centenares de personas inocentes; se mata a la emperatriz Elisabeth, una anciana que no había hecho mal a nadie. Cuanto más insensato sea el *hecho,* tanto más se hablará de él y de sus móviles en los periódicos y en las mesas de los cafés, tanto más eficaz será la propaganda, que es lo que se busca. La *propaganda* por el hecho, no tiene nada de común con el tiranicidio; sólo pretende ilustrar, contribuir a que se abra paso a la verdad, que tan lentamente llega a las masas por la mera propaganda oral y escrita. Es una hijuela tardía, pero legítima, del racionalismo

utópico, con su creencia en que sólo hay un régimen social *justo,* el que se halla de acuerdo con las leyes de la Naturaleza.

He dicho y repito que la propaganda por el hecho no tiene nada de común con el tiranicidio, y menos aún con las revoluciones encaminadas a instaurar un nuevo sistema de gobierno.

El capítulo de "la violencia y su papel en la Historia" es demasiado amplio para que lo podamos tratar aquí con la debida extensión. Pero podemos apuntar, al menos de pasada, que el empleo de la violencia puede derivarse de los más distintos móviles y ocupar un lugar en los más diversos sistemas filosóficos. La táctica política de la violencia la han empleado los más ilustres políticos realistas a título de necesaria, y tanto Cromwell como Bismarck han sido sus más celosos abogados. Por eso los sistemas socialistas *realistas* o *verísticos,* que luego estudiaremos, le han hecho también un sitio entre sus teorías. Sólo se trata ahora de descubrir qué relaciones características existen entre el socialismo racional-idealista y los actos de violencia. Ya hemos visto más arriba que los representantes más antiguos de esas teorías rechazaban con unanimidad absoluta el empleo de la *violencia.* Y aún hoy existen numerosos representantes del anarquismo, que no es otra cosa sino el socialismo racional de nuestros días, que también abominan del empleo de la violencia. Y sin embargo, vemos al mismo tiempo cómo la violencia va penetrando por un camino casi imperceptible en el sistema de estos racionalistas.

No puedo pasar en silencio que este camino del medio de propaganda no es el único por el cual penetra la violencia en la concepción racionalista de la esencia de la sociedad. Hay en la actualidad muchos anarquistas que predican el empleo de la violencia, no sólo para los efectos de la propaganda, sino también para acelerar con ella la venida del nuevo régimen social. Así lo hacen Kropotkin, Bakunin y otros. ¿Cómo acomodar esto con los principios fundamentales que todos ellos reconocen? ¿Cómo puede conciliarse esta predicación de violentas revoluciones con la creencia de que el régimen social futuro ha de estar subordinado a las leyes naturales, y que sus excelencias son de tal índole que se han de imponer por sí mismas a todos los espíritus cultivados y han de ser aceptadas sin coacción?

Esta contradicción se explica, en parte, por la amalgama del antiguo ideal socialista con el espíritu realista. Por ejemplo, es un pensar a la *moderna* el de Juan Grave, cuando escribe: "La lucha es... fatal entre los que aspiran a emanciparse y los que quieren perpetuar su dominación". He ahí una idea que ni Godwin, ni Owen, ni Cabet hubieran formulado.

Pero además —y esto es en mi sentir lo preponderante— la violencia desempeña en las teorías de los anarquistas contemporáneos un papel que se adapta a la estructura total racionalista de sus doctrinas. Para comprenderlo, bastará recordar que (si no en el dominio de las revoluciones sociales, en el de las políticas al menos) la idea de la violencia ha sido propagada por un hombre que representa el tipo más puro del racionalismo antiguo, por un hombre al cual se debe el decreto del 10 de mayo de 1793, ya mencionado, por el más ferviente adorador del orden natural basado en los dictados de la razón: por Robespierre. Sabido es que éste fue el padre espiritual del período del Terror. Pero él mismo nos ha aclarado con sus propias palabras el misterio de cómo se puede llevar a Rousseau en el corazón y ser sin embargo *terrorista*. En su boletín del 17 de Pluvioso, año II, se expresaba en estos términos: "Se dice que el Terror es el arma del despotismo. Lo es, como el hacha que brilla en las manos de los héroes de la libertad, y que hace temblar a los esbirros de los tiranos. El gobierno revolucionario es el despotismo de la libertad frente a la tiranía". Es decir, que a los antiguos detractores del Poder hay que combatirlos por la fuerza, abriendo así camino al derecho de la libertad, de la justicia y de la razón. A la violencia incumbe, pues, la misión de acelerar la transición del reinado de la tiranía al de la libertad. He aquí el pensamiento que se repite en las actuales teorías anarquistas: "que haga tabla rasa de todos los obstáculos, es lo que esperamos de ella". Esto es lo que esperan de la fuerza, que aquí, como tantas otras veces, encontramos empleada en lugar de la violencia, aunque ambos conceptos sean completamente distintos. Así se expresa Juan Grave.

Ya veremos que esta misma idea, como la llamada *dictadura del proletariado*, continúa germinando en el cerebro del hombre, que consideramos como representante de una concepción

fundamental opuesta al racionalismo antiguo, como uno de los padres espirituales del socialismo "realista" o *histórico*, en el cerebro de Carlos Marx. El plan de nuestro estudio nos lleva a afrontar inmediatamente la exposición de las teorías.

CAPITULO III

FUNDACION DEL SOCIALISMO HISTORICO

Desde el principio del siglo XIX se señala ya la tendencia a contar con la Historia para elaborar los conceptos de sociedad y Estado. A la concepción racionalista viene a sustituirla otra que podemos llamar *histórica* o *realista*. No es que antes de esta época faltasen escritores que reflejasen en sus obras este concepto histórico o realista, pues ahí están, para no citar otros, los nombres de Harrington, Burke, Montesquieu y Vico, sino que hacia fines del siglo XVIII este espíritu histórico llegó a imponerse y hasta convertirse en el *espíritu de la época*. La génesis de este espíritu se hallan en relación íntima con las grandes transformaciones que a consecuencia de la Revolución Francesa se operaron en la esfera política. Fueron los enemigos del liberalismo, los representantes de un criterio político *reaccionario*, los que iniciaron también en primer término esta reacción contra las teorías sociales y políticas que llevaban el sello del racionalismo; aquellos que, según la expresión de uno de los fundadores de las nuevas doctrinas (De Bonald), presidieron la *contrarrevolución de la ciencia*. Pero bien pronto no fueron ya los filósofos del Estado y de la Historia los únicos en seguir este camino, sino que por él marcharon también los historiadores y los representantes de las distintas ciencias –jurisprudencia, filología, geografía, etc.–, y hombres como De Bonald, Le Maistre, Thierry y Guizot en Francia; von Haller, Zacharia, Savigny, Niebbur, Schlégel y Schleiermacher en Alemania –para no citar sino los más conocidos– acometieron la empresa de fundir toda la vida mental en moldes nuevos. Pero, ¿cuáles eran las ideas directrices que esta

nueva generación de pensadores sustentaba? ¿En qué consistía, y esto es lo que aquí nos interesa, ese cambio operado en el concepto fundamental de la esencia del Estado, de la sociedad y de la Historia?

El punto de partida de este movimiento se encuentra en la crítica de la vida constitucional, habiéndose condensado en esta fórmula: la constitución de un Estado no puede ser una creación arbitraria de la razón ni de un reformador cualquiera, sino la expresión de las condiciones del Poder en cada época predominante, pues de otro modo estaría expuesta a una existencia nominal fuera de la realidad de las cosas, o, en otras palabras, a ser una excrecencia orgánica fuera del proceso evolutivo de los pueblos. Esto conduce a poner de relieve la última relación que existe entre la constitución de un Estado (y de todas las formas jurídicas) y el estado de la sociedad en general. Y esta crítica teórica, especialmente aplicada a la constitución política, debía convertirse necesariamente en una teoría general de la sociedad y del Estado, cuyo contenido puede resumirse en las siguientes máximas:

No es cierto que exista un orden natural fuera del constituido; éste es tan *natural* como cualquier otro. Es también no menos *racional* que otro cualquiera y si no es el *mejor*, tampoco es el *peor* de cuantos pudieran concebirse. Es además el único posible en una época dada, y por lo tanto, tan fatal como ésta misma. A estas ideas les dio Hegel –el pontífice universal de aquellos tiempos– un ropaje filosófico con su célebre frase: "Todo lo que existe es razonable".

Prescindiendo de la estructura impuesta a estas ideas en la filosofía hegeliana, donde la frase mencionada reviste una importancia especial, el concepto histórico puede formularse como sigue:

El régimen político y social constituido es la resultante de todos los factores que determinan la vida política y social. "El derecho es la expresión de las relaciones actuales" (Schleiermacher). Corresponde a las condiciones objetivas del país, de la técnica (las *condiciones materiales de la vida*, que decía Guizot), así como también a las condiciones subjetivas, a la forma y grado de desarrollo de la humanidad en una época determinada y en

un determinado país. Es el producto, no del error, sino de intereses perfectamente lógicos de aquellos elementos políticos que disponen del Poder. La Historia es, por lo tanto, no una acumulación de errores y extravíos, sino el proceso orgánico de formación de las relaciones del Poder, que se realiza en continua lucha con los intereses opuestos. "El contenido de la historia moderna lo forma la lucha de clases". "La Europa moderna ha nacido de la lucha entre las distintas clases" (Guizot).

Pero con esto quedaba definido al mismo tiempo el criterio que estos hombres habían de adoptar frente a todas las *reformas* y *revoluciones*, frente a todos los cambios del régimen constituido. Todas las transformaciones de la vida política y social tienen que ser evoluciones lentas del régimen constituido; un nuevo régimen sólo puede tener sentido y viabilidad cuando se han cumplido las condiciones subjetivas y objetivas a las cuales se halla ligada su eficacia.

Ahora bien; el resultado práctico a que llegó la mayor parte de los teóricos políticos y sociales de aquel tiempo, fue: o a reconocer que el constitucionalismo liberal (la sociedad burguesa) es la mejor forma político-social, no sólo para el presente, sino también para el porvenir imaginable, o a reconocer, por el contrario, que las ideas liberales y burguesas son ya ineficaces, doctrinarias, que han arraigado para mal de los pueblos, y que urge, por lo tanto, extirparlas. La nueva filosofía social se orienta, pues, hacia la defensa de la política conservadora o reaccionaria.

Pero lo que a nosotros nos interesa aquí, y por lo que yo he reproducido esas consideraciones generales, es que este nuevo concepto histórico no tardó en aplicarse a la lucha social contemporánea y en ser adoptado por hombres que no tenían interés en conservar o retrotraer en formas anticuadas el orden de cosas existentes, sino que, al contrario, se hallaban interesados en imprimirle una dirección progresiva; me refiero a los socialistas. Y así fue como entró el socialismo en un nuevo período de su evolución. Así como hasta entonces había formado su caudal de ideas a expensas de la filosofía social nacionalista del siglo XVIII, de origen burgués, del mismo modo ahora se fue impregnando poco a poco del espíritu que informaba la moderna

orientación histórico-realista. Y de este modo derívase del socialismo racional un racionalismo histórico-realista.

Como no nos interesa aquí la gradual evolución de las teorías socialistas, sino sólo el caudal de ideas que en ellas se contiene, renuncio a hacer la exposición histórica del progreso evolutivo de este socialismo moderno en el verdadero sentido de la palabra. Quiero solamente hacer notar que en dicha evolución corresponde, en mi sentir, la mayor parte al francés Luis Blanc (el más insignificante de todos los socialistas, como Hegel lo llamaba) y al alemán Lorenzo von Stein, este último no propiamente socialista, sino puramente teórico. Para nuestro propósito de conocer la esencia de este nuevo socialismo basta que estudiemos las teorías de aquel hombre en cuyas obras fluyen todas las corrientes de su tiempo, cuyas concepciones se convierten en regla para todos los socialistas, y que supo imprimir de tal modo el sello de su genio a las teorías imperantes, que afectaron una forma especial en el sistema por él elaborado; este hombre es Carlos Marx.

Carlos Marx nació en Trier en 1818; su padre era un judío converso, curial de profesión. El ambiente del hogar paterno estaba saturado de espíritu y cultura mundanos. Los autores predilectos de la familia eran Voltaire y Shakespeare, que más tarde fue durante toda la vida de Carlos Marx su poeta favorito. Es sorprendente el carácter de internacionalismo que tenía aquel hogar. La madre era más holandesa que alemana. Las relaciones más íntimas provenían de Westfalia: los padres del que fue luego ministro de Prusia, el culto barón Edgardo de Westfalia, por cierto medio escocés, del cual recibió Carlos Marx sus primeras impresiones literarias, y Yenny, la que luego fue su esposa. En aquella casa el francés y el inglés eran familiares.

Carlos estudió filosofía e historia en Bonn, con el propósito de ser profesor en Prusia. En 1842 se hallaba a punto de conseguir sus fines. Sin embargo, surgieron dificultades, y el joven Marx, que había estado en íntima compenetración espiritual con Bruno Bauer, fue arrollado por la ola reaccionaria que volvió a invadir las universidades prusianas, y especialmente la de Bonn, sospechosa por sus herejías teológicas. Y ocurrió lo que suele suceder cuando no se tiene una carrera: que el joven Marx se

dedicó al periodismo. Bien pronto, sin embargo, tuvo que emigrar: en 1844 la policía prusiana lo expulsó del país, y fue a refugiarse en la contigua Lutecia, de donde, probablemente por instigaciones de Prusia, el ministro suizo volvió a expulsarlo; entonces, en 1845, se estableció en Bruselas, y en 1848 volvió, pero por poco tiempo, a Alemania, marchando finalmente, en 1849, a Londres, donde pudo descansar al fin libre de las persecuciones policíacas hasta 1883, fecha de su muerte.

Su personalidad, cuyos rasgos originales se acentuaron aún más con estos azares de su vida, se caracteriza por el exceso de actividad mental. Su cualidad predominante es la de un crítico, exento de ensueños e ilusiones. De ella proviene la mirada extraordinariamente perspicaz con que supo escrutar en las relaciones filosóficas e históricas y llegar hasta el fondo en que yacen los elementos menos nobles de la humanidad. Pedro Leroux ha escrito una frase en la que siempre he visto el retrato de Marx: "Tenía una gran penetración para descubrir el lado malo de la naturaleza humana", a lo que se puede añadir: "Y todas sus flaquezas". De este modo se encontraba ya predispuesto por su naturaleza para aceptar como artículo de fe la máxima de Hégel de que el *Malo* preside al desarrollo de la humanidad. Y su concepción del mundo está expresada en los siguientes versos:

La tierra pertenece al mal espíritu
no al bueno; los dioses nos envían
desde los cielos bienes generales.
Su luz, que alegra a todos, a ninguno
hace rico; en sus dones
ninguna posesión puede fundarse.

Lo que capacitaba a Marx para elevarse al primer rango entre los filósofos sociales del siglo XIX y compartir con Hégel y Darwin una decisiva influencia sobre las ideas de nuestro tiempo, era que unía al conocimiento de la más alta forma de la filosofía histórica de su época el conocimiento de la más elevada forma de vida social contemporánea. Que Hégel y la Europa occidental, es decir, Francia, y sobre todo Inglaterra, se reunían en su persona, viniendo a ser como una lente que sabía concentrar todos los rayos de luz que los pensadores extranjeros anteriores a él habían lanzado sobre el mundo. Y que por el

ambiente internacional en que había vivido, podía prescindir de todos los accidentes del desarrollo nacional y señalar lo tópico de la vida social moderna, lo general en lo particular.

Marx ha asentado —en unión de su amigo Federico Engels—, en una larga serie de obras, de las que *El capital* es la más conocida, los fundamentos de un vasto sistema filosófico social que no podemos analizar aquí en detalle. Lo único que en este lugar nos interesa es la teoría marxista del movimiento social, pues solamente a ella debe Marx el haber ejercido la gran influencia sobre la marcha de la evolución social. Esta teoría no se halla particularmente compendiada en ninguna de sus obras, pero sus elementos esenciales se encuentran recogidos en el *Manifiesto Comunista* de 1847, que Marx y Engels redactaron para que sirviera de programa a la "Liga de los hombres justos", de Bruselas, la cual lo adoptó, cambiando, en consecuencia, su nombre por el de "Liga de los comunistas".

El *Manifiesto Comunista* contiene una filosofía de la Historia, condensada en líneas generales, que basta para el programa de un partido, pero que es la obra más extraña de la literatura universal. Se halla plagada de errores de ideas por madurar, y es, así y todo, una obra maestra insuperable. Hay en ella una abundancia de ideas que parece fabulosa, cuando se piensa que sus autores eran unos muchachos que no habían pasado de los veinte años. Muchos de los conceptos allí expuestos acusan una perspicaz sabiduría. Se ha dicho que toda la esencia de la sociedad moderna está contenida en el *Manifiesto Comunista*, y hasta cierto punto es verdad, aunque las ideas se expresen allí en una forma aforística poco razonada. Pero cuando se han consagrado unos diez años al estudio de las condiciones sociales, siempre se encuentran en el *Manifiesto Comunista* verdades nuevas, inesperadas e inauditas. El mismo Marx y Engels sólo lograron en sus obras posteriores aproximarse a esta obra genial de juventud, que habían ofrecido al mundo.

Las ideas capitales contenidas en el Manifiesto pueden condensarse en el siguiente resumen:

La Historia, toda ella, es la historia de la lucha de clases; la historia contemporánea lo es de la lucha entre la burguesía y el proletariado; la formación de las clases es el resultado de

determinadas condiciones económicas que presiden a la producción y reparto de los valores: estas condiciones determinan también las relaciones de predominio. Fuerzas *inmanentes* (esta expresión no aparecía en el Manifiesto, pero se hizo corriente y usual en obras posteriores) transforman las condiciones de la proclamación y, como consecuencia de ello, todas las relaciones económicas.

Esta transformación económica encuentra su expresión inmediata en la oposición y la lucha de clases. En nuestros tiempos, la burguesía representa el antiguo régimen económico, que marcha a su ocaso, mientras el proletariado representa al nuevo orden de cosas, que aún se encuentra en su período de gestación. El movimiento social moderno, es decir, el movimiento del proletariado, no es otra cosa que la organización de aquellos elementos sociales que están llamados a truncar el dominio de la burguesía y a "apoderarse de las nuevas fuerzas productivas de la sociedad". Y no podrán llevarlo a efecto sino "anulando la constitución actual, y por consecuencia, toda la actual constitución social", es decir, substituyendo la propiedad y la producción privadas por el comunismo.

Los *comunistas* –esto es, el partido político al cual debía servir de programa el *Manifiesto Comunista*– sólo constituyen una parte del proletariado militante en vías de evolución. "Unicamente se diferencian de los demás partidos proletarios en que, por una parte, dentro de las distintas luchas nacionales del proletariado, representan los intereses comunes a todo el proletariado, independientes del espíritu de nacionalidad, los cuales tratan de imponer, y por otra parte, en que dentro de los distintos grados de evolución por que atraviesa la lucha entre la burguesía y el proletariado, representan siempre los intereses de todo el movimiento proletario".

"Las máximas teóricas de los comunistas no se fundan de ningún modo en ideas y principios encontrados o descubiertos por este o aquel reformador del mundo, sino que son solamente expresiones generales de las condiciones efectivas de una actual lucha de clases, de un movimiento histórico que se desarrolla a nuestra vista".

Estos conceptos han sido expresados luego con más exactitud, se los ha completado, desarrollado y refundido; pero siempre considerando los rasgos capitales de la teoría marxista del movimiento social.

¿Dónde está ahora la importancia histórica a que se ha debido su enorme éxito? ¿Dónde está el secreto de que se hayan mantenido victoriosos durante más de medio siglo?

Antes de intentar una respuesta a estas preguntas, debo apresurarme a hacer una aclaración necesaria. Si repasamos las obras de Marx y Engels posteriores a 1842 ó sólo las publicadas después de 1847 hasta 1883 ó 1895, veremos que la herencia espiritual que nos han legado se presenta al pronto como un confuso amasijo de materiales ideológicos. Sólo quien sepa ahondar en las ideas y se tome el trabajo de compenetrarse con el pensamiento de un autor, podrá encontrar sentido e ilación en aquella serie de ideas sueltas. Un lector semejante podrá seguir el curso de algunas ideas fundamentales a través de las obras de Marx y Engels correspondientes a todo el período de su labor de publicistas, pero al mismo tiempo encontrará en las distintas bases de su obra total otras ideas secundarias que vienen a entrecruzarse y perturbar la unidad del sistema que sobre la base de aquellas otras ideas capitales hubieran podido elaborarse. La mayor parte de los que han acometido la empresa de exponer las doctrinas de Marx, sobre todo los burgueses, han incurrido en la falta de no hacer la distinción debido entre estos diversos elementos, y así no han podido hacer justicia a la importancia histórica de la teoría marxista.

Lo que aparece antes que todo como un hecho científico de primera fuerza en las obras de Marx es su concepto histórico del movimiento social y su definición de las relaciones entre los fenómenos y procesos de carácter *económico, social y político.* Marx aplica al movimiento social el concepto de la evolución. Antes de él hubo grandes pensadores que se preocuparon también de seguir el hilo del socialismo y del movimiento social a través de la Historia; pero ninguno supo descubrir y formularse estas relaciones históricas en forma tan clara, y sobre todo tan luminosa y eficaz como él lo hiciera. Que las revoluciones y movimientos políticos no vienen a ser otra cosa en el fondo que el

paso del Poder de unas a otras clases sociales, ya hubo también quien antes de Marx lo vislumbrara y lo dijera, pero ninguno lo hizo con la fuerza que él. Las transformaciones económicas le sirvieron de punto de partida para ilustrar el concepto de la formación y constante lucha de las clases sociales. La afirmación de que "no hay nunca movimiento político que no sea social al mismo tiempo", ya la había sentado él en *La miseria* antes de que apareciese el *Manifiesto Comunista*. Consecuencia de toda esta labor fue que el proletariado llegó a tener conciencia plena de sí mismo y aprendió a conocerse en su condicionalidad histórica.

Ahora bien; de esta concepción histórica se derivan para Marx y para el proletariado las líneas fundamentales del programa y de la táctica del movimiento social, que sólo son "expresiones generales de las condiciones efectivas de una actual lucha de clases", como ya había dicho en términos algo superficiales en el *Manifiesto Comunista*. Empleando un lenguaje más exacto, puede decirse que la teoría de Marx señala la relación entre lo que había empezado a formarse inconscientemente como ideal del proletariado y lo que en la realidad se observaba como resultado de la evolución económica. Pero el pensamiento capital, aplicado a la táctica, era que no podían hacerse *revoluciones*, pues éstas se hallan ligadas a ciertas condiciones económicas previas, y en cambio la lucha de clases en sus dos formas —la política, de que se ocupa principalmente el *Manifiesto Comunista*, y la económico-industrial, por la que también Marx había roto una lanza en *La miseria*— había de ser el arma que el proletariado debía utilizar para salvaguardar sus intereses dentro del proceso de transformación económica. Y así queda proclamado el principio que debe reconocer y adoptar todo movimiento socialista consciente de sí mismo. Socialismo como fin, y lucha de clases, como medio, dejaron de ser opiniones personales para convertirse en aspectos de su necesidad histórica.

Pero, ¿por qué el fin que aparece como ideal en todo movimiento proletario, ha de ser forzosamente el colectivismo democrático, es decir, la socialización de los instrumentos de producción sobre una base democrática? A esta pregunta trataremos de dar una respuesta adecuada con las consideraciones siguientes:

El movimiento social moderno pugna por alcanzar lo que se ha dado en llamar emancipación del proletariado. Pero esta emancipación tiene dos aspectos, ideal el uno y material el otro. Idealmente sólo puede considerarse emancipada una clase social cuando económicamente al menos ha logrado que se reconozca su independencia como tal clase, que sus individuos sean declarados sujetos económicos, y por lo que se refiere al proletariado, que se halla en dependencia económica respecto al capital, sólo habrá obtenido su emancipación cuando haya conseguido libertarse de esa dependencia. Podría admitirse hasta que el proletariado conservase a los patronos a título de encargados de dirigir la producción. Pero esta dirección no estaría ya en manos de los patronos, como lo está actualmente, sino en las del proletariado, que sería el verdadero dueño de la situación. En tanto no se logre este predominio, en una u otra forma, no se puede hablar de emancipación de la clase. No se puede hablar tampoco de ella mientras sigan subsistentes aquellas circunstancias que hoy, con arreglo al criterio de clase, se consideran como las causas mismas de su inferioridad social y que se derivan del sistema económico-capitalista.

Al adoptar el proletariado un bien concreto, no puede ser otro, con arreglo al criterio de clase, que combatir el sistema económico-capitalista. Ahora bien; se lo puede combatir de dos maneras: o reduciendo de nuevo a modestas proporciones las grandes formas económicas que surgieron a costa de la destrucción de las pequeñas que antes existían, de modo que vuelvan aquéllas a tomar un carácter artesano, lo cual significaría un retroceso del régimen capitalista en sentido burgués, o suprimiendo dicho régimen en la forma y dejando intacto el principio de la producción en gran escala, en cuyo caso la lucha contra el capitalismo se haría con objeto de socializar los instrumentos de producción e imprimir a ésta una organización comunista. En este dilema se halla condensada toda la cuestión. Si el proletariado no opta por combatir al capitalismo con esa tendencia reaccionaria hacia formas económicas más restringidas, no puede hacerlo para substituir a la actual organización capitalista con otra de carácter socialista. Hay más aún. El proletariado, como tal, sólo puede pronunciarse por esta última fórmula, pues por su esencia

misma se halla ligado a la producción en gran escala, de la que viene a ser lo que la sombra al cuerpo, toda vez que sólo nace y vive allí donde esta forma de producción impera. Puede decirse, por lo tanto, que la finalidad socialista del movimiento social, en sus líneas generales, se desprende necesariamente de la situación económica en que el proletariado se encuentra.

Hay que especificar bien que aludo aquí a la necesidad con que el ideal socialista surge y se impone al movimiento del proletariado, lo que no supone en modo alguno la forzosa realización de ese ideal.

Pero, ¿por qué ha de ser la lucha de clases el camino que deba conducir a la realización de ese ideal? Trataremos de responder con brevedad a esta pregunta. La sociedad moderna se nos aparece como un amasijo artificial de clases sociales, es decir, de aquellos grupos de personas cuya homogeneidad se deriva del interés que cada uno de ellos tiene dentro de un misma sistema económico. Creemos necesario establecer una distinción entre los hidalgos, como representantes del régimen feudal, y la burguesía, que representa el capitalismo; entre los representantes de una producción y reparto de los valores, basado en la organización artesana, la pequeña burguesía, y los modernos obreros asalariados, que forman el proletariado. En cada uno de estos grupos de intereses económicos tienen su representación especial los elementos *ideológicos* de la sociedad, es decir, burócratas, letrados, artistas, etcétera, que no intervienen en la vida económica y que, por su posición y procedencia, pertenecen a una u otra de las clases sociales.

La pertenencia a una clase social es un factor determinante que obra en dos sentidos: produce, en primer término, ese concepto especial que de la vida y del mundo se forma todo grupo de individuos cuyo pensar y cuyo sentir se hallan sujetos a la influencia de las mismas circunstancias extremas, que les imprimen cierta uniformidad, inspirándoles valoraciones e ideales idénticos. Y engendra también una determinada dirección de la voluntad en el sentido de defender el criterio representado por la clase y el interés económico de ésta, no menos que su valor social, produciendo lo que podemos llamar el interés de clases.

Pero, en primer término, lo que se desarrolla espontáneamente es la diferencia de clases, a la que el interés de clases viene a añadirse luego. Ahora bien: la representación de este interés de clases nos conduce, por doquiera, a un punto en que choca con otros intereses, ya que tenemos aquí la oposición de clases. No siempre, sin embargo, ocurre que la representación de un criterio de clase determinado vaya a chocar con los intereses de otra clase, y hasta puede ocurrir que temporalmente se establezca entre ellos cierta solidaridad, sólo que esta solidaridad ha de ser siempre pasajera. El interés del hidalgo puede chocar en un cierto punto con el del burgués, el del capitalista con el del proletario, el de los artesanos y mercaderes con el de la gran burguesía, pues cada uno de ellos aspira, por naturaleza, a su generalización y excluye a los demás, según dice este proverbio:

> El pueblo que uno gana, otro lo pierde;
> empuja el uno por que no le empujen.
> Surge la lucha y sólo triunfa el fuerte.

Aquí es donde verdaderamente podrían surgir las diferencias de opinión. Pero, ¿es que en realidad se debe llegar a la *lucha*? ¿No es de esperar que llegue un día en que por filantropía, por compasión, por participación en el bien común, o por otros motivos, renuncien espontáneamente las clases sociales a las prerrogativas que posean con mengua de las otras clases? Ambas proposiciones son igualmente susceptibles de *demostración* científica, pues, en suma, las últimas razones que impulsan a los individuos a adoptar una resolución laten en lo profundo de las convicciones personales. Pero lo que siempre comprueba, aunque sea en parte, la exactitud del criterio adoptado por Marx, es la circunstancia de que la Historia no nos muestre ejemplo alguno de que una clase social cualquiera haya renunciado espontáneamente a sus prerrogativas, con lo que quiero decir que no costaría trabajo encontrar en la realidad una demostración negativa para aquellos casos que se nos pudieran citar a este propósito. La Historia nos presenta numerosos ejemplos de reformas iniciadas por hombres de buena voluntad, burócratas ideológicos, pero que no tardaron en estrellarse contra el bloque de bronce del poderoso interés de clases, de la clase imperante amenazada. Se recuerda con fruición la noche del 4 de agosto de 1789 en Francia, pero se olvidan los centenares de palacios incendiados; se

cita la reforma agraria de Prusia, pero se calla no sólo la Revolución Francesa, sino también la declaración de 1816; se habla de las maravillas realizadas por el *espíritu social* en Inglaterra en pro de la elevación de la clase trabajadora, pero se deja en el silencio las sangrientas luchas del movimiento cartista; se trae a colación .... pero, ¿para qué nombrar ejemplos de esta índole? ¡Que se nos muestre siquiera un caso en toda la Historia, un caso tan sólo en que una clase social haya llegado contra sus propios intereses y por motivos altruistas a hacer concesiones de importancia fundamental! Personalidades eminentes, aisladas, sí las hay que han dado ejemplo de ello y lo dan cada día, no lo negamos; pero una clase entera, nunca. Y siendo esto así, no hay más remedio que aceptar la conclusión del gran realista: "sólo la fuerza triunfa". Y como último término de este encadenamiento de ideas, encontraremos primero la diferencia de clases; luego, el interés de clases; después, la oposición de clases, y por último, la lucha de clases.

Cuando se adquiere la conciencia de que las doctrinas marxistas son la expresión de la necesidad histórica y que vienen a revelar cosas accesibles y comprensibles, se explica uno que haya sido la piedra sobre que se edificó la iglesia del movimiento social. Y se lo explica uno, sobre todo cuando tiene en cuenta que la teoría marxista es tan amplia que puede recibir en su seno las corrientes más distintas. Y es que Marx no ha trazado ningún programa definido, ninguna imagen clara del porvenir sobre las reivindicaciones socialistas, ni descrito al por menor la lucha de clases. Y esto le ha permitido ser un mero teórico del movimiento social. Sus aforismos vinieron a constituir una especie de amplio manto en el que podían cobijarse todos los programas. Esto fue todo lo que dio al proletariado; pero sólo con ello diole lo más importante: la conciencia de sí mismo y la confianza en su propia fuerza, la fe en sí mismo y en el porvenir. Por eso ahogó todos los ideales en el ideal puramente formalista de la pertenencia a una clase: "Los proletarios no tienen nada que perder sino sus cadenas, y tienen que ganar un mundo. ¡Proletarios de todos los países, uníos!" Pero nótese bien: los proletarios nada más, y esto es precisamente lo que cada vez consolida con mayor firmeza el movimiento social, ilustrándole sobre sus fines.

La orientación clara del socialismo hacia la clase social del proletariado, como Marx se la imprimiera, no es la última de las razones que han asegurado a las teorías marxistas el triunfo sobre las demás. Gracias a ella desaparecieron las fluctuaciones características de la mayor parte de los sistemas socialistas; y no es ya el *pueblo*, la *gente pobre* ni otra entidad igualmente vaga la que se hace portavoz del movimiento social, el que asume y encarna la representación de ese movimiento, sino que es un grupo social bien definido y de intereses comunes: el proletariado, en el sentido de una clase social determinada.

Nótese bien que todo lo dicho se refiere únicamente a las ideas fundamentales de la teoría marxista, y en modo alguno a su totalidad. Muchas de las ideas allí condensadas, como más adelante veremos, son insostenibles y ha habido que arrojarlas por la borda. Pero a éstas no nos referimos. Sólo hemos tratado de poner de manifiesto la riqueza eterna, como yo la llamo, la herencia inalienable que Marx ha legado al proletariado militante y su extraordinaria importancia para el movimiento social moderno.

Pero al mismo tiempo se comprenderá también con cuánta razón relaciono a Carlos Marx con la gran corriente histórico-realista que desde principios del siglo XIX empezó a minar los cimientos de las teorías racionales, sociales e históricas. La concepción fundamental que engendró las doctrinas marxistas era tan opuesta como la de los fundadores de la nueva filosofía a aquella que constituía la base del racionalismo histórico-social; la creencia en la bondad innata de los hombres había cedido el puesto a la convicción de que el hombre obra preferentemente bajo el impulso de móviles egoístas, que nada tienen de *nobles*, y de que a pesar de toda su cultura y de todos sus *progresos*, lleva dentro de sí la *bestia humana*. Y como de esta premisa había que sacar la conclusión de que para obtener algo en el mundo se debe apelar ante todo al *interés*, pensaba Marx, con plena lógica, que cuando se trata de *emancipar* una clase como el proletariado, no se debe combatir con el *amor eterno* al interés de la clase capitalista, sino que hay que oponer a esta potencia otra, basada en el interés. Esta consideración es la que, en último término, conduce a establecer en la teoría y en la práctica la lucha de clases. La lucha fue la solución preconizada por esa

ruda generación de proletarios de mediados del siglo XIX, que proclamara, no la paz, ni la reconciliación, ni la fraternidad universal, sino la lucha escueta. Aunque esta lucha no fuese la revolución en las calles, no por eso dejaba de ser lucha. Pero en ella debía forjarse esa generación de hombres que había de estar capacitada para implantar un régimen social más elevado que el sistema capitalista y en él desarrollar su existencia.

También quedaba condensado en estos rasgos generales aquel otro principio fundamental del nuevo concepto social e histórico según el cual el régimen social imperante (o que debe imperar) no depende de la decisión arbitraria de los individuos (aunque sea todo lo *racional* que se quiera), sino que se halla ligado a ciertas condiciones históricas, siendo sólo la expresión externa de la esencia efectiva de las cosas. Y esto era precisamente lo que Marx enunciara al decir que la evolución capitalista trae consigo las condiciones que han de hacer posible la instauración de una sociedad comunista. Esta no ha de venir porque sea la mejor ni la más racional, sino por ser la que más se acomode a las condiciones de la vida humana, en evolución constante. Los ideales socialistas son utopías inútiles, en tanto que no pasan de ser la obra arbitraria del cerebro de un soñador. Sólo cobran apariencias de vida cuando se adaptan a las relaciones económicas determinadas que las engendraron. La realización de lo bueno y de lo hermoso se halla encerrada en el arca de la necesidad económica. "Las ideas son objeto de censuras mientras se diferencian de los intereses", dijo ya en la *Sagrada familia* (1845). Pero las condiciones económicas e históricas creadas por el régimen de capitalismo y proletariado no son de tal naturaleza (según Marx) que el ideal de reivindicación proletaria tenga apariencias de realización inmediata.

En resumen, lo que constituye la importancia histórica de las teorías marxistas con respecto al movimiento social, es que mientras Marx le asignaba como finalidad la socialización de los medios de producción, trazando para ello el camino de la lucha de clases, establecía al par los dos pilares sobre los que debía asentarse el movimiento social. Esto era bastante para infundir a aquel movimiento una consciente unidad, pero no lo era para cohibir el desarrollo de las particularidades nacionales y de otra índole. Situado el movimiento social en la corriente de la evolución histórica, coincidía teóricamente con los factores determinantes de la Historia. Asentaba aquel movimiento sobre las verdaderas condiciones económicas y sobre la psicología humana; establecía su determinismo económico y psicológico, y se erigía en fundador del socialismo histórico por su oposición al racional o realista y por su contraste con el socialismo utópico.

CAPITULO IV

LA CRITICA DEL MARXISMO

Observación preliminar

Al hablar del *marxismo*, nos referimos, no sólo a las ideas fundamentales del socialismo marxista, esbozadas en el capítulo anterior, sino también y especialmente al concepto materialista de la Historia, que va unido generalmente al nombre de Marx y a la teoría de la evolución capitalista, obra exclusiva de Marx y de Engels.

Todas ellas fueron objeto, por parte de la generación pasada, de una crítica fundamental, en gran parte negativa, que no debemos pasar en silencio.

La *crítica del marxismo* tiene un carácter impersonal, es decir, no va unida a ningún nombre, circunstancia que se compagina bien con su carácter negativo. Acaso no sea inexacta la reciente frase de un escritor inglés: "La primera crítica hostil que produjo alguna impresión en los partidarios de esta obra (la de Marx) la hizo el tiempo". Porque, efectivamente, acá y allá han ido desprendiéndose piedras sueltas del edificio marxista. Una camada de topos, tanto burgueses como socialistas, ha ido minando sus cimientos, hasta que una noche, y sin sentir, ha concluido por desplomarse súbitamente, sin ruido, como el *Campanile* de Venecia. Me propongo exponer esta labor crítica de zapa, dando un espíritu de unidad a sus distintos períodos, si bien habré de limitarme a indicaciones sucintas, por no permitir otra extensión la índole de esta obra. Afortunadamente, sólo necesito contraer mis observaciones a una parte de la teoría marxista, y es la que se refiere al socialismo, bien por contenerse en ella la teoría del movimiento social, bien por tener con éste una relación cualquiera, mediata o inmediata.

I. *Las contradicciones de la teoría marxista*

Al publicar hace once años la primera edición de esta obra y designar en ella, según he hecho en el capítulo anterior, a Marx y Engels como fundadores del socialismo realista o histórico, añadía estas observaciones:

"No hay duda alguna: Marx y Engels, cuyos nombres deben ir siempre unidos", aparecen a los ojos del vulgo con un aspecto esencialmente distinto del que he intentado darles. Hay numerosos *accidentes* de los cuales ya hablé y de los que se ha trazado un cuadro completamente falso. Permítaseme que insista aún sobre este punto.

La opinión general no ve en esos hombres sino la antítesis de los realistas político-sociales, algo así como los padres del pensamiento revolucionario. Pero, ¿el que haya ojeado las obras de uno y otro no sacará de su lectura esta creencia? Allí se habla de ruido de cadenas que es preciso quebrar, de revoluciones que hay que acometer, de combates sangrientos, de muerte y exterminio. ¿Y cuál es en el fondo la realidad? Ya lo dijo una vez el mismo Marx: "Yo no soy marxista", aunque al decir esto daba a la frase otro sentido que si yo dijese: Marx y Engels no se han conducido nunca como verdaderos marxistas ni en sus doctrinas ni en su vida.

En sus teorías se encuentran pasajes que pugnan con las ideas fundamentales sustentadas en ellas y que sólo pueden explicarse por el velo con que la pasión revolucionaria cegó los ojos, tan perspicaces otras veces.

Al hablar así, me remito, por ejemplo, a la creencia completamente infundada que podría llamarse la caída de la humanidad por la introducción de la propiedad privada, que debe marcar una era inicial para la Historia y para las fuerzas que la determinan. Y es indudable que, maravillado, el lector se pre-

gunte: "¿Qué causas han traído entonces la propiedad privada?" Y pienso también en esa hipótesis de que una vez establecido el socialismo, la humanidad ha de entrar en un mundo de paz y en otras cosas análogas. Por doquiera vemos deslizarse en el nuevo edificio mental los antiguos sueños del paraíso perdido y del paraíso recuperado, la creencia en un estado primitivo de dicha y bienandanza.

Y lo mismo que en su obra fueron ambos en la vida corriente. También allí sale a escena a cada momento el antiguo Adán revolucionario y les juega una mala pasada. A partir del año 1845, se dieron a soñar en revoluciones; revoluciones legítimas y justas, en verdad, cuya inminencia predecían. Esto era el reflejo de un juicio equivocado de la realidad, de una apreciación errónea de las condiciones políticas, económicas y sociales, y al mismo tiempo un avance hacia el porvenir, que equivalía a una flagrante contradicción con el supremo principio de que las *revoluciones* no se hacen.

Tales contradicciones tienen fácil explicación desde el punto de vista filosófico. Tanto Marx como Engels representaron toda su vida, con el intelecto y la fría reflexión, aquel realismo que nosotros hemos extraído de su filosofía y que constituye su médula. Pero no hay que olvidar que habían concebido sus teorías entre el fragor de las revoluciones; que eran la representación de aquellas almas fogosas e inconstantes que para atizar el fuego en Europa se habían pasado la vida corriendo de un sitio a otro como nómadas. Hay que tener en cuenta la gran cantidad de odio y de ira que debió acumularse en los corazones de estos hombres errantes que en toda su vida sólo recibieron de sus poderosos adversarios burlas, desprecios y persecuciones. Considérese, por último, qué cantidad de sobrenatural paciencia e imperio de sí mismo debían tener para no echar la zarpa a sus odiados adversarios siempre que la ocasión les fuese propicia. Cuando este rencor de largos años ciega a los antiguos héroes de la revolución, cuando la ira se les sube a la garganta, pierden el sentido de la realidad y la antigua pasión revolucionaria que hay en ellos se impone a todo. Pero a pesar de esto, procedo con completa lógica al considerar al *marxismo* como un realismo político-social, pues así lo confirman los principios esenciales

formulados por sus fundadores, en distintos períodos de su azarosa existencia. Entrambos, no obstante sus pasajeras ofuscaciones, sostuvieron siempre el principio de una ilustrada oposición al revolucionarismo creciente, al *putchismo,* siempre que tuvieron que ocuparse de él. La lucha con el partdo Willich-Schapper en 1850, la guerra hecha a Bakunin en la Internacional, de que más adelante hablaremos, las declaraciones contra los anarquistas, la polémica con Duehring, la separación de los *jóvenes*, todos estos hechos no tendieron más que a asegurar el triunfo del principio evolucionista en el seno del movimiento social. Y razones psicológicas, como las que antes adujimos, podrían explicarnos fácilmente también cómo en estas incidencias de su vida se mostraron fieles paladines de sus verdaderas convicciones.

Tal afirmación mía de que en Marx y en Engels había dos naturalezas, dos conceptos del progreso social, que pugnaban por imponerse la una a la otra, ha sido considerada por muchos como una difamación de su memoria y me ha valido excomuniones y anatemas.

Al repasar hoy lo que antaño escribiera, se me ocurren dudas sobre la solidez de aquel juicio mío, según el cual Marx y Engels fueron siempre, por su esencia interna, constantes partidarios del criterio realista, y de las expresiones de un criterio opuesto, que como pasajeros deslices, abundan en sus obras.

Con más exactitud acaso se podría admitir que entrambos (y quizá únicamente Engels), en el transcurso de su vida, por efecto de sus experiencias prácticas, sólo llegaron a ser partidarios convencidos de aquel principio fundamental que ya en su juventud, casi inconscientemente, habían proclamado. Esta última hipótesis la abonan, por lo menos, las confesiones que Federico Engels, ya en el ocaso de su vida, consignara en aquella especie de testamento político que puso como introducción a su obra *Lucha de clases en Francia,* y que, más o menos, venían a decir lo siguiente:

"La Historia nos ha enseñado a nosotros, y a todos los que como nosotros pensaban (es decir, los que en 1848 creían inminente el triunfo del proletariado) que nos equivocábamos al discurrir así. La realidad ha venido a demostrar que el estado de la evolución económica en el continente distaba mucho de ser

propicio para la lucha contra la producción capitalista. Y lo ha demostrado por la revolución económica que desde 1848 se hizo sentir en todo el continente, por efecto de la cual arraigó la industria en Francia, Austria-Hungría, Polonia y recientemente en Rusia, y que ha hecho de Alemania un país industrial de primera clase, todo sobre el principio fundamental del capitalismo, que aún no se había extendido gran cosa por aquella época. Existe hoy un gran ejército internacional de socialistas, que con incoercible impulso progresa y crece cada día en número, organización, disciplina, unión y cultura. El hecho de que este poderoso ejército del proletariado no haya conseguido siempre su objeto, demuestra que no está capacitado todavía para obtener la victoria en una gran batalla, que ha de contentarse con ir ocupando lentamente posiciones avanzadas, afrontando una lucha ruda y fatigosa, y es asimismo una prueba concluyente de cuán imposible tenía que ser en 1848 derrocar, por una simple sorpresa, todo el régimen social imperante... El tiempo de las sorpresas, de las revoluciones operadas por minorías insignificantes puestas a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado a la historia. Cuando se trata de acometer un cambio completo de la organización social, es preciso que las masas hayan empezado por comprender el fin que se persigue y adónde se las lleva. Esta ha sido la enseñanza histórica de los últimos diez lustros. Para que las masas comprendan lo que es preciso hacer, se necesita una labor larga y continua, y esta labor es la que ahora realizamos nosotros con un éxito que desespera a nuestros enemigos. La Historia tiene sorprendentes ironías. Nosotros, los *revolucionarios,* los *derrocadores,* obtenemos ahora mayor fruto por los medios legales que antes apelando a los medios ilícitos y a la revolución. Los partidos de orden, como a sí mismos se apellidan, marchan hacia el abismo en el estado de cosas que ellos mismos crearan. Llenos de desesperada cólera, exclaman, por boca de Odilon Barrot: "*La legalidad nos mata*", mientras nosotros, dentro de esta legalidad, echamos músculos sólidos y rosado color, y tenemos todo el aspecto de una salud indestructible".

Pero la opinión que Marx y Engels hayan merecido a los demás no nos interesa en el fondo. Lo que nos interesa a noso-

tros es saber si entre las distintas ideas que hay esparcidas en las obras de entrambos existen contradicciones materiales que pugnen con su fundamental concepto del progreso social. Y esto es lo que ocurre, sin duda alguna.

Al reproducir los anteriores párrafos de la primera edición de esta obra, he hecho ya resaltar algunas de esas contradicciones. Aquí quiero llamar la atención sobre otra, que acaso sea la de mayor importancia práctica: me refiero a la teoría de la *dictadura del proletariado,* que aun hoy parecen no haber abandonado austeros ortodoxos. Dicha teoría formula la idea de que el tránsito de la sociedad capitalista a otra comunista deberá operarse por un acto de fuerza que permita al proletariado apoderarse del Poder y decretar y hacer cumplir aquellas leyes y medidas que han de servir de fundamento al nuevo orden social. Aquí vemos aparecer de nuevo la antigua creencia racionalista utópica, en su variedad revolucionaria, que consiste en suponer que el nuevo orden de cosas se encuentra ya en sazón y sólo necesita de alguien que lo empuje para convertirse en realidad. Sólo reconociéndole este concepto de las cosas resulta comprensible que Marx tomara en serio la revolución comunista de 1871 —la más insensata e inútil de todas— y que pudiese creer que la *Commune* de París "habría de ser palanca" que derrocase los cimientos económicos que sostienen el orden y el predominio de las clases en un país en que apenas si se manifestaron los primeros indicios de una socialización de la producción, en que ni siquiera una condición subjetiva del nuevo orden de cosas se había cumplido.

Ya he dicho que la teoría de la *dictadura del proletariado* pertenece a Robespierre, en cuyo cerebro podía tener algún sentido, puesto que lo que Robespierre quería era, esencialmente, una revolución jurídica formal. Cambiar por medio de actos de fuerza la constitución legal de un país, es cosa que cabe en lo posible; pero pretender que estos actos de fuerza sean capaces de fundamentar un régimen social nuevo, equivale a ponerse en contradicción con los conceptos histórico y realista, que prueban que un cambio tan fundamental debe operarse lentamente en el seno del antiguo régimen que se pretende suplantar. El error proviene de la ambigüedad de la palabra *revolución.* La verda-

dera *revolución* es siempre de carácter político, y naturalmente, puede *hacérsela*. Pero esa palabra es impropia para designar la transformación social que ha de sustituir por un régimen comunista el régimen social basado en el capitalismo. Así como ninguna empresa capitalista debe su existencia a un cambio violento del régimen constituido, así como todas las *revoluciones* históricas no han ejercido hasta hoy la menor influencia sobre la marcha del progreso social [1], lo mismo ocurriría con la futura *revolución* que se hiciese para implantar el socialismo.

Habría que admitir que se daría el caso, en absoluto inverosímil, de que estuviesen ya cumplidas todas las condiciones de esta sociedad nueva y que el gobierno pasase a las manos de una escogida minoría política interesada en derribarlo. Entonces se habría operado un cambio político, puramente negativo de las formas externas del Estado, y la *dictadura del proletariado*, con facultades positivas, seguiría siendo una fórmula desprovista de sentido.

La poca viabilidad de esta teoría salta a la vista cuando se fija la atención en lo que ocurre en países cuya constitución política es de una austera democracia, como Suiza o los Estados Unidos. ¿Qué papel podría caberle en estas naciones a una *dictadura del proletariado*, que equivaldría entonces a una lucha política contra la democracia?

Por más vueltas que le demos, la teoría de semejante dictadura es incompatible con un concepto histórico-realista, y representa un cuerpo extraño que procede de un mundo mental totalmente aparte. El que Marx durante tanto tiempo —no puedo decir cuánto— haya acariciado tal teoría, es una prueba más de la exactitud con que antes dije que en las doctrinas marxistas hay elementos heterogéneos que todos los sofistas del mundo no podrían conciliar.

II. *La teoría de la evolución capitalista*

De la exposición que he hecho de las ideas fundamentales

[1] Lo único que la más importante de todas, la Revolución Francesa, cambió en el terreno económico; la repartición del terreno y del suelo era una medida contraria al progreso capitalista.

de la doctrina social marxista, ha podido deducir ya el lector que para la actual época histórica, para la era capitalista, había forjado Marx una teoría especial, evolutiva, encaminada a justificar las reivindicaciones socialistas. Y esto lo había hecho con dos miras: primero, para demostrar que por efecto de las mismas leyes inmanentes del sistema económico-capitalista marchaba este *fatalmente* a la ruina, y en segundo término para probar que la muerte del capitalismo debía coincidir con el advenimiento de las condiciones necesarias para la instauración de la sociedad comunista. Ambas tesis, prescindiendo de las antiguas fórmulas hegelianas, "Negación de la negación', y tantas otras en que va envuelta la doctrina anarquista, pero que no hacen más que dificultar su comprensión, sin añadirle nada substancial (y perdone el lector si encuentra repeticiones en los conceptos que voy a transcribir), las demostraba él en la forma siguiente: en el seno de la organización capitalista se producen contradicciones, y a consecuencia de ellas trastornos que perturban el proceso de la evolución económica. Contradicciones entre la socialización creciente de los medios de producción (diferenciación e integración de las distintas industrias, entre sí; engrandecimiento progresivo de las industrias productoras a consecuencia de la continua absorción de las pequeñas por las grandes), y creciente desarrollo de las fuerzas productoras (es decir, de la potencia industrial) y de la dirección industrial privada de la poducción (es decir, que constinúa en manos de los patronos capitalistas), así como de la distribución de los valores producidos (cuyas mayores cantidades corresponden a la clase capitalista). Esta contradicción, siempre más flagrante, tiene su expresión en las dolencias periódicas, más graves cada vez, que aquejan al capitalismo y que se llaman crisis mercantiles.

"Desde hace muchos años, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la sublevación de las fuerzas productivas modernas contra las condiciones de la moderna producción y contra las condiciones de la propiedad que determinan y facilitan la subsistencia y el predominio de la burguesía. Basta recordar las crisis mercantiles que en sus retornos periódicos amenazan, cada vez más apremiantes, la vida de toda la sociedad burguesa. Estas crisis mercantiles suponen siempre el

aniquilamiento periódico, no sólo de una gran parte de los productos elaborados, sino también de las fuerzas productoras ya creadas.

"Esas crisis constituyen una epidemia social que hubiera parecido absurda a las generaciones precedentes: la epidemia de la producción excesiva. La sociedad se encuentra retrotraída de pronto a un estado de momentánea barbarie; parece como si el hambre o una general guerra de exterminio hubiera consumido todos sus medios de existencia; la industria y el comercio parecen aniquilados; ¿y todo ello a qué es debido? Pues precisamente a que hay en la sociedad plétora de civilización, de medios de vida, exceso de industria y de comercio. Las fuerzas productoras de que aquélla dispone, no responden ya a las condiciones de la propiedad burguesa; antes al contrario, se han hecho superiores a ellas estando como cohibidas dentro de ese círculo; y tan pronto como logran arrollar este obstáculo, arrastran a toda la sociedad al desorden y ponen en peligro la vida de la propiedad burguesa. Las condiciones que impuso la burguesía se han hecho demasiado estrechas para abarcar la riqueza que se produce". Así se expresaba Marx en el *Manifiesto Comunista,* y así casi literalmente volvió a expresarse en el *Anti-Dühring.*

La contradicción interna de la industria capitalista se manifiesta también en el conflicto cada día más grave entre la burguesía y el proletariado, las dos clases sociales que sirven de sostén a este sistema económico.

La burguesía (a consecuencia de la *centralización del capital*) va estando representada por un número cada vez menor de capitalistas, "que usurpan y monopolizan todas las fases de este proceso de transformación". El proletariado lo representa una masa cada vez mayor de desheredados, que de día en día se hunden más en la miseria. "Con el número cada vez menor de los magnates del capital, crece la masa de los miserables, de los oprimidos, de los siervos, de los degenerados y de los explotados" *(El capital).* "El obrero moderno, en vez de irse elevando con los progresos de la industria, va estando cada día en un nivel más bajo, por efecto de las condiciones de su propia clase. El trabajador llega a degenerar en mendigo, y el pauperismo se desarrolla más rápidamente que la repoblación y la riqueza. Re-

seguir siendo la clase predominante que imponga como ley a toda la sociedad las condiciones que favorecen su propia existencia. salta claramente de esto que la burguesía está incapacitada para La burguesía está incapacitada para gobernar, porque ni siquiera puede asegurar la vida a los esclavos dentro de la esclavitud; porque les deja hundirse en una situación en que ella había de facilitarles sustento en vez de nutrirse a sus expensas. La sociedad no puede ya vivir bajo su dominio, es decir, su vida no es ya compatible con la sociedad" *(Manifiesto Comunista).* Esta miseria engendra la revolución: el proletariado se revuelve contra la clase dominante, porque el mismo "mecanismo del proceso capitalista" se ha encargado de "educarle, de reunirle y de imprimirle organización". "La hora final de la propiedad capitalista está sonando. Los expropiadores van a ser expropiados a su vez" *(El capital).* "La sociedad toma posesión franca y abiertamente de las fuerzas productoras incapaces de seguir otra dirección que la suya" *(Anti-Dühring),* resolviéndose así la antinomia latente en el sistema económico-capitalista. Esta expropiación, y con ella la instauración de un nuevo régimen económico, son posibles porque el mismo régimen capitalista ha ido llenando todas las condiciones previas: "la forma cooperativa del trabajo, desarrollándose por grados directores siempre crecientes, el empleo técnico consciente de la ciencia, la explotación del suelo hecha con arreglo a planes meditados, la aplicación exclusiva de los instrumentos del trabajo a la labor en común, la economía en todos los medios de producción en una labor social combinada, la absorción de todos los pueblos en las redes del mercado mundial" *(El capital).* "Actualmente, la transformación de los grandes establecimientos mercantiles e industriales, las compañías por acciones y la propiedad del Estado, demuestran que la burguesía no es indispensable" para "la administración de las modernas fuerzas productoras" *(Anti-Dühring).* En esta *teoría de la evolución* va incluida toda una serie de otras teorías sueltas.

Conviene, pues, analizar por separado cada una de estas últimas, para ver si son *exactas,* es decir, si concuerdan con la realidad. Se puede empezar con cualquiera de ellas, pero lo haremos por aquellos elementos de la teoría marxista que hasta hoy pa-

recieron más sólidos. Me refiero a las teorías de la concentración y socialización, que tienen entre sí una relación estrechísima.

1º. *La teoría de la concentración* la tomó Marx de Luis Blanc, que ya trazó sus líneas generales, completándola aquél con una multitud de detalles ingeniosos e infundiéndole una vitalidad mayor. Consiste esta teoría en suponer que dentro del régimen actual, y bajo la presión de la concurrencia, la iniciativa capitalista empieza por desterrar las antiguas formas de producción, anteriores al advenimiento del capitalismo, *absorbiendo* a los pequeños productores independientes, pero que luego en un círculo más amplio *un capitalista mata a muchos,* y "muchos capitalistas son expropiados por unos cuantos", es decir, que las grandes empresas triunfan de las pequeñas, pero a su vez son vencidas por otras más grandes. De este modo la evolución económica tiende a asegurar la hegemonía de los organismos económicos más vastos.

Esta teoría es exacta en sus líneas generales.

La realidad ha comprobado de tal modo la plena exactitud de esta anticipación de entrambos pensadores, que Luis Blanc y Carlos Marx merecen por ello una admiración profunda. Sabido es cómo durante los últimos veinte años se ha operado una concentración del capital por medio de los *kartell* y de los *trusts,* formas que Marx no llegó a conocer, y que superan a los sueños marxistas más audaces. En los Estados Unidos es donde especialmente se han desarrollado estas empresas gigantes. Según la última estadística, existen allí actualmente reunidas en unos cuantos sindicatos 8.664 empresas que antes actuaban independientemente y que suponen un capital de 20.000 millones de dólares (unos 85.000 millones de marcos). De esta suma corresponden 2.663 millones de dólares a sólo siete *grandes sindicatos industriales,* en los que hay englobados 1.528 establecimientos que antes eran independientes, y 9.017 millones de dólares a seis grandes empresas ferroviarias.

Esto no obstante, la teoría marxista de la concentración necesita algunas restricciones para acomodarse al estado actual de la ciencia.

En primer término, Marx ha exagerado indudablemente el

compás a que ajusta su marcha esta concentración de capitales. Ni la absorción de las formas industriales anteriores al capitalismo se realiza con la rapidez que él suponía, ni es tan general el progreso de las grandes empresas, aun en aquellas esferas de la producción donde predomina una tendencia en este sentido. Hoy mismo, según la última estadística, hay en Alemania 5.353.576 personas ocupadas en pequeñas industrias, que exigen la colaboración de 1'5 individuos, excluyendo a los obreros del campo. Mientras que la *industria total* sólo ocupa unos 14.000.000 de hombres, las pequeñas industrias entretienen a casi la mitad de toda la población industrial y más de dos terceras partes en el comercio. El número de personas ocupadas en la pequeña industria ha aumentado, de 1882 a 1907, en un 25 %, y en un 100 % el de las personas dedicadas al comercio y al tráfico. La misma proporción se observa en los demás países.

Con razón se ha aceptado la fórmula, y yo mismo, en mi *Capitalismo moderno,* he tratado de demostrar su exactitud, de que estas *pequeñas industrias* no son otra cosa, muchas veces, sino empresas capitalistas. Pero aun cuando sea así, no dejan de representar una objeción seria a la teoría marxista. Lo mismo ocurre con el desarrollo de las empresas capitalistas. Su concentración se opera mucho más lentamente de lo que Marx creía. Es verdad que las grandes empresas se desarrollan con más rapidez que las medianas, y en parte también a sus expensas. Pero de la desaparición de estas empresas medianas es aún prematuro hablar. En 1907 daban ocupación a casi tantas personas (excluyendo los obreros rurales) como las grandes empresas, pudiendo calcularse en tres millones contra cinco la proporción entre el personal respectivo de entrambas. Y desde 1882 a 1907 habían aumentado esas empresas medias en un 160 por ciento, es decir, en la proporción de 2 a 3 respecto a la *gran industria* (230 %).

Por otra parte, la teoría de la concentración no es aplicable a la esfera de la producción agrícola. La estadística enseña que en las llanuras no existe la menor tendencia ni a suprimir las industrias rurales ni siquiera a ensanchar las propiedades; antes al contrario, lo que se observa es la tendencia opuesta, es decir, hacia el fraccionamiento de las unidades económicas. Así, en Alemania, por ejemplo, la participación de las pequeñas empre-

sas rurales (entre 5 y 20) en la superficie total del suelo ha aumentado, desde 1882 a 1907, en una pequeñez de 28,6 a 31,9 por ciento), la de los grandes labradores y colonos (20 por ciento y hasta más) ha disminuido en menos de 30,9 a 29,93 por ciento y de 25'6 a 23'6 por ciento. Se puede afirmar, en términos generales, que la repartición de la propiedad y la organización industrial han permanecido invariables, por lo que a la agricultura respecta. En los Estados Unidos, el país típico del capitalismo, donde ninguna tradición puede impedir el movimiento evolutivo donde impera el racionalismo hasta en la agricultura, la situación es la misma, con poca diferencia. También allí se observa más bien cierta tendencia hacia el fraccionamiento de las tierras. La superficie de terreno ocupada por una granja norteamericana en explotación era, por término medio, en los años de 1850 a 1900, de 61,5, 51,9, 53,7, 53,1, 57,4, 49,4, acres, respectivamente, cifras que no revelan el menor indicio de una tendencia favorable a la concentración.

Se ha dicho también, y en parte con razón, que los agricultores sólo son independientes en apariencia, siendo, en realidad, víctimas del capitalismo, que los explota bajo todas las formas: usura, capital mercantil, etcétera. Concedamos que así sea, pero tal explotación no es la concentración a que se refiere la teoría marxista. Representa un fenómeno tan definido, que no se presta a la menor ambigüedad; es un hecho indudable que no se observa en la esfera agrícola, al menos si se la toma en su acepción más estricta.

2º. *La teoría de la socialización* se halla en relación íntima con la que acabamos de exponer y comentar. Dicha teoría supone que el progreso del capitalismo ha de traer las condiciones para una organización socialista o comunista de la vida industrial (como Marx y Engels suelen decir con más frecuencia) y que en el seno del sistema industrial capitalista se están elaborando los elementos que han de integrar el sistema económico futuro. Esta teoría, de especial importancia para la fundamentación del criterio realista, es, en mi concepto, la más personal de todas cuantas formularan Marx y Engels, y sin duda alguna su idea fundamental es una de las más fecundas y felices con que se haya enriquecido la ciencia social en la última centuria. Desgraciada-

mente esta teoría no fue bien detallada por sus progenitores, que la esbozaron en observaciones incidentales, no siempre explícitas y con frecuencia falsas. Los pasajes principales en que dicha teoría se halla condensada, o mejor decir, difundida, ya los he mencionado. El lector podrá consultar también las siguientes referencias: *Manifiesto Comunista*, pássim, *El capital*, I⁴ 386, 592, III², 325, 331, 354, 420; *Miseria de la filosofía* (alemán), pág. 144; Engels, *Anti-Dühring* (segunda edición), 255: *Para el problema del hogar* (edición de 1887), 177. Los puntos esenciales de la teoría en cuestión, pueden resumirse en los siguientes párrafos:

La industria capitalista hace aumentar cada día, gracias a la racionalización del proceso productor, la abundancia del trabajo social, desarrollando las fuerzas productoras sociales. Esto "hace posible —por vez primera desde que la humanidad existe— el obtener, mediante una racional distribución del trabajo entre todos los miembros de la sociedad, no sólo aquellos recursos indispensables para satisfacer las necesidades de consumo de todos ellos y apartar un fondo de reserva, sino también para dejar a cada uno el tiempo necesario al cultivo de los elementos verdaderamente útiles de la cultura histórica, ciencia, arte, trato de gentes, arrancando así al monopolio de una clase imperante y convirtiendo en bien de la sociedad entera los beneficios de esa misma cultura. Y aquí estriba el punto decisivo. Tan pronto como la fuerza productora del trabajo humano llegó a alcanzar semejantes proporciones, dejó de estar justificada la existencia de una clase imperante. Este era, sin embargo, el argumento supremo en que se apoyaban los defensores de la diferencia de clases. Es preciso, decían, que haya una clase que no tenga que preocuparse de ganar el sustento diario y que disponga de tiempo que consagrar a los trabajos del espíritu. Esta afirmación, que hasta ahora tenían en su apoyo importantes razones históricas, ha sido desmentida por la revolución industrial de la última centuria".

Tales consideraciones, aunque algo exageradas, son en parte exactas y en parte también erróneas.

Es un hecho que la fuerza productora social ha experimentado un considerable incremento; pero no lo es que se haya

centuplicado, como supone Engels, sino que a lo más habría *quintuplicado* en el último siglo, gracias a una serie de circunstancias verdaderamente excepcionales. Según un cálculo expuesto en mi obra *Economía alemana en el siglo XIX*, la fuerza productora de esta nación debe haber aumentado en dicho siglo en la proporción de uno a tres. Claro está que no pueden hacerse afirmaciones rotundas en este terreno; pero desde luego sí se puede negar la centuplicación que Engels supone. El error en que muchos incurren al abordar estas cuestiones, es el erigir en regla general algunos casos particulares, como, por ejemplo, la perfección del proceso de hilandería u otro análogo. Lo que se observa generalmente cuando se estudia el aumento de nuestras fuerzas productoras, es que la satisfacción de las necesidades de nuestro consumo depende siempre de la fertilidad del suelo. Ahora bien; es muy problemático que la fuerza productora del trabajo agrícola haya aumentado, y si se ha operado tal aumento, habrá sido en proporción insignificante. Verdad es que, intensificando los cultivos, hemos elevado en un tres o cuatro por ciento la productividad de la tierra; pero no puede precisarse aún si tal incremento ha exigido gastos proporcionados a esa cifra, o si éstos han sido menores o acaso mayores. De que haya disminuido la población rural no puede deducirse (como lo hace Kautsky, por ejemplo) que haya aumentado la productividad del trabajo agrícola, pues no sabemos la suma extraordinaria de trabajo que, con la creciente intensidad, haya pasado de la esfera inmediata de la agricultura a la de la industria, en que se confeccionan ahora máquinas agrícolas, tubos de drenaje, abonos artificiales, etc. El aumento de riqueza de las naciones europeas durante la última generación se explica por el descubrimiento de nuevas tierras vírgenes. Tan pronto como se acabe este venero, lo que tan sólo es cuestión de tiempo, ese aumento de riqueza habrá de operarse con lentitud mucho mayor. Por más progresos técnicos que se realicen en la esfera de la industria y de los transportes, los términos de la cuestión serán los mismos mientras no nos emancipemos totalmente de los productos del suelo, en cuanto se refiere a nutrición, indumentaria y vivienda.

Hay que tener en cuenta también que todo aumento de fuerza productora representa solamente un pequeño aumento

en el bienestar de los individuos cuando la población aumenta de un modo tan incesante como en la última centuria. En los países europeos —Francia, Italia, Inglaterra, Austria-Hungría, Alemania, Rusia— así como en los Estados Unidos, había en 1800 una población de 153 millones de almas, mientras que en 1900 se contaban 398 millones.

Pero a pesar de todo, puede concederse que la gran masa, si se repartiese por modo uniforme la producción total y se aplicasen a ésta métodos aún más racionales, podría vivir con más holgura que hoy, y que acaso bastarían siete u ocho horas de trabajo diario para atender a las necesidades del consumo, contenidas dentro de límites modestos. Pero aun así, las conclusiones de Engels continuarían siendo problemáticas.

Es verdad que la creciente riqueza aumenta la cifra de los individuos que disponen de tiempo para consagrarse a otras tareas además de las profesionales, y de aquellos otros que, como artistas o escritores, pueden ejercer una actividad *productora*. Pero este hecho no tiene ninguna relación manifiesta con la cuestión de la viabilidad de un sistema económico o de una organización social. Ninguna clase llega a *predominar* porque sepa hacer versos o pintar cuadros ni porque tenga buenas maneras, así como tampoco es necesaria sus sustitución porque no sea indispensable para satisfacer las necesidades científicas o artísticas de la sociedad. El pensamiento ciertamente simpático expresado por Engels pertenece al ciclo mental del racionalismo ideológico.

¿O es que piensa Engels que todo el proceso industrial, gracias al desarrollo de las fuerzas productoras, se halla tan perfeccionado que no hay que preocuparse ya de él, que la sociedad puede dar de mano a las funciones económicas, y no es ya necesaria una cooperación profesional en las *artes sórdidas*?

¿Es que trata de darnos una nueva edición de la conocidísima historia de la lanzadera automática de Aristóteles, que hacía innecesarios los *esclavos*? Tales ideas abundan esparcidas en las obras de Marx y Engels, y han sido luego recogidas y desarrolladas por sus epígones. Hay sobre todo un pensamiento predilecto de Marx: que el perfeccionamiento de la maquinaria tiende

a sustituir las especialidades antiguas, capacitando a cada uno para entregarse al trabajo industrial de su predilección, sin haber adquirido nociones preliminares ni realizado ejercicios de práctica. Así se expresa (*El capital*, 386) cuando escribe: "Como el movimiento total de la fábrica no depende del trabajador, sino de la maquinaria, se puede arreglar el personal a cada instante sin que el trabajo sufra interrupción"; o (*La miseria*, 144): "Lo que caracteriza la distribución del trabajo en las fábricas económicas es su carencia de todo carácter especialista. Pero desde el momento que cesa todo desarrollo especial, se impone la necesidad de universalidades, se hace perceptible la tendencia hacia un desarrollo integral del individuo. La fábrica automática combate las especialidades y el idiotismo profesional". Tales afirmaciones tienen una réplica inmediata. El perfeccionamiento de la maquinaria no tiene como consecuencia forzosa la eliminacóin de las *especialidades*. Antes bien, hay muchas maquinarias cuyo manejo exige una instrucción profesional tan sólida como cualquier otro trabajo manual, y las hay también que requieren al menos una amplia acomodación corporal o mental del trabajador al mecanismo. Sólo los más diestros cajistas pueden manejar las máquinas componedoras y sólo a individuos de aptitudes extraordinarias pueden encomendarse las máquinas que se emplean para coser el calzado. Una gran máquina de vapor exige los cuidados de un montador instruido o de un ingeniero; la conducción de una locomotora sólo puede encomendarse a un *especialista* y las máquinas encuadernadoras requieren una destreza especial por parte de quienes las manejan. Así, pues, no hay (como más detalladamente he demostrado en mi *Capitalismo moderno*) tal tendencia a generalizar el automatismo ni el mecanismo de la producción fabril, porque siempre habrá funciones que hagan necesario su concurso.

Así, pues, no es aquí donde se ha de efectuar la realización de esas condiciones que, dentro del orden social constituido, han de facilitar la implantación de un régimen comunista. Pero tampoco la *transformación de los instrumentos de trabajo en instrumentos de trabajo utilizables en común*, ni la "absorción de todos los pueblos por el mercado mundial", responden a esas condiciones. Esta última tendencia, llamada evolutiva, dificulta,

más bien que otra cosa, la sustitución del régimen capitalista por otro socialista, y la otra tendencia que hemos señalado trae consigo en primer término una creciente indiferencia hacia la propiedad privada y una inclinación hacia el trabajo en común, entrambas muy plausibles, pero que no suponen su realización. Con todo ello, queda, pues, por demostrar que la evolución progresiva del capitalismo haya de facilitar su sustitución por una organización comunista.

No más afortunado ha sido Engels en sus teorías sobre las compañías por acciones, pues al considerarlas como prueba de que la organización capitalista no es indispensable, incurre en un error fundamental, tanto que parece imposible que hombre tan experto como Engels viniese a caer en él. ("Todas las funciones sociales del capitalista las realizan empleados retribuidos. El capitalista no ejercita ninguna actividad social, aparte la de cobrar sus rentas, cortar el cupón y realizar jugadas de Bolsa"). Pero la sociedad por acciones no se despoja de la función de empresa; lo que hace es confiarla a organismos remunerados que actúan por su parte ejerciendo una actividad puramente capitalista; la caza del lucro, el atisbo de coyunturas favorables para ello, todas esas funciones de especulación y cálculo se mantienen en los mismos términos. También se conservan inalterables la dependencia respecto al mercado, las oscilaciones en las ventas y en los precios, y por último, la incertidumbre acerca del éxito económico. Legítimo desdén merecieron a Marx y Engels las compañías productoras, y sin embargo, en ellas hubieran podido ver mejor que en las sociedades por acciones los indicios de una organización supercapitalista. La mera forma de la sociedad por acciones no supone el simple avance hacia una organización socialista, pero tampoco entraña el simple incremento de las unidades industriales.

Y sin embargo, se puede afirmar con fundamento que en el seno del capitalismo se elaboran las condiciones de una organización comunista, y que el mismo tiende a facilitar los medios para que se le sustituya.

Lo que hace falta es una adecuada elaboración de las condiciones del mercado. Estas condiciones deberían desarrollarse de tal modo que hiciesen posible la producción en gran escala,

sin riesgo de fluctuaciones incidentales. Las inseguridades de la producción deberían eliminarse mediante la fijación del consumo. La uniformidad y la mangnitud del consumo han de facilitar también una continua satisfacción de las necesidades del mismo consumo en gran escala. He aquí las condiciones previas para una producción comunista.

Estas condiciones se van satisfaciendo a medida que crece el consumo en el lugar donde se producen las mercancías. Satisfacción del consumo de gas, de electricidad, agua, etc., en las grandes ciudades. Desarrollo de las grandes instituciones de transporte a medida que los consumidores se unen para hacer sus compras en común o para elaborar mancomunados los artículos que consumen. Compañías agrícolas, ligas de consumidores, etc., a medida que industrias antes independientes se engloban en nuevas entidades industriales; empresas combinadas, sindicatos, etc. Pero esta actuación positiva de las ideas marxistas no está aquí en su sitio. Lo que por lo pronto queríamos demostrar es que la teoría de la socialización, tal como Marx y Engels la expusieron, es exacta en sus principios, y que sus autores sólo se equivocaron al aplicarla a casos particulares. Habían descubierto teóricamente un nuevo astro, pero éste no era el que ellos creían. Fue después cuando se descubrió, y los honores del descubrimiento corresponden a Leverrier y no a Galle.

Menos afortunados fueron aún los maestros en sus otras teorías, comprendidas en la de la evolución.

3º. *La teoría de la acumulación*, como yo la llamo, tiene su fundamento en la consabida afirmación de que el número de los magnates del capital va en disminución continua. Se ha demostrado que esto es falso y que lo contrario es cierto. Para probarlo me limitaré a copiar las cifras que ya apunté en mi *Economía alemana en el siglo XIX*. Como punto de partida se puede elegir el que se quiera: 10.000, 20.000, 100,000 marcos de renta. Siempre veremos, en último término, que las personas que tal renta disfrutan aumentan más rápidamente que cualquiera otra especie de rentistas. Y como precisamente tal aumento hállase relacionado en parte con el incremento de la renta que perciben, resulta que cada uno de ellos se mantiene, por término medio, en el mismo grado de riqueza. Tomemos por modelo la

opulencia de Hamburgo durante el período de su apogeo, comprendido entre 1895 y 1899. En 1895 había en dicha ciudad 3.443 personas con una renta de 10.000 a 25.000 marcos; en 1899 habían aumentado hasta 4.082. Aquellas personas cobraban entre todas 53,5 millones; estas últimas, 63,1 millones; aquéllas disfrutaban una renta media de 15.853 marcos, mientras la de éstas ascendía a 15.750 marcos. El número de hamburgueses cuya renta se elevaba de 25.000 a 50.000 marcos era en 1895 de 1.054 y en 1899 de 1.322; los primeros representaban un ingreso total de 36,9 millones de marcos, los segundos de 46,0 millones al año; en 1895 sólo 35.987 marcos; en 1899, 35.384 marcos. En 1895 había en Hamburgo 484 personas con una renta de 50.000 a 100.000 marcos; en 1899 el número de estas personas era de 585; la renta total de las primeras ascendía a 33,1 millones, la de las segundas a 40,4 millones. Renta media de 68.390 y 69.060 marcos. Por último, con más de 100.000 marcos de renta había en uno y otro año 250 y 311 personas, que representaban una renta total de 210.000 y 219.646 marcos por término medio. También podemos escoger como tipo las cifras de los millonarios berlineses: en todo Berlín sólo había seis millonarios en talers en 1854; en 1900 había ya 639. Antes había 23 millonarios de marcos, y ahora hay 1.323. Ninguna de estas estadísticas, por más vueltas que se les dé, acusa una "continua disminución del número de magnates del capital". Cuanto más próximo aparece el instante de la *quiebra* del capitalismo, tanto más aumenta el número de los *expropiadores*. La tarea de la *expropiación* va a resultar cada vez más difícil.

4º. *La teoría de la depauperación*, sin la cual la situación del proletariado, lejos de mejorar, tiende a empeorar más cada día, continúa subsistiendo en toda su integridad en los círculos tradicionales del marxismo. Dicha teoría se halla en contradicción abierta con los hechos, al menos si se atiende a la situación externa del proletariado, es decir, su tenor de vida. Difícil es apreciar cómo ha de influir sobre la "masa de la opresión, del servilismo y de la explotación" y si ésta aumenta o disminuye, pues todo ello depende en último término de las apreciaciones subjetivas del observador. Yo, personalmente, creo que en su aspecto ideal la *teoría* de la *depauperación* es exacta, sobre todo

porque al elevarse el nivel intelectual y moral del proletario, se le hacen aún más onerosas esas categorías de "opresión", "servilismo" y "explotación", que son de índole puramente psicológica e interna. Por eso cuando uno se limita, como lo ha hecho Kautsky, por ejemplo, a analizar esta teoría marxista en un sentido puramente psicológico-subjetivo, pocas objeciones pueden oponérsele, como no sea la de que Marx y Engels la entendían en otro sentido más real. Porque aquel famoso pasaje de *El capital* donde afirma que la "masa de la miseria y de la degeneración" va en aumento, y las palabras del *Manifiesto Comunista* que antes he transcripto, no dejan duda alguna sobre la intención realista que entrambos maestros dieron a su afirmación de que "la miseria se extiende". La situación de la masa obrera se va elevando en el transcurso de la evolución capitalista, casi seguramente con mayor lentitud que la de las clases superiores, pero se eleva al fin. Así se desprende de todas las investigaciones realizadas en los últimos años, no por escritores tendenciosos, sino por personalidades que no tienen interés alguno en ver las cosas a través de un prisma rosado.

Una información realizada en Francia por la Oficina del Trabajo puso de manifiesto que desde 1850 los salarios se han duplicado, ganando las mujeres 2,20 francos y los hombres cuatro en vez de 1,02 y 2,07 francos que constituían antes sus jornales respectivos. Los gastos de manutención han aumentado algo en este lapso, pero tal aumento puede calcularse a lo sumo en una cuarta parte.

Sidney Webb, socialista, resume en estos términos su juicio sobre la evolución de los trabajadores ingleses durante el período comprendido de 1837 a 1897. Los jornales se han duplicado. Los precios de los artículos de primera necesidad (exceptuando la carne y la leche) eran un poco más bajos en 1897 que en 1837. Sólo ha subido el alquiler de las viviendas. "Pero este encarecimiento de alquiler no iguala ni con mucho al aumento de jornal del trabajador instruido, y su salario semanal le permite vivir a él y a su familia con mayor suma de confort y de civilización que la que podían disfrutar sus abuelos". Webb opina también que tomado en absoluto el número de los que vivían miserablemente en Inglaterra en 1897 era mayor que en 1837, pero

menor si se le compara con la cifra de la población total. Esto no pasa de una presunción probable, pues el escritor socialista no pudo comprobar su exactitud por no existir en Inglaterra una estadística general de ingresos. El juicio de Webb está basado en las apreciaciones de Carlos Booth.

En Alemania se observa la misma proporción. Es indudable que el grueso de la masa obrera vive hoy *mejor*, es decir, con una mayor suma de bienestar que hace cincuenta o cien años, e indudable es también que el número de los pobres y paupérrimos disminuye con relación a la población total, al menos por lo que respecta al último decenio, bien que no pueda precisarse con certeza si tal número representa un aumento o una disminución absoluta. Así, pues, en Sajonia, las personas que tenían una renta de menos de 500 marcos representaban, en 1879, un 51'51 por ciento; en 1894, un 36,59 por ciento; en 1900, un 28,29 por ciento, y en 1912, un 18,4 únicamente. En Prusia había, en 1892, un 70,27 por ciento de la población con renta de menos de 900 marcos; en 1900, un 62,41 por ciento, y en 1914 se había reducido a un 36,7 por ciento.

Por último, es seguramente falsa también la hipótesis de que "el pauperismo aumenta más rápidamente que la población y la riqueza". En Inglaterra, el país clásico del capitalismo, como Marx lo llamaba, y en el que tenía puestos los ojos, el número de pobres ha ido en descenso, a pesar de no haber disminuido la asistencia benéfica: de 918.966 que era en los años de 1871 a 1875, ha descendido a 787.144 desde 1891 a 1895, y a 617.128 en el año 1914, de cuyas cifras se desprende que el tanto por ciento que al pauperismo corresponde en la población total ha descendido de 3,93 a 2,65 y 1,67 por ciento en el período de tiempo indicado. En los diez años precedentes a la guerra quedó estacionado el número absoluto de pobres en el Reino Unido, y por consiguiente, su participación porcentual en la población íntegra ha descendido, de 26,5 por ciento que era en 1905, a 20,3 por ciento en 1914. La protección a los pobres disminuyó, en el intervalo de 1870 a 1900, en Inglaterra y Gales, en la proporción de un 23 por ciento; en Londres, en un 19,95 por ciento, y en un 60,8 por ciento en el distrito de Whitechapel, la célebre sede de la miseria más negra.

5º. *La teoría de la quiebra.* – Según ella, la industria capitalista se está cavando su propia sepultura; las crisis mercantiles, cada vez más violentas, demuestran que el actual sistema industrial es incapaz de mantener su predominio. Estas crisis hay que considerarlas como quiebras periódicas de la sociedad burguesa, que han de concluir por llegar a un punto en que no haya salvación posible. Debo apresurarme a consignar que esta concepción técnica no ha sido aún desmentida por la ciencia. Las tentativas de Tugan-Baranowski para refutarla, fundándose en razones cuya exposición nos llevaría muy lejos, no acaban de satisfacerme. Y, sin embargo, son los únicos conatos que hasta ahora ha habido de oposición seria a la teoría marxista de las crisis mercantiles. En mi concepto, y sin entrar por ahora en demostraciones, las crisis periódicas que a Marx causaban tanta preocupación no son en modo alguno fenómenos inmanentes de la industria capitalista, sino complicaciones pasajeras debidas a períodos de plétora, también pasajeros. De la índole misma de la industria capitalista se derivan estados depresivos crónicos, como los observados desde 1875 a 1885, los cuales volverían a reproducirse si empezase a flaquear la producción de metales preciosos. Pero ni los síntomas morbosos agudos que decían Marx y Engels llegarán a manifestarse, ni la industria capitalista hará otra cosa entonces que prepararse un lecho cómodo donde reposar por tiempo indefinido. La experiencia ha demostrado ya que esas crisis estudiadas por Marx y Engels, es decir, aquellos estados depresivos que siguen a períodos de plétora, lejos de aumentar en intensidad lo que hacen es disminuir. Nunca ha sufrido la industria capitalista una crisis ni siquiera parecida a la que experimentó desde 1895 hasta fines del siglo. Y por el contrario, ninguna de esas crisis fue tan benigna como la que se hizo sentir en 1900 (la primera en veinticinco años). Las calamidades que Marx y Engels, fundados en su experiencia (crisis de 1836, 1847, 1857, 1873), se complacían en vaticinar, apenas se manifestaron entonces, pues hasta cabe dudar si el nombre de crisis (en la antigua acepción de la palabra) es aplicable a los *trastornos industriales* de los últimos años. Principalmente la perfecta organización de la alta banca contribuye hoy a alejar de la vida industrial esos males que antes formaban el séquito obligado de estas crisis.

III. *El triunfo del socialismo "científico"* . .

Al advertir que muchas de las teorías marxistas no se hallaban de acuerdo con la ciencia, y al percatarse de su *falsedad*, los socialistas creyentes, que habían sido marxistas, debieron sufrir graves conflictos psicológicos. Al principio trataron de ahogar las voces de la crítica, dando un sentido más amplio a las enseñanzas estrictas del maestro e interpretando artificiosamente aquellos pasajes de su obra que se presentaban a la controversia. Pero semejante recurso no les valió por mucho tiempo. Y al fin y al cabo, la verdad se impuso; y la verdad era que Marx se había equivocado en más de una ocasión. El marxista creyente llegó a encontrarse entonces en la misma situación que el cristiano ortodoxo, que ve socavados por las ciencias naturales los fundamentos de su Biblia. Ante él se alzaba esta interrogación: ¿deberé abandonar mis creencias, puesto que la ciencia las ha despojado de su ropaje, o deberé cerrar mis ojos a la luz de la ciencia para salvar mi fe? Ambos extremos hubieran equivalido a una renunciación superior a sus fuerzas. En aquel punto acudió a auxiliarle una revelación parecida a la que ha librado de dudas a tantos cristianos atormentados por las demostraciones de la ciencia. El creyente marxista se aferró a la idea de que había habido hasta entonces una lamentable confusión entre ciencia y fe, entre filosofía y ciencia. Y de ahí pasó a formular la teoría de que toda fe, tanto la política como la teológica, no necesitan apoyarse en ninguna verdad científica, y que la refutación de una teoría de esta índole no puede llegar hasta la hondura donde descansa el áncora firme de la fe, hasta lo más recóndito del corazón, donde el ideal tiene su asiento. El marxista comprendió que la fuerza del socialismo no podía residir en las tesis científicas de algunos hombres aislados, siquiera sean éstos de la talla de Marx y Engel, sino únicamente en la plenitud del sentimiento, en la voluntad de obrar, que eternamente se renueva ante la imperfección de este mundo al compararlo con las aspiraciones ideales de la humanidad.

Esta transición vino a marcar un nuevo período en la crítica del marxismo. Ya no se trataba de la simple defensa o refutación de determinada teoría –la teoría marxista de la evolución–,

sino de la duda acerca de la exactitud de todo el método marxista. Marx había querido oponer un socialismo *científico* al socialismo *utópico*, y ahora se caía en la cuenta de que no había logrado su objeto. La importancia histórica de la creación de Marx (en cuanto se relaciona con el socialismo) no estribaba en su carácter *científico*, sino en el hecho de haber asentado el movimiento social sobre las bases reales de la evolución histórica y del interés, lo que nada tenía de común con la ciencia. Pero la pretensión de demostrar con pruebas científicas la fatalidad del socialismo estaba condenada a un fracaso forzoso, porque no se podrá probar nunca con argumentos científicos la *exactitud* de una vindicación social, de una lucha por un nuevo régimen que aún no existe. El objeto exclusivo de la ciencia es la indagación de las relaciones causales del mundo empírico, y se saldría de la esfera de su competencia si pretendiese *demostrar*, no ya la *exactitud*, pero ni siquiera la necesidad de un estado futuro. Cierto que un esfuerzo práctico puede tener más garantía de éxito si emplea para sus fines los conocimientos científicos, pero tal esfuerzo no representa por sí mismo una noción científica. Y no es su grado de *verdad*, sino su *utilidad* y su *fuerza* lo que lo justifica. El *socialismo científico* entraña consigo mismo una contradicción, constituye algo así como una "herradura dorada". Lo que precisamente urgía era hacer una distinción fundamental entre ciencia y socialismo, condición indispensable para que ambos se pudieran apoyar nuevamente en sus derechos, para que la ciencia social y el socialismo pudiesen servir de fuerzas equivalentes.

Pero no pasaron de ahí los esfuerzos para la emancipación realizados por los jóvenes socialistas. Una vez despojado el credo socialista de su cópula antinatural con la ciencia, cumplía, como consecuencia lógica, llevar la misma distinción a toda la filosofía. La crítica del marxismo coincidió en este punto con los esfuerzos para separar unas de otras las ciencias naturales y la filosofía.

En ambos casos se trataba igualmente de contener las extralimitaciones de la ciencia, de demostrar que ésta se había entrometido en un terreno extraño al querer imponer al mundo de las creencias la misma norma general que al mundo de los valores.

Tratábase ante todo de salvar la fe religiosa de entre las garras de la ciencia. Pero la situación de los socialistas frente a los problemas religiosos era de otra índole. El socialismo moderno tuvo hasta no hace mucho un marcado carácter antirreligioso, circunstancia que puede explicarse por razones políticas. Para él, como para el proletario, religión e Iglesia, no eran cosas diferentes: veía a la Iglesia (al menos en los Estados del continente europeo) identificada por lo general con el sistema imperante, monárquico-capitalista, y el socialismo hacía extensivo su odio a las instituciones eclesiásticas y hasta al mismo Dios, que nada podía hacer desde el momento que los servidores de la Iglesia se constituían en defensores del capitalismo. Pero aparte de esta razón externa de irreligiosidad, otras causas íntimas y poderosas contribuían a alejar a los socialistas de la religión. Creían que como buenos socialistas debían defender a capa y espada la filosofía del maestro, y como resultado de la época en que se concibió, formaba parte muy principal de esta filosofía marxista la indiferencia frente a los problemas religiosos, por no decir la hostilidad hacia la religión. Ahora bien; como toda esta filosofía se acoge sin derecho al regazo de la ciencia, y ésta se propone como objeto las verdades objetivas, el *ateísmo* era considerado como una de esas verdades que no era lícito discutir, a menos de salirse del espíritu de la ciencia y del socialismo, compenetradas hasta el punto de formar una sola persona. Al libertar ahora a la filosofía de las cadenas de la ciencia que antes le agobiaban, también se hacía cambiar la situación del individuo frente a la cuestión religiosa. Se llegó a creer, y así se proclamó, que ciencia y religión, socialismo y religión, religión e Iglesia, eran cosas distintas entre sí, de modo que hoy sólo los socialistas incultos se permiten afirmaciones directas contra la religión. Y he aquí cómo, mediante su liberación interior del marxismo como teoría, volvieron los socialistas teóricos a encontrar la paz del alma. Sus esfuerzos encaminados a libertar al socialismo de las envolturas marxistas, encontraron un apoyo decidido entre los socialistas prácticos.

De prever era que había de llegar un momento en que las teorías marxistas fuesen un obstáculo más bien que un estímulo para el desarrollo del movimiento social. Durante una generación

habían ejercido una enorme influencia impulsiva sobre la actividad práctica de las ideas socialistas. La teoría de que el socialismo *debía* llegar fatalmente, como un fenómeno natural, de que la *verdad* residía en el socialismo, prestó al movimiento social una fuerza que ninguna otra hubiera podido infundirle. Esas teorías habían robustecido la fe en el triunfo de la idea, habían comunicado condiciones de seguridad a los partidos socialistas, y acelerado también, sin duda alguna, la consolidación del movimiento proletario moderno.

Pero al cabo hubo de reconocerse que tales ventajas había que pagarlas a un precio muy caro, y que aminoraban la potencia socialista dentro del movimiento social. La masa, acostumbrada a que le *demostraran la fatalidad del socialismo* con argumentos *científicos,* perdió el sentido del ideal creador, del gran *pathos.* Aprendió a marchar sin tropiezos en un sistema de andadores, pero perdió poco a poco la facultad de elevarse en altos vuelos. La extraordinaria cultura científica de Marx y Engels se hallaba contrapesada por su escasez de sentido práctico.

Su *sistema* apenas resiste a un examen, cuando se le prueba en la práctica. Su temor a decir algo concreto sobre el *estado futuro* se explica no sólo por una repugnancia inaudita a las utopías, sino también por deficiencias de la imaginación creadora. Y por ello era inevitable que un largo predominio de este sistema ejerciese una influencia letal sobre todos los impulsos socialistas. En él se prescindía del ideal claro y definido que traza el camino que se debía seguir y también del *pathos* propulsor. "La clase trabajadora no tiene que realizar ideal alguno; sólo le incumbe libertar los elementos de la sociedad, ya desarrollados en el seno de la sociedad burguesa que marcha a la ruina".

He aquí el ingrato papel que el socialismo *científico* encomendaba al proletariado. El que traza la historia del socialismo no puede sustraerse a un sentimiento de tristeza al ojear los escritos de Fournier, Weitling y Lassalle y compararlos luego con lo que hoy nos ofrece la literatura socialista. ¡Cuán negativa se ha hecho! ¡Cuán convencional, cuán racional, cuán práctica! Acá y allá se escucha todavía una frase revolucionaria, pero sin ninguna fuerza. Todo se halla ahogado en tinta, una tinta que podrá ser roja, pero de la cual no fluyen corrientes de vida.

Cierto es que no todo hay que achacarlo al marxismo. El movimiento social ha tenido que pagar también su tributo al espíritu de los tiempos, que ha desterrado hasta del arte y de la poesía el gran estilo, el arranque y la pasión. El movimiento social ha alcanzado, una época que rechaza toda fraseología y se ha hecho más maduro y más "racional". Hay que reconocerlo así; pero de todos modos, siempre será cierto que la transfusión del espíritu puramente marxista supone una amenaza mayor que la que llevan consigo el tiempo y la propia madurez. Es indudable que después de Marx toda vuelta al utopismo de la infancia sería ya imposible; que los fundamentos que le sirven de base, y que Marx asentó, no deberá alterarlos, si pretende aspirar a la victoria. Habrá de afirmarse cada vez más sobre un terreno histórico realista. Los representantes de las ideas socialistas, ahora como antes, tendrán que sacar su fuerza de la evolución de la vida industrial moderna, que crea por su misma actividad las condiciones necesarias para una transformación de la sociedad capitalista en un régimen de socialismo. Pero todo esto no debe ser obstáculo para que, sin perjuicio de aplicar un criterio racional al examen de los problemas sociales, se abran los espíritus a una concepción más sentimental y se reconozca la participación legítima que a la imaginación y al idealismo, así como al *pathos* moral, corresponde en la vida.

El *socialismo* actual se halla saturado con exceso de *realismo,* hasta un punto que éste amenaza ahogarlo todo, y en este todo se hallan incluidas precisamente aquellas fuerzas cuyo dominio está en el mundo *irreal* de las ideas, a las cuales tiene cerradas las puertas el método marxista, o el modo como se le entiende.

Dicho en otros términos: no hay que llegar al punto de vista adoptado por los anarquistas. Se le debe considerar como un fenómeno de la reacción idealista o ideológica, que les ha llevado a decir: "Nosotros no tenemos que preocuparnos de lo que es justo, de lo que es bello". (Juan Grave). Pero habría que preguntar no sólo qué es lo realizable, sino también, y en primer término, qué es lo *justo* y qué es lo *bello.* No basta decir que la idea lo es todo, sino que es preciso demostrar que sin ella todo esfuerzo es infructuoso y nulo. Sin ella nos arrastramos por el suelo en vez de elevarnos con alado impulso. Las ideas toman

forma en nuestros ideales, pero estos ideales hay que forjarlos cordialmente en el fuego del entusiasmo. Ellos son el sol vivificante que debe envolverlo todo con sus rayos y que no puede declinar ni velarse sin amenazar con la muerte a la creación entera. La frase con que Saint-Simon, en su lecho de muerte, se despidió de su discípulo predilecto Rodríguez, será eterna: "No olvide nunca, amigo mío –le dijo– que hay que tener entusiasmo para realizar grandes cosas". Cuando falta el entusiasmo, falta también el impulso que conduce a dar cima a las empresas, y éstas se disipan en cuidados menudos, en la aridez política, hasta perecer como un cuerpo sin vida. Y éste es uno de los rasgos más desconsoladores de muchos representantes del movimiento proletario, que han perdido el don del entusiasmo en el aire mefítico de la política menuda, hasta descender al nivel de los políticos rastreros.

¿Pero cómo –se preguntarán muchos– podrá conservar el socialismo el carácter histórico realista que Marx le infundiera, y al mismo tiempo impregnarse de ese vuelo idealista que le falta? ¿No equivale tal cosa a querer conciliar cosas incompatibles? ¿Etica e idealismo no se hallan en contradicción con el evolucionismo, que tiene que ser forzosamente la base fundamental del socialismo? ¿Y esa contradicción no consiste en querer plasmar el porvenir a nuestra semejanza, en vez de dejar que sea de él lo que *los astros quieran*?

Soy de parecer que tal contradicción no tiene su fundamento en la significación de las palabras, pues sólo aparece cuando se considera con un criterio falso, la esencia del evolucionismo. Por no establecer la debida distinción entre la historia humana y los fenómenos naturales, se confunden con bastante frecuencia en los círculos marxistas evolucionismo y fatalismo. Consideran la evolución histórica como un proceso natural que se realiza con absoluta independencia de los actos de los hombres, un proceso ante el cual hay que cruzar los brazos y aguardar a que el fruto madure para cogerlo entonces. Esta concepción fatalista no tiene nada que ver con el concepto íntimo de la evolución. Los que la formulan olvidan una cosa esencial, olvidan que cuanto ocurre en la vida social se efectúa entre hombres vivos, y que los hombres son los que realizan esta evolución al proponerse unos fines y luchar por conseguirlos.

También se ha confundido el punto de vista del teorizante marxista y el de aquel que actúa en la misma vida social. Para este teórico la evolución social es un proceso ligado a causas, y busca el impulso de la vida en los móviles personales, y trata luego de explicar estos móviles en su determinismo y condicionalidad. Para él la vida social es un proceso que ya se dio en el pasado y que, por lo tanto, es conocido en su desarrollo. En cambio, para el político, es algo incierto, algo que ha de formarse en el porvenir. Lo que el teórico concibe como efecto de una causa determinada es para el político un objeto que se desarrolla en el futuro y que debe alcanzar la voluntad. Pero esta voluntad es un eslabón dentro de las causas del fenómeno social, y es preciso que sea el más alto don del hombre, tan *libre* para aquel que propone fines, como esclava ha de serlo para el teórico, que sólo se ocupa en la investigación de los móviles. Ahora bien, cuando el socialista teórico trata de demostrar que determinadas series de evolución de la vida social, han de realizarse necesariamente en lo futuro, lo hace con las indispensables restricciones, suponiendo que las personas de quien se trata han de tener la suficiente energía para adoptar resoluciones. Si por cualquier razón (por ejemplo, el predominio de una concepción quietista) hubiese de disminuir esta energía, faltaría el más importante eslabón de la cadena causal y la evolución tomaría derroteros totalmente distintos. Todo lo contrario sería trasladar ciegamente a la vida social la representación de los procesos naturales; equivaldría a decir en este caso que el socialismo ha de venir por una *necesidad natural*. Nadie piensa en esto. ¿Por qué la evolución del capitalismo no habría de conducir, por ejemplo, a la ruina de la cultura moderna o a un nuevo feudalismo sobre base capitalista, como hace poco profetizaba un americano en una obra infecciosa? Por estos cauces iría la evolución del capital si los directores del movimiento proletario no velaran por el predominio de las condiciones propicias a un nuevo régimen, mientras se transforma la vida social, y si en vez de obrar así se sumiesen en el marasmo o el quietismo. Para ellos, todo fenómeno so-

cial es un estado por realizarse, y para acelerar esta realización han menester de firme voluntad y resuelta energía.

Además, esa supuesta contradicción entre evolucionismo e idealismo se debe a una confusión del ideal con el programa, a una confusión del fin con el medio, de la fe con la política, términos separados por diferencias naturales. A los unos, pertenece nuestro corazón; a los otros, nuestra inteligencia. Para la obtención de los últimos fines, vale más el entusiasmo que la destreza en la elección de medidas políticas de carácter práctico. Allí el calor de la efusión, aquí la claridad; aquél para el ideal, ésta para el programa que debe vindicar los medios y el camino para el logro de los últimos fines.

Cuando se aprende a discernir entre estas cosas tan fundamentalmente distintas, es cuando se puede unir el entusiasmo ideal y un sentido político negativo. Pues así como allí la confusión del programa con el ideal trae consigo la caída en la política árida y menuda, así también aquí tiene por consecuencia una atenuación de las aptitudes políticas. Todo aquel que haya aprendido a distinguir entre el fin y los medios, tendrá que percatarse de que se necesita un esfuerzo penoso para atravesar por entre la turba política la distancia que le separa del fin. La importancia y la necesidad de una transformación acompasada, y por lo tanto de la esencia de la evolución, no se comprende sino cuando se ha aprendido a conocer el valor y la esencia del ideal, único sol que vivifica con sus cálidos rayos la espinosa senda de la peregrinación.

Todo esto lo ha entendido así claramente la flor de nuestros socialistas contemporáneos. Y de esta inteligencia ha nacido ese movimiento libre de la influencia marxista, que hoy cuenta ya numerosos partidarios entre los demócratas sociales de todos los países, por más que no sean muchos lo que tengan el valor de hacerlo público. Y precisamente los campeones de esta lucha de liberación son aquellos que antaño estuvieron más impregnados del espíritu marxista. Y no es que sean traidores a Marx, sino que han comprendido la limitación histórica del marxismo. No van contra Marx, pero no quieren tampoco irle a la zaga, sino adelantársele: *Amicus Marx, sed magis amicus socialismus.* No quieren, en suma, que la obra por Marx edificada perezca bajo su peso.

Así lo ha dicho Jorge D. Herrón, uno de los socialistas americanos que encarnan esta nueva tendencia: "La revolución socialista no vendrá mientras no hagamos más que repetir las doctrinas marxistas. La clase obrera no debe su existencia a una teoría socialista determinada, sino que es ésta quien la recibe de la clase obrera. Nadie se ha preocupado con más empeño que Engels de acomodar a las circunstancias la fraseología socialista, y esta adaptación debemos aprenderla. El socialismo no ha venido a este mundo para convertirse en una ortodoxia, en una secta, sino para fluir como un raudal de vida".

Entretanto, los socialistas no hacen más que agitarse en las tinieblas, por no haber entre ellos quien trace al proletariado una senda de acción y le ilustre con nuevos y vivificantes ideales.

Y de este modo se halla fluctuando entre un oportunismo sin ideas y los antiguos ideales cristianos o humanitarios y el ideal exterior del revolucionarismo. Lo que de este estado de cosas haya de resultar, nadie puede hoy preverlo.

* * *

Pero en estos últimos años, en que la crítica se ha ensañado contra el sistema marxista hasta reducirlo a guiñapos, ha surgido una nueva teoría, de la que esperan muchos ver elevarse una nueva aurora.

El mundo mental de que aquí se trata es harto interesante para que no le dediquemos un detenido estudio, y al mismo tiempo demasiado peculiar para que pueda caber dentro de los límites de este capítulo.

Esa nueva concepción es el sindicalismo revolucionario.

CAPITULO V

EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

1. – *Su contenido*

Lo primero que salta a la vista en ese movimiento que hasta ahora se ha acostumbrado llamar "sindicalismo revolucionario" es el hombre. La denominación que se le ha dado carece de sentido en lengua alemana, porque nosotros entendemos por sindicalismo algo totalmente distinto de lo que la tal palabra significa para los pueblos latinos, en cuyos idiomas los sindicatos (*syndicats, sindacati*), con el sustantivo tácito sobrentendido, *ouvriers, operai* (obreros), equivale indistintamente a uniones obreras, gremios de artesanos, *Trades Unions*, etc. Pero también, a mi juicio, dentro de las lenguas latinas, habría mucho que hablar de *syndicalisme* y *sindicalismo*. Lo importante es, después de todo, que nos formemos una idea justa de lo que encierra este movimiento. Por lo pronto, y hasta donde sea posible, ha de tenerse en cuenta que esta nueva *teoría* [1] no se halla aún completa en todas sus partes. Sus divulgadores no se han puesto aún de acuerdo en muchos puntos capitales y en muchos detalles aislados, y aun se suelen contradecir acá y allá al afrontar cuestiones importantes. Mis apreciaciones acerca de este nuevo movimiento deben tomarse, pues, únicamente, como un *análisis provisional*, que no pretendo se le tenga por definitivo.

[1] Sus partidarios me perdonarán que aplique este nombre a la suma de los puntos de vista por ellos sustentados, aunque rechacen que se les considere como representantes de una nueva teoría.

La nueva teoría germinó en Francia, y de allí se la trasplantó a Italia, donde no tardó en echar hondas raíces. En las demás naciones sólo cuenta un reducido número de secuaces; sus principales partidarios son italianos y franceses, y a lo que yo he podido apreciar por mí mismo, todos ellos son gente amable, fina y culta. Correctos caballeros, pulcros en el vestir, de irreprochables modales, y damas elegantes, con quienes puede uno departir como con sus iguales, y que nadie pensaría que encarnan una tendencia que cierra ante todo contra el aburguesamiento del socialismo y que aspira a ayudar en la reivindicación de su derecho al Fausto encallecido, al verdadero y auténtico proletariado.

La literatura sindicalista, que pudiera instruirnos tocante a la esencia de esta nueva orientación, no es muy copiosa. La primera mención que de ella se encuentra (a lo que alcanzo) ofrécela una obrita de Georges Sorel, publicada en 1897, *El porvenir de los sindicatos obreros.* Sorel ha desarrollado luego más ampliamente sus ideas en numerosas obras y artículos, y hoy es considerado como el Marx de la nueva doctrina, a la que algunos han dado ya en llamar sorelismo. Su última gran obra lleva este característico título: *Degeneración del capitalismo y del socialismo* (1907). Sorel mismo está influido por el malogrado Pelloutier, a cuya *Historia de las Bolsas del Trabajo* (1902) puso un prefacio muy extenso. Sorel ha expueso, además sus ideas en numerosos artículos de la revista *El Movimiento Social,* de la que, es colaborador asiduo, fundada en 1899 por Huberto Lagardelle, y que hoy representa en Francia el foco espiritual de la tendencia sindicalista. Su editor y algunos de sus constantes colaboradores, como Eduardo Berth, B. Griffuelhes, presidente de la Confederación General del Trabajo, son en su país los representantes más autorizados de la nueva doctrina.

Ya he dicho que los socialistas italianos la acogieron con un entusiasmo muy grande. Entre ellos se destacan por su temperamento brioso e impulsivo los jóvenes literarios Arturo Labriola y Enrique Leone, cuyas principales obras son, respectivamente, *Reforma y revolución social* (1904) y *El sindicalismo* (1907). Ambos jóvenes defienden sus ideas en revistas independientes y dirigidas con acierto: Labriola, hasta 1907, en *La Vanguardia,* y, desde aquella época, en *Páginas Libres*; Leone, en el *Porvenir Social* (Roma, desde 1906).

De los socialistas alemanes sólo uno, que yo sepa, Roberto Michels, profesa declaradamente las ideas del sindicalismo revolucionario, pues el arcaico socialismo de Friedeberg y de otros localistas alemanes no tiene relación alguna con las nuevas doctrinas franco-italianas. Pero como Michels tiene residencia en Italia y escribe sus obras en francés o italiano, no teniendo de alemán sino el accidente fortuito de su nacimiento, podemos incluirle, sin escrúpulo alguno, entre los sindicalistas franceses o italianos.

Ahora bien; ¿cuáles son las ideas sindicalistas? ¿Son susceptibles de resumirse en un concepto general?

Una parte importante de la doctrina sindicalista la constituye la crítica de las orientaciones que dominan en el socialismo moderno. Esta crítica tiene su punto de partida en la observación (que los sindicalistas se atribuyen) de que el socialismo está a punto de *degenerar,* es decir, de hacerse una cosa mate, putrefacta, anodina, sensacional; en una palabra, a punto de *aburguesarse,* de perder su antigua fuerza revolucionaria para convertirse en un cómodo movimiento reformador. La culpa de ello la achacan los sindicalistas a que ha derivado hacia la actividad política parlamentaria. En el politicismo puro y en el parlamentarismo se hallan contenidos, según los sindicalistas, todos aquellos márgenes que han originado la actual descomposición del movimiento socialista. Todo movimiento que va a dar en la ciénaga del parlamentarismo, tiene que perder tanto en extensión como en intensidad. En extensión, porque la lucha electoral, para obtener el mayor número posible de votos en favor de los candidatos del partido y lograr una representación parlamentaria lo más copiosa posible, tiene que obligar forzosamente a ampliar las huestes del partido, dando elasticidad al programa, o en otros términos, a aumentar el número de los que en las filas socialistas han de luchar por el Poder, siguiendo para ello una política despojada de toda actitud y aspereza. Un movimiento obrero que entra en la lucha electoral, ha de tender por modo inevitable a convertirse en un partido demócrata popular, a *degenerar en una democracia por su incapacidad* para resistir a la tentación "de patrocinar los intereses de todos los grupos en decadencia o decaí-

dos". Pero al hacerlo así deja en el mismo instante de ser un partido obrero puro, una representación pura de clase "únicamente preocupada de los intereses de los obreros asalariados".

Asimismo pierde en intensidad todo movimiento que termina en el parlamentarismo, porque sus esfuerzos deben tender necesariamente, una vez conquistada la tribuna parlamentaria, a acaparar para sí la mayor suma de Poder. Y esto, en el campo de la lucha parlamentaria, sólo es posible mediante la adopción de una política oportunista, comprometiéndose, es decir, descuidando por un triunfo parcial aquellas otras aspiraciones que son más esenciales.

Los sindicalistas ven también en el revisionismo, en el reformismo y en el millerandismo la consecuencia natural y necesaria de la dirección parlamentaria y política seguida por el movimiento obrero. Pero a los *revisionistas* les conceden al menos honorabilidad y consecuencia, mientras que del marxismo ortodoxo afirman que ha traicionado la causa del proletariado, la causa de la revolución, tanto como cualquier millerandista, siendo además menos honrado por llevar aún en los labios la antigua fraseología revolucionaria.

Consideran finalmente peligroso el parlamentarismo, porque sirve de pretexto para la formación de una casta superior de *intelectuales,* de una casta directora que paulatinamente va perdiendo su contacto con el proletariado e incapacitándose para comprender y representar los votos y aspiraciones de la masa obrera. Y esa casta puede llegar a ser hasta la enemiga declarada del movimiento proletario, pues éste tiende a combatir todas las formas de explotación, mientras los intelectuales, en cuyas manos se halla la dirección de un movimiento puramente político-parlamentario, se hallan interesados en mantener esas formas expoliadoras, ya que, como grupo social, viven de la explotación (frase de Lagardelle).

El encenagamiento del socialismo entraña, pues, un peligro grave, tanto para la clase obrera como para la humanidad. La clase obrera corre con ello el riesgo de que sus intereses específicos de clase no sean ya tenidos en el debido aprecio, pues el partido socialista no podría estar al mismo tiempo a buenas con Dios y

con el mundo. Pero también es de lamentar esa desviación del socialismo en interés de todo el progreso cultural, pues con ella se le impide al proletariado el cumplimiento de su *misión histórico,* que debe haber consistido o consistir en llevar al mundo un espíritu nuevo que le rejuvenezca y le haga apto para engendrar esencia proletaria. En la literatura sindicalista no se ha intentado hasta ahora, que yo sepa, dar una explicación más exacta de este proceso rejuvenecedor.

El socialismo político no ofrece, por el contrario, ningún interés a la cultura, pues no es más que la continuación, la generalización, la ampliación de la civilización burguesa. Es incapaz de imprimir a la humanidad una modalidad nueva, siendo así que sólo para esta renovación fundamental de la humana civilización podría invocarse nuestro apoyo.

Pero si se quiere conjurar el peligro que amenaza actualmente al movimiento socialista, no queda otro recurso que sacarle de los brazos del socialismo político y retrotraerlo a su primitiva condición de movimiento de clase, que representa intereses puramente proletarios y que debe agitarse bajo formas puramente proletarias. Y en esta definición suya va ya contenido el fin que debe proponerse, que no ha de ser otro que la lucha radical contra el capitalismo y sobre todo contra la forma capitalista de la producción. Y también el camino que ha de conducirle a ello, que no ha de ser otro que la vuelta a las formas de actividad que le son peculiares.

Como el socialismo político viene a ser en todos los sentidos una continuación del capitalismo imperante, es natural que haya tomado a éste y a su representante, la burguesía, su táctica especial, organizándose como partido político. Pero tal forma específica de actividad de los intereses aburguesados no puede convenirle a la representación de los intereses obreros. Esa representación no puede ejercerse sino en forma de ligas obreras. *Trades Unions* y sindicatos obreros. Si se quisiera retrotraer el movimiento social a su carácter primitivo de movimiento de clase, habría que erigir en verbo suyo al sindicato obrero, pero renunciando a toda sombra de partido político socialista. El sindicato es, en efecto, una institución nacida de intereses pura-

mente proletarios, a cuya realización no ha cooperado ninguna consideración *teórica*. Y por esta razón merece más aprecio que cualquier dogma socialista, como expresión inmediata y genuina de lo que la masa obrera aspira a convertir en realidad.

Pero esta nueva orientación se denomina sindicalista en atención a su propósito de asentar el movimiento proletario, no sobre los dogmas socialistas, sino sobre el hecho escueto de la constitución de sindicatos: "Frente al socialismo de los partidos, frágil y artificial, se levanta, cada vez más fuerte, el socialismo de las instituciones" (Lagardelle), es decir, de las instituciones nacidas espontáneamente del seno mismo del proletariado. "El rasgo más característico del íntimo espíritu filosófico del sindicalismo es la subordinación en que, según él, deben estar las ideologías aisladas respecto al hecho de la organización" (Leone).

El sindicato no sólo tiene una enorme importancia para el movimiento social moderno por ser su único portaestandarte, sino también por representar los moldes en que ha de vaciarse la nueva sociedad socialista que actualmente se halla en gestación. La fusión de los distintos sindicatos en federaciones cuya última y suprema expresión son las Bolsas del Trabajo, constituye la forma en que ha de desenvolverse la sociedad futura; las Bolsas del Trabajo vienen a ser "administraciones de la comunidad obrera en formación" (Sorel).

No debe suponerse, sin embargo, que la sociedad nueva vaya a marchar por los derroteros de la estatificación o municipalización ni que haya de encarnar tampoco en un sistema estatista o municipal. Nada más absurdo que esta idea, cuya realización equivaldría a mantener la actual forma de producción burguesa capitalista con su consiguiente estructura social, salvo no más algunas modificaciones. Las jerarquías dentro de la industria seguirían siendo las mismas, y también perdurarían aquellas otras jerarquías de la burocracia oficial encargadas de la inspección y administración pública. Todo habría quedado reducido entonces a sustituir una jerarquía y una burocracia por otras; ¿pero en el fondo tal cambio reportaría algún beneficio? Lejos de aceptar esto, lo que hay que hacer, precisamente, es combatir con igual energía toda organización jerárquico-burocrática, ya

dentro de la fábrica, ya dentro del Estado. Pero este objeto sólo puede lograrse dejando el encauzar la producción a cargo de las ligas obreras autónomas e independientes, a cargo de los sindicatos, sin consentir que se entrometan en su funcionamiento los organismos oficiales. Encomendadas a las ligas, obreras las funciones industriales, estará de más el Estado, que únicamente sirve hoy para mantener entre las distintas industrias la cohesión impuesta por la forma de producción capitalista y para proteger, mediante el ejercicio de las atribuciones que con este fin se le confieren, dicha organización en beneficio de la burguesía. En estos términos puede condensarse la tendencia antiestatista del sindicalismo, que hasta hoy nadie ha expresado con claridad completa.

Ahora bien; ¿cómo ha de operarse esta transición del régimen social capitalista a la nueva organización socialista? Seguramente que tal paso no ha de efectuarse con arreglo a la fórmula preconizada por el marxismo antiguo, ni tampoco por la transformación paulatina y casi automática de los actuales métodos de producción en otros socialistas. Esperar tal cosa como consecuencia de los procesos de acumulación y concentración antes analizados, está tan lejos de la intención de los sindicalistas como fiarlo todo a la depauperación gradual de las masas. Antes al contrario, opinan ellos que los elementos indispensables para la revolución social se forman precisamente en los períodos de prosperidad económica (Labriola).

Pero ¿cuáles son estos elementos? Hablando con propiedad, sólo existe una fuerza impulsiva y a la vez creadora: la voluntad revolucionaria del proletariado, que debe forjarse en el entusiasmo por la propia profesión y por el propio trabajo. En él reside toda posibilidad de destruir los antiguos organismos sociales y las antiguas formas de la producción. "El éxito de la revolución social tiene por principal factor la voluntad creadora de las clases revolucionarias. El proletariado sólo debe contar consigo mismo para adquirir la fuerza necesaria para el acto revolucionario que debe realizar."

En la voluntad revolucionaria del proletariado radica también toda posibilidad de instituir una nueva forma de producción,

y ésta se ha de basar en una moral completamente nueva, la moral del sacrificio desinteresado en aras del bien común; una concepción semejante a la que abrigaban los campeones de las huestes revolucionarias por los años de 1792 a 1794, los cuales ponían sobre todas las cosas el cumplimiento del deber, y lo hacían por él y por la libertad amenazada, sin preocuparse para nada del medro personal. "Ese esfuerzo hacia lo mejor, que se manifiesta con ausencia de toda recompensa personal, proporcional e inmediata" (Sorel).

La energía de la voluntad, el entusiasmo y el amor a la acción, son los cimientos sobre los cuales el sindicalismo asienta sus esperanzas para el porvenir. Por esto no reza con ellos lo de "En el principio era el verbo", es decir, la teoría, la doctrina, el dogma, sino aquello otro de "En el principio era la acción", o como lo ha resumido Leone en las siguientes frases: "El sindicalismo, método esencialmente práctico, sólo vive obrando, haciendo. La acción es su principio y su esencia. No espera nada de la historia, sino que aspira a hacerla." He aquí toda la filosofía del sindicalismo.

Esta filosofía le dicta ya los caracteres fundamentales de su política práctica, que debe concretarse a huir de todo cuanto pudiera paralizar su voluntad revolucionaria. Los sindicalistas atienden ante todo a la marcha que siguen las corporaciones obreras. Como éstas deben ser la encarnación del movimiento revolucionario "organización de revuelta"—, natural es que no haya cosa más fatal para la causa de la revolución que el aburguesamiento de estos organismos revolucionarios. Y a ese aburguesamiento conduce todo cuanto lleva el nombre de *política obrera*, así como el sistema en que las *Trades Unions* se inspiraron: cajas de ahorros, derechos de retiro, organismos arbitrales, contratos de tarifa. Una liga obrera que tenga en sus cajas fondos abundantes, por fuerza ha de temer la lucha; y ha de impregnarse del espíritu cooperativo, hasta mirar con desdén a las masas obreras que no la igualen en recursos. Por esto hay que poner todo el empeño en crear ligas industriales, profesionales, y en reunirlas en federaciones, para contrarrestar así toda tendencia hacia el espíritu de cuerpo. Por esto también hay que oponerse a la fijación de cuotas, y a la institución de cajas de

resistencia o de seguros, y por esto finalmente, hay que abstenerse en absoluto de toda política de transacción o inteligencia con la clase patronal. Tampoco deben aceptarse aquellas otras medidas que pudiesen fomentar la paz social, todo compromiso parlamentario, toda reforma social, toda institución humanitaria, nada de *espíritu social*, sobre todo nada de *humanitarismo*, sino la lucha a punta de lanza. Sólo por la fuerza creadora pueden subsistir patronos y obreros; porque también el patrono *degenera* y se hace pusilánime cuando no lucha, y esto retarda el progreso económico, en el cual el proletariado arroja un peso decisivo. En el interés del progreso humano está que se ejerza la *violencia proletaria*. "Hoy que tantos esfuerzos se hacen por oponer al socialismo la paz social, es más importante que lo ha sido nunca mantener la lucha con una energía uniforme." Así resume Sorel sus largas consideraciones sobre el papel que la violencia ha desempeñado en la Historia.

Además, debe preocuparse todo cuanto ayude a robustecer la voluntad revolucionaria del proletariado, especialmente cuanto tienda a afianzar con mayor eficacia su conciencia de clase antitética del mundo burgués, cuanto contribuya a nutrir y aumentar su odio contra la burguesía y contra los burgueses. Actualmente el medio más indicado para ello es la huelga, que viene a restablecer en toda su crudeza el antiguo antagonismo entre proletariado y burguesía y a avivar mutuos odios de clase. Y al mismo tiempo viene a desarrollar entre el proletariado las condiciones que más necesita para llevar a cabo la revolución social y edificar la sociedad futura: solidaridad, abnegación; entusiasmo y arranque. Por esto mismo la huelga no puede ser una transacción financiera bien meditada, sino que debe brotar espontáneamente de una resolución de las masas caldeadas por el entusiasmo. Su viabilidad no debe basarse en la posesión de cantidades ahorradas cuidadosamente sino que ha de fiarse única y exclusivamente a la sobriedad de los huelguistas y a la liberalidad de otros grupos obreros que espontáneamente habrán de apresurarse a prestarles su apoyo.

Una huelga de esta clase representa una ocasión de reanimar la pasión revolucionaria, y sobre todo la huelga general. En ella se disuelve todo pensamiento mezquino, inspirado por la política

financiera y por los éxitos corporativos; el proletariado resurge como clase y el orden de batalla no lo forman ya unos trabajadores aislados contra varios patronos, sino una clase contra otra. Toda huelga general es como una precursora de la última lucha decisiva, una especie de maniobras militares. Y en efecto, la forma en que al fin habrán de pasar los medios de producción de manos de la clase patronal a las de la clase obrera, habrá de ser, sin duda alguna, la huelga general. Y también una *barricada seca*. Los sindicalistas conceden a la huelga general tanta importancia, que ven en ella "el símbolo de la catástrofe del capitalismo y de la guerra social", y declaran que "el socialismo obrero está completamente en la huelga general" (Labriola). Y añaden: "Quizá no esté muy lejos el momento en que no haya otro medio mejor de definir el socialismo que la huelga general."

Ahora bien; en los intentos que el proletariado realiza para apropiarse los medios de producción tropieza siempre con el Estado que como representante de los intereses capitalistas cierra el paso a las reivindicaciones. Para facilitar, pues, en lo posible el tránsito a la nueva sociedad habrá que dedicar parte del tiempo a demoler las viejas máquinas del Estado, y todo cuanto a ello contribuya estará bien. Pero como el Estado capitalista tiene su principal apoyo en el ejército, habrá que procurar, en primer término, quebrantar su poder. Para esto se empleará la propaganda antimilitarista. Antimilitarismo y sindicalismo marchan estrechamente unidos; "el antimilitarismo forma un solo cuerpo con la acción sindical" (Griffuelhes). He expuesto el desarrollo mental de esta acción sin ninguna clase de prejuicios y con una deliberada abstención de todo comentario.

Tiempo es ya de tomar posiciones ante esta nueva orientación del socialismo y emitir nuestro juicio sobre su esencia e importancia tanto teórica como práctica.

II. – *Su origen*

Lo primero que ocurre preguntarse en presencia de una doctrina tan extraña como la del socialismo revolucionario es la de su filiación espiritual, para facilitar por ella en cierto modo su comprensión exacta.

En primer término, podemos responder a esta pregunta en un sentido histórico dogmático, dedicándonos a buscar los hilos que enlazan las teorías sindicalistas con las antiguas teorías socialistas o sociales.

Y al proceder así nos encontraremos con la manifestación expresa y reiterada de los sindicalistas de que ellos no representan una teoría nueva, ni son otra cosa que la encarnación del marxismo, resucitado a nueva vida, y por lo tanto el único legítimo. Así como hay que restaurar un cuadro que ha sido muy retocado; así como hay que quitarle cuanto se le ha pintado encima para que recobre su primitiva belleza y quede patente su intensidad, así hay que hacer y así han hecho ellos con el marxismo afirmando los colores desvanecidos, borrando cuanto se le había añadido, hasta restituirle al estado en que lo dejara el maestro. Pero esos añadidos, que según los sindicalistas, son en su mayor parte obra de Engels o de epigones indiscretos, y toda la teoría de la evolución hacia la paz, de la legalidad y de su importancia para la transformación social no pertenecen al marxismo primitivo, sino que son retazos puestos en él por Engels. El sindicalismo es quien verdaderamente puede llamarse depositario de las ideas marxistas. Su concepción fundamental "La emancipación de la clase obrera sólo puede ser obra de ella misma", lleva el sello del marxismo auténtico, así como aquella otra de que las grandes transformaciones sólo se consiguen por medio de la fuerza. Y de cepa puramente marxista son también la intensidad del sentimiento revolucionario y la voluntad revolucionario-radical a que tanta trascendencia atribuyen. Según ellos, Marx y el marxismo son *revolucionarios* por su esencia íntima y no como oportunistas-revisionistas. Si alzara la cabeza el maestro, sería el primero en arrojar del templo, por traidores y adulteradores de sus doctrinas, a aquellos que en su nombre mangonean los partidos socialistas en los distintos países.

A esto responden expeditivamente los ortodoxos del marxismo diciendo que el sindicalismo no es socialismo, sino anarquía. En varios de los boletines que sobre la marcha del movimiento social en las distintas naciones edita la Oficina Internacional de Bruselas, hemos visto designada la teoría y la táctica sindicalistas como "la última forma" de la anarquía.

¿Qué hay de todo esto en realidad?

¿Tienen derecho los sindicalistas a llamarse marxistas auténticos?

Que en sus doctrinas hay mucho del espíritu marxista es cosa indiscutible. Creo que mi propia exposición de la teoría marxista justifica ampliamente la afirmación de los sindicalistas: la distinción neta entre el proletariado y los otros *estratos populares inferiores* es completamente marxista; su marcado matiz revolucionario es también, por lo menos, juventud marxista, y no sería difícil hallar entre ambas teorías otros muchos puntos de contacto. Pero por otra parte, hay elementos en el sindicalismo que me sería imposible conciliar con el pensamiento fundamental del marxismo, en cualquier período de su evolución que se le considere. En ningún pasaje del marxismo se prescribe expresamente la abstención de la acción parlamentaria, y hasta creo que la idea de la *acción directa*, que es la idea madre del sistema sindicalista, se halla en contradicción manifiesta con la doctrina, que nunca desautorizó Marx explícitamente, de la dictadura del proletariado. Y aunque los sindicalistas pretendiesen negar el marxismo de esta teoría en el sentido en que yo mismo lo hice, vendrían a dar en un concepto del marxismo que aún estaría en contradicción con el resto de sus teorías, sobre todo con las ideas revolucionarias.

La cuestión podría resolverse diciendo que los sindicalistas han empleado muchas piedras del antiguo edificio marxista en la construcción de sus doctrinas, pero acarreándolas también de otra parte, y seguramente del anarquismo, según dicen sus adversarios ortodoxos y los mismos sindicalistas y anarquistas (Pouget, Broutchoux, Fabbri y otros). Es indudable que la idea fundamental del antiparlamentarismo y de la acción directa, así como su plan de la sociedad futura, anticentralista, basado en la autonomía de los distintos grupos obreros, la han tomado de la filosofía anarquista.

Y a estos elementos marxistas y anarquistas hay que agregar aún otros no menos importantes, procedentes de otros sistemas: Enrique Leone, por ejemplo, se muestra en sus escritos hondamente influenciado por la literatura tradeunionista. Eduardo Berth

no hace sino seguir las huellas de Proudhon cuando en un ingenioso ensayo designa como la más importante misión del sindicalismo la de "vencer la fatalidad del trabajo".

La doctrina sindicalista resulta, pues, una abigarrada mezcolanza de elementos distintos.

Pero esta progenie dogmático-histórica no es, después de todo, tan importante como parece. De mayor importancia para la comprensión de una teoría es analizar las condiciones objetivas en las cuales fue engendrada, considerándola como producto de un determinado medio nacional, social, político o cultural.

A este respecto conviene recordar que la nueva teoría ha nacido en Francia, y hasta ahora solamente en Italia logró tener siempre raigambre. Y éste no es un detalle fortuito, pues, si atentamente lo examinamos, no tardaremos en advertir que esas doctrinas son un fruto específico del suelo franco-italiano, y, si se nos apura, exclusivamente francés, que sólo en esos países puede subsistir.

Hay, en primer lugar, el carácter del pueblo —y entiendo referirme a Francia, ya que ella es la patria del sindicalismo, factor cuya influencia podemos ver palpable a poco que ahondemos en el estudio de las teorías sindicalistas. Sólo en un país de tan elevada cultura como Francia podían engendrarse esas doctrinas, propias de espíritus refinadísimos, de hombres selectos, de extraordinaria cultura, cuyos nervios necesitan fuertes excitantes para ponerse en vibración, pero que al mismo tiempo, por cierta sensibilidad artística que les es propia, experimentan una invencible repugnancia a todo filisteismo, a la *tienda,* a todo lo que lleva el sello específico de lo *burgués.* ¡La seda contra la lana! Lo cotidiano aterra a estos espíritus tanto como lo natural. Los creadores del sindicalismo pueden ser aconsiderados como los *gourmets* de la sociología.

Y vuelvo a repetirlo: los portavoces del movimiento sindicalista no podían ser sino franceses o italianos; hombres habituados a la acción impulsiva, que se dejan penetrar hasta lo más íntimo por una corriente cálida de entusiasmo, y bajo su influencia se lanzan a resoluciones súbitas y a actos rapidísimos, hombres de gran *arranque,* pero de poca fijeza, sin espíritu de

perseverancia, no muy capaces de seguir un camino con pasos seguros y acompasados.

Imposible es también comprender una teoría como el sindicalismo sin tener en cuenta el proceso característico de la historia de aquel país, hasta tal punto influida por la gran revolución, que su recuerdo flota todavía sobre todas las cosas; en el sindicalismo se encuentra en primer término, como motivo determinante, la antigua indestructible idea de que la Revolución está en peligro y es preciso acudir en su ayuda. (Lo que en otro tiempo fue la revolución de 1792-93 lo es ahora la revolución social). Por doquier se cree ver traidores, *aristócratas.*

Además de esto, el ambiente económico-social en que las doctrinas del sindicalismo se han elaborado, han ejercido también, en mi concepto, gran influencia sobre su contenido. No tendría reparo en afirmar que esas ideas fundamentales de la organización corporativa, de la sociedad futura, del trabajo y su liberación, así como otras muchas, sólo hubieran podido encontrar acogida en un país donde la fábrica capitalista continúa siendo por lo general un taller reducido, con un maestro al frente y unos cuantos obreros, relativamente poco numerosos. Las representaciones que sirven de base a más de una teoría sindicalista tienen (por más que lo disimulen) un pronunciado matiz artesano; y en apoyo de esto podría recordar, por ejemplo, el artículo de Eduardo Berth publicado en el número de enero de 1907 del *Movimiento Socialista,* donde su autor, coincidiendo con Proudhon en este punto, hace consistir el ideal de la organización obrera en el restablecimiento de las antiguas jerarquías, con sus ascensos graduales de aprendiz a oficial y de oficial a maestro.

En este ambiente predomina, como es natural, un espritu de pequeña burguesía que entraña una amenaza constante para el movimiento obrero. Este predominio de la pequeña burguesía, unido a la historia particularísima del país, producen fácilmente una hipertrofia del movimiento puramente político, cuyo peso se hace tanto más sensible cuanto más débil llega a ser el movimiento específicamente proletario. No debemos olvidar este hecho si aspiramos a comprender la aparición de las teorías sindicalistas en un período tan tardío de la evolución del movimiento

social, teorías que vienen a representar una reacción contra el abandono en que ha caído el movimiento obrero en los países latinos. A un obrero inglés o alemán le será tanto más difícil comprender el por qué de esta corriente antipolítica, cuanto que el inglés, desde hace mucho tiempo, y el alemán, desde hace diez años, viven sobre la firme base de una robusta organización obrera, de que carecen los obreros de la raza latina.

"El partido —escribe E. Leone— había aparecido en la liza; pero los triunfos de su política democrática no han ido acompañados del desarrollo simultáneo de la base de clases. En este instante debería imponerse a todos el deber de velar y atender a la organización obrera". Por falta de un vigoroso movimiento obrero, el partido político-parlamentario ha llegado en esos países a desentenderse casi por completo del movimiento social, impregnándose de un espíritu democrático-burgués, con detrimento del socialismo, degenerando éste en un *movimiento democrático* y el partido socialista en un partido demócrata, cada vez más despojado de su carácter proletario específico. El máximum de este aburguesamiento ha cristalizado en el millerandismo, que ha sido también el que más se ha opuesto en Francia a la reacción sindicalista.

Todo ello procede de que en los países latinos se da más que en parte alguna una politicalla compuesta de *intelectuales* y mediantines, de la que acaso con razón hay que temer graves daños para los intereses del proletariado.

Para un lector alemán, inglés o americano, resultaría incomprensible Lagardelle cuando describe a los *intelectuales* como elementos más interesados en la conservación y extensión de las funciones del Estado, diciendo: "A un lado la clase obrera, a otro la masa de intelectuales, que suministra personal a las facciones políticas (¡) para la explotación del Estado y tiende por el contrario a aumentar las facultades del Poder, a ampliar el dominio de las instituciones gubernamentales, a extender la función directriz de los partidos". Todo esto carece de sentido en los países no latinos.

Entiendo, pues, que las nuevas teorías sólo podían nacer en un ambiente francés o italiano. Y en esta opinión podría con-

densar mi juicio sobre su valor e importancia si no creyese que hay en ella una cantidad de ideas que merece detenido estudio, y si no creyese también que hay en la teoría sindicalista ciertos elementos aislados que están llamados a alcanzar una gran eficacia.

Así, pues, intentaré a continuación examinar esas ideas, procurando en cuanto sea posible hacerles justicia y apreciar en su justo valor el alcance que para la historia del socialismo y del movimiento social tienen.

III. – *Su importancia*

Es indudable que los sindicalistas obran como excitantes enérgicos. Gracias a ellos, la masa indolente del mundo socialista se reanima y no cae en la inercia absoluta. En esto es comparable el sindicalismo al *revisionismo,* si ya no le supera, ya que en muchos puntos su crítica va más allá que la de los revisionistas, o mejor dicho, que la de los revisionistas-reformistas, pues también los sindicalistas gustan de llamarse revisionistas, si bien con el epíteto de revolucionarios, para distinguirse de sus homónimos pacifistas. Y en tal concepto, debemos apreciar ante todo su valor, y por tal título les corresponde una gran importancia histórica. Siempre es bueno que haya herejes dentro de la Iglesia imperante, y no hay inconveniente en sentirse optimista y dar cabida a la esperanza de que los sindicalistas, una vez que –como orientación– hayan llegado a la madurez, nos regalen con una teoría social llena de vida y acomodada al pensamiento moderno. Lo que entre tanto pueden ofrecernos es tan sólo un boceto, un edificio en construcción, del que hay que remover a toda prisa algunos sillares quebradizos que comprometen su estabilidad.

Ahora bien: ¿dónde está la fuerza y dónde el lado flaco de esas teorías?

No quiero discutir con los apóstoles de la nueva fe sobre la esencia de ésta ni sobre sus esperanzas ideales. Tal cosa rebasaría los límites de este libro, que sólo se aplica a la consideración puramente teórica e histórica de las cosas, aparte de que sobre los últimos valores, aquellos que descansan en una filosofía personalísima, no cabe discutir con razones científicas.

Pero no resisto al deseo de hacer una sencilla observación: ya que los sindicalistas están siempre diciendo que la revolución social sólo tiene un sentido, el de edificar la sociedad futura con elementos completamente nuevos y que debe ser fruto de un espíritu totalmente nuevo; ya que demuestran una repugnancia formal a comprometerse lo más mínimo adaptando una institución capitalista cualquiera, ¿por qué, pues, toman exclusivamente sus ideales del mundo de los sentimientos y de las ideas capitalistas? ¿O es que no se dan cuenta de que el desgraciado ideal de *progreso* de que la humanidad viene nutriéndose hace siglos y atravesando los desiertos pertenece exclusivamente a la dinámica capitalista? ¿No advierten que el concepto de la evolución eterna en el mundo social, de la incompletud eterna, de la constante intranquilidad y desasosiego son hijos del espíritu capitalista? ¿Cómo se explica que hombres refinados, impregnados del disgusto que infunde la brutalidad de la moderna civilización, hayan adoptado como suyo ese repulsivo ideal de tejedores, que consiste en forzar la producción hasta el extremo? "Nosotros –ha dicho Sorel– hemos prohijado la tesis marxista de que el progreso de la producción no puede ser nunca lo bastante rápido, y consideramos esta máxima como el elemento más valioso de la herencia del maestro". ¡Admirable, soberbio! En Marx, y hace dos generaciones, sería perdonable tal falta de gusto, de la cual yo también era culpable hace diez años, pero hoy, todo el que estime en algo su reputación, tiene que rechazar ese ideal, propio de advenedizos, sobre todo si aspira a renovar el mundo. La idea de que nunca se producirá lo bastante es, sin embargo, el hijo más legítimo del esnobismo capitalista.

Hubo un tiempo en que se creyó que el sindicalismo estaba verdaderamente a punto de hacer de un nuevo y valioso ideal, el de la producción, la estrella polar de sus planes sociales, pues en el fondo la idea de fundar una sociedad con hombres exclusivamente productores, de organizarla según el grado y calidad de la productividad de sus miembros y establecer remuneraciones diferentes acomodadas a la capacidad productiva de los individuos, podía servir de base firme a un sistema social moderno en el que hubiera espacio para la alegría (prescindiendo aquí de su viabilidad). Pero todo lo que de nuevo y de atractivo podía

tener esta idea no tardó en disiparse; bien pronto se dio al concepto de la producción la antigua y tradicional interpretación marxista, según la cual sólo el obrero manual es *productivo*. Con semejante bagaje es evidente que no puede darse una luz nueva al mundo. El sindicalismo debió caer en la cuenta de que para poner remedio a nuestros males había que empezar por encender las luminarias de otros ideales nuevos.

Pero ya he dicho que no quería tocar sino de pasada este asunto del sindicalismo para tratar con más detenimiento aquellos puntos en que realmente cabe la discusión.

Y aquí debo hacer resaltar un gran mérito de los sindicalistas teóricos, y es el de arrojar más luz que ninguna otra doctrina socialista sobre los males de nuestra cultura. Donde apenas si disciernen algo las cansadas pupilas del antiguo marxismo, el sindicalismo ha atisbado problemas como el descubrir las flaquezas de la democracia y los peligros de la demagogia, el denunciar la fuerza destructora e inhumana de la centralización oficial y del oficinismo que rigen nuestra vida y, especialmente, el poner de manifiesto el salvajismo y el menosprecio de la dignidad humana que supone nuestro sistema de trabajo, basado en la diferenciación e integración de las distintas producciones. Y toda esta crítica la remata añadiendo que ninguno de estos males (los más importantes de nuestra vida social), podría suprimirse, aunque se entregasen por largo tiempo a la comunidad los medios de producción, es decir, aunque, como preconizan los antiguos marxistas, se reemplazase la forma de producción capitalista por la socialista.

Sólo que las soluciones propuestas por los sindicalistas no llegan a satisfacerme por completo. ¡No es posible combatir esos males decretando un régimen social que no los tenga! No basta con decir "no queremos centralización ni burocracia, y, en su lugar, ponemos grupos de trabajadores autónomos, que no necesitan ser vigilados ni administrados", o bien, "no queremos la fábrica con su especialización del trabajo que mata los espíritus, y las substituimos por el trabajo intenso e inspirado del producto individual". Todo esto es utopismo de la más pura cepa, pues en ninguno de estos proyectos de reforma se tienen en cuenta las fatales condiciones a que nuestra cultura social e industrial está

ligada. Los autores de todos esos planes no se paran a considerar que todos los males por ellos denunciados dimanan, fatalmente, de dos hechos fundamentales de nuestra cultura: el exceso de población de nuestros países y nuestra técnica. La masa necesita de la técnica moderna, y ésta exige, para su desarrollo, la destrucción del antiguo trabajo integral orgánico y su disolución en fracciones parciales, a las cuales ha de volverse a dar la unidad necesaria, ya en la fábrica, ya en la comunidad.

¿De qué sirve, ante este hecho, recomendar como panacea salvadora la autonomía de los grupos trabajadores? ¿Cómo podría aplicarse ese criterio al personal de los modernos medios de transporte, que cada día abarcan más países y hasta parte del mundo? ¿Cómo podrían adoptar el principio de esa autonomía de grupos obreros las líneas ferroviarias de Norte América, o la dirección de los canales de un país, o, finalmente, las fundiciones de hierro de Pittsburgo o Essen? Los sindicalistas muestran en este punto el mismo desconocimiento del mundo que los anarquistas.

Lo mismo ocurre —y en mayor grado aún— con las ideas que emiten sobre la transformación de nuestro concepto del trabajo. Eduardo Berth (especialista en esta materia) ha llegado a decir: "Para que el obrero sea verdaderamente libre es necesario que cese la distribución jerárquica del trabajo: es necesario que deje de pesar sobre los trabajadores la fuerza colectiva que pone en movimiento la fábrica y que el grupo obrero asuma todas las fuerzas intelectuales de la producción y desarrolle, como grupo y a la manera de un patrono, según la expresión de Labriola, el plan completo del trabajo: dirección y ejecución. He aquí la solución del problema. El socialismo no es más que una imitación de la burguesía".

Comprendido, señor Berth, que la distribución jerárquica del trabajo debe cesar para que el obrero sea completamente libre, etc. Pero ¿basta decretarlo para que esto sea un hecho? ¿Cómo concibe usted esa emancipación del obrero en una compañía ferroviaria, en un alto horno, en unas minas de carbón de piedra, en un almacén de mercancías o en cualquiera otra de las grandes industrias modernas? Esto es lo que debía usted empezar por decirnos. Hasta ahora, por más que conozcamos al-

go la organización del trabajo, no podemos sacar nada en claro de sus palabras, y frases como ésta, creo que de Leone, "el socialismo no heredará el sistema de fábrica, pero lo abolirá", son, perdone usted la dureza de expresión en gracias a su exactitud, pura palabrería.

En resumen, la gran falta en que aquí incurren los sindicalistas, como los anarquistas, es la de no querer reconocer aquellas fatalidades inherentes a nuestra cultura, que se derivan de la masa y de la técnica con absoluta independencia del régimen social. O cuando las reconocen no atreverse a decir con claridad: "Para que nuestros planes puedan realizarse es preciso que se cumplan antes dos condiciones previas:

"1ª) Que la humanidad se reduzca por lo menos a la mitad de sus individuos.

"2ª) Que se cierren todas las minas de carbón de piedra y de hierro".

Excelente es, en cambio, la crítica que los sindicalistas aplican a la antigua teoría socialista del progreso social, y del modo como ha de verificarse el tránsito de la industria capitalista a la socialista.

Particularmente acertados me parecen también sus reparos a la teoría de la transformación política esquemática, que ha encontrado su última expresión, como es sabido, en la teoría de la dictadura del proletariado. Los sindicalistas no se cansan de repetir que un simple cambio de régimen no basta para dar vida a una sociedad nueva. Con mucha razón, a mi juicio, se burlan de la "superstición parlamentaria... que concede a las leyes la virtual mágica de crear nuevas fuerzas sociales" (Leone), y que infunde "la idea de la virtud mágica del poder gubernamental" (Sorel). Y repiten con creciente energía: "Los partidos pueden elegir delegados, pero no pueden poner en marcha una sola máquina ni organizar una empresa" (Labriola).

Para que una nueva sociedad sea viable, preciso es ante todo que sus miembros se hallen dotados de facultades creadoras y de genio organizador. La teoría sindicalista se apropia el pensamiento genuinamente marxista (obscurecido y adulterado por la insensata idea puramente blanquista de la dictadura del proletariado) de que la sociedad nueva debe formarse en el seno de la antigua antes de aspirar a una existencia independiente, y le dan unos vuelos terribles, exigiendo en primer término que se cumplan las condiciones previas psicológicas y éticas de la sociedad nueva. Una y otra vez vuelven a repetir que los hombres deben poseer las condiciones técnicas y morales, o al menos los rudimentos de ellas necesarios para la instauración de un sistema de producción nuevo; que el desarrollo de las *fuerzas productoras*, es decir, de los métodos y de los instrumentos de la producción, no es suficiente para fundar sobre su base una sociedad nueva, y que "el sindicalismo edifica el porvenir sobre las fuerzas económicas, psicológicas, éticas y políticas que deben desarrollarse en el proletariado" (Leone). "La nueva escuela se ha separado inmediatamente del socialismo oficial al reconocer la necesidad de un perfeccionamiento de las costumbres" (Sorel).

Todo esto está bien, sólo que me parece algo discutible el modo como los sindicalistas entienden el cumplimiento de esas condiciones previas psicológicas-éticas del socialismo, y creo que en este punto, como en otros, se hallan algo tocados del utopismo. debemos recordar de lo ya expuesto que los sindicalistas conceden un valor supremo a estas dos cosas: el desarrollo del espíritu de sacrificio y la eficacia educadora de las corporaciones de artesanos.

Respecto a lo primero, no cabe discusión alguna (como ocurre en casos semejantes con los socialistas) cuando alguien afirma que tal disposición de ánimo, no manifestada hasta ahora, habrá de revelarse en el momento en que empiece a regir el nuevo orden social. Puerilidades semejantes eran antaño aún más frecuentes. Hoy todo socialista inteligente se abstiene ya de defenderlas. Tampoco los sindicalistas, mejor dicho, Sorel, que es quien lanzó esta teoría, que podemos llamar de los impulsos, procede ahora como los antiguos fundadores de Estados futuros, que hacían intervenir el espíritu de sacrificio, de desinterés y de altruísmo, como *deus ex machina*, encargado de realizar sus sueños. Sorel pretende demostrar cómo en el porvenir todos los hombres han de hallarse animados de un único deseo, el de trabajar lo más posible, sin exigir retribución proporciona-

da a la suma de producción que su labor arroje. Ya hemos visto que alude a los antiguos adalides revolucionarios. Pero estos campeones se encontraban en una situación especialísima. Ante todo, se hallaban frente a un enemigo que suponían ser el único obstáculo al reino de la libertad, de la dicha y de la armonía (como le llamaba la Revolución), y creían que bastaba un último supremo esfuerzo para emanciparse por siempre de todas sus miserias. La derrota del enemigo había de granjearles un inmenso botín y todos se hallaban, pues, personalmente interesados en el triunfo.

Acaso vuelva a animar a los campeones de la huelga general semejante espíritu bélico si se persuaden de que van a sostener la batalla decisiva: porque entonces les impulsará también la esperanza de que, obtenido el triunfo en esta última lucha, han de verse en seguida en la tierra de promisión que mana leche y miel. ¿Pero y después? Y cuando vean que el país codiciado es sólo un sueño; cuando la miseria cotidiana empiece nuevamente y los héroes de ayer tengan que volver al trabajo menudo, sucio y árido, en el telar, en el alto horno, en las cloacas; cuando haya que deponer todo espíritu bélico porque no haya enemigo con quien combatir, ¿qué pasará entonces? Sobre todo, ¿qué relación existe entre el impulso que lleva a una huelga general y esa disposición de ánimo, entusiasta y laboriosa que, según Sorel, debe informar después la vida cotidiana? Semejante relación no la veo yo por parte alguna.

No menos acertada es la alusión de Sorel al sacrificio heroico que los guerreros musulmanes realizan; pero este sacrificio lo aceptan con la esperanza de obtener la bienaventuranza eterna, firmemente arraigada en las creencias, y que basta a infundirles ese arrojo con que se lanzan a buscar la muerte entre las filas enemigas. ¿Pero puede aplicarse esta comparación a las *poblaciones ilustradas* de nuestros modernos Estados?

Más fuera de lugar todavía me parece aquella referencia que hace Sorel al inventor que, sin esperanza de recompensa material, sólo por un puro placer de su espíritu, realiza los descubrimientos. Esto será cierto para unos cuantos individuos saturados de idealismo. Pero sería absurdo pretender que la masa se elevase a la altura de esos hombres extraños, desligados del

mundo. Sorel formula un juicio falso, cuando dice que el número de estos abnegados inventores está llamado a ser más grande cada día, como lo enseña la experiencia; pues, antes al contrario, en los Estados Unidos, por ejemplo, toda la clase obrera colabora hoy en el perfeccionamiento de la maquinaria y de la técnica. Pero en esta colaboración de los obreros norteamericanos —que he tenido ocasión de observar sobre el terreno— se trata de algo muy distinto del espíritu de sacrificio, como que es un espíritu mercantil, un móvil de naturaleza puramente capitalista, la seguridad de una remuneración proporcionada la que impulsa a los obreros a esta colaboración en el perfeccionamiento de la técnica. Los grandes industriales norteamericanos tienen establecida una regla excelente para estimular en ese sentido a sus obreros; y es la de admitir toda propuesta de perfeccionamiento, presentada por ellos, sometiéndola al debido examen, y cuando su utilidad se comprueba, el autor del proyecto, el obrero en cuestión, y sólo él, es admitido a una participación en las ganancias. Lo cual es todo lo contrario de lo que Sorel se imagina.

Precisamente el que tanto dentro como fuera de la clase trabajadora predomine hoy día una verdadera fiebre de invenciones, no prueba que marchemos hacia ese espíritu de sacrificio, en el que tanto confían los sindicalistas para fundar su reinado del porvenir, sino que es indicio, al contrario, de que la naturaleza humana (tal como se encuentra hoy en su estado de inferioridad) sólo alcanza el completo desarrollo de sus facultades cuando se mueve estimulada por el deseo de lucro. El hecho de que la época actual ofrezca para los inventores la seguridad de trocar su invento por dinero al día siguiente, cosa que antaño no ocurría, es el motivo de que aquéllos se multipliquen hoy en proporción tan extraordinaria.

Es en verdad uno de los rasgos más simpáticos de los sindicalistas el dirigirse siempre a las partes más nobles del hombre y querer con un gran idealismo levantar el ánimo de la humanidad, y también acusan su fino instinto psicológico al presentir la quiebra general que la humanidad experimenta, siempre que se truncan los dos ideales que hasta entonces fueron alma y vida de las masas: Dios y la patria. Lástima que incurran en el error de creer, como Lagardelle dice, que "todos los grandes sentimien-

tos que ella —la idea de la patria— ha engendrado, y que constituyen la eterna base de la vida, heroísmo, abnegación, honor, sacrificio, no han de desaparecer, sino que, al contrario, han de alcanzar floración más espléndida en el alma de las masas obreras revolucionarias". Traduzco por alma obrera revolucionaria, con alguna libertad, *la conciencia obrera de revuelta,* que es la verdadera expresión de Lagardelle; acaso estaría igualmente bien dicho el alma obrera, impregnada del espíritu de la revolución o que se encuentra en un estado revolucionario. Pero tómese como se quiera la expresión *en revuelta,* marcará siempre un límite a la eficacia de aquel ideal, pues la revolución siempre supone un estado de lucha perenne en el interior de un país, y está condenado a desaparecer no bien aquélla se haya resuelto en beneficio del proletariado, mientras que, por el contrario, la lucha nacional siempre perdura, al menos como posibilidad, y esta posibilidad es lo único que permite al ideal patrio conservarse vivo, no obstante lo cual también se debilita y amortigua en los largos períodos de paz.

Pero la objeción más grave que puede hacerse a los sindicalistas, aun concediendo que el déficit de idealismo que la muerte de los antiguos ideales deja en el pueblo pudiera compensarse de modo pleno y duradero con el nuevo ideal revolucionario, es que aun así, todavía quedaría por demostrar la viabilidad del sistema de producción socialista que sobre ese idealismo de la voluntad revolucionaria pretenden instaurar. ¿Por ventura el capitalismo actual descansa en el ideal del amor patrio, que se trata de substituir, y no sobre la propiedad privada, que es cosa sobrado material? ¿No resulta hoy, mírese como se quiera, un poco fantástico eso de figurarse a nuestras masas capaces de pasar por altas tensiones ideales, variables de año en año? Dar a la vida cotidiana una base de determinaciones espirituales altruistas, sólo es posible a condición de que exista en las masas un fanatismo religioso. Todas las demás fuerzas ideales resultarían siempre harto débiles para trocar bestias en hombres, aun cuando esos ideales no se orienten a fines pasajeros, como ocurre precisamente con el entusiasmo revolucionario de los sindicalistas. A hombres que no sean ya religiosos en el más profundo sentido de la palabra, siempre les será aplicable el proverbio: "¿Quién tiene que trabajar? Tú y yo. ¿Quién debe comer? Yo y tú [1].

Menos descabellado me parece el otro razonamiento en que descansa el sistema de educación sindicalista, según el cual las corporaciones artesanas son el lugar donde los obreros deben adquirir los conocimientos y aptitudes que han de capacitarles para arrebatar a los patronos la función productora de la producción y erigirse ellos mismos en directores y organizadores. Aquí a lo menos han contado con la naturaleza humana y no con criaturas fabulosas, capaces de pasarse toda la vida en continuo estado de excitación y éxtasis.

Ahora bien: ¿qué hay en el fondo de esta apreciación de las corporaciones artesanas como escuelas previas para las comunidades productoras que luego han de instalarse? En mi concepto, los sindicalistas incurren aquí en un gran error de razonamiento. Yerran completamente al suponer que en su corporación gremial aprendería el obrero la más pequeña parte del proceso de producción, o adquiriría la más mínima noción que le capacitase para luego erigirse en patrono. No sé en qué estaría pensando Leone al escribir: "En los gremios se forma sobre una nueva base la aptitud y el hábito técnico-político de dirigir el proceso de la producción".

¿Podrán decirme, por favor, qué es lo que aprenden los marineros de un gran transatlántico acerca de la industria naviera? ¿Qué conocen los obreros de un alto horno de la organización de una explotación minera, del cálculo de la producción férrea, ni los empleados de un almacén de su funcionamiento? ¿Qué noción tiene el miembro de un cuerpo obrero de cualquier proceso de la producción? O yo estoy ciego, o no existe la menor relación entre dos mundos que gentes tan perspicaces como los sindicalistas consideran idénticos.

Cierto que las corporaciones obreras son importantes escuelas de educación para las masas y que sin ellas apenas podemos concebir el conveniente desarrollo de nuestro estado social. Yo mismo he tratado de describir en la siguiente forma la obra educadora de los gremios obreros:

1 ¿Cuánto hemos ganado? ¿Cuánto has perdido?

"A lo que se llega es a desarrollar en un lento proceso de autoeducación las facultades para colaborar en las funciones directivas, y lo que es más importante, a formar hombres que en nombre de la gran masa sean capaces de dirigir las operaciones de la comunidad. A este respecto no hay que pensar únicamente en las cumbres, que son pocas, sino en los innumerables hombres y hombrecitos llamados a tomar parte dentro de la escala de una gradual jerarquía, en las funciones directoras. Pero este cultivo de las necesarias aptitudes debe tender siempre a un doble fin, a enseñar cómo se manda a los otros, y lo que es más difícil, cómo se domina uno a sí mismo: el arte de mandar y obedecer. Y en este proceso educativo de las masas, orientado hacia la aptitud para determinarse a sí mismo, hay que esperar mucho, en mi concepto, de la colaboración de los gremios. Ellos son los que han de desarrollar como virtudes voluntarias el dominio de sí mismo, la subordinación y la disciplina, pues la obediencia que el soldado aprende en el cuartel, que el obrero ejercita en el taller capitalista, es ya algo impuesto, y sólo es valiosa la sumisión que voluntariamente se acepta. El número de personas inútiles en el sentido goethiano: "¿Cuál es un hombre inútil? Quien no sabe mandar ni obedecer tampoco", ha de disminuir gracias a la acción de las corporaciones obreras y en cambio ha de aumentar el de las que practican la obediencia espontánea. Y en cuanto a la masa, sea *noble* o *burguesa*, rica o pobre, esa obediencia será siempre la única virtud política de que pueda adornarse.

"Pero los gremios desarrollan también en sus directores el talento organizador que ha de ser necesario en alto grado a la democracia futura. Y aun los gremios despiertan en directores y dirigidos una cualidad más importante que las enumeradas: el sentido político, y por éste entiendo, no sólo la comprensión de la complejidad de la vida política y económica, sino también la intuición de lo que es realizable en política, es decir, de lo que es posible en la práctica. Esta es al fin y al cabo la base de todo gobierno: saber el partido que puede sacarse de los hombres.

"Y que estos gremios tienen ante sí un amplio campo de actuación, sólo podrán controvertirlo los ignorantes o los demagogos. Libertar a la clase obrera de la influencia de esos gárrulos charlatanes que hoy suelen dar el tono en la prensa, en las reuniones democráticas y en las asociaciones, de esos pícaros redomados que para nada sirven sino para recitar de memoria un par de frases aprendidas en la literatura del partido y cuyo sentido no comprenden, ni a otra cosa pueden aplicarse fuera de la *agitación política*, emancipar a la clase obrera de este enjambre de agitadores, he aquí la misión principal de los gremios." (De mi obra *Dennoch*, publicada en 1900).

Pero nada tiene que ver con la concepción de los sindicalistas referente a la transformación del obrero, dentro del gremio, en director independiente de la producción, en organizador.

¡Qué error tan grande es comparar la paulatina transformación de las empresas capitalistas en el seno de la antigua sociedad feudal-artesana con la evolución de los gremios! (Sorel). Aquéllas son las nuevas formas industriales que lentamente se van imponiendo en el mundo; pero los gremios no tienen relación alguna con el proceso de la producción. Lo que únicamente corresponde en nuestros días a las primeras formaciones capitalistas en el mundo artesano son las industrias del Estado y de los municipios (de las que se desentienden los sindicalistas) y las industrias cooperativas basadas en la organización de los consumidores; éstas son, en realidad, los esbozos de una forma de producción, y aquí es donde el socialismo tiene una escuela práctica. ¡Pero en los gremios!...

Considero una de las más grandes faltas de los sindicalistas (que precisamente son tan explícitos) el desentenderse por completo de ese movimiento cooperativo, y especialmente de la formación de esas ligas de consumo, cuando aquí es donde debían concentrar su atención, y (a la manera de Webbs) trazar sus planes para el porvenir sobre la base de una combinación orgánica de los gremios con las ligas de consumidores.

Pero esta crítica de la teoría de los gremios, como puede llamarse a ese elemento de las doctrinas sindicalistas, trunca también por su base toda la doctrina de la huelga general.

Para comprender toda la importancia que esta arma de guerra tiene para el movimiento social de nuestros días, no hay

que examinar la cuestión desde el punto de vista de su viabilidad práctica, es decir, atendiendo a si sería realmente posible en algún tiempo la lucha del proletariado (suponiendo que llegue a reunirse en un solo espíritu) con la fuerza del Estado y con la resistencia que la burguesía, siempre mayor en número, les habría de oponer.

Descontemos, en gracia a la sencillez, su viabilidad y su feliz realización; supongamos que al cabo de tres días todos los medios de producción hasta ahora explotados por el capitalismo han pasado a poder de los trabajadores. ¿Podría esto tener algún sentido y podría conducir a algún resultado duradero? Dicho en otras palabras: ¿podemos concebir de este modo el advenimiento del socialismo?

Para que tal cosa ocurriese, habría que admitir una de estas dos hipótesis: o que es cierta la teoría del socialismo racional de que hay una armonía preestablecida, un régimen social *natural* creado por Dios, y sólo hace falta descubrirlo para que el mundo social sea regido por la misma armonía que gobierna los movimientos cósmicos, en cuyo caso se puede considerar la huelga general como el medio de dar realización al nuevo orden de cosas, en cuanto se le aplica a barrer los últimos obstáculos que vedan el acceso a la tierra deseada; ahuyentar los perros rabiosos (estado burgués y clase patronal) que custodian los codiciados tesoros. Pero esto no puede ser porque el sindicalismo rechaza toda relación íntima con el socialismo racional o utópico. Bien claro lo dice Leone al afirmar que "el sindicalismo pretende apoyarse en una concepción realista de la vida social", y bien claro se contiene esto en la afirmación de Sorel de que el sindicalismo "se halla impregnado de un insaciable deseo de realidad". Así, pues, hay que prescindir de toda base racional.

Queda la otra hipótesis correspondiente a un criterio realista, según la cual las condiciones subjetivas y objetivas de la nueva forma de producción han de cumplirse al alborear el *gran día*. Pero como ya hemos visto, tales condiciones no se darán nunca, mientras se espere todo de la educación del trabajador en las asociaciones gremiales, fiando a la misma el desarrollo de las cualidades necesarias a los nuevos productores.

¿De qué serviría el triunfo, por completo que fuese, del proletariado, si éste no estuviese capacitado para aprovecharse de sus consecuencias? ¿Qué significa la idea de la huelga general en un sistema social que aspira a basarse en una concepción realista?

Vemos, pues, que en el edificio mental de los sindicalistas hay grandes soluciones de continuidad, que sus cimientos son en parte demasiado débiles, su techumbre carcomida y muchos de sus sillares frágiles y quebradizos.

El sindicalismo contiene, en resumen, muchas apreciaciones y teorías excelentes, pero carece aún de una teoría social nueva. Para que pudiera tenerla, preciso sería que ahondase más en todos los problemas que a su examen se ofrecen. Preciso sería ante todo que se emancipase por completo del marxismo. Al cifrar los sindicalistas su orgullo en proclamarse restauradores nada más de la pureza del antiguo marxismo, realizan un acto de piedad digno de respeto y al mismo tiempo obedecen a razones de táctica; pero la facultad evolutiva de sus teorías sufre gran detrimento, pues en muchos casos vienen a encajar en las arcaicas categorías marxistas.

No es conveniente verter el vino nuevo en odres viejos y no se puede aspirar en el siglo XX a que tenga vida una teoría social cuando al afrontar las cuestiones del valor, de la productividad, del Estado, de la formación y lucha de clases, de la revolución, etc., no se hace otra cosa que reproducir las concepciones de un sistema anticuado.

Lo que hoy hace falta es crear nuevos valores, llenar de un contenido nuevo el mundo mental del proletariado y reconstruir por completo con nuevos materiales el conocimiento del mundo social. Hay que reconocer —y por ello he empezado— que en la literatura sindicalista se encuentran cosas excelentes, y una de las más importantes es la inducción hecha por Leone, muy a la ligera por cierto, sobre la relación entre poder y fuerza y su representación en la historia, y que podría dar materia para una obra titulada *Poder y fuerza*. Pero la labor principal está aún por hacer. Ojalá los sindicalistas se mostrasen verdaderos *revisionistas revolucionarios* y no se dieran punto de reposo hasta destruir de un modo positivo las antiguas doctrinas, poniendo en su lugar otras nuevas.

CAPITULO VI

EL BOLCHEVISMO

I.—Nombre.—Origen.—Espíritu

Genéricamente, bolchevismo es el credo de un grupo de socialistas rusos, los bolcheviques, titulados así porque en el Congreso de Bruselas - Londres (1903) alcanzó la mayoría. El nombre se hizo peculiar después del sistema de gobierno llevado a la práctica por dicho grupo. La minoría se tituló desde aquella fecha menchevismo. Ninguno de los dos nombres tiene nada que ver con un programa máximo o mínimo.

Pero ya hace algún tiempo que la doctrina de los bolcheviques rusos se llama también bolchevismo en las demás naciones. Así, pues, se designa ahora con este nombre una variante del socialismo, que en nada se relaciona con los primitivos prosélitos: en todos los países existen ya bolcheviques. Pero si deseamos conocer su filiación espiritual, tendremos que ocuparnos ante todo de los bolcheviques rusos, cuyas ideas y hechos son imitados por sus correligionarios de las demás naciones, con tal servilismo, que tiene algo de morboso. Tal es el caso de los espartaquistas en Alemania. Habré, pues, de trazar a continuación un esquema del bolchevismo teórico y práctico en Rusia, dando más importancia a lo que se refiere a comprensión de principios de las varias exteriorizaciones que a la parte histórica.

Comenzaré por unas palabras respecto al origen y parentescos de las nuevas enseñanzas.

El bolchevismo es hermano legítimo del sindicalismo revolucionario; ambos tienen el mismo padre: Carlos Marx. Son hijos también de la misma madre: la Revolución. En pugna con las dos, vive la teoría evolucionista engendrada por Marx con otra madre: la filosofía de Hegel.

Contrariamente a lo que ocurre con el sindicalismo, no necesitamos tener en cuenta el medio ambiente en que vive el bolchevismo y que le es familiar; en su sede habitan los celosos adictos de la teoría de Marx. No influye lo exterior en la idea: el árbitro es el libro y sus propagandistas son de una fidelidad espiritual decidida. Prefieren la pureza de su enseñanza a los efectismos líricos. Aun en el otoño de 1917, el jefe espiritual de la secta, Lenin, escribía: "Nuestra misión primordial consiste en restablecer las verdaderas enseñanzas de Marx." Y en aquellos momentos críticos no se le ocurrió hacer cosa más importante que una apología de Marx, en un folleto de más de cien páginas, que no carecía de fondo e interés. Más tarde escribió una obra sobre *El Estado y la revolución*, en la que su opinión no difería en nada de la de Marx.

Como todos los fundadores de sectas, los bolcheviques creen ser los únicos poseedores de la fórmula de salvación; los demás que comulgan en la misma iglesia del socialismo son para ellos extraños y renegados. "Todos los conceptos de los *socialistas-patriotas*, incluyendo entre ellos a Kautsky, son una mistificación vergonzosa de los de Marx y Engels favorables a la burguesía y al oportunismo, como las obras del anarquista Guillaume, y otros tergiversan los conceptos de Marx y Engels para depurar el anarquismo" (G. Zinoviev y N. Lenine: *Socialismo y guerra* (1915-8). "Lo hecho por Kautsky (que fue venerado antes de la guerra como una especie de pontífice del partido en todas las naciones) es una corrupción inaudita del marxismo" (La misma obra, página 11). "Kautsky es un virtuoso de la hipocresía" (19), "mistifica el marxismo convirtiéndolo en imperialismo" (35). Víctor Adler, aparentando ser uno de los más renombrados campeones del marxismo, así como Kenner, no son otra cosa que "cómplices del capitalismo", "embusteros", "lacayos de la burguesía", etc.

Y como los bolcheviques se creen ser los únicos poseedores del secreto de la esfinge, se denominan también ahora "comu-

nistas* oficialmente, es decir, como aquel partido revolucionario a cuyo frente estuvo Carlos Marx y para el que escribió éste su *Manifiesto Comunista.* Era el tal "el evangelio de la revolución moderna hasta el día". Y el programa oficioso del partido bolchevique, compuesto por V. Bucharin, y del que se repartieron en Rusia más de tres millones de ejemplares, termina con las mismas palabras del *Manifiesto Comunista.*

¿Tendrían razón al referirse apasionadamente a Marx? Creo que sí. ¿La tienen sus acérrimos adversarios cuando hacen lo propio? Es posible. Siempre es fácil demostrar que en Marx existen dos concepciones del mundo, completamente distintas: la revolucionaria-utópico-racional y la evolucionista-histórico-realista. Los bolcheviques, a imitación de los sindicalistas, hicieron una depuración del marxismo revolucionario, en sus doctrinas, ampliándolas en todas sus partes, de tal modo, que en ellas se nota con frecuencia la contradicción con la otra forma del marxismo. Limitaron los conceptos revolucionarios que Marx había exaltado con su dialéctica raciocinadora y no es de extrañar que, con frecuencia, parezcan sus afirmaciones la negación del marxismo. Pero en el fondo tienen razón, dando a entender que todas sus ideas fundamentales existían en Marx, al menos en germen.

Al analizar el credo sindicalista, expresé ya mi opinión de que no era de importancia decisiva establecer su genealogía. Con todo, no es admisible prescindir de ella por completo. Los fundamentos de sus enseñanzas son demasiado doctrinales para no tenerlos en cuenta. Creo, además, que el examen de los diferentes componentes de una teoría social, buscando sus fuentes, sus orígenes espirituales, facilita la comprensión. Y la investigación resulta notable al poder asegurar que en el bolchevismo no se encuentra idea alguna que no tenga cincuenta años lo menos y que no esté contenida en las obras de Marx o Blanqui, o en la de algún otro revolucionario de la antigua escuela.

El análisis minucioso de los puntos del programa bolchevique, confirmará la exactitud de esta afirmación. Pero aún me parece más importante hacer constar que todos los ideales engendrados por el bolchevismo contienen el viejo espíritu revolucionario, o mejor dicho, el espíritu revolucionario de Marx.

Esto me obliga a confirmar frase por frase sus enseñanzas todas.

Si quisiéramos expresar parcamente lo que caracteriza la total estructura del ideal bolchevista, podría decirse que su actitud con respecto a la humanidad es esencialmente negativa.

El bolchevista niega todo lo que hasta ahora engendró el espíritu humano: es, sencillamente, su adversario, el antihombre. No es de este lugar analizar de dónde procede esta actitud original; tal vez pueda atribuirse en parte a un prejuicio de odio.

El bolchevista es, por naturaleza, antirreligioso: su credo es un *feuerbarchianismo* vulgar. Bucharin lo ha explicado más detalladamente: la fe en Dios es un reflejo de su situación detestable en la tierra, es la fe en la esclavitud, que existe no sólo en la tierra, sino en todo el universo. "Se comprende que la realidad es muy otra y que todas estas supercherías son una traba para el progreso humano, que sólo es efectivo, cuando todo lo que parece sobrenatural se explica lógicamente." No nos dicen adónde nos llevará ese progreso, ni por qué representa un valor.

Tan negativa como para el mundo metafísico es la actitud del bolchevismo para con las realidades terrestres. Es, sencillamente, un enemigo del Estado y de todos sus integrantes actuales. Huelga decir que es antimonárquico, antiaristocrático, en su más amplio sentido. Odia todo cuanto sobresale en lo más mínimo de la vulgaridad: es enemigo hasta del labrador acomodado. Insisten siempre en afirmar que el bolchevismo es el partido de los trabajadores industriales, sobreentendiéndose por éstos los manuales, y el de los aldeanos pobres. No dicen en qué se fundan para proteger únicamente a estas capas inferiores. Es posible que no encontrarán razones en qué apoyarse. Todo es negativo: los que nada son, los que nada tienen son elementos preciosos. El bolchevismo es antiliberal y antiparlamentario. También es antidemócrata en el sentido que luego veremos. Es antinacional y antipatriótico hasta la exaltación. "Los socialistas deben predicar a las masas que no hay salvación para ellos si no se derriba el «propio» gobierno, aprovechándose precisamente, para este fin, de las dificultades suscitadas por la guerra." "Ejemplo digno de imitar es el de los comunistas parisienses, atacando por la espalda a su gobierno en el momento más aflic-

tivo para la nación". (Zinoviev-Lenin, pág. 12 y siguientes). Los bolcheviques son también antipacifistas, con una elevación de miras que ya analizaremos.

No hay que decir que son anticapitalistas y que su fuerza principal radica en el odio al capitalismo. Pero la base principal de su crítica contra éste es, además, su actitud de negación, en la que se nota visiblemente el odio que se la sugiere. No aplican su crítica a aclarar cuáles sean aquellos extremos del capitalismo que más perjudican a la cultura: lo que más bien les subleva es el antagonismo entre ricos y pobres, entre "explotadores" y "explotados". De estos distingos nace una crítica vulgar del sistema económico que hasta se ocupa del estado más o menos precario de la ropa. Apenas oír las frases más triviales en labios de un hombre tan eminente como Lenin, con tal persistencia y monotonía: "los burgueses son «vagos», «chupadores de sangre», «paseantes del Newskiprospeckt». «Los obreros trabajan»; «los propietarios gozan»; «aquéllos obedecen y ejecutan; éstos mandan». «Los obreros son los engañados»; «los propietarios, engañadores». Este es el régimen llamado capitalista, al que quieren someternos los burgueses y sus lacayos" (Bucharin, Manifiesto, pág. 47).

La vida de relación también está basada en las negaciones. El odio y la desconfianza es general. Permítense en la lucha el engaño y la mentira. No han tenido escrúpulos para declarar sin rodeos que antes de la revolución exaltaron como ideal la libertad de todos con ánimo de no conceder, al ocupar el Poder, ni la individualidad, ni la de la prensa, ni los derechos de asociación y reunión (Manifiesto de Bucharin, pág. 29 y siguientes). Lenin defiende como principio la amoralidad frente al enemigo, llegando a declarar en una ocasión, en un discurso defensivo: "A un adversario político, sobre todo si pertenece al propio campo socialista, debe combatírsele con armas envenenadas, procurando concitar contra él las sospechas más tremendas."

Así como prescinden de todos sus deberes en lo moral, prescinden de toda obligación jurídica: "Hemos de evitar que nos cuelguen de los pies el peso abrumador de la "legalidad". "Entre nosotros no puede prosperar ese fetichismo" (Zinoviev y Lenin, pág. 15).

Podemos formarnos una idea del jefe de este nuevo movimiento, Lenin, por sus obras y sus hechos. Es un hombre tenaz y que no carece de grandeza, aunque su carácter es el del fanático rencoroso, violento, desconsiderado e inmoral. Es el tipo del jefe de bandidos mongol, genial unas veces, brutal otras, pero sin dejar de ser nunca el hombre docto, aficionado a las lecturas, doctrinario concienzudo. Los juicios de cuantos le conocen personalmente confirman la exactitud de este retrato, coincidiendo con lo que sabemos de su vida. Máximo Gorki lo describe así: "Lenin es un hombre de fuerzas propias: durante veinticinco años luchó en primera fila por la victoria decisiva del socialismo. Es una de las figuras más eminentes y notables dentro de la democracia socialista internacional; es hombre de gran talento y posee todas las cualidades necesarias a un 'jefe", aunque carece de la moral precisa para serlo, y su relación con la vida de las masas populares es autocrática e implacable". Gorki opina que Lenin arruinará a su nación. Pero esta tragedia inevitable no inquieta en modo alguno a Lenin, esclavo del dogma, y a sus compañeros, esclavos de él, del déspota. Para él, la vida con todas sus complejidades es incógnita: no conoce a las masas populares, no convivió con el pueblo. Pero sabe por sus lecturas cómo se pueden halagar los instintos de ese pueblo y arrastrar a esas masas, excitándolas hasta el delirio. Y coincidiendo con este juicio, un amigo antiguo de Lenin, N. Rubain, le describe así: "¡Lenin es un hombre dominado por el odio...! Este odio es en él más fuerte que el amor. Es mucho mayor su odio a la burguesía que su amor al proletariado." Este amor a un sistema y este odio contra un sistema, cercan a Lenin como una muralla y le impiden conocer a los hombres tal como son, en la realidad de su vida, en su sencillez. Ya tendremos ocasión de mostrar cómo se agudizó notablemente su sentido de la realidad.

Pero ¿acaso no existe en absoluto nada de positivo en este hombre y sus adeptos, ni en su credo, el bolchevismo? ¿Ni un atisbo de amor? ¿Ni una afirmación? Sí. Afirman, si se nos permite la paradoja, la absoluta negación; aman la idea de la destrucción: se sacrifican por la "revolución", que es precisamente la constante mutabilidad, el constante cambio de postura, el progreso continuo con tendencia a nuevas formas, que no

desean por ser nuevas, sino por destruir las antiguas. Resultan así hijos legítimos de la época capitalista, que fue la primera en poner precio a las aspiraciones por amor a lo que significaban a la lucha por lo que en ella había de actividad y fuerza, a lo nuevo por lo que en él les traía el progreso. Otros puntos de contacto tienen también con el capitalismo los revolucionarios de la negación. No se les alcanza que este extraño antagonismo existente en su tendencia negativa contra lo antiguo, que entraña asimismo la negación de las eternas aspiraciones del hombre y con su propio designio, no es comprensible sin una base metafísica, base que precisamente han excluido de su vida. De este modo se han convertido en caballeros de la fe, careciendo de ella por completo.

A.–POLITICA DEL ESTADO

I.–*Dictadura del proletariado*

El Estado, según Marx, con el que están de acuerdo los bolcheviques, es un poder constituido por una clase cuya finalidad es sojuzgar a otra. En la actualidad este poder, representado por el ejército y la burocracia, reside en manos de la burguesía, que con ayuda de él sostiene el régimen económico capitalista. Para abolirlo, había que destruir el dominio de la burguesía en el Estado. Esta es la misión del proletariado: oponer el poder al poder y edificar otro Estado sobre las ruinas del antiguo: el Estado proletario. "Como cualquier otro, el Estado proletario es una organización de la clase dominadora... una organización del poder" (Manifiesto de Bucharin, pág. 17). "Ante todo hay que destruir al Estado burgués." "No conocemos otro deber respecto al Estado burgués que el de derribarlo, destruyendo esa cuadrilla de ladrones" (Manifiesto de Bucharin, pág. 84). El modo de realizarlo, según las enseñanzas de Marx, es desarmando al ejército y armando al proletariado. Y mientras no pueda prescindirse de los funcionarios, convertirlos en órganos dependientes del proletariado en armas. Las condiciones de potestad jurídica así creadas constituyen la dictadura del proletariado, que de este modo viene a reemplazar sencillamente a la dictadura de la burguesía, pues en el dominio del Estado no puede haber otra cosa que una dictadura: Estado es sinónimo de dictadura.

La mayoría de los críticos burgueses desconocen esta tesis fundamental de Marx: de aquí su perplejidad ante el fenómeno de la dictadura del proletariado. Reprochan a sus jefes la

violación de los principios democráticos, como si estos principios hubiesen sido defendidos por los marxistas ortodoxos. El sentido que los burgueses dan a la palabra "Democracia" será completamente desconocido para Marx y los bolcheviques mientras exista un Estado.

Quizá más tarde, cuando desaparezca el Estado, será ocasión de pensar en una verdadera democracia. Por ahora, el concepto de ella es un peligroso narcótico para el proletariado en lucha, que podría adormecerle e inutilizarle para el logro de sus ideales. Nada más contrario a los intereses proletarios que una Constitución y un Parlamento, aunque naciesen del sufragio más democrático. Pronto veremos el porqué. Por ahora sigamos al proletariado en su camino para lograr el poder y veamos cómo ejerce la dictadura.

Encuéntraselo ahora ante la amenaza de que la antigua detentadora del poder, la burguesía, entre de nuevo en posesión de él, ante el peligro de la contrarrevolución. Y para descartar este peligro no hay más que un medio: exterminar a la burguesía. "La revolución no discute con sus enemigos: los aniquila; la contrarrevolución hace lo propio." (Radek, en el prólogo de la obra de Bucharin).

Nuestro fin es "aplastar por completo a la burguesía" (Bucharin, pág. 25). Por lo tanto es una idea absurda conceder a la burguesía cualquier clase de libertades (de prensa, de reunión y asociación, de tribuna). "En lo que se relaciona con la prensa, hay que distinguir ante todo a qué clase de prensa se hace referencia, si a la burguesa o a la obrera. Y lo mismo puede decirse de los derechos de reunión, asociación, etcétera. Sin estas distinciones, no hay posibilidad de entenderse. Prensa, asociaciones, propaganda por la palabra, son otros tantos medios para la lucha de clases, y en épocas de revolución y en el foco de ésta, son elementos para la guerra civil de tanto valor como los depósitos de armas y municiones. La misma utilidad representan para los demás partidos socialistas" (Bucharin, pág. 28 y siguientes). Los bolcheviques siguieron el programa punto por punto: monopolización del periódico, socialización de las imprentas y depósitos de papel (art. 14 de la Constitución), de tal modo, que sólo pudieran publicarse los periódicos del Estado (en realidad hubo

excepciones, como ya veremos), introdujeron la previa censura con la mayor severidad, todos los lugares de reunión fueron puestos a disposición "de la clase trabajadora y de los campesinos pobres" con alumbrado y calefacción (Art. 15 de la Constitución). Se suspendió la ordenada administración de justicia, etc., etc. (W. Kossowsky, *El régimen bolchevista* (1918), con muchos datos auténticos. Máximo Gorki, *Un año de revolución rusa*. Cuaderno de Octubre de 1918 de los publicados mensualmente en Alemania del Sur).

Pero no bastaban estas medidas, que no eran más que preventivas. Tratábase de atacar a la burguesía en sus mismas posiciones, privarla de toda posibilidad de apoderarse nuevamente del poder. Para conseguirlo había que arrebatarle sus propiedades, lo que pudo hacerse de varias maneras, como demostraré al hablar del programa económico. Y aun esto no era suficiente garantía para su seguridad. Sólo el exterminio les ofrecía tranquilidad absoluta. Así como el terror blanco de 1793 exigía las cabezas de los aristócratas, el de 1918 reclamaba los cuerpos de los burgueses. En apoyo de esto citaremos una orden del comisario del pueblo en el negociado militar, con fecha 8 de agosto de 1918: "Aniquilaremos a todos los aliados directos e indirectos de los checo-eslovacos, a todos los revolucionarios, agitadores y *saboteadores*... El tribunal revolucionario permanente, compuesto de tres soldados, celebrará sus sesiones en el tren militar del comisario del pueblo. Esta organización marcial tendrá poderes ilimitados en todo el territorio que abarca la red ferroviaria, declarado en estado de guerra" (Copiada literalmente por Kossowsky, en su obra). Y en la *Krasnaja Gaceta*, periódico bolchevique, del 31 de agosto y 1º de setiembre de 1918, escribía el partido: "Por cada uno de los nuestros que perezca, haremos sucumbir a millares de enemigos. Así lo prometimos de antemano y así lo cumpliremos ahora. Si el proletariado contesta al asesinato de su camarada (aquí el nombre) con el fusilamiento de muchos miles de representantes del gran capitalismo, de la oficialidad de la Guardia blanca, de muchos sacerdotes reaccionarios y de la gentuza intelectual de los socialistas revolucionarios de la derecha, el efecto no tardará en hacerse notar. Los intere-

ses de la revolución exigen el aniquilamiento material de la burguesía."

II.–La guerra civil

Es fácil prever que la burguesía no se dejará arrebatar sin lucha sus derechos, sobre todo en las naciones occidentales; es, pues, inevitable la guerra civil. Con ella cuenta también el partido bolchevique como algo fatal que debe producirse, y no lo más grave. Nada más lejos de sus miras que el pacifismo melifluo de la burguesía democrática. El concepto de la santidad de la vida, empirismo consagrado universalmente, les parece hijo de una fraseología ñoña y huera. En la lucha entre los partidarios de la guerra y de la paz que ha de ocupar los anales de los siglos venideros, se ponen decididamente al lado de los primeros. Para los bolchevistas, la guerra será dentro de poco un elemento necesario a la vida. Por esta razón no condenan las guerras pasadas por sí, sino por haber servido a fines vulgares. Según ellos, las guerras del porvenir tendrán otra modalidad: no combatirán pueblos contra pueblos, sino clase contra clase. Indicaré algunos pasajes de los programas de varios jefes bolchevistas, para demostrar las intenciones antipacifistas del bolchevismo y su modo de glorificar las guerras civiles.

"Los mencheviques, los socialistas revolucionarios, los socialistas demócratas, tratan de asustarnos con la perspectiva de la guerra civil. ¿Creen acaso que la revolución socialista, en los demás países progresivos, podrá realizarse sin guerra civil...? Es fácil prever que la guerra de clases, en Alemania por ejemplo, será encarnizadísima..." "No es posible lograr una producción comunista, cooperativa, sin la guerra civil y la férrea dictadura de los trabajadores" (Manifiesto de Bucharin, pág. 85).

"Una de las formas de error de las clases trabajadoras es el pacifismo y el lema de la paz, en su forma abstracta. Bajo el régimen capitalista, y muy especialmente bajo el imperialista, las guerras son inevitables. Además, la democracia socialista no puede negar la postiva importancia de las guerras revolucionarias, es decir, las que como en 1789-1831 tuvieron por móvil librar al pueblo del yugo nacional y feudal, o las que puedan necesi-

tarse eventualmente en defensa de las conquistas del proletariado victorioso en su lucha con la burguesía..." (Zinoviev-Lenin, *Socialismo y guerra*, pág. 35).

"Marxismo no significa pacifismo" (La misma obra, pág. 21).

"También nos diferenciamos de los amigos de la paz burguesa porque comprendemos muy bien la necesidad de las guerras civiles, de las guerras entre las clases oprimidas y los gobernantes, y sabemos apreciar su carácter progresivo" (La misma obra, pág. 9.

"La guerra civil, lema en la actualidad de los socialistas demócratas revolucionarios, es la lucha del proletariado en armas contra la burguesía, por la expropiación de ésta en las naciones capitalistas dominantes..." (La misma obra, pág. 34).

"No hace aún mucho tiempo que algunos compañeros de la izquierda pregonaban el desarme. Un bolchevique nos presentaba así la cuestión: "Nuestro lema es el desarme de la burguesía y el levantamiento general e incondicional, en armas, de la clase trabajadora... Sólo por la violencia puede destruirse el mecanismo homicida de la violencia. Sólo entregarán sus armas los burgueses cuando se les obligue con la guerra de las armas" (Manifiesto de Bucharin, pág. 72).

Para defender a la "nación socialista" contra la burguesía de todas las naciones, incluso de la suya, hubo de crearse el ejército rojo. Pero éste necesitaba un cuadro de oficiales que debía formarse con "antiguos especialistas" dando también entrada en él al proletariado. Para demostrar la importancia que daban los bolcheviques a la creación de un ejército propio, y comprendiendo que sólo podía basarse en el concepto del honor, peculiar del soldado, puede citarse el hecho, aparentemente superficial, pero muy sintomático, de que la República socialista ha mandado acuñar una medalla como premio al valor.

En el *Snamja Trudowy Kommuny* del 20 de septiembre de 1918, puede leerse: "Se crea una medalla como premio a todos los ciudadanos de la República de los Soviets que hubieren demostrado en el último período activo de guerra su valor con hechos distinguidos. Esta condecoración se llamará de "la bandera roja", y en anverso llevará esta insignia desplegada. Con

la condecoración recibirán los ciudadanos un diploma. La medalla se llevará sobre el pecho. Tienen la facultad de concederla todos los jefes y comisarios de las fuerzas del ejército rojo, de la escuadra y de los contingentes voluntarios".

La Constitución de la República sovietista admite también, en su artículo 19, el servicio obligatorio, y declara con orgullo: "Sólo incumbe a los trabajadores el defender la revolución con las armas en la mano. Los demás elementos que no trabajan habrán de cumplir otros deberes militares". La alegría de combatir que anima a los bolcheviques, o al menos a sus jefes, se exterioriza en todas sus declaraciones. Bucharin decía al corresponsal socialista del *Verdens Gang* (véase el número del 8 de diciembre de 1918): "El porvenir nos reserva un período de muchos años de guerras revolucionarias entre los dos Estados: el proletario y el imperialista. Si en vez de un millón de hombres tuviésemos cinco, emprenderíamos en esta primavera una guerra ofensiva."

Estos propósitos originaron asimismo la idea de que los ejércitos rojos de las distintas naciones se ayudasen mutuamente en la lucha. Y este ha sido uno de los medios de propaganda, el más importante, de nuestros radicales: la esperanza en el apoyo que les prometía el ejército rojo de Rusia, que ofreció muchas veces su ayuda al proletariado alemán en lucha. Véase lo que decían en una hoja titulada *El monstruo sanguinario*, dirigida a los trabajadores alemanes: "Cuando os apoderéis del poder, la clase trabajadora rusa os propondrá una alianza ofensiva y defensiva, a vida y muerte..."

Seguía a este párrafo otro con un elogio jactancioso, exagerando la fuerza del ejército rojo: "Este ejército, con sus millones de hombres, entrará en campaña tan pronto vea amenazada la revolución de los trabajadores.. Constituiremos entonces un solo pueblo de hermanos (¡!) y los trabajadores rusos verterán su sangre por la Alemania obrera, como la vertieron por Rusia en el Volga..."

Nacionalistas y socialistas os gritan a la vez: "¡Coged las armas y a la lucha...!"

III.—La Constituyente y la Constitución por Consejos

Después de lo que antecede, a cualquiera se le alcanza que la idea de una Constituyente está en pugna con tales procedimientos. Los teóricos y políticos que predican a los socialistas de la izquierda la necesidad de una Asamblea Nacional Constituyente, no han comprendido aún el credo político de los bolcheviques y sobre todo no quieren convencerse de que ningún Parlamento es compatible con el programa comunista. Preocupados éstos por la forma externa, no ven en el parlamentarismo otra cosa que una modalidad de la dictadura burguesa: "El Parlamento democrático-burgués es, legalmente, una "representación popular", una institución "general-nacional", pero en realidad, no es más que un mecanismo para explotar al proletariado. La burguesía necesita la ficción de un Estado "general-nacional" integrado por todos, sin distinción de clases, para engañar al pueblo. Con este sistema todo sigue lo mismo, incluso el sufragio democrático. En el sistema parlamentario, las masas son siempre las perjudicadas, por dos razones: en primer lugar, porque tal sistema supone un mecanismo de empleados muy ingenioso, que absorbe gran parte del poder del Estado, pero del que es excluida casi por completo la gran masa del pueblo, y en segundo, porque en el mismo Parlamento prevalece muy especialmente la clase dominante, gracias a los elementos auxiliares inteligentes de que dispone", Trotski dio forma a esta idea, diciendo: "Si a la burguesía rusa, a las clases poseedoras rusas en general, les conviene por su índole y sus intereses políticos, como ideal de gobierno una monarquía limitada, sirviéndole de base los elementos del censo, en cambio, a los elementos intelectuales, a cuyo frente se encuentran los demás partidos unidos al de la inteligencia les conviene más para sus intereses y sus ideales una Asamblea Constituyente, en la cual, los intelectuales de la clase media representarían un papel importantísimo, pues hablarían en nombre de todas las agrupaciones más atrasadas y que aún carecen del don oratorio, y merced a su mayor facilidad de expresarse representarían el papel de elemento activo e intermediario, ocupando el justo medio entre las clases posedoras y las masas trabajadoras. Y de este modo, la Asamblea Consti-

tuyente resultaría una gran Cámara con elementos conciliadores, una gran institución para mutua inteligencia de los partidos con la revolución rusa". (Trotski, *Trabajo, disciplina y orden*, páginas 9-10).

Pero "¿quién debe ocupar, según opinión de los bolcheviques, el puesto del "cretinismo parlamentario", como le llaman ellos?" A esto contestan: el Soviet, el gobierno de Consejos. Y ya que tenemos a la vista la traducción alemana de la obra *Constitución de la República de Consejos federal-socialista de Rusia* (Zurich, Edition Union 1918), podremos explicar con exactitud lo que debe entenderse por este nombre:

1º Los Consejos son la representación del pueblo trabajador. El artículo 60 concede el derecho de electores y elegibles a todos los hombres y mujeres mayores de 18 años "que ganen el sustento con un trabajo productivo y de utilidad pública", a los soldados del ejército de los Consejos y a las personas de tal clase que hayan perdido su aptitud para el trabajo.

No son electores ni elegibles (Art. 65):

a) Empresarios;

b) Rentistas;

c) Comerciantes;

d) Frailes y sacerdotes;

e) Servidores y agentes de la antigua policía, miembros de la familia real proscrita, etc.;

f) Dementes;

g) Reos de delitos comunes.

2º Los Consejos se apoyarán recíprocamente. Los de diputados serán elegidos por votación directa. Los demás, tales como los de distrito, región, gobierno o provincia, así como la "autoridad más elevada de la República de los Consejos rusa", o sea el "Congreso de Consejos panruso", serán elegidos directamente. (Artículos 57, 53, 24, 30).

3º El sufragio no es igual para todos. Los habitantes de las ciudades gozan de distintos derechos de elección que los del campo. Así como en aquéllas puede elegir un diputado para los Consejos de diputados por cada 1.000 habitantes, en

el campo la proporción es de 1 por 100. Pero en cambio, se ve la preferencia de las ciudades en la composición de los Consejos superiores. Así, los Consejos provinciales de delegados en las Asambleas regionales y consejeros de las ciudades están formados de modo que, en el campo, puede elegirse un diputado por cada 25.000 habitantes, y en las ciudades uno por cada 5.000

4º Para la resolución de los asuntos, los Consejos eligen representantes activos que estén en continuo contacto con los Consejos, y cuyo mandato puede ser revocado en cualquier momento. El fin que se propusieron los Soviets fue el de transformar los Parlamentos en instituciones "donde se trabajase", en vez de lugares de charlatanería". Abolición de los Parlamentos es sinónimo de "anular la separación entre el poder legislativo y el ejército". Este es el secreto. El lema es: Autoadministración. "Aparece en él, como finalidad, el cumplimiento gratuito de los deberes de clase, por parte de cada trabajador, después de realizar ocho horas de trabajo productivo" (Lenin). Andando el tiempo, debe desaparecer la "burocracia", cosa que no es imposible, pues según los mismos funcionarios, cada vez se hace más sencillo su trabajo. Así como en la fábrica desaparece la jerarquía, pues todos saben hacerlo todo, ya que las distintas manipulaciones, merced al progreso de la técnica y de la organización del trabajo, se simplifican de tal modo que cualquiera puede aprender su oficio en cortísimo plazo, así también debe desaparecer en la "burocracia".

¿Quién no reconoce en lo que precede una de las ideas favoritas de Carlos Marx, de la que ya me ocupé en otro lugar, haciendo su crítica detallada? Sólo nos resta hacer constar que la idea de la constitución por Consejos y del gobierno de ellos, es exclusiva y esencialmente de Marx, si bien éste fue inspirado por los ensayos prácticos de la Commune francesa. Puede decirse que Marx escribió las bases de derecho público aplicables a la Communes francesa, y sobre estas teorías marxistas fundaron los bolcheviques rusos la constitución de los Soviets, que se distingue de la Commune francesa únicamente en la cooperación con los Consejos de soldados y tal vez por una mayor acentuación del carácter de gran industria, aunque esta especialidad, que en un principio imprimió en los Consejos un sello peculiar proletario, no llegó a tener expresión, por lo visto, en la "Constitución de la República",

pues en ella los ciudadanos tienen el derecho de elección por el número de habitantes de los distritos. Todo lo demás fue previsto ya por Marx y los comunistas. Refiriéndose a estos puntos, escribía Marx: "La Commune no debía ser una corporación parlamentaria, sino trabajadora, ejecutora y legislativa a un tiempo. En vez de decidir cada tres o cada seis años qué miembros de la clase dominante deben representar o dominar al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal había de ser utilizado por el pueblo constituido en comunas, como el patrono utiliza su derecho individual para elegir obreros, inspectores y oficinistas en la industria". La formación de los Consejos resulta también una imitación del derecho público de la Commune, según el cual, la Asamblea Nacional debe componerse de delegados de las Asambleas provinciales o de distritos respectivamente, y éstas, a su vez, de delegados de las comunas. Asimismo, en la Constitución de la Commune, estaba previsto ya el dominio de la ciudad sobre el campo. "En realidad —según opinión de Marx— la constitución de la Commune puso a los productores rurales bajo la férula de las capitales de distrito, asegurando en ellas como representantes naturales de sus intereses a los trabajadores de la ciudad".

Nadie dudará de que muchas cosas de la Constitución sovietista-comunista recuerdan las organizaciones administrativas autonómicas prusianas. No sin razón decía Bismarck: "En la revolución de la Commune no se expresó otra cosa que el vehemente deseo por parte de los franceses de imitar la Constitución de ciudades como las de Stein-Hardenberg. Sin embargo, también en esto había ciertas diferencias".

III. —POLITICA ECONOMICA

I. —El programa

Al subir los bolcheviques al poder tenían un programa de reforma de vida económica bastante acabado. De él trataron en numerosos periódicos y después fue resumido por Bucharin en su obra tantas veces citada, *Programa de los comunistas* (bolcheviques), del que se publicó una traducción alemana en

Zurich (1918). Para este programa escribió un prólogo explicatorio K. Radeck. Ambos documentos pueden considerarse como oficiales para el partido. De las explicaciones de los dos escritores, deducimos por de pronto el hecho significativo de que los comunistas han prescindido del último vestigio del marxismo evolucionista, por cuanto abandonaron la teoría "del progreso interno del socialismo". Según su opinión, para que la socialización sea un hecho, es suficiente que algunas industrias estén en sazón para ello. Una vez conseguido, el deber del proletariado revolucionario es crear las condiciones para la socialización. Pero la revolución no estallará allí donde el capitalismo esté más desarrollado, sino donde sea mayor la explotación del proletariado. Tal es el caso en las naciones más atrasadas: Rusia, Italia y Austria. El socialismo se propagará desde estos países. No es, pues, un factor del progreso, sino que ha de ser la obra de un trabajo conscientemente creador y fecundo. Y se comprende: el movimiento afluye también en este caso a las corrientes ideológicas del socialismo racional de tal modo, que otra vez vienen a concordar la forma con lo substancial.

Los puntos más importantes del programa económico son los siguientes:

1º La nacionalización se inicia con la centralización simultánea de los Bancos, pues de ese modo es fácil apoderarse de toda la producción. (Evidentemente, no se trata sino de los Bancos de "crédito"). El Banco Central Popular debe transformarse en una entidad de "contabilidad social de la producción cooperativa-socialista".

2º Deben nacionalizarse, después, aquellos ramos de la industria que estén sindicados. La clase trabajadora "expulsará a generales y banqueros, colocando a sus adeptos en todas partes, pero puede aprovecharse del mecanismo creado por los bandidos del capitalismo, para la inspección, administración y liquidación". Y en lo que se refiere a los demás extremos de la gran industria, "al pasar ésta a manos del Estado bolchevique, viene también a depender de él la pequeña industria".

3º Simultáneamente se procederá a la nacionalización del suelo y a la implantación del cultivo común: sin él se acostumbraría de nuevo fácilmente el labrador a la economía particular. La

agricultura debe ser praticada "en gran escala", en parte por la administración cooperativa de los antiguos latifundios y además por la organización de comunidades obreras agrícolas.

4º En su totalidad el problema es el siguiente: crear una economía popular reglamentando su dirección, de modo que toda la producción quede regulada y registrada, según un plan minucioso. De esta manera no podrán los representantes de los establecimientos perseguir fines egoístas, sino ceñirse al bien de todos, para lo cual es preciso que los delegados generales tengan mayoría en todos los establecimientos.

5º Los organismos de este mecanismo centralizador son:

a) Los Consejos de economía popular de distritos y territorios;

b) Los Consejos de economía, comités que agrupen ramos enteros del comercio o de la industria: centros textiles, centros metalúrgicos;

c) El Consejo supremo de economía, donde concurran todos los hilos de la red, cerebro de la nación, registro y máquina calculadora inmensos.

Estos organismos están en continuo contacto con los Consejos de obreros y el Gobierno de los Consejos.

6º Por de pronto, se implanta la obligación de trabajar a cuantas personas tengan de 5 a 600 rublos de ganancia mensuales, imponiéndola más tarde a todos. Cada individuo recibe una libreta de consumo y trabajo y no puede comprar nada si esta libreta no lleva una nota en que conste que su poseedor trabaja. (En ninguna parte se especifica lo que los comunistas entienden por trabajo). Los obreros no reciben su jornal en dinero sino en especie. "Según las anotaciones hechas en la libreta de trabajo, se entregan a los trabajadores los productos que necesitan, sin dinero, con solo presentar una certificación de que han trabajado, sencillamente (¡!)".

7º El inmenso ejército de los que trabajan será encaminado desde la central a los sitios de formación del catastro general de trabajadores: "Inspección, registro, distribución de la mano de obra: todo esto es peculiar a las organizaciones obreras" (¿?) El intercambio (¿libre?) entre la ciudad y el campo se verifica sin dinero, del mismo modo que los envíos (¿obligados?) de un distrito industrial a otro.

8º Quedan así anuladas la especulación y el comercio. La "distribución de productos se hace con regularidad a base de un registro en que consten las necesidades y existencias" (algo así como el sistema de tarjetas seguido durante la guerra). "Para llevar a buen término esta distribución", la población debe reunirse en las llamadas "comunas de consumo", creadas en cada barrio. Los productos se distribuyen luego, empezando por las comunas, que calculan de antemano (¡!) lo que necesitan y en qué cantidad, para distribuirlo a su vez, por medio de personas de confianza, entre los consumidores. Deben utilizarse las sociedades de consumo existentes.

9º Para lograr una mejor distribución y emancipar de paso a la mujer de su esclavitud, debe sustituirse la economía particular por la societaria (cocinas centrales).

10º Se llevará a efecto la expropiación de fincas urbanas, entregando los edificios a las organizaciones obreras. Se hará un registro de las viviendas, que serán distribuidas con arreglo a las necesidades.

11º Finalmente, el Estado proletario nacionalizará también el comercio exterior, lo cual quiere decir que ningún habitante de Rusia tendrá el derecho de negociar con capitalistas extranjeros. El comercio, en su totalidad, radicará en manos del Estado de obreros y campesinos, quien concertará todos los contratos y su cumplimiento recíproco.

Nótese que algunos puntos han quedado sin fijar. Si las necesidades de cada uno deben ser limitadas o consideradas en toda su amplitud; libres u obligadas, pudiera decirse. Como debe relacionarse la producción con tales necesidades; en el caso en que éstas varíen, ¿qué debe hacerse con la producción sobrante? ¿Qué relaciones jerárquicas deben prevalecer en los establecimientos interiores?

Hay una cuestión de importancia decisiva: ¿cómo debe apreciarse el trabajo del obrero en relación con su rendimiento, es decir, con respecto a las rentas societarias? El programa tampoco contesta a este punto. Según una observación hecha por Lenin, en cierta ocasión, en este asunto, los comunistas deben atenerse también al sistema marxista. Por de pronto, mientras los espíritus se

hallen pervertidos aún por el capitalismo, la recompensa debe ser proporcionada al rendimiento del trabajo. Más adelante, cuando los hombres hayan reconquistado el paraíso adánico, se pondrá en vigor el principio: "A cada cual según sus aptitudes y según sus necesidades".

Lenin da una importancia decisiva a la idea marxista de que los hombres, antes de entrar en el cielo socialista, tendrán que pasar por un purgatorio que puede durar siglos: según él, a los hombres hay que tomarlos, en absoluto, como son. Ya tendremos ocasión de comprobar las ventas, concesiones y compromisos que el sistema capitalista económico se vio obligado a hacer en vista de lo expuesto.

II. –*La ejecución del programa*

Si fácil es formarse una idea bastante clara de las aspiraciones del bolchevismo en el terreno de la economía política, no lo es tanto consignar de una manera terminante lo realizado durante su primer año de régimen, y aun resulta más difícil conocer el éxito que tuvieron sus mandatos. En lo relativo al primer punto, solo conocíamos un inmenso número de decretos, semejantes a los dictados por Alemania para regular su economía durante la guerra, y cuya prodigalidad dio origen a que Máximo Gorki la denominase con frase acerba: "Decretismo". Pero ignoramos los que se llevaron a la práctica positivamente. Para contestar al segundo punto, no poseemos datos suficientes con que formar un juicio definitivo y poder decir con seguridad la acogida que tuvo esta o aquella medida. Solo disponemos de algunos informes incompletos, suministrados, en parte, por las estadísticas oficiales, en parte por los informes particulares. Hay lagunas que podríamos llenar por comprobación. Deben acogerse con gran reserva las numerosas críticas despectivas del sistema bolchevista, hechas en la prensa burguesa y en la de los socialistas de la derecha, expresión de una tendencia partidista apasionadísima. Por esta razón nos atendremos a las declaraciones auténticas de los bolcheviques, allí donde carezcamos de datos, y especialmente cuando les sean desfavorables, y solo emplearemos los informes de sus adversarios en tanto les sean favorables. En resumen, sentenciaremos muy prudentemente

y nos limitaremos a juzgar sobre algunos puntos capitales, de los que aparezcan más claros entre la niebla espesa que los rodea a todos.

a) El reparto

En el conjunto de problemas comprendidos en la palabra "socialización" existen, aunque sin que puedan distinguirse siempre con suficiente claridad, dos grupos de ellos muy diferentes entre sí: el del reparto y el de la producción. Los problemas del primero son los que pueden resolverse más fácilmente por una intervención caprichosa en la marcha de los asuntos que los de la producción. Rusia empezó por resolver los primeros en un sentido bastante radical, como vamos a ver.

En lo referente a la distribución de bienes ya adjudicados, se hizo justicia "compensativa" ampliamente, con arreglo a los principios de los jefes: "Roba lo robado", lenine; "Quitad las botas a los burgueses y no les dejéis más que las zapatillas", Trotsky. Según informe del comisario popular de justicia, fueron saqueadas en Petrogrado desde 1º de enero de 1918 hasta 25 de marzo del mismo año, es decir, en menos de tres meses, 44,207 casas particulares y 26.317 comercios y tiendas. Durante este período fueron denunciados en la comisaría de Petrogrado, 574,315 ataques a mano armada, robos, etc., en las calles de la ciudad. La estadística oficial bolchevista estima los daños y perjuicios en 22.765.000 rublos. Estas cifras parecen increíbles. Por indicaciones de la estadística oficial, las he encontrado en la obra de Kossowsky, *El régimen bolchevista,* pág. 49. A él corresponde garantizar su autenticidad.

El asunto de las viviendas se resolvió por el procedimiento sencillo indicado en el programa y que ya había señalado Federico Engels (*El problema de la vivienda,* pág. 22): "expropiando las propiedades actuales y entregando sus casas a los obreros que carecían de ella o que vivían en las suyas con demasiada estrechez". Según una observación hecha por Bucharin hace poco (véase el *Verdens Gang* del 8 de diciembre de 1918), "no existen ya casas particulares: pertenecen todas a los soviets y son administradas en común". También en esto imperó la dictadura del proletariado. En los actuales comités para el reparto de viviendas se privó de voto,

en absoluto, a la burguesía. Por informes de uno de mis amigos, que regresó de Moscú hace poco, me enterés de que, por regla general, los presidentes de los comités son antiguos porteros. Se verificó un nuevo reparto de viviendas: las mejores se reservaron ya para las familias de obreros que, según se dice, se niegan con frecuencia a ocupar los elegantes pisos. Estas medidas tuvieron por origen consideraciones políticas y "tácticas", porque era de temer el ataque de la guardia blanca. "Ocupábamos las casas más grandes y las fortificábamos militarmente. Nosotros no intentamos exterminar a la burguesía en el concepto material de clase, sino socialmente".

También en el reparto de terrenos entre los aldeanos intervenían problemas de producción. Más adelante hablaré de ello.

Con respecto al reparto de las ganancias obtenidas, se introdujeron las siguientes variaciones:

1º Suprimir los beneficios producidos por la propiedad terrateniente, así como los de capitales y papel del Estado. No alcanzamos a comprender hasta qué punto legalizaban tal medida. Está comprobado que hubo excepciones. Un testigo ocular refiere lo siguiente: El gobierno bolchevique, en un principio no privó de circulación a todos los valores en papel. Pero sí anuló de una plumada todos los empréstitos del Estado, a excepción del empréstito libre emitido por él. Prohibió además el pago de cupones, intereses y dividendos, prohibición que se respetó positivamente. Finalmente, dispuso que todos los tenedores de valores en papel registrasen oficialmente su propiedad y que se anulasen los valores que careciesen de este requisito. Esta disposición quedó incumplida casi por completo: solo se registraron una mínima parte de los efectos. De este modo la mayoría de ellos resultaba, pues, tan anulada, como en un principio, lo habían sido los empréstitos del Estado.

No obstante estar clausuradas las Bolsas, se verificó un agio activísimo con el papel y la moneda extranjera. En las calles y pasadizos que rodean el antiguo edificio de la Bolsa, se hacen numerosas transacciones. En ocasiones hay tiros, pero el gobierno resulta impotente para prohibir el agio.

Hübner, a quien debemos estos datos, explica el hecho de

que se sigan cotizando estos valores rentísticos, aun no teniendo curso legal, porque los tenedores de ellos no pierden la esperanza de un porvenir mejor.

2º Lo que perdió la clase capitalista por la supresión de sus ganancias, lo ganó el jornal. No dispongo de ninguna estadística de salarios y creo que no existe siquiera. Pero por diversos indicios es de suponer que el aumento hasta fines de 1918 ha sido, como en Alemania, excesivo. Y por excesivo se entiende un aumento de jornal que origina el fracaso de la empresa, o por no producir una renta, o porque las ganancias se reducen a un mínimo o a cero. Así ha debido suceder en Rusia con muchas empresas.

Citemos como ejemplo el presupuesto de los ferrocarriles del Sudeste, que aun aumentando sus tarifas en ocho veces su valor, hasta agosto de 1918, son los siguientes:

	1917		*1918*
Ingresos	183'2	Ingresos	191'6
Gastos	161'4	Gastos	291'5
Exceso de ingresos sobre bre los gastos	21'8	Exceso de gastos sobre los ingresos	99'9

Parece ser que hay una gran fundición de hierro que trabaja con un déficit mensual de tres millones de rublos.

En muchos casos, las consecuencias de esto es la insolvencia de la empresa. Para evitarla se solicitó la concesión de créditos a los Bancos, mejor dicho, al Banco Central Popular. Naturalmente, no podían ser cubiertos los fondos necesarios por los depósitos de los Bancos, puesto que el capital de reserva había desaparecido con aterradora rapidez, sin reponerlo nuevamente. La revista comercial *Fipancy i Narodnoje Choisjaistwo*, publicó, con fecha 11 de octubre de 1918, estos datos de la sucursal del Banco Popular de San Petersburgo, referentes a agosto de 1918:

	Cobró rublos	Pagó rublos
Del comercio y de la industria . .	2.923,184'69	28.333,803'93
De particulares	879,356'22	3.970,370'67
En septiembre de 1918:		
Del comercio y de la industria . .	5.271,334'48	30.883,214'00
De particulares	1.905,484'25	4.056,102'88

La brecha abierta de este modo se tapó con una emisión fiduciaria. Funcionó la prensa de hacer billetes. No tenemos informes de la cantidad de papel-moneda en circulación. Bucharin confesó hace poco, en la interviú ya mencionada: "Imprimimos mucho papel-moneda". Pero Bucharin veía en esto una ventaja. "El progreso —dice— tiende visiblemente a la supresión del dinero. El aumento de papel-moneda lo favorecerá, porque disminuyendo así su fuerza adquisitiva, nadie querrá tomarlo". En efecto, ya sucede así en el tráfico entre la ciudad y el campo. Y es evidente también que no es posible comerciar con un país "capitalista" a base de un cambio tan enormemente depreciado. Por fuerza, el intercambio en especie habrá de sustituir al intercambio en dinero, que es lo que desean los bolcheviques.

Claro está también que los precios elevados son consecuencia del aumento ficticio de los jornales y resultan un perjuicio para el consumidor. Algo quedan nivelados por el necesario racionamiento de víveres que, como en Alemania, se ha implantado en Rusia; solo que en esta última los consumidores se dividen en cuatro clases, que perciben diferente ración. Pertenecen a la primera categoría los obreros de las industrias pesadas y los soldados; a la segunda, los funcionarios del soviet y las intelectuales; a la tercera, los que tienen un tiempo de trabajo reducido; a la cuarta, la gente baldía, los parias, la masa de la antigua clase burguesa y la de terratenientes expropiados. Pero es general la creencia de que existe el fraude, y que los ricos siempre logran algo a fuerza de dinero.

b) *La producción*

Si tratamos de averiguar las novedades introducidas en el terreno de la producción de bienes por el bolchevismo y el éxito

logrado, creo que debemos establecer una diferencia muy señalada entre la agricultura y los distintos ramos de la industria.

A mi entender, el sistema bolchevique fracasó completamente en lo referente a la agricultura. Los efectos de las medidas adoptadas han sido opuestos a lo que se esperaba. Primero ensayaron la agricultura colectiva; pero al ver que no progresaba, hicieron concesiones al individualismo de los labradores entregándoles las tierras arrebatadas a los terratenientes para que dispusieran libremente de ellas. Zeretelli demostró en un discurso pronunciado en la Constituyente, en enero de 1918, las consecuencia de esta medida "Os ocupáis —decía— con preferencia de la cuestión agraria. Pero yo os pregunto: ¿qué se ha hecho en este terreno? Evidentemente la tierra cambió de propietario, pero "tenéis la seguridad, en vista de las noticias que nos vienen del campo, de que haya sido positiva la posesión de la tierra por parte de los labradores pobres y que no se apoderen en realidad de ellas los usureros rurales y los labradores ricos, malogrando lo que la revolución conquistó? Si la reforma agraria se consolidase en su situación actual, no constituirá ya ninguna conquista de la gran revolución rusa. Sería una repetición de la ley de Stolypin, la ley del más fuerte, la de aquellos labradores ricos que ya tuvieron el dominio de la población rural en contra de los labradores pobres". (*Nasch Wjek*, número 5, 1918, de Kossonesky, 40).

Entretanto se agudizó el antagonismo entre labradores ricos y pobres, produciendo, al parecer, una protesta de los aldeanos más necesitados, que implantaron una dictadura en el campo, tomando el ejemplo de los obreros de la ciudad. Quedaron instituídos los llamados "comités de pobres", que ahora dominan por el terror a la clase rica y media de labradores, que se vengan de ellos acaparando las provisiones. Tal es el poder económico que éstas representan, que por conseguirlas, en ocasiones, se recurre a las armas, y la guerra civil tiene una continuación en el campo. "La base de la protesta de los revolucionarios de la izquierda en junio, no fue el asunto Mirbach, sino la defensa de los labradores hacendados contra la dictadura de los labradores pobres".

¿Cuál ha sido, pues, el resultado de este cambio para la producción? Por de pronto, el que una porción extensísima de tierras quedase sin cultivar en el último otoño, según testimonio de nu-

merosos corresponsales. Se explica esto por la actitud expectante adoptada por los labradores ante los propósitos de socialización de los bolcheviques: no querían gastar las costosísimas simientes, por no saber si les sería posible recoger después la cosecha. De aquí se deduce, claramente, que todos los planes colectivistas contenidos en el programa bolchevista quedaran reducidos a cero. Otra perspectiva aterradora del decaimiento de la agricultura nos la proporciona una estadística del ganado y su precio en el Norte de Rusia. De ella se desprende que el año 1918 trajo consigo el desastre. En el *Financy i Narodnoje Chosjaistwo* del 13 de octubre de 1918, leemos: "Los datos, no completos aún, proporcionados por el comisariado agrícola, dan completa idea de las existencias del ganado en el Norte. A pesar de no haber sufrido gran cosa por las enfermedades y falta de pienso, se observa una gran disminución, incluso de vacas lecheras, por haberse sacrificado muchas a causa de la escasez de víveres. En los gobiernos de Petersburgo y Nowgorod, esta disminución llegó a ser de un tercio y hasta de un medio. Las oscilaciones de los precios en rublos, nos darán una idea:

GOBIERNOS	Caballos de labor 1917	Caballos de labor 1918	Bueyes para sacrificar 1917	Bueyes para sacrificar 1918
Petersburgo	376	1.918	371	2.830
Pskov	341	930	413	1.348
Nowgorod	368	1.116	388	1.213
Olonietzk	375	1.113	180	927
Vologda	322	875	210	910
Archangel	276	984	223	1.360

GOBIERNOS	Vacas lecheras 1917	Vacas lecheras 1918	Ovejas 1917	Ovejas 1918	Cerdos sin cebar 1917	Cerdos sin cebar 1918
Petersburgo	392	2.663	38	273	236	1.321
Pskov	264	958	31	112	147	734
Nowgorod	308	1.271	36	139	127	818
Olonietkz	240	1.088	28	118	97	603
Vologda	217	786	25	88	69	431
Archangel	230	1.104	23	90	150	1.800

Es de gran interés notar que los precios del ganado para la matanza subieron mucho más que los de las caballerías de labor. Aunque esto se explica por la disolución de los regimientos de caballería, es, no obstante, un indicio de la mayor carestía de los víveres a consecuencia de la revolución y de la guerra civil.

Se ve, pues, el completo fracaso del bolchevismo en los campos de Rusia. Los jefes del movimiento lo han confesado sin rodeos, aunque tratan de ocultar su desengaño tras de algunas frases efectistas.

En diciembre de 1918, Bucharin, hablando con un corresponsal de la prensa sueca, se explicaba así: "La organización agrícola ha sido dificilísima, por estar repartida la propiedad de la tierra en innumerables parcelas pequeñas. Hacemos lo imposible por constituir con ellas predios colectivos. Con esto se lograba, primero, dar un ejemplo de la importancia del pequeño ahorro, y en parte lo logramos en los antiguos señoríos, con la ayuda, a medias o por completo, de elementos proletarios, en parte labradores y en parte obreros de la ciudad, pero solo en aquellos sitios donde las propiedades no estuviesen parceladas por los labradores, caso muy raro, y en segundo, por la formación de comunas obreras. Este procedimiento da muy buenos resultados en aquellos sitios habitados por los aldeanos más pobres, sin medios de producción. Los soviets de las ciudades hacen lo que pueden, cuando los labradores se reúnen en comunidades, en las que los aperos de labranza son propiedad común y en común se trabaja. Ya se fundaron más de 700 de estas comunidades de trabajo, y su creación es de incumbencia de los Comités de labradores pobres".

Creemos que aún en el caso de que las 700 floreciesen, el resultado sería casi insignificante.

Lo más difícil es el intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo. Las organizaciones mencionadas no son aún lo bastante fuertes, pues todavía no se han cohonestado el poder de las cooperativas económicas fundadas por los labradores pudientes. Hubo de concertase un compromiso con ellos. De estos labradores, los más ricos no querían doblegarse ante la dictadura del proletariado. La clase media no quería dinero, sino productos industriales, en equivalencia. Pero este progreso depende de una organización total de la industria. Hasta ahora, el resultado no es

muy halagüeño, y por lo tanto la distribución de víveres se hace muy difícil.

En el *Financy i Narodnoje Chosjaistwo*, de 15 de octubre de 1918, hallaremos una estadística más exacta de las comunidades de trabajos agrícolas para labradores "más pobres". Se han inscrito –dice– en el comisariado popular agrícola 523 comunas y 88 cooperativas de trabajo. Al primer cuestionario contestaron 59 economatos comunales, compuestos por 13.363 socios con 68.530 desiatinas (una hectárea aproximadamente) de tierra. Pero esta cifra no da una idea bastante clara, pues mientras que la comuna de Nowochopensk (gobierno de Samara) comprende 8.524 inscritos con 55.208 desiatinas, en cambio el gobierno de Orel sólo tiene 1.605 socios con 789 desiatinas. Por regla general, las comunas se componen de unas 12 a 30 alquerías con 40 a 80 desiatinas de tierra y de 50 a 100 adheridos. Esta situación es, por tanto, desconsoladora. Los inspectores comunales dicen que los labradores evitan la formación de comunas mayores, por ser condición imprescindible la comunión espiritual entre sus miembros y porque, además, faltan los medios auxiliares para la agricultura. Generalmente, la parcela no excede de 1'5 desiatinas por cabeza, pero también las hay de menos de una. El ideal de los labradores sería transformar su trabajo manual en mecánico y poder extender su economía a un número ilimitado de terrenos.

No es posible apreciar del mismo modo desfavorable el fracaso del sistema bolchevista en lo que a los demás ramos de la vida económica se refiere, porque ignoramos lo que puede atribuirse al bolchevismo o a la guerra del hambre y la miseria que domina en todas partes. Teniendo en cuenta que la economía popular de la Rusia grande hubo de sufrir la amputación de importantes partes de su territorio, además de los males comunes a las demás naciones, por efecto de la guerra; que importantes industrias complementarias quedaron anuladas; que extensos territorios no pueden exportar sus materias primas por estar incomunicados con el centro, no hay que extrañar que se oiga hablar de falta de trabajo, de fábricas paradas, de carencia de materias primas, de hambre y de otras muchas otras cosas. No cabe dudarlo: los bolcheviques se encargaron de llevar a la bancarrota la economía popular. Véanse las medidas adoptadas en el primer año de su dominación:

1ª Por decreto de 17 de diciembre de 1917, fueron nacionalizados los Bancos. Los activos y pasivos de todos ellos (a los particulares me refiero) pasaron al Banco del Estado, que recibió más tarde el nombre de "Banco Popular de la República Federativa de Rusia". Los diferentes Bancos quedaron "especializados" en cuentas corrientes, negocios de mercancías, efectos extranjeros. Hasta noviembre de 1918 no se publicaron los balances. Ya hemos hablado de los ingresos y salidas y de su carácter extraño en el Banco Popular de Petersburgo. Siendo muy limitado el tráfico de mercaderías, los Bancos debían representar principalmente el papel de proteger a la industria con el crédito.

No está bien definida la actitud del Banco Popular de Moscú. Antes de la revolución era éste la Caja central cooperativa de las tan poderosas cooperativas de la Rusia grande. Al parecer ha conservado cierta independencia y no fue arrastrada por el torbellino general que hizo contraer grandes deudas. Según informes fidedignos, constituye ahora un centro a cuyo alrededor se agrupa nuevamente el movimiento cooperativo. Esta creación de cooperativas, ya sean de consumo, de venta o de producción, de las que me ocuparé más detenidamente, fue favorecida y utilizada por el gobierno bolchevista, reconociendo en ello la existencia de los más valiosos principios de una economía socialista. Siento no tener datos a mano para dar una idea del estado de la obra cooperativa en la Rusia actual.

2ª A las Compañías de seguros les estaba reservado un destino especial. Lo extraño es que en un principio fueron excluidas de la nacionalización, seguramente porque los bolcheviques creyeron no poder prescindir de sus servicios en tiempos tan difíciles. Más tarde sufrieron también la suerte general. La *Finansy i Narodnoje Chosjaistwo* del 20 de octubre de 1918, hizo saber que la Comisión especial de seguros se decidió por la liquidación de las sociedades anónimas de seguros y por su monopolio. También decidió la Comisión no asegurar en ninguna Compañía los establecimientos nacionalizados y oficiales, sino insttiuir un fondo especial en el Banco Popular.

3ª También se nacionalizó el tráfico de mercancías tanto interior como exterior. Aunque ya se comprenderá que no era posible excluir totalmente y de modo tan rápido la acción privada, parece, no obstante, que la actividad de la República sovietista se ocupó con especial celo y hasta con relativo éxito de este ramo de la vida económica. Y como precisamente en el terreno comercial estos ensayos representan algo nuevo, Alemania está interesada muy especialmente en todo lo que emprenda el gobierno ruso respecto al particular, tanto más cuanto que, según toda probabilidad, el Reich está en vísperas de un período de economía común, por lo menos en el comercio exterior. A continuación mencionaremos algunos informes de periódicos, impuestos en la materia, con los que podremos obtener una idea bastante perfecta de los procedimientos seguidos en Rusia en el terreno del intercambio de mercancías, aunque no sea posible formarnos un juicio completo del alcance del movimiento de mercancías. Y en esto requerimos toda la atención del lector.

Un informe de la *Torgowo Promyschlennaia Gazeta* del 14 de setiembre de 1918, nos hace saber que la sección del comercio interior del comisariado popular de industria y comercio en la actualidad elabora un proyecto de decreto respecto a la nacionalización del comercio interior de Rusia. Ante todo se hacía preciso instalar grandes almacenes-depósitos para las mercancías, donde podrían seleccionarse y distribuirse en diferentes secciones, a las que incumbiría la administración ulterior de las existencias.

En el mismo periódico, y con fecha 13 de septiembre de 1918, se lee: "El comisariado popular de industria y comercio se ocupa en crear directivas para la organización del comercio ruso con el extranjero y procura averiguar especialmente qué clase de mercancías debe pedir Rusia en compensación de los productos propios exportados". En primer lugar, fueron objeto de las deliberaciones las relaciones con Suecia, Dinamarca, Alemania y Ucrania, y por efecto de estas deliberaciones se afirmaron más los lazos de unión existentes. En lo relativo a Suecia, fue preciso explicar previamente a los centros mercantilles de esta nación, que no quedaban en libertad de comprar en el mercado ruso, olvidando así las disposiciones legales sobre nacionalización del comercio exterior de Rusia. Al fin se logró una inteligencia a base

de un intercambio, en el que Suecia debía suministrar principalmente maquinaria agrícola. Con Dinamarca se hizo un contrato para la entrega de 30.000 puds de embutido. Alemania proporcionaría, por lo pronto, carbón, a cambio de lino, cáñamo y metales. El comisariado dedicaría su atención preferente a la cuestión del suministro de productos médico-farmacéuticos, de los que hay gran necesidad en Rusia. Se estudió la adjudicación de pedidos a varios países por valor de 80.000.000 de rublos.

Las relaciones comerciales con Ucrania no han pasado aún del estado de conversaciones preliminares. Se ha reconocido que Rusia no necesita tanto del azúcar como del trigo para amasar pan, y que sólo a cambio de este producto servirá a Ucrania los géneros textiles que ésta solicita.

La primera transacción de intercambio propuesta por la comisión ruso-ucrania que debería realizarse, ha sido la siguiente: Ucrania suministrará a Rusia 2 millones de puds de carbón, otros 2 de coque, 750.000 puds de hierro en bruto, 100.000 de carriles y 30.000 de otros materiales para construcción de ferrocarriles. Rusia entrega a Ucrania 2.000 vagones de maderas, 100.000 puds de papel, 3 millones de rublos de productos de nafta y otros tantos de cemento. Además, ropa blanca, ropa de vestir y material electrotécnico. El total de los géneros cambiados hasta ahora mutuamente, importa unos 17 millones de rublos.

Según el *Kiewskaia Misl* del 26 de septiembre de 1918, se llegó a un acuerdo respecto al intercambio de mercancías entre el territorio del Don y el del Kubán. Este último suministraría 1.500.000 puds de trigo candeal, 250.000 de semillas de girasol y lino, 200.000 de aceite de girasol, 40.000 de tocino y carne, todo a precios fijos. A cambio de esto, el territorio del Don le hace un anticipo de 5 millones de rublos y le suministra 2.500.000 puds de antracita, 200.000 de carbón, 30.000 de coque, y, además, metales y productos fabricados con ellos por valor de 20.000.000 de rublos y maquinaria agrícola por 10.000.000.

En el número de *Bolsas* de 15 de octubre de 1918 se lee: "A pesar de todas las protestas, el gobierno ruso de los soviets empieza a comprender ya que un Estado, aun siendo su mecanismo tan moderno como el de Rusia, no puede resolverlo todo solo, pues depende en gran parte del extranjero. Y aunque en

éste resulte extraño el régimen de los soviets, nos hemos decidido, no obstante, a entrar en relaciones comerciales con nuestros vecinos, más o menos capitalistas. Las circunstancias nos han obligado a ponernos de acuerdo con un sistema de comercio medioeval, el de intercambio, dado el punto de vista del gobierno sovietista, que no permite a burgueses y capitalistas invadir este campo".

Por otra parte, aun no es muy sólida la confianza del extranjero en la potencia económica de la moderna Rusia, para que pueda adquirir compromisos con ella. En otros términos: las dos partes contratantes son, de un lado, el gobierno de los soviets, es decir, una de las mil subdivisiones esencialmente oficiales de él, y de otro, un organismo o autoridad más o menos oficial del extranjero.

El gobierno de los soviets envió embajadas a varias naciones, aunque de una composición desconocida hasta ahora y con funcionarios que no figuraban en el cuadro de la diplomacia al uso. Uno de sus deberes era, también, el de la salvaguardia de los intereses comerciales rusos. A este fin se iniciaron por orden de los soviets, en toda Rusia, exposiciones de muestras, una especie de feria o museo comercial. La misión de los "agregados comerciales" era interesar a las casas extranjeras en las exposiciones de géneros. Una de ellas se instaló en Nijni-Nowgorod, con una sección interior y otra extranjera bajo la dirección del comisario popular de industria y comercio. Todas las casas extranjeras fueron invitadas a nombrar su representación. Lo más solicitado era la exposición o envío de máquinas para las industrias textiles y la de la turba, así como para la agricultura. Además, debía instalarse un mercado especial para drogas, anilinas y otros productos químicos importantes, así como turbinas, automóviles y tractores. A cambio de esto podía recibir el extranjero grandes partidas de lino, cáñamo, etc. De la Rusia occidental se ofrecía lino y cáñamo por valor de 100.000.000 de rublos, a cambio de hierro y ferretería. El periódico *Isvestia* informaba satisfechísimo que la exposición había tenido un éxito brillante y que, al parecer, el sistema de intercambio comercial se iba haciendo popular en el extranjero.

También debía concertarse un tratado entre Suiza y Rusia. "El comisariado popular del comercio exterior tiene dispuestos grandes stocks de géneros para la exportación, especialmente hilo,

lino y pieles. Por el intercambio, podía suministrar Suiza a Rusia objetos de la industria eletrotécnica, máquinas, medicinas y otros" (*Nueva Gaceta de Zürich*, 22 de octubre de 1918).

"La exportación de pieles de ganado pequeño constituyó siempre uno de los más importantes lotes de la exportación rusa", escribe *Finansy i Narodnoje Chosjaitwo* en 22 de octubre de 1918. Por eso el gobierno actual se preocupó también de este asunto. La sección de cueros disponía de las siguientes cantidades para la exportación:

Pieles de caballos jóvenes	1.000.000	de piezas
„ „ ternera	1.500.000	„
„ „ cabra	2.000.000	„
„ „ cordero	1.000.000	„
„ defectuosas	600.000	„
TOTAL	6.100.000	„

Con el atraso de las instalaciones técnicas para la preparación de pieles del ganado pequeño y con precios tan elevados, sólo convenía trabajar su curtido en Rusia, en caso de ser material de primera clase. El precio medio del monopolio para las diferentes clases de pieles de ternera es de 100 rublos el pud, de 100 también para las de cabra y 90 para las de cordero. Las de caballos pequeños 150 rublos y las defectuosas a 85.

Las pieles, incluyendo su preparación, cuestan al gobierno:

1.500.000 pieles de ternera	9.750.000	rublos
2.000.000 „ „ cabra	12.000.000	„
1.000.000 „ „ cordero	6.000.000	„
1.000.000 „ „ caballos jóvenes	9.000.000	„
600.000 „ defectuosas	8.287.500	„
	45.037.500	„
Gastos de acarreo y almacenaje, 35 %	15.938.125	„
TOTAL	60.975.625	„

El 26 de octubre de 1918 reproducía *Bolsas* un artículo de la *Sveriges Allmanna Eksportforenin*, que se ocupaba del cambio

verificado en la organización del comercio ruso. El Comité económico de la sección noruega en Petersburgo decidió que todas las transacciones referentes al intercambio de mercancías dentro de esta sección, pasasen en lo sucesivo a la sección del comisariado de la industria y comercio de Petersburgo. Por tal razón, todos los establecimientos y empresas, tanto oficiales como particulares, que deseasen exportar o recibir géneros del extranjero, estaban obligadas a comunicarlo a dicha sección.

En la petición se debía especificar la calidad y cantidad de los géneros y sus precios de compra y venta.

Quedaban anulados los contratos hechos por establecimientos oficiales y particulares, con casas extranjeras, desde la fecha de publicación de este decreto, debiendo entregarse el material correspondiente en la mencionada sección.

4º Quedó nacionalizada la navegación. Por informes de un testigo irrecusable, un negociante inglés, tenemos datos de su prosperidad, publicados a su vuelta de Rusia en el periódico *Fairplay*, de Londres, el 10 de octubre de 1918:

"La nacionalización de la navegación rusa no ha resultado, ni mucho menos, tan mal como podía suponerse. En una sociedad, de la que yo era participante, fueron nacionalizadas todas las existencias, anunciando a la vez que no se pagarían dividendos a los accionistas, pero que toda la inspección la ejercerían personas designadas a tal efecto por los bolchevistas y que verificarían los pagos según su criterio. Se comunicó a los tripulantes que entraban en posesión efectiva de los buques y que navegarían por su cuenta. El resultado fue que los barcos, muy bien cuidados, se encuentran en excelente estado. Cuando se normalice la situación, es de suponer que la Compañía esté en disposición de hacerse cargo nuevamente de todas las existencias, sin haber sufrido otro perjuicio que las sumas desembolsadas en el interior."

5º En lo que se refiere a la nacionalización de los ferrocarriles, el gobierno de los soviets ha desplegado una actividad grande. Se habla mucho de "aclaraciones estadísticas", de nuevos planos de construcción, etcétera. He aquí algunos datos:

"Según la *Finansy i Narodnoje Chosjaistwo* del 2 de octubre

de 1918, una comisión dirigida por el presidente del Comité de Instituciones del Estado, en el Consejo Supremo de Economía, a la que pertenecen también representantes del Comisariato de transportes, salió de Moscú para inspeccionar la nueva línea férrea Arsama-Schichrany y disponer lo necesario para su inauguración. Esta nueva línea férrea constituye un eslabón de la futura línea principal Moscú-Jekaterinburg-Océano Pacífico. La inspección de la línea, con sus 239 verstas de longitud, hizo en todos los miembros de la comisión impresión muy favorable. Atraviesa comarcas pobladas y ricas en trigo en su mayoría, acorta en 151 verstas el camino Moscú-Kasán e inaugura una nueva vía para el trasporte de víveres en la región del Volga a Moscú y Petersburgo.

El mismo periódico, en su número del 23 de octubre de 1918, escribe lo siguiente: "Debemos considerar como una de las muchas innovaciones, resultado de la guerra, la sección que acaba de crearse en el comisariado de transportes de Petersburgo para organización del servicio de cámaras frigoríficas. Apenas formada empezó a rendir trabajo productivo, terminando un proyecto para construcción de cámaras frigoríficas en Murman. Este proyecto cuenta con el transporte de 5 millones de puds de pescado anuales del Norte al Sur, y de 2 millones de puds de mantequilla del Sur al Norte. Para el pescado son necesarios 1.100 vagones frigoríficos y 900 para la mantequilla. Se construirán cámaras frigoríficas en las estaciones ferroviarias de Murmansk, Kandalokscha, Kem, Soroki y Petrosawodsk.

Además se está elaborando un proyecto para la prolongación del ferrocarril de Irinovski, acondicionado para el transporte de hielo desde el lago Ladoga a Petersburgo, no sólo para proveer a esta ciudad de hielo más puro, sino que también para explotar mejor, económicamente, esta línea.

En contradicción con estos proyectos tan halagüeños, es de notar la situación misérrima en que se encuentra, al parecer, el material móvil de los ferrocarriles rusos. Según una de las últimas estadísticas, resulta que, en septiembre de 1918, el 43 % nada menos del total de locomotoras no pudieron ponerse en marcha. La causa se atribuye a la paralización de los talleres de reparación por falta de metales, piezas de reserva, combusti-

ble, etc. Pero, probablemente, una de las causas y no la menor es la disminución del rendimiento de cada obrero, que a menudo suscita las quejas de la industria. Vamos a echar una ojeada sobre su estado.

6º La industria fue socializada paso a paso. Se empezó por algunos ramos, como el de minería. Los demás quedaron sometidos a la "inspección" de los Consejos de obreros. Al tomar parte los hijos del pueblo, los humildes artesanos de blusa, en las sesiones directoriales y en los Consejos de administración, solicitaron ver los libros y tomaron después su determinación. El decreto de 28 de junio de 1918 nacionalizó "toda la industria".

El conocimiento que tenemos de la actividad desplegada por el gobierno en el terreno de la administración industrial, nos permite deducir que obró con la mayor voluntad y el más pausible celo. Y, sobre todo, se esforzó en conseguir dar idea clara de su gestión por medio de estadísticas oficiales. Pero tampoco faltan disposiciones efectivas para la reorganización. Citaré de nuevo algunos datos que tengo a la vista, porque creemos que es el único medio de conseguir una noción bastante exacta del estado actual de cosas. No es posible fiarse de ninguno de los rumores que a diario circulan y que puede no ser más que habladurías. De nuestros datos podrá deducirse, sobre todo, un aspecto claro del mecanismo administrativo, puesto ya en marcha, y tan complicado, que lo forman centenares de comisiones y Consejos.

"La sección de *minería* del Comité Superior Económico ha recibido el informe del geólogo Tichanovich, resultado de sus investigaciones en los yacimientos de mineral del distrito de Oremburgo. Según dicho informe, parece indicada la posibilidad de fundar en este punto un centro de industria minera. Además de los yacimientos de hierro y hulla, existen también en él otros productos susceptibles de ser explotados, y que aun siendo de importancia local, no dejan de tenerla general, como el yeso, la marga, la arcilla refractaria, el fósforo y otros" (*Torgowo Promyschlennaia Gazeta* del 14 de septiembre de 1918).

"Hace poco se descubrieron en el gobierno de Kursk yacimientos de mineral en una gran extensión, conteniendo un 58 por ciento de hierro. En sus cercanías se encontró turba y carbón de lignito. Se hacen preparativos para la construcción de altos hornos, activándolos de tal modo, que a principios del próximo año se podrá empezar la explotación de dichos yacimientos" (El mismo periódico, en su número del 14 de septiembre de 1918).

"En vista de la situación crítica creada por la escasez de combustible, el comisariado popular agrícola dispuso remedios enérgicos para el aprovechamiento de la turba de los pantanos que la tuviesen. De la exploración de estos yacimientos y del cálculo de su abundancia debía ocuparse una sección especial del comisariado. El número de desiatinas de superficie inspeccionadas hasta ahora es de 138.332. El comisariado organizó la extracción de la turba aprovechando la población del lugar, dándole instrucciones y ayudándola en lo posible. Se crearon sociedades para la extracción de la turba en los gobiernos de Perm y Tambow. Se han hecho muchos ensayos para el aprovechamiento de la turba en los ferrocarriles, extendidos ya a siete líneas. Se calcula una producción anual de 22.100 hilos cúbicos (1 hilo = 2'10 ms.). Además, es de prever que en todo el año corriente se extraigan unos 20.000 puds de turba para las cuadras". (El mismo periódico, del 8 de septiembre de 1918).

"La sección del Comité Superior Económico que se ocupa de metalurgia, proyecta la formación de una estadística exacta de todas las *fábricas que trabajan en metales.* Por medio de cuestionarios, cuyas contestaciones exactas y verídicas por parte de las directivas deben ser vigiladas por los "Comités de Obreros Fabriles", se reunirán todos los detalles respecto a clase y extensión de cada empresa (capital invertido, ganancias obtenidas, número de obreros, instalaciones técnicas, clase de fabricación, cifra de venta, etc.). Todo este conjunto, que representará una estadística de exactitud nada común, será revisado por técnicos y peritos en materia de economía social, estudiando el medio de poner las fuerzas existentes, del mejor modo posible, al servicio de la comunidad y las medidas que habrá que adoptar para aumento de su vitalidad" (*Torgowo Promyschlennaia Gazeta* del 10 de septiembre de 1918).

Para la *industria textil*, el gobierno sovietista instauró un "centro textil que debía dirigir todos los asuntos de dicha indus-

tria e inspeccionar y regular el funcionamiento de fábricas y establecimientos textiles, una parte de los cuales se encontraba aún en manos de particulares o sociedades. Según el Museo Comercial, el importe de la venta de esta central en los ocho primeros meses del año, fue de más de 1.000 millones de rublos. El principal comprador fue el Comisariado de aprovisionamiento. Las existencias de tejidos alcanzó la cifra total de unos 170 millones de metros. Añadiendo los stocks de almacenes y tiendas, hay en Rusia, según el cálculo verificado por el periódico *Pravda*, más de 500 millones de metros en tejidos. Las existencias de hilo de coser es de unos 31 millones de carretes, sin contar las de tiendas y almacenes.

"Según indagaciones del Comité de asuntos algodoneros, se han sujetado a nacionalización, a base del decreto de 28 de junio, 92 sociedades por acciones del territorio centro-industrial, con un capital de 399.850.000, clasificadas por su activo en cuatro grupos:

De 1 hasta 3 millones	35 empresas
,, 3 ,, 5 ,, ...	28 ,,
,, 5 ,, 10 ,, ...	20 ,,
,, más de 10 ,, ...	9 ,,

Entre las 92 sociedades se encuentra una con un capital de 25.000.000 de rublos, que fabrica, además de los géneros de algodón, cristalería. Otra, con un capital de 4 millones, se dedica a la fabricación de jabón y bujías" (*Torgowo Promyschlennaia Gazeta* del 10 de septiembre de 1918).

"Las fábricas de *gomas* que han pasado a propiedad del Estado no se designarán ya con la antigua razón social, sino por números, añadiendo la población. Así, en adelante, la fábrica Trengolnik se denominará 'Petrograd número 1". Los diferentes establecimientos de la compañía "Provodnik" se llamarán, sencillamente, de Tusink, Moscú y Gerciaslaol, con su correspondiente número" (El mismo periódico, en su número del 15 de septiembre de 1918).

"Para la fabricación de anilinas se necesita una serie de productos a medio manipular y materias primas que se obtienen exclusivamente en las fábricas de coque de la Rusia del Sur,

especialmente en Tusowska, Yekaterinoslaw, Rubeshnaia, etc. Se entablaron negociaciones con Ucrania, referentes al intercambio de dichas materias, por géneros manufacturados. La situación es difícil por no ser posible contar con las remesas de Inglaterra, Francia o América" (El mismo periódico, del 24 de agosto de 1918).

En el número de *Finansy i Narodnoje Chosjaistwo* correspondiente al 26 de octubre de 1918, se da cuenta de la sesión celebrada por la comisión central cerillera para discutir el aumento de producción en las fábricas. Se tomó el acuerdo de crear en el comité el cargo de consejero técnico, confiándoselo al ingeniero Kotielnikow. En dicha sesión se tomó en cuenta el informe de éste, respecto a la fabricación de fósforos de papel. Los trabajos necesarios están a punto de terminarse y han dado buenos resultados, de modo que podrá ponerse a la venta una cerilla barata y buena.

No se detuvo el gobierno sovietista a estudiar lo referente a *pequeñas industrias*, pues reunió los establecimientos de los distintos ramos en varios grupos grandes, artificialmente. Este procedimiento se empleó con las panaderías en las grandes ciudades.

El comisariado de alimentación de la comuna obrera de Petersburgo terminó casi por completo la agrupación del gremio de panadería, según noticia de la *Finansy i Narodnoje Chosjaistwo* de 15 de octubre de 1918. En Petersburgo llegó a haber 1.406 panaderías y 700 pequeños hornos de pan; en la actualidad sólo hay 15, que pueden cocer 30.000 puds de pan diariamente, lo que es muy suficiente para los 1.275.000 habitantes de Petersburgo.

Todos nuestros informes respecto a la situación actual de la industria, son casi siempre contradictorios. Pero, con todo, no es cierto que la producción disminuya en todas partes, o que se prepare el paro de casi la totalidad de las fábricas. En el número del 7 de octubre de 1918, hace constar *Nascha Rodina* que la situación de la industria en el distrito del Donez ha mejorado algo. En agosto se extrajeron 33.689.000 puds de hulla, 7.128.000 de antracita, o sea en total 40.817.000 puds, por

27.770.000 de carbón y 6.097.000 de antracita, o sean 35.867.000 en julio. El número de obreros aumentó de 108.300 en julio, a 112.400 en agosto. El número de puds extraído por un obrero en julio fue de 2.004, y en agosto de 2.080. Desgraciadamente, se oponen a un mayor desarrollo las dificultades de transporte. Los industriales carboneros se ven obligados a restringir artificialmente la producción, en vista de la imposibilidad de transportar el material en cantidad suficiente.

La situación de la industria textil rusa no es estable tampoco. En su número del 19 de octubre de 1918 inserta *Cotton* un informe especial de la Moscow Textile Manufacturing Co., que posee grandes fábricas de algodón en Rusia, pero cuya central se encuentra en Suiza, manifestando que *todos los husos están ocupados completamente.* También podrían traer las fábricas reservas suficientes a pesar de las dificultades de transporte, para mantener íntegra la fabricación durante muchos meses.

No obstante, parece ser que en la gran mayoría de los casos la situación es muy crítica, especialmente en lo que se refiere a la industria rusa más importante: la textil.

La *Finansy i Narodnoje Chosjaistwo* de 25 de octubre de 1918, publica un comunicado de Moscú en el que se dice que todos los centros algodoneros de distribución tuvieron que cerrar a causa de la crisis algodonera. También se cerraron todas las tintorerías y establecimientos de aprestos y las prensas algodoneras, con excepción de Zindel, Witow, Hübner, Prowsky, Sustrow, Chisin y otros. A estas casas se les concedió permiso para terminar la fabricación de las materias primas que les correspondió en la distribución. Por la misma fecha cerraron otras 161 fábricas que trabajaban para filaturas y fábricas de tejidos, cuya mayor parte se encuentran en el gobierno de Wladimir.

Esta carencia de algodón obligó a limitar los días de trabajo a cuatro por semana, concediendo el jornal de dos semanas a los obreros de las fábricas cerradas.

Para emitir su opinión sobre el paro forzoso de los obreros de las fábricas cerradas, se creó una comisión especial. Esta comisión tomó en cuenta también la situación material de los obre-

ros y sus familias, para asegurarles lo más necesario a unos y a otras.

El cierre de un gran número de fábricas y el aumento de los *sin trabajo* resultante de este cierre, será objeto de conferencias en otra comisión que se reunirá próximamente en Moscú a instancias de los Comités fabriles de la industria textil de dicha capital.

Parece ser que la industria en su mayoría no puede conservar el número de obreros que antes tenía. Por esta causa se ha iniciado ya una gran emigración al campo, más fácil de llevar a cabo en Rusia que en los países occidentales, por las relaciones continuas con el país natal. Con esta emigración se atenuan los horrores de la huelga forzosa. Pero lo único que aquí nos importa es el tanto de culpa que debe atribuirse a la reforma bolchevique, ya que existen muchos motivos más para explicar tanta miseria, especialmente la falta de materias primas y las restricciones de transportes. Por tal motivo, creo que sería una completa equivocación tratar de demostrar el fracaso del bolchevismo con las calamidades actuales de la industria rusa, por no ser posible separar las causas, aislarlas, para estudiar su distinto efecto. Tendremos que adoptar otro método.

III.—Idealismo y realidad

Para formar un juicio calificativo de la política económica bolchevista en todos los sectores de la vida económica, con excepción de la agricultura, cuyas características son más diáfanas, por decirlo así, hay que recurrir a otros datos, prescindiendo de la suerte que han corrido ciertas industrias. Estos datos nos lo proporcionarán los juicios de los directores del movimiento y las medidas que se han visto obligados a adoptar los mismos organizadores en el transcurso de su administración. *Y todos estos datos demuestran realmente* que, según opinión de los mismos directores, su programa no ha podido realizarse.

Los defectos imputables al sistema, y que surgieron ya en los seis primeros meses, fueron, principalmente, los siguientes:

1º El trabajo de los obreros en los centros fabriles (rendimientos e intensidad) disminuyó por:

a) Falta de dirección.

b) Relajación de la disciplina.

2º La centralización del reparto y la adaptación de la producción a las necesidades de la vida, sin organización previa, demostraron la imposibilidad de su ejecución.

3º La organización económica comunista fracasaba inevitablemente en ciertos casos.

Una prueba elocuente del gran talento de Lenin, es que se dio muy pronto cuenta de estos defectos, los confesó sin rodeos y procuró subsanarlos con igual energía. Era declararse paladinamente equivocado en varios puntos capitales, aunque insistiendo en su concepto fundamental que, a decir verdad, se permitió aceptar ampliamente las exigencias de la realidad. Siempre reconoció la teoría de Marx: hacer amplias concesiones en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo, a los partidarios del primero. Probablemente, no se figuró Lenin, en realidad, que tuviese que llegar a tal extremo.

La política económica bolchevista cambió definitivamente de rumbo en abril de 1918. Ya Trotsky preparó previamente esta evolución en un discurso pronunciado en la conferencia solicitada por las ciudades del partido comunista ruso, reunida en Moscú el 28 de marzo. Este discurso lleva el significativo lema: "El trabajo, la disciplina y el orden salvarán a la República socialista de los soviets". En él se preconiza la necesidad de la lucha contra el *sabotage* de los ex directores de fábricas, para transformar declaradamente a los saboteadores de ayer en servidores, en ejecutores y directores técnicos, donde lo exigiese el nuevo régimen; que era preciso "limitar las iniciativas propias del compañerismo", dejando al "práctico aprovecharse de una libre actividad, de un trabajo libre". Se habían hecho graves cargos contra todos aquellos compañeros que obraban según el principio: "¿Debo ser el único que se mate trabajando en este caos general?"

Lenin recoge todas estas ideas con gran energía y se sirve de ellas para realizar una verdadera reforma, en una disertación habida el 29 de abril de 1918, en la sesión del Consejo Central

Ejecutivo de los Soviets de Diputados Panruso "Sobre ideas de actualidad del poder sovietista".

En este discurso, que hizo gran impresión, demostró que no podía seguirse por el camino emprendido hasta entonces y que debía procurarse asentar toda la organización de la vida económica sobre una nueva base, procurando crear una especie de economía mixta, obligada, de capitalismo y socialismo.

Señaló como "hecho fundamental que determinaría su misión" el de "que nuestro trabajo se queda muy atrás de aquel que produjo la expropiación inmediata de los expropiadores, terratenientes y capitalistas". Lo probable es que se refiriese a los expropiadores... antes de ser expropiados. Renuncio a repetir las críticas de Lenin, en toda su amplitud, pero son fáciles de suponer. Me limitaré a reproducir las conclusiones por él sentadas y que se aceptaron como resoluciones, por unanimidad, como es de suponer, por el "Consejo Central Ejecutivo Panruso", resoluciones que, sintetizadas, son como sigue:

1º Para aumentar el rendimiento e intensidad del trabajo en las fábricas, es necesario:

a) Concesión de sueldos elevados a los directores de fábricas.

"Sin la dirección de personas especializadas en los diferentes sectores de la ciencia, de la técnica, de la experiencia, es imposible el tránsito al socialismo. Para conseguir estos especialistas "hay que emplear el antiguo sistema burgués y otorgar un pago elevadísimo para utilizar los servicios de los mejores especialistas burgueses". En su obra *El Estado y la revolución de 1917*, se había pronunciado Lenin por la conocidísima fórmula de Marx: "Todos los técnicos, inspectores, contadores, y cuantas personas dependan de la inspección y dirección del proletariado organizado no deben cobrar sueldos mayores que los señalados como jornal" (Pág. 46).

b) Exigir en los talleres una fuerte disciplina.

"La misma revolución exige ya en la actualidad y en interés del socialismo, la *subordinación incondicional* de las masas a la voluntad *uniforme* de los directores del trabajo". Así lo subrayó el mismo Lenin en la imprenta. "Hay que encauzar el acomete-

dor impulso de la democracia mitinesca, semejante a una inundación, con férrea disciplina durante el trabajo, exigiendo *obediencia incondicional* (subrayado otra vez), sometiéndose a la voluntad de una sola persona".

c) Emplear el sistema Taylor (¡!).

"Hay que aprovecharse en Rusia del estudio y las enseñanzas del sistema Taylor, su examen y empleo sistemático".

d) Introducir el régimen del trabajo a destajo (¡!).

e) Adaptar los jornales a los *ingresos totales* del trabajo en cada fábrica o a los resultados del rendimiento de los transportes por ferrocarril, vía fluvial, etcétera.

f) Organizar la competencia entre las diferentes comunas productoras y consumidoras.

"Cada fábrica, cada aldea figura como una comuna productora-consumidora que tiene el derecho y el deber de aplicar las leyes generales de los soviets y de resolver el problema de calcular la producción y distribución".

"La competencia debe hacerse pública; de esta manera todos tendrán conocimiento de cuáles sean las comunas malas y perezosas. Las que sobresalgan serán recompensadas "con la abreviación de la jornada de trabajo, con el aumento en la ganancia, con la entrega de una mayor cantidad de bienes y valores culturales o estéticos, etc."

2º Para llevar a cabo la organización total, conciliar la producción con las necesidades generales, y realizar la distribución equitativamente, se hace necesaria la organización en comunidades de consumo. Y esto sólo es posible obrando *en estrecha colaboración con las cooperativas burguesas.* Fundado en esto, el gobierno sovietista ha concertado un convenio con ellas renunciando a una serie de principios socialistas.

"Manejando los elementos burgueses, utilizándolos, haciéndoles ciertas concesiones, estaremos en condiciones de iniciar un movimiento progresivo, que no irá tan de prisa como pensábamos, pero que, por lo mismo, será más sólido, con base segura, donde hacerse fuertes y tener bien cubierta la retirada a las posiciones que han de conquistarse. Los soviets pueden y *deben* apreciar

sus éxitos en la causa de la reconstrucción socialista, con la consecución de otras medidas mínimas, sencillas y prácticas, es decir, en lograr un gran número de comunidades (comunas o colonias, barrios de una ciudad, etc.). El ideal sería el progreso de las cooperativas hasta abarcar toda la población".

Creemos que esta última concesión es de suma importancia. Significa el reconocimiento de la verdad: que la socialización no puede realizarse sino cuando se estabilice y organice el reparto a medida de las necesidades.

3º Otra cuestión es la de "si se debe admitir la cooperación del *capital privado* en una organización económica, cuyo principio es el de comunidad, y en caso afirmativo, en qué empresas y en qué cantidad, lo que podría constituir el tercer punto importante". Esta cuestión no fue discutida en la sesión antes mencionada del Comité Ejecutivo. Pero el gobierno se ocupó ya de ella, como puede deducirse por varios datos. "El Comité Superior de Economía hizo investigaciones con objeto de saber hasta qué punto podía admitirse por ahora el capital extranjero". (Véanse las explicaciones de W. Massalski en la *Torgowo Promyschlennaia Gazeta* del 15 de septiembre de 1918.)

IV. — *Apreciación crítica*

Cuando se examine el programa trazado por Lenin en la sesión de abril, del Consejo Central Ejecutivo, y compararlo luego con los resultados prácticos del bolchevismo, hasta el día, en materia de organización económica, tentados estamos de exclamar: ¿Y para esto se ha recurrido al robo y al asesinato? ¿No se hubiera alcanzado esta finalidad, que era la de los pacíficos socialistas de la derecha, con menos derramamiento de sangre, con menos desórdenes y menos destrucción?

Colocándonos en el terreno del político práctico, hay que hacer una afirmación valientemente: la política bolchevique, sobre todo la económica, ha sido un completo error hasta ahora, y todos los esfuerzos encaminados a implantar en otra nación el programa original del bolchevismo, y a seguir su táctica, deben ser combatidos enérgicamente por todos los políticos socialistas

sin excepción. Todo el que ame a su patria deberá hacer cuanto esté en su mano para preservarla de los errores y peligros del bolchevismo.

Estos errores constituyen el fondo del movimiento: desconocimiento de las verdaderas proporciones del poder, de las posibilidades objetivas de la forma social, que hasta ahora han huido de toda utopía, incluyendo en ellas el bolchevismo.

Con sorprendente claridad demostró una vez más el movimiento revolucionario bolchevique lo que puede la revolución, pero también demostró hasta dónde deben llegar los límites de su poder. Los sucesos de Rusia demuestran al menos perspicaz que la revolución, por importante que sea, y la rusa superó a la francesa en extensión y fuerza interna, nunca podrá crear un sistema económico nuevo, ni difundirlo activamente en su esencia. Así como los diversos edificios, así como el capitalismo, recorrieron su camino con independencia de toda revolución política, del mismo modo lo verificará el socialismo como sistema económico; crecerá orgánicamente, como aquéllos, semejante a una planta, y ningún poder exterior logrará cortar su desarrollo y madurez, ni aun por breve tiempo.

Si no es posible ya creer, como los utopistas de antaño, que el capitalismo sea el último y perfecto sistema económico y que sólo es sinceridad romper la envoltura capitalista para sacar fundida la fórmula moderna, destruyendo sólo el molde; si se ha progresado ya hasta llegar a la teoría de transición de Marx y Lenin, resultará una gran simpleza cualquier revolución violenta que se realice para lograr el sistema económico socialista.

Y esta simpleza lleva en sí graves peligros, pues no se les habrá ocultado a los más tenaces revolucionarios, en los tiempos del terror, que era desproporcionado lo que arriesgaban, creyendo ganar algo. Aun admirando el heroísmo y la elevación moral que inspira a los verdaderos revolucionarios, nadie contemplará sin un movimiento de horror, las devastaciones que, como consecuencia necesaria, trae la lucha, devastaciones que afectan más a los beneficios espirituales y culturales que a los materiales.

Muy distinto ha de ser nuestro dictamen si hemos de juzgar

a la revolución rusa y a sus defensores desde el punto de vista de la historia y su filosofía. En este caso, pasando por alto las devastaciones y equivocaciones, habremos de fijarnos en lo que significa para la humanidad algo homogéneo, especialmente para el movimiento social cuyo curso seguimos. Pero si se nos pregunta la situación de la revolución rusa con respecto a la historia universal, creo que podrá atribuírsele, por el gran efecto causado, el hecho de haber adelantado grandemente la causa del socialismo, aunque más pronunciado y duradero, como era de esperar, conociendo el alma rusa: inquieta, apasionada y ávida de inmensas aspiraciones.

Por primera vez se hizo una propaganda en el hecho por la idea del socialismo como no pudo soñarla ningún anaquista. La consecuencia de esto ha sido que el problema socialista ha llegado a ser, de pronto, el problema actual de más importancia para la humanidad culta de Europa.

Por lo demás, debemos al bolchevismo el hecho de ver más claro en nuestras cuestiones de técnica social, después de un año de ensayos socialistas, que ha sido más eficaz que todo cuanto hubiéramos podido aprender debatiéndonos en consideraciones puramente teóricas.

Pero más importante aún que estos hechos, que afectan a lo externo del bolchevismo, es que aun no habiéndose enriquecido el socialismo en la esfera ideal de sus aspiraciones, pues ya hemos visto que no añadió nada al conjunto ideológico de Marx, es lo cierto que, en cambio, se purificó en cierto modo.

El socialismo se hizo nuevamente anticapitalista decidido, sólo en virtud de la fuerte personalidad que logró dentro del bolchevismo, pues de otro modo hubiese corrido el peligro de ser mistificado con una especie de super-capitalismo o en un capitalismo de índice negativo.

Al promulgar los bolcheviques la Constitución, la parte más importante de su programa, como un dique contra la ola ascendente del democratismo y parlamentarismo mecánico, expresiones de la burguesía americanizada, realizaron la rigurosa separación de dicha burguesía, que ya es un hecho consumado.

Más importante aún para el progreso nos parece el hecho

de que el bolchevismo evitase la decadencia que amenazaba producirse en el socialismo, y que sus mismos adeptos verán con dolor. A punto estaban ya de caer en un idealismo misérrimo de cocinas económicas y de refugios populares. De tal decadencia quedó preservado, desde el momento en que los bolcheviques dieron al socialismo nuevamente el fondo sangriento de la revolución para que se destacase de él, desde que volvieron a armar a sus correligionarios combatientes para defender su causa como hombres. También el pacifismo es hijo de una época burguesa afeminada, es el wilsonianismo, que significa para el socialismo un peligro de muerte. Así lo reconocieron los jefes espirituales del bolchevismo, y por eso se preocuparon con preferencia sobre los demás problemas, en exaltar el hervor socialista, haciéndole en efecto, recuperar la dignidad que estaba a punto de perder.

Pero también es cierto que todo esto demuestra la limitación de los esfuerzos bolchevistas, agotados con el hervor revolucionario. La revolución, como negación perenne, no puede constituir la razón primordial del espíritu de sacrificio, base del hervor. Es posible, según afirman algunos, que ello sea la exteriorización de la característica del alma rusa, que anhela el sacrificio por el sacrificio. Sin embargo, en este punto, se ven con claridad meridiana las deficiencias del ideal socialista actual, que ya he indicado repetidas veces en esta obra. Los fines que persigue hoy el socialismo, hasta en una de sus variantes más notables, el bolchevismo, son negativos, como ya hemos dicho.

Y ése es su punto débil. A él tenemos que añadir la diferencia de criterios. Sovietismo y socialismo son formas en las que la esencia de vida y de cultura se infiltran de modo muy distinto. Ya indiqué también que esta sustancia positiva no debe buscarse en el odio y la negación, sino en el amor y la afirmación. No sería oportuno desarrollar aquí este pensamiento: nuestra mirada se dirigiría al porvenir, y en esta obra sólo pretendemos ocuparnos del presente y del pasado.

PARTE SEGUNDA

EL MOVIMIENTO SOCIAL

CAPITULO PRIMERO

DE LA PREHISTORIA DEL MOVIMIENTO SOCIAL

Bajo el nombre de movimiento social comprendemos aquí la suma de todos los esfuerzos realizados por el proletariado para conseguir su emancipación como clase social. Esta definición podríamos restringirla, añadiendo "en cuanto esos esfuerzos por la emancipación van marcados con el sello del espíritu proletario". Esta restricción tendría por objeto despejar la noción de dicho movimiento de toda referencia a esos otros esfuerzos que tienen indudable relación con el movimiento social moderno y hasta han contribuido a preparar su floración, pero que, sin embargo, no lo constituyen por sí mismos, viniendo a formar únicamente lo que podría llamarse la prehistoria del movimiento social. De estos esfuerzos voy a hablar en primer término en las siguientes páginas.

Esta prehistoria, que alcanza hasta la mitad del siglo XIX, ha seguido una marcha uniforme en todos los países donde impera la organización capitalista, y en todos ellos muestra por lo menos ciertos rasgos idénticos y una concordancia absoluta en ciertos caracteres, a saber: que allí donde el movimiento de las masas aparece bien claro y consciente de su finalidad no tiene carácter proletario, y allí, por el contrario, donde tiene este carácter, carece de esa claridad y de esa conciencia de sus fines. Esto significa que en los movimientos conscientes, en los cuales vemos tomar parte al proletariado, el conocimiento de los fines perseguidos se lo reservan otros grupos sociales, y que donde el proletariado realiza una actuación independiente, muestra todos los signos propios de la falta de madurez de una clase social

que aún se halla en período de gestación, y sólo posee instintos, no aspiraciones concretas ni finalidad determinada.

Los acontecimientos históricos en que el proletariado tomó parte, sin que fuesen por ello movimientos proletarios, son las conocidas revoluciones acaecidas en los años 1789, 1793, 1830, 1832 y 1848, sin pasar de la última centuria. Todos estos movimientos fueron en su esencia movimientos burgueses, en los cuales se luchaba por las libertades burguesas, y aunque en ellos participaran elementos proletarios, las masas, al defender entonces la causa de la burguesía o la pequeña burguesía, eran comparables a los arqueros que combatían antaño al lado de la caballería. Este hecho ha sido desconocido por tantos y tan ilustres historiadores —en todas las revoluciones posteriores a 1789 sonó incidentalmente el grito de guerra de socialismo y comunismo—, que se impone demostrar con algunas palabras la justicia de nuestra afirmación, y a este objeto vamos a repasar cada uno de esos movimientos y por separado, ya que cada uno de ellos tiene un matiz particularísimo.

Si se atiende a la esencia de las revoluciones de 1789 y 1793, los más miopes han de convenir en que la revolución de 1789 fue un movimiento puramente burgués, y todavía más un movimiento suscitado por la gran burguesía. Fue única y exclusivamente la lucha de esa gran burguesía para que se le reconocieran sus derechos y para abolir los privilegios de la clase social dominante, para emanciparse de las cadenas, en las cuales le tenían aprisionada de consuno el poder feudal y la monarquía absoluta. Verdad es que este movimiento se disfrazó con el lema de igualdad y libertad; pero, ¿qué *pensaban* sus promovedores de esa igualdad, ya de antemano restringida con la limitación de igualdad ante la ley, y de la libertad? Veamos las primeras leyes, llamémoslas sociales, de que el nuevo poder dotó a Francia: cualquier otro carácter podrán tener menos el de *democrática* o *filoproletarias;* al primer golpe de vista se comprende que no fueron hechas por las masas y para las masas, sino por burgueses, que entendían colocarse en actitud de franca hostilidad al populacho. Ya la conocida *ley marcial* de 20 de octubre de 1789, una ley revolucionaria, revela claramente esta actitud al hablar de los *buenos ciudadanos,* a los cuales hay que proteger mediante severas medidas policíacas; del ataque de las gentes *mal intencionadas*: "Si la masa no se disuelve —dice el texto— después de la oportuna intimación, el poder armado deberá hacer fuego contra ella". Con estas medidas se quería dispersar a la muchedumbre aglomerada en las plazas, para que si por segunda vez caía en la tentación de saquear las tahonas, no fuese a dar una bala en el pecho de un honorable panadero.

De espíritu puramente burgués es también otra ley importante de esa época, la ley de la coalición, dada en 17 de junio de 1791. En ella se castigaba toda asociación de los trabajadores para el fomento de sus intereses *en apariencia* comunes, considerándola como un ataque a la libertad y a los derechos del hombre, condenando a sus infractores a 500 libras de multa y la pérdida de derechos civiles por un año. "No es lícito a nadie —decía el relator Le Chapelier— inspirar a los ciudadanos un interés intermediario, separarlos de la cosa pública por un interés corporativo". Verdad es que esta ley iba por igual contra patronos y obreros, o mejor dicho, contra maestros y oficiales, pero a nadie se le oculta que igualdad semejante encierra en el fondo una desigualdad.

Y henos aquí en la primera consolidación del nuevo régimen social, la Constitución de 13 de noviembre de 1791, que al establecer el sufragio censual venía a marcar una distinción clara y precisa entre la clase acomodada y dominante y la clase dominada de desheredados. A partir de esa fecha puede decirse que hay ciudadanos de primera y de segunda clase.

También en esto demuestra la revolución de 1789 que había sido cualquier cosa menos un movimiento proletario. Más dudas podría ofrecer en este punto el movimiento de 1793, que todos nuestros historiadores corporativos, como Sybel, están contestes en considerar como un movimiento comunista. Los hombres de la Montaña fueron, según ellos, los precursores de la democracia social; y hasta no hace mucho que un partidario de esas teorías llegó a decir que los directores de este movimiento no habían sido sino demócratas sociales, afirmación a la que no puedo dar mi asentimiento.

Veamos por qué el movimiento de 1793, he dicho ya, no tuvo

carácter proletario. Verdad es, y esto ha inducido a error a muchos, que en él llegó a abrirse paso esa corriente que ya desde un principio se había infiltrado en la Revolución francesa, es decir, la corriente democrática, que se manifestó ya en 1789 con motivo de las elecciones para los Estados Generales y que en 1793 había alcanzado todo su apogeo.

Pero si hojeamos los *cuadernos* de 1789 con sus *quejas*, aquellas instancias que los electores solían entregar a sus mandatarios, en particular los de París y Lyon, veremos en todas ellas un tono característico que concuerda muy poco con las melosas declaraciones oficiales de los hombres de la Montaña. En todas ellas se habla de la miseria general –realmente había sido un crudo invierno el de 1788 a 1789– y se lamenta que no baste a endulzarle una Constitución libre. "La voz de la libertad no habla al corazón de un hombre que se muere de hambre". ¡Se pide ya la tasa del pan y trabajo y se pide también la supresión de los días festivos! Y todos sabemos cómo vuelve a tronar entonces esa voz en los discursos y en los escritos de Marat. *El Amigo del Pueblo* cierra contra los aristócratas y se pone al servicio del *pueblo*. Se llega a comprender que la libertad y la igualdad no aprovechan de nada a la gran muchedumbre de *famélicos*. Y Marat deduce de ahí que "la igualdad de derechos conduce a la igualdad de goces y sólo en este punto puede detenerse la mente". Luego vienen las tasas, viene el máximum. Pero, ¿por eso ha de ser éste un movimiento proletario-socialista? ¿Pero es que podía serlo? ¿Quiénes lo inspiraban, quiénes lo dirigían?

Las fuentes principales de aquella corriente democrática de 1793 se hallaban, como es sabido, en Lyon y en París. En Lyon se encuentran elementos proletarios, los obreros de la industria de sedas. Hasta poseemos una estadística de aquella época (1788-89), según la cual contaba entonces la sedería lionesa con 410 maestros comerciantes, 4,202 maestros obreros, 1.796 oficiales y otros 40.000 obreros de ambos sexos. Todo esto deja ya presumir la existencia de grandes intereses proletarios, o al menos de instintos de esta clase. Estos que, a no dudar, existían en germen, habían sido cohibidos en su desarrollo por la constitución particularísima de la industria de sedas de Lyon. Esta industria tenía ya entonces (y sigue teniéndola) una gran concomitancia con la pequeña y hasta con la gran burguesía, y esto por dos razones: primera, por su constitución especial, por el hecho de realizarse sus trabajos, no en grandes fábricas, sino en talleres reducidos, bajo la dirección de maestros independientes, que venían a ser una especie de eslabones intermedios entre el patrono y el trabajador y que difícilmente habían de secundar los movimientos del proletariado; y en segundo término, porque la industria de sedas de Lyon es una industria suntuaria. Estas industrias han sido siempre, por su naturaleza, antirrevolucionarias; los hombres de la Montaña no podían usar medias de seda. Resulta muy comprensible, por lo tanto, que Lyon, pasada la primera embriaguez revolucionaria, ya en los comienzos de 1870, se pusiera al lado de la Vendée, a la cabeza de la contrarrevolución.

Pero mientras que Lyon se iba haciendo antirrevolucionaria, París se colocaba en la vanguardia de la revolución con sus barriadas, de donde salían constantemente nuevas turbas de descamisados. ¿Qué clase de gente eran éstas? Cierto que había entre ellos algunos proletarios, pero éstos llevaban aún adherido el cascarón artesano de donde habían salido o en el que, gracias a la particularidad de la industria parisiense, se encontraban aún y no constituían la masa especial de los *sans-culotte*. Esa masa la formaba más bien la pequeña burguesía parisina, compuesta primero por los maestros artesanos no asociados que bullían en el *faubourg* Saint-Antoine y en el Temple; en segundo lugar, por los oficiales de taller, y en el tercero y último, por lo que los franceses llaman *la boutique*, es decir, pequeños comerciantes, hosteleros, etc., que constituían un grupo importantísimo. A estos elementos se sumaba el populacho de la gran ciudad, que era ya entonces lo que hoy es el *proletariado arrapiezo*. Estas eran las turbas donde Dantón, Robespierre y Marat reclutaban sus partidarios. Pero sus mismos jefes, ¿qué espíritu les habían engendrado? También ellos son al fin y al cabo pequeños burgueses, de sangre limpia, radicales extremos, individualistas extremados, y en sus ideales se nos muestran completamente antisocialistas y antiproletarios. Conocido es el testamento político de Saint-Just, en el cual ha condensado las ideas que tenía del *Estado futuro;* sus sueños consistían en repartir el suelo francés a partes

iguales entre sus habitantes, para que cada uno, con su trabajo individual, pudiese ganarse un frugal sustento de labrador. He aquí los ideales de los grandes filósofos del siglo XVIII, tomando cuerpo político en los hombres de la Montaña. Pero ni Voltaire, ni Diderot, ni Rousseau hablaron nunca de un proletariado en el sentido que hoy se da a esa palabra, ni tampoco, por lo tanto, de reivindicaciones que sólo del espíritu del proletariado podían derivarse. La Constitución de 1793 corrobora en un todo cuanto acabamos de decir cuando, al consignar en el artículo 2º los *Derechos del Hombre*: Igualdad, Libertad, Fraternidad, añade y Propiedad.

Acusa una falta de comprensión histórica y una lamentable carencia del sentido de las diferenciaciones el que aún hoy se habla (bien que sólo sea en los círculos de los historiadores profesionales) de un movimiento comunista en la época de la gran Revolución francesa. Precisamente la revolución de 1793 constituye un ejemplo de la precipitación con que proceden los que, en cuanto oyen unos gritos, creen asistir a un movimiento democrático-social y social-moderno, es decir, proletario.

De los demás movimientos prehistóricos sólo haré mención sucinta. La revolución de Babeuf de 1796 tuvo en su programa un matiz marcadamente comunista, pero no llegó a hacer, como es sabido, ninguna impresión sobre las masas, que estaban hartas de revoluciones.

Imposible es poner en duda que tanto la revolución francesa de julio de 1830 como el movimiento de 1848 en Alemania, fueran obra exclusiva de la gran burguesía. En ambos movimientos se ve a la burguesía, empeñada en la lucha contra los poderes feudales, servirse de las masas obreras como de aliadas, confiándoles el papel de enano de la venta con la esperanza, así se ha reconocido después, de deshacerse de ellas no bien hubiese alcanzado su objeto. En 1830 cerraron sus fábricas los fabricantes franceses y enviaron sus obreros a combatir en las barricadas callejeras. Dos años más tarde, esos mismos industriales, en su condición de individuos de la guardia nacional, ametrallaban a los obreros, porque éstos se habían lanzado a hacer la revolución sin pedirles permiso. Menos patente es el carácter burgués de la revolución inglesa de 1832 y de la revolución francesa de febrero de 1848,

porque esos movimientos iban dirigidos contra gobiernos burgueses. Pero a pesar de ello tampoco ésos fueron movimientos proletarios; antes bien, de tener algún carácter de clase social, fueron la lucha de una parte de la burguesía, especialmente de los industriales radicales, contra otra fracción burguesa constituida por la alta banca.

Estos han sido los movimientos precisos y conscientes que se registraron en el pasado siglo. En ellos tuvo el proletariado participación indudable, y hubo proletarios tras las barricadas de 1789 y 1848, pero movimiento proletario, en el sentido actual de la palabra, no lo fue ninguno de los mencionados.

Ahora bien; cuando el proletariado empieza verdaderamente a luchar por sí mismo y por la defensa de sus intereses, sólo produce al principio un clamor sordo e inarticulado y pasa bastante tiempo antes que este confuso vocerío cristalice en un llamamiento en aspiraciones, en programas comunes. Los primeros movimientos proletarios, "las agitaciones de aquella masa desgraciada caída en lo profundo" son, según la frase de Carlyle, "como los movimientos de Encélado, que, al lamentar sus dolores, produce terremotos", son movimientos de carácter puramente instintivo que chocan con lo que primero encuentran y se precipitan sobre lo que hallan a su alcance. Son actos que en su origen revisten en gran parte las formas del robo y del saqueo y sólo tienden a herir al enemigo en sus propiedades. En Inglaterra hubo, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, destrucciones y saqueos de fábricas. En 1812 se dictó la pena de muerte para castigar la destrucción de fábricas, detalle que demuestra cuán frecuentes habían sido estos desmanes.

En la historia social alemana corresponden a este período las agitaciones provocadas en 1840 por los tejedores, que han encontrado en Gerardo Hauptman un historiador incomparable. Pero la lucha contra símbolos, la nueva técnica contra las fábricas y las máquinas, fue también en Alemania un fenómeno general. "Entre muchos de vosotros –decía en 1848 un fabricante de máquinas de Chemnitz a los obreros alemanes– ha arraigado, entre otros, un peligroso prejuicio. Creen algunos que podían tener trabajo y obtener ganancias combatiendo estas o las otras máquinas. Los impresores, por ejemplo, querrían que se suprimiesen

las perrotinas y máquinas de cilindro o que se las redujese de modo que pudiera haber ocupación al lado de ellas para el mismo número de obreros que hoy la tienen; los tejedores truenan contra la introducción de los telares mecánicos y tratan de impedirla por todos los medios; los cardadores piden que se dé de lado a las máquinas cardadoras. En Maintz los obreros han obligado a los dueños de máquinas de vapor y de caballos a suspender sus industrias".

Sucesos idénticos se desarrollaban en los demás países. Entiendo referirme al incendio de fábricas de Uster (Suiza) en 1832, a la sublevación de los tejedores de seda de Lyon (Francia) en 1831. Este último se distingue de los otros movimientos análogos en que sus promovedores habían adoptado un lema que parece escrito sobre la puerta de entrada del movimiento proletario: *¡Vivir trabajando o morir combatiendo!* He aquí una primera y tímida expresión de las reivindicaciones proletarias, porque ese grito de combate viene a expresar, en su doble aspecto de afirmación y negación, un postulado de la verdadera ética proletario-socialista. Nadie debe vivir sin trabajar: aspecto negativo; pero todo el que trabaja debe vivir: aspecto positivo. Así, pues, las primeras formas de movimiento proletario son de lucha contra cosas perceptibles en su exterioridad y en las cuales se ve la personificación del adversario: contra las fábricas y contra las máquinas, a las cuales se las destruye porque hacen competencia al obrero; contra las viviendas de los patronos, que aparecen como los castillos roqueros de los nuevos señores.

Un grado más alto marca ya en la evolución el momento en que los ataques se dirigen, no contra las cosas inmediatamente perceptibles, sino contra aquella organización legal que sirve de base al sistema industrial capitalista: la libre competencia en la producción de mercancías, el libre contrato del trabajo, etcétera, cuando el movimiento proletario empieza a orientarse hacia la lucha contra esas formas del derecho moderno. Sólo que en esos oscuros comienzos del moderno movimiento social, se lucha por la organización industrial corporativa, como existía con anterioridad a la era capitalista. Así, en Inglaterra, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, el proletariado luchó bastante tiempo para que se restableciese la organización gremial de tiempos de la

reina Isabel, según la cual ningún maestro podía tener en su taller, más de un aprendiz por cada tres oficiales, el aprendizaje no podía durar más de siete años, los jornales había de fijarlos el juez de paz, etc.

Igual espíritu respira el movimiento obrero alemán de 1848. Ya hemos hecho notar que esta revolución tuvo un carácter puramente burgués. Pero no por eso dejó de asociarse a ella, como es sabido, un movimiento obrero independiente, que se manifestó en distintos motines y que en las *Conclusiones del Congreso Obrero de Berlín,* que duró desde el 23 de agosto hasta el 3 de setiembre de 1848, tuvo su programa más general. Estas conclusiones contentan ya algunas aspiraciones netamente proletarias, como la adopción de la jornada máxima de diez horas, la prohibición del trabajo de los niños, etc. A más de esto contenían el proyecto de fundación de una gran caja de crédito para obreros (abierta a *todo aquel* que pudiese ofrecer garantías suficientes, pero concediéndose la prioridad a los obreros), la aspiración a algunos derechos políticos generales para la gran masa de los desheredados, la idea de escuelas populares laicas, etc. Pero estas aspiraciones, de un carácter económico-político especial, culminan sin embargo en la tendencia a resucitar la organización gremial antigua. Lo que hoy nos parece el hueso de las resoluciones de aquel Congreso, constituía entonces las principales aspiraciones de la masa obrera. Así, el capítulo 12 reza textualmente: "Ninguno podrá explotar por sí mismo ni por medio de obreros aquellas industrias que requieran conocimientos técnicos, como no los posea" (requerimiento del certificado de aptitud); el capítulo 13: "Deberá suprimirse el trabajo a los acogidos en casas de corrección"; el 15: "Queda suprimido el comercio ambulante de mercancías elaboradas por el cuerpo de artesanos"; el 25: "Las uniones y corporaciones de maestros tienen el deber de cohibir y limitar la mutua competencia entre aquéllos"; el 30: "Ningún maestro debe tomar un aprendiz de cuya instrucción no esté seguro. A este efecto se establecerán inspectores técnicos, designados de común acuerdo por maestros y oficiales o trabajadores encargados de examinar en público a los aprendices. Estos exámenes serán teóricos y prácticos. El tiempo de aprendizaje no deberá pasar de tres años"; el 31: "El comité local deberá velar

porque ningún maestro retenga más tiempo del fijado a los aprendices." Y hasta los obreros de la Alemania occidental, como los tejedores de seda amotinados en Drefel, celebraban como un triunfo el haber podido (en la Convención de 27 de marzo de 1848) efectuar la compra de todos los telares, lo que les permitía establecerse con medios propios, como maestros independientes, por entonces agrupados en corporación de tejedores. "De un golpe —añade Alfonso Thun, que refiere estos sucesos— —se había transformado el obrero en maestro, sin que le faltase ni la artística trencilla corporativa, pues ningún maestro podía tener ocupados en lo sucesivo más de cuatro telares (salvo para el terciopelo), y ningún fabricante podía tampoco admitir muchachas en sus talleres, a no ser que fuesen hijas de los maestros fallecidos."

Podemos también incluir en la prehistoria del moderno movimiento social todas aquellas tentativas inciertas, realizadas por el proletariado, a modo de tanteos para elaborar las formas de organización llamadas a desempeñar más adelante un papel decisivo en su lucha de emancipación: las primeras y aún imperfectas organizaciones artesanas y corporativas.

Quiero referirme a esas "Federaciones generales de trabajadores" que trataban de abarcar en su seno a todo el proletariado de un país y que se encuentran en todos los comienzos del moderno movimiento social: en Inglaterra, primero, bajo el nombre de *Gran Nacional,* nacida al calor del espíritu oweniano, y en Alemania, una generación más tarde, con el título de *Federación gremial,* creada por los esfuerzos de Schweitzer, y en los demás países con análogas denominaciones. Todas ellas tienen de común el que quisieron elevarse a las nubes y dieron de espaldas en la tierra, fracaso debido a haber tratado de vaciar sus ideas artesanas en el molde de las asociaciones secretas burguesas por el estilo de la masonería, con lo que al cabo de algunos años de entusiasmo concluían en un desencanto general. Lo mismo hay que decir de las innumerables tentativas realizadas para unir a los obreros, a fin de capacitarles para ejercer una acción independiente en la marcha de la vida económica. Entre estas tentativas hay que incluir los infructuosos conatos de corporaciones productoras, los esfuerzos realizados a fin de infundir espíritu proletario a las empresas capitalistas para implantar el socialismo

con el apoyo de los principios capitalistas, intentos todos ellos que tuvieron un general fracaso y que fueron como pompas de jabón que no tardan en desvanecerse.

También se relaciona con el movimiento social moderno, cuya prehistoria viene a cerrar definitivamente (pero quedando, sin embargo, dentro de la misma) aquel grande y conocido movimiento que muchos consideran como el primer movimiento socialista-proletario notable: el movimiento cartista que de 1837 a 1848 se produjo en Inglaterra. Dicho movimiento se distingue de todos esos súbitos hervores que hemos enumerado, porque más de un decenio se fue desenvolviendo con arreglos a un plan premeditado, como fruto de una perfecta organización. Fue, sin disputa, el primer movimiento proletario auténtico, o si se quiere, el primer movimiento proletario madurado y ejecutado en grande. Fue un movimiento proletario porque fueron masas obreras las que constituyeron su núcleo principal, y también en el sentido de que sus aspiraciones eran derivación inmediata del estado del proletariado, y tendían ante todo a mejorar las condiciones materiales de vida de los obreros de las fábricas. La jornada máxima constituía ya una de esas aspiraciones. Recuerdo la célebre frase del párroco Stephen dirigiéndose a las masas: "La cuestión que aquí ventilamos es una cuestión de tenedor y de cuchillo." Pero también fue proletario el movimiento cartista, porque en él se manifestó bien a las claras la oposición entre trabajo y capital. El *gobierno,* la *clase imperante,* se identificaba para él con la clase capitalista. Así se revelaba en el odio innato que ya en aquellos tiempos sentían las masas hacia los patrones y que explotaba en un grito de guerra. La frase de O'Connor: "Abajo aquellos miserables que beben la sangre de vuestros hijos, que disfrutan de lujo a costa de la miseria de vuestras mujeres y se sacian con vuestro sudor", nos recuerda esos discursos que aún hoy se escuchan en las reuniones populares. El tópico del derecho al trabajo es un tópico completamente proletario, y ya entonces se luchaba por el derecho al producto íntegro del trabajo y por *plusvalía,* que iba a pasar, contra toda justicia, a los bolsillos del patrono. Una prueba del carácter, proletario del movimiento cartista es también su indiferencia respecto a las aspiraciones burguesas, como por ejemplo, respecto a la abolición del censo que pagaba

en granos. Es interesante observar cómo poco a poco el movimiento cartista se fue desentendiendo de lo que en otro tiempo había constituido la principal aspiración de la burguesía inglesa y cómo concluyó por arrojar por la borda a aquella que había empezado siendo su aliada. Y hasta en la forma que afectó aquella lucha se revela el espíritu del proletariado, pues ya entonces se preconiza la huelga general como medio de combate, idea que sólo puede producirse en un movimiento proletario auténtico. Por estas y otras razones podemos afirmar sin género de duda que el movimiento cartista inglés fue un movimiento proletario.

Si a pesar de esto le incluyo en la prehistoria del movimiento social, es porque le faltó el programa bien definido que todo movimiento social debe tener y la conciencia clara de los fines propuestos. El programa del movimiento cartista se hallaba contenido en la carta, y ésta no tenía en sí aspiraciones de carácter verdaderamente social, sino que era simplemente el esquema de una reforma parlamentaria. La carta venía a ser una especie de programa incidental, que se acepta a falta de otra cosa mejor, un programa que no rebasa ni siquiera los límites de la democracia radical burguesa. O'Connor lo había definido diciendo: "Sufragio universal, votación secreta, igualdad en los distritos electorales, dietas, nada de propiedades para los diputados, legislaturas breves." Por esto, aunque el núcleo principal del movimiento cartista fuese proletario, y proletario también el espíritu que en él predominaba, debemos distinguirlo de los movimientos ulteriores, proletario-socialistas conscientes, a causa de la vaguedad de su programa. Hago constar esto porque es muy frecuente, aun en conocedores tan profundos de la historia inglesa como Brentano, comparar el movimiento cartista con la democracia social alemana. Tal concepción concede demasiada importancia a la forma externa que constituye la analogía entre ambas cosas, en tanto que ambos luchan por el poder político, siendo así que lo que debe tenerse en cuenta para definir un movimiento social es su esencia íntima, y ésta difiere en uno y otro caso.

CAPITULO II

EL DESARROLLO DE LAS PARTICULARIDADES NACIONALES

Observación preliminar

La *prehistoria* del movimiento social presenta, como hemos visto, muchos caracteres comunes en todos los países de civilización capitalista. Tal fenómeno no debe sorprendernos, pues esta uniformidad es un mero reflejo de la que existe entre las causas eficientes de dicho movimiento; el capitalismo vino al mundo con una fuerza explosiva y centuplicada, destruyó de un golpe toda la organización antigua, postró a las masas a sus pies y las puso en el trance de reaccionar con movimientos que al principio fueron puramente reflejos e instintivos. Estos movimientos, como más adelante veremos, mostraron desde luego la tendencia a restablecer la antigua unidad y la antigua armonía, destruidas por el capitalismo. Y había también una semejanza de razones que explica la analogía a que antes aludimos, y es que el sistema industrial capitalista se había infiltrado de tal modo en todos los poros del cuerpo social, que éste debía asemejarse cada vez más en todas las naciones.

Hay, sin embargo, un período intermedio, en el que el movimiento social se presenta a la observación caracterizado más bien por sus particularidades nacionales que por su semejanza universal. Y se explica que así sea, tratándose de una época en que la naturaleza especial del pueblo pugnaba por resolver a su manera el dilema en que se encontraba —aceptar o rechazar el capi-

talismo— y en que las diferencias de raza, de experiencia histórica, de constitución política y de particularidades económicas, venían a imponerse trazando a cada país un camino distinto para llegar a la meta más o menos lejana.

He aquí cómo expresaría esto Hegel en su patético lenguaje: "Los estados y pueblos... en este asunto del espíritu universal se apoyan en su particular y determinado principio, que tiene su explicación y realidad en su constitución y en toda la amplitud de su estado, de las cuales tiene cabal conciencia y con cuyos intereses se halla identificado, pero que al mismo tiempo son obra inconsciente y aspectos de aquel asunto íntimo, mientras que el espíritu en que estas formas se producen en sí y para sí, elabora y prepara el tránsito a su grado superior inmediato."

Ahora bien; si queremos satisfacer las exigencias de orden que nuestra razón siente, debemos abstraer los rasgos característicos del movimiento social en los distintos países, y unirlos mentalmente para formar los tipos particulares de cada nación. De este modo obtendremos tres tipos distintos del movimiento social, perfectamente diferentes entre sí: el tipo inglés, el tipo francés y el tipo alemán.

El tipo inglés se caracteriza por el abandono progresivo del movimiento obrero, político o socialista, y la atención exclusiva a los gremios y corporaciones; en el tipo francés perdura aún el pensamiento revolucionario de antigua cepa, mientras que, por último, el tipo alemán representa un movimiento obrero político-parlamentario, legal e impregnado de espíritu marxista.

I. – El tipo inglés

En sus rasgos principales la marcha del movimiento social inglés hasta mediados de 1880 fue de este modo. La violenta sacudida reaccionaria, dada a los fundamentos de la organización industrial capitalista, derivó al fin en el movimiento cartista, gran estilo de 1830 y 1840 hacia un ataque reflexivo contra los baluartes de la actual organización social. En el movimiento cartista vivió el proletariado inglés, como ha dicho Webb, su *período heroico*. Pero el espíritu revolucionario sucumbió en la palestra.

El proletariado perdió la afición a la lucha política y la fe en un régimen social más perfecto que el capitalista. A partir del año 1850, el movimiento obrero inglés entró en una era de política oportunista más tranquila y mesurada. Con el consiguiente regocijo de todos los reformadores burgueses de la sociedad se desprendió de su piel socialista, renunciando hasta a la formación de un partido político independiente, y dando su apoyo desde entonces, ya a los conservadores, ya a los liberales. El proletariado inglés acata la organización industrial capitalista como un hecho consumado, y procura mejorar su posición dentro de esta organización imperante. Y esta mejora la obtiene de muchas maneras: la vida de la clase obrera sube de nivel, la legislación tiene cuenta especial de sus intereses, hay seguros para obreros, etcétera. La antigua rivalidad irreconciliable entre el capital y el trabajo parece haberse cambiado en un reconocimiento mutuo y razonable de las aspiraciones de ambos; el movimiento social, en suma, ha cedido paso a la *paz social*.

Lo que de esa transformación sufrida por el movimiento social inglés a mediados del siglo XIX nos interesa aquí, en primer lugar, es la circunstancia de que, a la resignación del proletariado británico se debe el nacimiento de dos instituciones que han llegado a ser hoy los más firmes sostenes de todo movimiento proletario moderno, hasta el punto de no poderse concebir sin ellas ningún movimiento de esa índole; me refiero a las organizaciones gremiales y cooperativas. No he de exponer en este sitio la esencia íntima del movimiento gremial, que he procurado reflejar en un particular estudio. Sólo quiero hacer notar la parte que en esta esfera del movimiento social corresponde a la facultad creadora del genio británico. De este modo se advertirá en seguida que los principios fundamentales de toda la política obrera actual fueron los obreros ingleses quienes lo formularon por primera vez, y asimismo se reconocerá que a ellos se debe también, en justicia, el desarrollo del movimiento de agremiación obrera.

La primera asociación gremial que se constituyó con arreglo al nuevo espíritu fue la de los constructores de máquinas, en 1857, la cual fue en un principio una verdadera *Trade Union*, la unión de todos los trabajadores pertenecientes a una rama deter-

minada de la producción, y vino a poner término de una vez para siempre (en principio) a todas las aventuradas tentativas hechas hasta entonces para alistar a todos los obreros de un país o de un distrito en las filas de una organización común. El nuevo gremio sentó, sin embargo, las bases que habían de asegurar la debida organización de todos los compañeros de profesión asociados, al adoptar la idea de una federación central que abarcase todo el país y que estuviera representada por federaciones locales, a las que sirviera de nexo común. El nuevo gremio comprendió, por último, dando muestras de gran sagacidad, la conveniencia de reunir las dos funciones de las organizaciones gremiales, erigiéndose en federación de protección y de combate al mismo tiempo. Estableció a este efecto cuotas mensuales, para socorrer a los miembros de la asociación en los instantes críticos de enfermedad, defunción, etcétera, a costa de la caja social, y también para que en caso de paralización de los trabajos (en la que se ha visto el arma especial de los gremios modernos) pudiese prestarse a los huelguistas la necesaria solidaridad.

Pero los trabajadores ingleses han creado también la forma del contrato moderno del trabajo: el contrato del trabajo colectivo, como se le ha llamado. Después de dar muchas vueltas a las distintas formas de procedimiento arbitral, optaron por la idea de regular las condiciones de trabajo, mediante convenciones pacíficas a modo de contratos, válidos por largo tiempo, entre las organizaciones patronales y las organizaciones obreras, es decir, lo que se llama en Alemania comunidades de tarifa. Es preciso conocer la espinosa historia de las *Trades Unions* inglesas para poder apreciar qué derroche de esfuerzos ha exigido la penosa gestación, comprometida y retardada tantas veces por innumerables yerros, de esta forma de contrato colectivo, que hoy nos parece tan comprensible y sencilla.

Los trabajadores ingleses han sido, por último, quienes dieron a los gremios la importancia e influencia que hoy tienen, quienes han luchado porque se les reconozca un derecho dentro del Estado y quienes, en fin, han fomentado y robustecido su organización. En 1874, cuando el movimiento de agremiación se encontraba aún en pañales en los demás países, celebróse el

Congreso de Sheffield, y a él asistieron delegados que representaban casi un millón de bien organizados obreros.

Con esta organización gremial se favorece el desarrollo de las cooperativas de consumo, cuyo tipo moderno se debe igualmente a Inglaterra. En la historia social marca una era aquella oscura tarde de diciembre del año 1844, en que la pequeña ciudad de Rochdale presencia la apertura de la *Alud Wayvers Shops*, en la *Toad Street*, "en la que entre las risotadas y burlas de los muchachos de Rochdale, la rechifla de los mercaderes curiosos y las observaciones indiferentes de los transeúntes, abrió sus puertas un modesto almacén situado en la planta baja de una apartada callejuela, y en cuyos escaparates se veían pequeñas cantidades de manteca, azúcar, harina de avena". Este almacén sólo estaba abierto domingos y lunes por la tarde; de los veintiocho miembros que contaba por junto la asociación obrera de la localidad, uno hacía de dependiente, otro llevaba los libros, otro estaba encargado de la *caja* y un cuarto ejercía las funciones de *tesorero*. La venta ascendía a 2 libras por semana y a 28 libras el capital invertido en la empresa. Los primeros miembros de la cooperativa eran mitad owenianos, mitad cartistas. Aquello marcaba el fin del owenismo y del cartismo, pero señalaba al mismo tiempo los albores del movimiento cooperativo inglés, especialmente de las cooperativas de consumidores, que hoy cuenta en sus filas 2 millones de almas, en números redondos, dispone de un capital de más de 500 millones de marcos y despacha artículos por valor de más de 1.000 millones de marcos.

Otra cosa que redunda en honor del pueblo inglés es que también ha sido él quien ha creado la nueva forma llena de vitalidad de la cooperativa moderna, caracterizada por los siguientes rasgos específicos: su punto de partida inicial lo constituye un restringido círculo de familias que tienen necesidades idénticas; la organización no se propone más que satisfacer estas necesidades, mediante la adquisición directa de las mercancías, excluyendo toda intención de lucro; las mercancías se venden aproximadamente al precio del mercado, y a fin de año se les devuelve a los compradores la cantidad que pagaron sobre el precio de costo de los artículos, en proporción relativa a la importancia de sus compras. De este modo se esquivan los esco-

llos de la degeneración capitalista y se evita al mismo tiempo el peligro de que la venta resulte insuficiente, peligro al que todas las cooperativas de esta clase están expuestas. Pero a la vez se ha procurado estimular el desarrollo indefinido de estas cooperativas, no poniendo limitaciones al número de sus miembros y manteniendo la cohesión entre ellos mediante la manera especialísima de distribuir las ganancias. A estas sencillas y primitivas organizaciones podían unirse otras más elevadas, llegando a transformarse de este modo la cooperativa de consumo en una forma económica destinada a arrinconar el sistema económico-capitalista; las cooperativas de consumo no necesitaban más que tomar a su cargo la producción de los artículos para triunfar del patrono capitalista. Eso podía hacerlo de dos modos: o comprando en los lugares de producción las mercancías al por mayor, en vez de comprárselas a los revendedores y efectuando su transporte con medios propios, o elaborando por sí mismo los artículos necesarios. Y las cooperativas inglesas de consumo han sido las primeras en poner en práctica ambos medios, ya fundando cooperativas para la compra al por mayor, ya estableciendo fábricas para obtener en ellas una producción propia. Las cooperativas inglesas y escocesas para la compra al por mayor tienen hoy una venta de cerca de 500 millones de marcos, y a cerca de 200 millones de marcos se eleva el valor de las mercancías que las cooperativas inglesas de consumo elaboran en fábricas propias.

Bien que hoy el proletariado de los demás países —como en Bélgica ocurre— haya llevado las cooperativas a su expresión más alta, y aunque su difusión se haya generalizado, la gloria de haber sido los fundadores de la idea de las cooperativas corresponde por entero a los ingleses.

Pero en este punto ocurre preguntarse: cómo se explica esta evolución particularísima de Inglaterra; cómo se explica la marcha especial que el movimiento social allí ha seguido; cómo se explica, sobre todo, su carencia de todo matiz socialista consciente, siendo así que ningún proletariado del mundo ha estado tan abocado a un movimiento revolucionario socialista, como el inglés lo estuvo en el movimiento cartista.

La explicación corriente que de tal fenómeno se da y que yo tengo por insuficiente, puede resumirse en los siguientes párrafos. Según la opinión general, las condiciones del desarrollo social en Inglaterra durante la última centuria, fueron más o menos las siguientes:

Después que el proletariado hubo luchado veinte años por sus intereses hasta parar por último en el movimiento cartista, amargado por un escueto materialismo, operóse en él de pronto un cambio extraño, y hacia mediados de aquel siglo adoptó maneras más suaves, se reconcilió con el régimen industrial capitalista y empezó a conducirse de la mejor manera con los patronos, que también habían dado pruebas de ser perfectos caballeros. Y todo esto porque se había infiltrado en los hombres un espíritu nuevo, porque se había operado una evolución completa de la economía nacional individualista, y de la filosofía utilitaria hacia un concepto social de la sociedad, y de la situación y deberes de los individuos para con la misma. Mantenedores y propagandistas de este *nuevo espíritu*, habían sido en primer término Tomás Carlyde (1795 a 1881) y los socialistas cristianos Maurice, Kingsley, Ludlow, etcétera. Pero la doctrina de Carlyde puede resumirse en los siguientes aforismos: los males que han afligido a Europa —¡Revolución Francesa! ¡Cartismo!— fueron debidos al predomonio del espíritu del mal: mammonismo, egoísmo, olvido de los propios deberes. Hay que reformar este espíritu. Hay que hacer que arraiguen nuevamente en los corazones de los hombres, en vez del esceptismo, la fe; en vez del culto a las riquezas, el culto al ideal; en vez del egoísmo, el sentimiento de la abnegación, y en vez del individualismo, el sentido social. El individuo no debe ser el centro del mundo, como una filosofía endemónico-utilitarista ha pretendido, sino que han de ser los fines sociales, los valores objetivos, los ideales, en una palabra, los que han de mover a los hombres. Con este criterio del cumplimiento de los deberes sociales, se ennoblecen las relaciones entre proletarios y capitalistas, y desaparecen la rigidez que las caracteriza; el patrono se hace más humano, aprende verdaderamente a mandar, y el obrero, más sumiso, se enseña a servir en la verdadera acepción de la palabra. Iguales predicaciones lanzaron los llamados socialistas cristianos, sólo que éstos querían deducir el *nuevo espíritu social* de las sanas máximas del cristianismo.

Semejantes doctrinas, se dice, tienen que dar sus frutos.

Aquel espíritu social llega a infiltrarse verdaderamente en los corazones de los hombres, suprímese en el mundo el conflicto social, y en lugar del odio y la desconfianza, surgen la confianza y el amor. La *cuestión social* está resuelta, el capitalismo se ha salvado, el socialismo ha quedado por los suelos...

Más adelante veremos que esta profecía de una *paz social duradera* ha fracasado en toda la línea, y que el *socialismo* florece hoy tan lozano en Inglaterra como en los demás países. Pero, por ahora, no podemos detenernos en eso; de lo que aquí se trata es de explicar la evolución que se operó en el proletariado inglés y que duró hasta principios de 1880; es decir, durante un período en el cual, como hemos visto, el movimiento obrero inglés no fue *revolucionario*, ni socialista, ni perturbador. Pero aquella explicación puramente ideológica, y por lo tanto antirreal, no me da a mí la clave de lo que fuese aquella época. En primer término, no encuentro que estuviera en ella tan difundido aquel *espíritu social* al que tales maravillas se atribuyen. En las direcciones que sigue la sociedad inglesa de la evolución proletaria —gremios y cooperativas— sólo veo yo un sano espíritu egoísta y utilitario. Acaso no haya habido creación social alguna tan basada en el egoísmo humano como las antiguas *Trades Unions.* Y si tenemos en cuenta las amargas lamentaciones de los socialistas cristianos por el fracaso de sus campañas, veremos que concuerdan con las observaciones anteriores. Ahora bien: concediendo que el *espíritu social* haya ejercido cierta acción que aun subsiste y se manifiesta en la elaboración de las leyes protectoras del obrero, y también en el reconocimiento de las *Trades Unions,* ¿puedo creerle capaz de obrar milagros tales como el de mover las montañas? ¿O no deberé más bien inferir de ahí que la evolución industrial y política basada en el egoísmo, ha venido a secundar eficazmente sus esfuerzos, creando las condiciones necesarias para que su acción fuese fecunda?

Me parece que no es cosa difícil dar una explicación realista de la marcha especial seguida por el movimiento social inglés durante el período de tiempo comprendido entre los años 1850 y 1880.

Hay que tener en cuenta ante todo el carácter del pueblo británico, que determina la especial disposición del ánimo del

obrero inglés. Sabido es que la mentalidad británica es de una aridez que supera todo lo imaginable. Los ingleses no tienen nada de lo que podría llamarse el impulso del alma; basta recordar su filosofía y su literatura (pues lord Byron tuvo que huir de un país que le condenó a muerte). Carecen, además, de toda aptitud para sistematizar y teorizar los conceptos, y por eso precisamente han conquistado el mundo, y por eso el obrero inglés ha seguido una política que marcha de un éxito de momento a otro éxito circunstancial, que se propone fines *asequibles* y los persigue con tenaz perseverancia. El obrero inglés no necesita más que seguir su inspiración propia y abandonarse a su idiosincrasia para llegar a esa política *práctica,* que hemos visto es la suya, para caer en ese *oportunismo inconsecuente,* como Weeb —ese filósofo del contrato colectivo del trabajo— llamó a la política de las *Trades Unions* británicas. Pero esa sola explicación del carácter popular no nos parece suficiente, pues no queremos echar en olvido que ese mismo pueblo, que desde 1850 se mostró tan contrito, había sido antes todo lo contrario.

Más bien creo que explicarían esa evolución las circunstancias particularísimas que caracterizan esa época de 1850 a 1880, y en primer término, la peculiaridad de las condiciones económicas y políticas de la Inglaterra de aquel tiempo.

Es indudable que en aquella época la base sólida de toda evolución social la constituía la excepcional situación de la industria inglesa, que había sido causa de que todo el país experimentase un enorme incremento económico. Bastará que consignemos una cifras para que se comprenda lo excepcional de ese estado económico: en 1842, la red ferroviaria del Reino Unido abarcaba 1.857 millas inglesas; en 1883 comprendía ya 18.668 millas. El tráfico marítimo de todos los puertos de Inglaterra ascendía en 1842 a 935 mil toneladas, cifra que en 1883 se había elevado a 65 millones de toneladas. El comercio de importación y exportación produjo en 1843 unos 103 millones de libras esterlinas, y en 1883 unos 732 millones. Estas cifras, no emuladas en la misma época por los demás países, acusan una situación excepcional, y ésta significa a su vez la posibilidad de ampliar el mercado en una medida proporcional a la productividad cre-

ciente, significa un riesgo relativamente menor de crisis mercantiles y paralización de los negocios.

Y semejante auge entraña asimismo para el proletariado consecuencias importantes, como son la creación de condiciones sumamente favorables para el mercado obrero, una demanda cada vez más grande de trabajadores, y por lo tanto, una disminución notable en el número de los obreros sin trabajo; y por último, la inclinación y la capacidad por parte del patrono, que nada en la abundancia, para aumentar los jornales del obrero y hacerle partícipe, hasta cierto punto, de la lluvia de oro que anega sus cajas de caudales.

Y aparte de estas circunstancias económicas particularísimas, también hay que reconocer la influencia ejercida por la constitución especial de la vida política en la Gran Bretaña. Sabido es que aquélla descansa, al menos desde principios del siglo XIX, en el turno de dos únicos grandes partidos: conservador y liberal. Entrambos se disputan el poder, y entrambos le conquistan, haciendo las necesarias concesiones a la marcha del progreso, explotando hábilmente en su favor la actualidad que ya uno, ya otro de ellos, sabe comprender más prontamente, haciéndose dueño de la situación. Esta lucha por el poder se hace a beneficio de un tercero: el proletariado. No se necesita gran perspicacia para comprender que, por ejemplo, las continuas leyes que en defensa del trabajador se promulgan en Inglaterra, no fueron otra cosa en su origen que frutos del odio de los conservadores, cuyos intereses son especialmente agrarios, hacia los fabricantes liberales. O si se quiere atribuir móviles más elevados a las mayorías parlamentarias, podremos suponer que en la resuelta protección dispensada por los conservadores al proletariado industrial, entraba en no pequeña parte la esperanza de que esa legislación protectora no había de alcanzar a los trabajadores del campo. Más adelante, desde que se amplió el sufragio, la política de los liberales tendió a conquistar el poder o a conservarlo con ayuda de la masa obrera. Esto supone, naturalmente, concesiones, voluntarias o forzosas, en favor del proletariado, aunque aquéllas no fuesen de ejecución sencilla (por las razones expuestas), y aunque los patronos no hubiesen tenido el menor interés propio en otorgarlas.

Pero sin embargo, esos patronos, gracias ante todo a la prosperidad de la industria inglesa en aquel tiempo, se hallaban interesados, hasta cierto punto, en respetar, ya que no las defendiesen, las reinvindaciones del proletariado, orientadas hacia la mejora de su condición dentro del régimen económico imperante.

Así, poco a poco, fueron reconociendo los patronos la existencia de las *Trades Unions* y de sus instituciones afines, y poco a poco van aviniéndose a tratar con las representaciones obreras, y van aceptando los tribunales de arbitraje, las instituciones conciliadoras, etcétera. ¿Pero es que acaso lo hacen todo esto por la bella cara del proletariado, o por seguir los consejos de Carlyle, o no lo hacen más que a impulsos de su propio egoísmo? ¿O bien porque los gremios conservadores aristocráticos fuesen un baluarte contra toda veleidad revolucionaria, tan firme y seguro como ninguna ley policíaca podrá serlo, o porque los centros de conciliación representasen un medio utilísimo de conjurar las huelgas, y con ellas las perturbaciones industriales tan temidas, ya porque las circunstancias seguían siendo favorables, porque cada día podía rendir su beneficio, y por lo tanto cada día que dejase de funcionar la fábrica equivalía a una pérdida considerable? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los patronos ingleses, por haber sido los primeros que tuvieron que afrontar un movimiento obrero, que no veían más que en sus comienzos y cuyo poderoso desarrollo ulterior no preveían, no procedieron con aquella cautela que hoy hace de los patronos constantes enemigos del movimiento obrero, por miedo a que el proletariado organizado les prive de su calidad de directores de la producción.

Y por último, ¿por qué no combatían las leyes de protección obrera? Porque si es verdad que encarecían algo la producción, fácil era resarcirse de ello, gravando los precios y sacando la compensación de los consumidores. Pero no es cierto tampoco que encareciesen la producción; la disminución de las horas de trabajo podía estar compensada por la mayor intensidad del mismo, y porque al elevar los jornales había ya un interés en elegir obreros laboriosos, y en último término podía comparársela a una mejora de la industria, tanto más hacedera

cuanto que los patronos se hallaban en una era de prosperidad, y que el aumento de la producción correspondiente a esa mejora había de encontrar salida en el mercado. No hay que perder tampoco de vista que una legislación resuelta de protección al obrero significaba una excelente arma de combate de que los grandes fabricantes podían disponer para aplastar a los pequeños, para quitar de en medio a competidores enojosos, etc., todo esto teniendo siempre en cuenta que el aumento de la producción, la elevación de la capacidad productiva, la ampliación rápida de la escala productora, no había de encontrar un obstáculo en la situación del mercado, antes bien, se hallaba requerida por las condiciones de aquél.

Que toda estas apreciaciones acusan un grado no pequeño de sentido político en las clases directoras es cosa indiscutible. Por eso hay que tener en cuenta la larga historia que ya dejaba tras de sí la vida pública británica cuando se inició el movimiento social, si se aspira a comprender el *tipo* inglés de dicho movimiento.

* *
*

En cuanto a mí se me alcanza, solo en un país del mundo se ha dado también el tipo inglés: en los Estados Unidos de América. También allí ha prosperado muy débilmente el socialismo durante todo el siglo XIX; y también allí, por el contrario, se ha hecho muy poderoso el movimiento gremial, llegando a manifestar ciertas tendencia hacia el espíritu de cuerpo y de exclusión, aunque no existan las cooperativas. Que nuestra apreciación de las circunstancias que han determinado en Inglaterra las particularidades del movimiento obrero son exactas, en lo esencial, se halla plenamente confirmado por el hecho de que, desarrollándose la vida industrial y política de los Estados Unidos en condiciones idénticas a las que se observan en la Gran Bretaña, no han aportado allí esa igualdad de condiciones a la igualdad de resultados que pudiera esperarse.

Norteamérica es también un país en el que la vida industrial ha alcanzado una expansión monstruosa. Su gran extensión territorial, unida a sus tarifas protectoras, aseguraban a una in-

dustria que hápidamente ha florecido un amplio y vasto mercado. Las ganancias obtenidas, tanto por esto como por la gran productividad del suelo y del trabajo, han sido ilimitadas, y permitían una participación creciente de la clase obrera en el creciente bienestar de la nación. El obrero norteamericano vive con doble o triple holgura que el obrero europeo.

Pero las condiciones políticas son en los Estados Unidos de tal naturaleza, que apenas permiten arraigar allí un movimiento obrero hostil al Estado y a la sociedad constituída. La amplia constitución democrática del país despierta en el obrero más humilde la idea de significar algo en el Estado. El sistema de los partidos turnantes produce en Norte América los mismos efectos que en la Gran Bretaña: por una parte cierra el paso a un tercer partido independiente, pero por otra hace necesaria su existencia. A esto hay que añadir el carácter colonial que hasta hace poco tuvieron los Estados Unidos. No hace muchos años todavía era tan grande la extensión de las *tierras baldías,* que toda persona que quisiese trabajar y disfrutase de salud, podía hacerse una posición social como colono. Pero esto significaba para la gran masa del proletariado la posibilidad de evadirse en todo tiempo de los lazos del capitalismo, y natural era que en estas condiciones faltase allí ambiente para todo movimiento hostil a este sistema y de modo especial para todo movimiento anticapitalista. No debe, pues, maravillarnos, después de analizar todas las condiciones económicas y políticas que hasta ahora han regulado la vida del proletariado norteamericano, que éste se haya mantenido extraño, más tiempo aún que el inglés, a todas las campañas socialistas.

* *

Si tratásemos de averiguar ahora qué es lo que el movimiento obrero inglés (y podríamos añadir norteamericano) dejara tras de sí como perdurable herencia, podríamos decir que, prescindiendo de las numerosas experiencias que a él se le deben en materia de gremios y cooperativas, hay que agradecerle también el espíritu de continuidad, el aplomo, la claridad en los negocios y la firmeza en la conducta, El método del movimiento, en suma, es lo que del tipo inglés perdurará en el proletariado,

aún cuando el movimiento mismo haya de seguir direcciones distintas.

II – *El tipo francés*

Dejemos ahora el país británico y traslademonos a Francia. ¡Qué mutación! ¡De la Inglaterra nebulosa, humeante y sombría, con sus gentes serias, pesadas y calmosas, a la amable Francia, tibia y soleada, con sus hijos llenos de vivacidad, sensibles y ligeros!

¿Cómo se ha hecho el movimiento social en Francia? Ya antes hemos expuesto algunos de sus caracteres distintivos: el movimiento social fermenta y hierve allí, en agitación continua, desde la revolución *gloriosa*. Constantemente se forman partidos que luego se disuelven, y el movimiento social se subdivide en innumerables fracciones. Los acontecimientos se suceden con premura apremiante. La lucha por el poder político va acompañada de luchas en las barricadas, de conspiraciones, de atentados. Es como un fuego interior y recatado que sin cesar alienta en las masas y en sus jefes y que —cuando alguien le da pábulo— salta al exterior y devora cuanto encuentra a su paso. El movimiento social ha tenido siempre en Francia algo de morboso, de excitable, de convulsivo. Potente, grandioso en explosiones súbitas, luego rendido y postrado ante las primeras resistencias. Siempre dotado de grandes miras, siempre espiritual, pero siempre también fantástico y soñador, irresoluto en la elección de medios y vías para llegar al fin. Pero siempre lleno de fe en la eficacia de los actos rápidos y repentinos, con el voto o el puñal; siempre lleno de fe en los prodigios de la revolución. Por eso para caracterizar el tipo francés empleo la palabra revolucionismo, con la cual designo su fe en la revolución. Este revolucionismo lleva consigo otras particularidades, al modo como la espiga contiene en sí los granos. A dichas particularidades las llamo —y perdóneseme la palabra— faccionismo, clubismo y putchismo. Por faccionismo entiendo la tendencia a fraccionarse en innumerables partiditos; por clubismo, la afición a las conspiraciones en sociedades secretas o conventículos; y por putchismo, en fin, el fanatismo por las luchas callejeras, la fe en las barricadas.

Históricamente, se presentan dichos caracteres en orden inverso: en el primer período predominan el clubismo y el putchismo. Y el faccionismo en el postrero.

El primer período se extiende, a mi juicio, hasta 1871, y en él abundan, sobre todo en el cuarto y quinto decenios del siglo, la fundación y disolución de sociedades secretas, calcadas a imagen y semejanza de los clubes de 1789 y 1793, e impregnadas del espíritu de los carbonarios y de otras sociedades de conspiradores burgueses. Este movimiento subterráneo sale a luz en la radicalísima *Societe des Travalleurs egalitaires*, en la que aparecen ya todos los románticos de las bombas que hemos visto en nuestro días.

Francia ha sido también la cuna del atentado terrorista *moderno*, por medio de las bombas, es decir, de aquel en que se emplean substancias explosivas y en el que la explosión se opera por medio de mechas en el momento de la acción. Recuérdese el atentado contra Bonaparte en 24 de diciembre de 1800 (3 de Nivoso del año VIII), y aquel otro dirigido contra Luis Felipe en 28 de julio de 1835, en los cuales se empleó ya, aunque todavía imperfecta, la nueva técnica de la bomba.

El proletariado francés ha luchado también en las barricadas. La revolución de 1848 fue en Francia —a diferencia de lo ocurrido en los demás países— una revolución eminentemente proletaria. La revolución de febrero había terminado ya con el envío de dos representantes obreros (Luis Blanc y Albert) al *gobierno provisional;* los debates en el Luxemburgo giran, en su mayor parte, sobre las aspiraciones obreras; la fundación y disolución de los talleres nacionales despierta allí el mayor interés. Y así se llegó a la revolución de junio, la más sangrienta batalla que el proletariado ha librado en las calles. Y por último, en 1871 vuelve de nuevo a levantarse el proletariado para defender *su derecho,* en abierta revolución. La sublevación completa surge ya en una época en que un millón de obreros ingleses bien organizados se reunían en un congreso, y con un sentido razonable y práctico discutían las cuestiones menudas de las necesi-

dades cotidianas. Esa revolución viene a cerrar en Francia el período de conspiraciones secretas y violentos motines.

Pero no por ello se entienda que ha muerto el espíritu revolucionario. Hoy mismo hay una gran masa de franceses que aún estaría dispuesta a atizar, como sus padres y sus abuelos, la llama de la revolución tan pronto como se les presentara ocasión oportuna; que contemplan con un sentimiento de envidia la táctica impávida de los revolucionarios rusos, y a cuyos ojos todo el socialismo moderno acusa afeminación y aburguesamiento. Nosotros, alemanes sensatos, no podemos reprimir una sonrisa cuando cambiamos dos palabras siquiera con estos revolucionarios al estilo antiguo. No hace mucho tuve ocasión de hablar con uno de estos *héroes*. He dicho héroes, e indudablemente lo son, con arreglo a sus ideas, y por eso se imponen a nosotros, amenazados como estamos de caer en un *oportunismo*, en un *realismo* insípido, como fenómenos que recuerdan una época en que se pensaba con grandeza y se sentía con intensidad, y que subsisten aún en estos tiempos de prudencia, especie de Quijotes en un mundo *burgués*. Fue por cierto en Berlín donde me tropecé con uno de ellos, en la ciudad del orden perfecto y de la disciplina por excelencia. No tenía bastantes palabras para burlarse de la débil, pacata, aburguesada democracia social germánica, convertida hoy en la enemiga más acérrima de la *revolución*. Como se me ocurriera preguntarle si seguía creyendo todavía —a pesar de los fusiles de repetición, de las ametralladoras y de las calles tiradas a corden— en la eficacia de las luchas callejeras, me contestó con una sonrisa de superioridad: "¡Naturalmente! Tampoco nosotros nos hemos dormido en este tiempo; nuestra táctica *revolucionaria* ha hecho iguales progresos que la de las *clases dominantes*, la táctica militarista. Nosotros disponemos de la técnica moderna —dinamita y otros explosivos— y hemos acomodado nuestra táctica de defensa al nuevo sistema de construcción urbana. ¡Vea usted! Supongamos que, por ejemplo en esta calle (¡en Berlín...!) hubiese de librarse una batalla —y al llegar a este punto saltó mi interlocutor a la ventana para ponerme ante los ojos la situación topográfica—, nosotros organizaríamos la lucha de este modo..." Y no se crea que era ningún joven imberbe el que así se expresaba, sino un

hombre ya maduro, con gran experiencia de la vida y de la sólida cultura. Y no se llamaba nihilista ni anarquista, sino socialista. Pero procedía de aquella cepa que aún se halla representada en Alemania por una media docena a lo sumo de individuos. En Francia este tipo constituye aún partido numeroso. Los blanquistas que aún hoy subsisten como organización, no son, después de todo, sino pura y simplemente revolucionarios, y los demás partidos socialistas franceses cuentan aún por millares en sus filas los individuos de esta clase.

Estos últimos, hasta hace poco tiempo, tenían más fe en los conventículos revolucionarios que surgen hoy para desaparecer mañana, que en las organizaciones regulares parlamentarias del partido. Su historia, durante muchos años, ha sido una historia de fraccionamientos; apenas se habían reunido un número de hombres para una acción común, cuando ya surgía la discordia entre ellos, y las diferencias personales acababan en un instante con los mejores programas. La inestabilidad, he aquí el rasgo característico. Pasemos revista no más a las fechas principales: en 1879 fundó Julio Guesde el primer partido obrero socialista moderno; al año siguiente se deshace el partido, surgiendo de él los "más progresivos"; en 1880 se reconcentran los guesdistas en torno a un programa sacado de Marx por el camino recto; al año siguiente se vuelve a iniciar la oposición entre los que aún quedaban, y esa oposición la capitaneaba Pablo Brousse; en 1882 surge la separación entre guesdistas y broussistas. Más tarde se separan de estos últimos los allemannistas, y de éstos, a su vez, los failletistas. Asimismo, a la era más reciente del socialismo francés —la parlamentaria— puede aplicarse, hasta ahora, lo que dije al comenzar la exposición de sus caracteres generales: "Fermenta y hierve en continua agitación".

No nos saldríamos del cuadro que hemos trazado del movimiento social en Francia, si dijésemos que esta nación ha sido hasta hoy un predio del anarquismo. Como he tratado de demostrar al exponer las ideas socialistas, la táctica revolucionaria de muchos anarquistas se halla en estrecha relación con la creencia generalizada hasta los tiempos de Robespierre, en la necesidad del *Terror* como período de tránsito necesario para pasar del reino de la insensatez y el odio al del amor y la razón.

El lazo de unión entre los hombres de la Montaña y los anarquistas modernos, en cuanto terroristas, lo representa Blanqui, cuyo nombre lleva aún hoy, como es sabido, uno de los partidos *socialistas* franceses. Y la diferencia de matiz entre el blanquismo y el terrorismo anarquista, no es muy grande.

Pero ya hemos demostrado también que la novísima variedad del socialismo, el sindicalismo revolucionario, especialmente difundido en Francia, contiene una gran levadura de principios anarquistas y blanquistas.

Bueno será ahora que tratemos de explicar la particularidad del tipo de movimiento social francés y mediante el estudio de las particularidades que a Francia y al pueblo francés caracterizan. ¿Cuález son esas particularidades?

Hay, en primer término, una cosa que salta inmediatamente a la vista de todo el que conoce la historia francesa: y es que aquello que hemos designado como característico del movimiento proletario francés, se encuentra reproducido en todas las luchas de la pequeña burguesía francesa. De ella, sin duda, fue de quien la tomó el proletariado, habiéndose transformado, sin sentir, un movimiento en otro. En la historia aparece el proletariado francés de la mano de la pequeña burguesía. Y aún mucho tiempo después de haber iniciado el proletariado francés un movimiento propio, todavía siguió pesando sobre él la influencia de la pequeña burguesía. Y esto no solo en cuanto a la táctica seguida en la lucha, sino también en cuanto a la marcha de las ideas en los programas e ideales del proletariado francés, en los cuales hasta los tiempos más recientes ha perdurado una gran parte del espíritu de esa pequeña burguesía, hasta el punto de que así se explica que Proudhon, el gran teórico de la pequeña burguesía revolucionaria, haya ejercido influencia hasta muy tarde, allá por el año 1848, en los círculos del proletariado francés. Mucho se ha discutido si Proudhon fue, en último término, un teórico de la pequeña burguesía, pero no por ello es menos cierto que la era; por revolucionaria que su fraseología fuese, todos sus proyectos de reforma, ya se trate de los bancos de crédito o de cambio, ya del salario, de la "constitución del valor" o de la emancipación del trabajo, tienden todos

ellos a poner en vigor la producción individual y el cambio de productos personales, y a la legitimidad con razones *éticas*.

Pero a nadie que se tome el trabajo de examinar las cosas, habrá de sorprenderle esta larga influencia de la pequeña burguesía en el movimiento proletario francés. ¡Cuánto prestigio no había adquirido aquélla, la de París especialmente, a los ojos del pueblo, en el curso de la moderna historia! ¡Cuántas páginas de gloria no se le deben desde 1793! En ningún otro país —exceptuando quizá Italia— ha habido una clase media tan valerosa, tan audaz y que haya logrado tantos triunfos. Verdad es que si la burguesía francesa pudo en menos tiempo que ninguna otra del mundo despejar el camino suprimiendo las instituciones feudales, le ayudó a ello, y no poco, la escoba de hierro de Napoleón. No hay, sin embargo, que olvidar que la revolución de 1793 —precisamente la revolución de la clase media— fue la que allanó el terreno antes que nadie, y ésta es la importancia histórica del período del *Terror* y con él el de la clase media, que desde aquellos días lleva en las sienes una inmarcesible corona.

Pero no es ésta la única razón que pueda explicarnos el predominio de la influencia de la clase media en Francia; a ella hay que agregar otra no menos importante, y es que una gran parte de la industria francesa, gracias a su característica organización de *talleres*, conserva aún a medias un carácter artesano de pequeña industria, y son todavía bajo muchos aspectos industrias artísticas. Tales son la industria de sedas de Lyon y muchísimas industrias suntuarias de París, que marcan una línea divisoria bien definida respecto a las grandes industrias inglesas de carbón, hierro y lanas. Al *obrero francés*, en Lyon, hasta se le llama "maestro obrero"; tiene, pues, por esa orientación y organización que rige en muchísimas industrias francesas, un carácter más individualista, más de clase media que el proletario de los demás países.

Al pronunciado carácter mediantín de la organización industrial, corresponde el carácter análogo de la agricultura francesa. Hecho es éste de gran importancia, en mi concepto, para explicar la dosis relativamente grande de tendencia anarquista que se observa en el movimiento social francés. Existe, indudablemente, cierta afinidad entre el cultivo de la tierra y el anar-

quismo. Los países en que hasta ahora ha arraigado con más lozanía en las masas la propaganda anarquista, son países agrícolas; recuérdense los triunfos de Bakunin en Italia y España, y véase cómo se ha infiltrado el anarquismo en Francia. Dondequiera que la población rural ha llegado a lanzarse a un movimiento independiente, ese movimiento ha sido casi siempre un retoño anarquista. Ejemplo de esto los tenemos en Italia y España; nos los proporciona Irlanda. Esto va unido a la menor explicitud a los fines comunistas que caracteriza el anarquismo, A la clase media rural es fácil conquistarla para un movimiento que le promete traerle el cielo y la tierra, y le reserva, además, la posesión de su terruño. La poca inteligencia del campesino pone después el resto.

Pero si queremos comprender las particularidades mismas que comunican al movimiento social francés, ese tinte especial que en mi concepto es una herencia de la clase media; si se quiere hallar las causas de ese entusiasmo por la revolución, a que he aludido, preciso será buscarlas en la naturaleza del carácter del pueblo francés y en la historia toda de Francia. El pueblo en general es de genio vivo, dotado de inspiración, y de temperamento sensible, tiene ese impulso, esos arranques de que carecen todos los países del Norte. Acaso también el movimiento social italiano se conforme al modelo francés, bien que con atenuaciones debidas a la influencia germánica; allí debemos observar el entusiasmo, la imaginación despierta, el fuego de la inspiración súbita, en una palabra, debemos representarnos con toda claridad esa mentalidad y esa sensibilidad distintas a las nuestras para comprender ese tipo francés, o si se quiere latino, del revolucionario neto. del cual al tipo del tejedor inglés media tanta distancia como de la tierra a los cielos. Víctor Hehn ha dicho de los italianos, pero pudo haberlo dicho de todos los latinos: "Para ellos resulta completamente extraño el filisteísmo alemán, y no menos el inglés". Completamente inconcebible el temperamento de aquellos sensatos y prosaicos, hijos de la costumbre, que, dotados de todas las virtudes del hábito, respetables por la moderación de sus deseos, tarde de concepción, llevan toda su vida a cuestas, con admirable resignación, la carga de prejuicios que les transmitieron sus padres.

Una particularidad del francés, común a todos los latinos, es la arraigadísima tendencia a aferrarse a juicios fundados en razones personales. Las ideas necesitan entre ellos, más que entre nosotros, de personalidades vigorosas que les sirvan de medianeras. El hombre viviente ejerce allí más acción sobre las masas que las muertas ideas y la abstracta doctrina. De allí la mayor fuerza impulsiva de la propaganda personal; de allí la gravitación en torno de personalidades aisladas, que conduce allí a la formación de los partidos, todo lo contrario de lo que ocurre en los países desprovistos de genio artístico, donde el respeto a la *idea* impersonal es el que lleva a las masas a reunirse en agrupaciones determinadas.

La historia de este extraño pueblo no es, naturalmente, sino la expresión de sus condiciones internas; pero ella misma se ha desarrollado también de un modo especial, y hay que contar con ella como con un factor independiente y activo, necesario para la comprensión de los fenómenos sociales. Lo que más llama la atención del observador, en este respecto, es la enorme influencia que París ha ejercido en los destinos de Francia. Pero en París es donde con más vigor se acusan los sutiles rasgos, pudiéramos decir neurásticos, del carácter popular francés, y París es, después de todo, el que ha impuesto su sello al movimiento social de Francia entera.

La misma historia francesa moderna, es la historia de una serie de revoluciones; y esto tiene que repercutir en el carácter del pueblo, contribuyendo a confirmarle más aún en su idiosincracia natural. Yo he creído siempre que el pueblo francés continúa estando bajo la influencia, y hasta podría decirse bajo el hechizo, de su *gloriosa* revolución. Tamaño acontecimiento —el más violento drama que registra la historia universal— no puede borrarse en un siglo de la imaginación de un pueblo. ¡La fiesta nacional, por excelencia, es una fiesta revolucionaria! Así me explico esa nerviosidad de la vida pública, que considero en gran parte como herencia de aquellos años terribles de general trastorno; herencia que, cuidadosamente conservada, hallamos desde entonces en tantas y tantas revoluciones no igualmente gloriosas.

El príncipe Kropotkin ha hecho esta sagaz observación: "Si Francia es la vanguardia de la revolución, si el pueblo francés es revolucionario por espíritu y por atemperamento, es precisamente por haber hecho tantas revoluciones condenadas por los doctrinarios y los cretinos".

Cuando se piensa cuántos cambios se han operado en la vida pública de Francia por el procedimiento revolucionario, se explica uno esa fe en la omnipotencia de la revolución, y se comprende que el pensamiento revolucionario haya pasado de la esfera puramente política a aquella otra de las transformaciones sociales. Sobre todo, si a esto se agrega que fue también en Francia donde se dio con preferencia el socialismo racional, que la creencia en el *orden natural* y en la posibilidad de la instauración inmediata ha debido conciliarse perfectamente con el espíritu del pueblo francés, y que las ideas que constituyen el mejor pasto del pensamiento revolucionario han actuado en Francia durante largo tiempo.

Cuánto se adapta la novísima orientación del socialismo, el sindicalismo revolucionario, por su índole misma al genio revolucionario de la raza, ya he tratado de demostrarlo en anterior capítulo; más adelante veremos todavía que el movimiento por él suscitado marcha también por los antiguos cauces revolucionarios.

III — El tipo alemán

Lo que caracteriza el movimiento social germánico es, como ya he dicho antes, su matiz eminentemente político, que se manifiesta por su tardío reconocimiento de la tendencia gremial y corporativa como factores equivalentes; es su táctica antirrevolucionaria, de un parlamentarismo estricto; es, por último, el hallarse impregnado, saturado de las ideas marxistas.

El recuerdo de algunas de sus más importantes campañas confirmará esta definición.

El movimiento proletario moderno empezó, como es sabido, en Alemania, con Lassalle. El partido democrático-social germánico celebró el 23 de mayo de 1903 su cuatrigésimo aniversario;

es decir, que cuenta con razón sus años de existencia, a partir del día en que Fernando Lassalle (1825-1864) fundara la *Allgemeine Deutsche Arbeiterverein* (1).

Pero por vigorosa que fuese la agitación promovida por Lassalle, aunque los pocos meses por él consagrados a la causa obrera superasen en intensidad dramática a los largos años que le sucedieron, el episodio de su actividad fue demasiado breve para que pudiese imprimir una orientación perdurable al movimiento obrero. Verdad es que éste había adoptado ya los puntos capitales de su programa de un modo definitivo, y verdad también que durante largo tiempo conservó esa indiferencia por los gremios y cooperativas que Lassalle le inculcara. Pero, a pesar de todo, el espíritu que en lo sucesivo había de animarle no procedía de Lassalle, sino de Marx.

Cuando en 28 de agosto de 1864 una bala de revólver puso fin en un duelo a la vida de Lassalle, nada dejó éste tras de sí. La Unión General de Trabajadores Alemanes solo contaba, en el momento en que su fundador cerró los ojos, 4.610 asociados. Así, el movimiento proletario, durante los primeros años que siguieron a la muerte de Lasalle, se redujo a mezquinas discusiones sobre puntos que ninguna importancia tenían. En lugar del partido político surgieron banderías personales. De este modo, en Alemania quedó libre el campo para que pudiera desarrollarse por otro lado un nuevo movimiento fue Guillermo Liebknecht quien le dio impulso cuando en 1864 llegó a Alemania enviado por Carlos Marx para fomentar un movimiento obrero que se sujetase estrictamente a las enseñanzas marxistas y que tuviese un nuevo fundamento al lado de las bases por Lassalle asentadas. Para servicio de esta causa granjeóse Liebknech la cooperación de una energía juvenil poderosa, del maestro tornero Augusto Bebel, quien a los veinticuatro años, que por aquel entonces tenía, era ya presidente de un sinnúmero de asociados de cultura obrera (2) que hasta entonces habían navegado en bajeles de un radicalismo progresivo. Estas asociaciones fueron las que, como es sabido, decidieron en Nuremberg,

1 Asociación General de Trabajadores Germánicos.

2 Arbeiterbildungsvereine.

con la representación de 14.000 obreros, separarse de Schulze-Delibsch para engrosar las filas del marxismo. El documento en que se hizo constar esta resolución fue redactado por Liebknecht con un espíritu marxista. De este modo surgió en 1868 en Alemania un nuevo partido socialista, que tomó el nombre de *Sozialdemokratische Arbeiterpartei* (1), y que después del Congreso de Eisenach subsistió todavía durante una temporada en la persona de los llamados *Honrados,* como partido único e independiente, hasta que en 1875 se operó en Gotha la fusión de los elementos lassallistas con los que Bebel y Liebknecht habían reunido por aquella época. Desde entonces solo existe en Alemania un partido Social-Demócrata. Un detalle importante y de significación decisiva es que aquella fusión, si bien descansaba ya en un *compromiso* entre Lassalle y Marx, fue preparada, sin embargo, en todo lo esencial por los marxistas, que poco a poco fueron ganando terreno dentro del partido, hasta hacerse los amos. El programa de Gotha fue, durante diez y seis años, la base de todo el movimiento social germánico, y hasta 1891 no vino a reemplazarle otro nuevo, el programa de Erfurt, que desde entonces constituye el credo del partido Social-Demócrata. El espíritu que lo informa es de un severo marxismo, y viene a ser en lo esencial una explicación acomodada a los tiempos de las teorías marxistas, algo así como el *Apostolicum* en la refundición luterana.

A continuación reproduzco literalmente la primera parte de este programa. El lector podrá ver por sí mismo, con solo recordar lo que se ha dicho de las teorías marxistas hasta qué punto el espíritu puro de Marx se halla infiltrado en él:

"La evolución económica de la sociedad burguesa conduce, por necesidad natural, a la ruina de la pequeña industria, fundada en la propiedad del trabajador sobre sus instrumentos de trabajo. Separa al obrero de sus instrumentos de producción, y le convierte en un proletario desposeído, por cuanto esos instrumentos pasan a ser el monopolio de un número relativamente pequeño de capitalistas y grandes propietarios territoriales.

"En esta monopolización de los instrumentos del trabajador se dan la mano la absorción de las pequeñas industrias por las

[1] Partido Obrero Social-Demócrata.

grandes, la evolución de la herramienta hacia la máquina, el crecimiento gigantesco de la productividad del trabajo humano. Pero todas las ventajas de esta transformación las monopolizan los capitalistas y los grandes propietarios. Para el proletariado y para las capas medias decadentes —clase media, labradores— esto significa un constante aumento de la inseguridad de su existencia, de su miseria, de la opresión, del servilismo, del rebajamiento, de la explotación.

"Cada día es mayor el número de los proletarios, mayores las masas de obreros sin trabajo, más marcado el contraste entre explotadores y explotados; cada día se recrudece más la lucha entre burguesía y proletariado, que separa la sociedad moderna en dos ejércitos hostiles y constituye el carácter común a todos los países industriales.

"El abismo entre poseedores y desposeídos se ahonda más aún por las crisis nacidas de la forma de la producción capitalista, cada vez más vastas y amenazadores, que hacen de la inseguridad general el estado normal de la sociedad, y constituyen la demostración plena de que las fuerzas productoras de la sociedad actual se han desarrollado con exceso, que la propiedad privada de los medios de producción se ha hecho incompatible con su adecuado empleo y su completo desarrollo.

"La propiedad privada de los instrumentos de producción, que antes asegurara al productor la propiedad de sus productos, es hoy el medio que se emplea para expropiar a labradores, artesanos y comerciantes en pequeño, y poner el producto del trabajo en manos de los que no trabajan —capitalistas, grandes propietarios—. Solo mediante la transformación de la propiedad privada de los instrumentos de producción en propiedad social, solo mediante la transformación de la producción de mercancías en producción socialista explotada por y para la sociedad, podrá conseguirse que la gran industria y la productividad siempre creciente del trabajo social lleguen a ser para las clases que hasta hoy fueron explotadas, en vez de una fuente de miseria y opresión, un manantial de bienes supremo y de perfeccionamiento armónico y total.

"Esta transformación social significa la emancipación, no solo de la clase trabajadora, sino de la humanidad toda, que pa-

dece bajo el régimen imperante. Pero solo la clase obrera puede realizarla, porque todas las demás clases sociales, no obstante las luchas de intereses que libran entre sí, continúan aferradas al sistema de la propiedad privada de los instrumentos de producción, y reconocen como finalidad común a todas ellas la conservación de la sociedad actual.

"La lucha de la clase trabajadora contra la explotación capitalista tiene que ser por fuerza una lucha política. La clase obrera no puede adelantar en su lucha económica ni en su organización económica, sin poseer derechos políticos. No podrá hacer que los medios de producción pasen a ser propiedad de la comunidad, si antes no se adueña del poder político.

"Convertir esta lucha de la clase obrera en una lucha consciente, imprimirle unidad y mostrarle su finalidad necesarias he aquí la misión del Partido Social-Demócrata.

"Los intereses de la clase trabajadora son los mismos en todos los países donde impera la forma de producción capitalista. Con la extensión del tráfico y de la producción en el mercado universal, la situación del obrero de un país está cada día más ligada a la de sus hermanos de los demás países. La emancipación de la clase trabajadora es, pues, una obra en la que deben colaborar por igual los obreros de todos los países civilizados. En este concepto, el Partido Social-Demócrata de Alemania se halla identificado con todos los trabajadores conscientes de los demás países.

"El Partido Social-Demócrata alemán lucha, pues, no por nuevos privilegios ni prerrogativas de clase, sino por la supresión de todo predominio de clase, y de las clases mismas, y por la proclamación de los mismos derechos y los mismos deberes para todos los hombres, sin distinción de sexo ni de origen. Partiendo de esta base, combate en la sociedad, no solo la explotación de que el proletariado es objeto y el estado de presión en que vive, sino toda base de explotación y de opresión, vaya contra una clase, un partido, un sexo o una raza".

Enarbolando este programa apareció en la liza la Socialdemocracia de 1867 dispuesta a luchar por el poder político, es decir, a preparar a las masas electorales para conquistarse un

lugar en el Parlamento. En esta lucha parlamentaria legal adelantóse a todas las naciones, y por sus brillantes éxitos ofrecióse como modelo a todas ellas. Cuán típicamente alemana sea esta forma de movimiento social, pruébalo el hecho de que hasta fines de 1870 los votos recogidos por ella para sus candidatos fueron casi los únicos en todo el mundo; aún en 1878, de 438.231 votos recogidos por los socialistas de todo el mundo, 437.158, correspondieron a la Socialdemocracia alemana, y el resto a Dinamarca. (Según la estadística del Secretariado Socialista Internacional, 1904). Hasta 1890 los votos de la Socialdemocracia alemana representaban las cinco sextas partes de los votos emitidos por los socialistas de todo el mundo, es decir, que de un total de 1.794.060 votos, 1.427.298 procedían de los socialistas alemanes. Y aun hoy mismo, los 3.259.020 votos de la Socialdemocracia, representan aún la mitad de toda la votación socialista del mundo entero. En segundo lugar, pero a bastante distancia, sigue Austria con 1.041.948 votos.

Para comprender la índole especial del movimiento obrero de Alemania, tendremos que conceder aquí más valor que en los demás países a la influencia de las condiciones personales o fortuitas. Que éstas pueden influir más aquí que en parte alguna, pruébalo la enorme importancia que tuvieron los hombres que en la fundación del partido obrero alemán intervinieron. Tanto Lassalle como Marx, son venerados como santos por el proletariado alemán; Lassalle, por su poderosa personalidad, por su destino trágico:

En Breslau hay un cementerio
y dentro de él un panteón
bajo su mármol reposa
un valeroso campeón.

Marx, por el peso de sus ideas. Y se explica la enorme influencia de ambos hombres, si se tiene en cuenta el insignificante grado de desarrollo en que tanto la vida industrial como la política alemanas se encontraban al iniciarse la agitación socialista. En el período inicial de todo movimiento hay siempre más espacio para la influencia personal. Ahora bien; mientras Marx, con sus ideas, marcaba una orientación positiva al movimiento

obrero alemán, la influencia de Lassalle era, en mi concepto, de un carácter más negativo. Como ya he indicado, la lenta evolución que los gremios y cooperativas han seguido en Alemania son imputables, en parte por lo menos, a la idea incompleta que Lassalle tenía de estas formas de la lucha proletaria y a la antipatía que por esta razón le inspiraban, y que sus partidarios, muchos de ellos, sin razonarla, compartían.

La idea total que Lassalle se había formado de la esencia de la evolución histórica se hallaba en pugna con la idea de gremio. Es indudable, además, que no tenía una noción clara de las condiciones sociales de Inglaterra. En efecto, los gremios ingleses no fueron bien conocidos en Alemania hasta que Brentano les hizo objeto de un estudio científico, y Hirsch, en 1870, inició su aplicación práctica. De este modo se explica que Lassalle, en su "Carta abierta", hable, así, de las ligas de consumidores, de las corporaciones gremiales y de otras instituciones análogas, pero sin dedicar ni siquiera una frase al movimiento gremial, y así también se explica que en su polémica con Schulze, suscribiera las siguientes palabras: "Esta situación social no tiene salida por sociales derroteros. Los vanos esfuerzos de la idea para tomar cuerpo son las huelgas inglesas, cuyos funestos resultados son harto conocidos. La única salida a este estado de cosas solo puede hallarla el trabajador en la esfera política, en la cual es aún considerado como hombre, es decir, en el Estado, pero en un Estado que se encargue de hacer lo que a la larga resulta inevitable. De ahí el odio instintivo, pero ilimitado, de la burguesía liberal hacia el concepto de Estado, en cualquiera de sus manifestaciones".

Por lo demás, también el espíritu marxista constituye al principio un obstáculo para el desenvolvimiento de los gremios germánicos, por las razones que en mi obra sobre el movimiento gremial he consignado, y asimismo constituyó un estorbo para el movimiento cooperativo. Verdad es que Lassalle se ocupó en este último, pero solo lo hizo para demostrar su insignificancia completa dentro de los fines de la lucha proletaria. Sabido es qué ciega fe tenía en la exactitud de la *ley del salario de bronce*, que determinaba su actitud de desvío en esta materia. Su juicio condenatorio sobre las ligas de consumidores lo expresa en su "Carta abierta" como sigue: "Las federaciones de consumo no pueden nunca prestar ayuda de ninguna clase al proletariado considerado en su totalidad; y a los círculos obreros aislados que los constituyen, sólo pueden prestarle esa ayuda antes considerada y de segundo orden, en tanto que su ejemplo no encuentre mucho imitadores. El día en que las ligas de consumidores empiecen a generalizarse y abarcar masas obreras más compactas, ese día empezará a disminuir proporcionalmente cada vez aquel pequeño beneficio que a sus miembros reportan, hasta reducirse en cero, allí donde esas ligas lleguen a abarcar a la mayor parte de la masa obrera".

Pero, naturalmente, para que esos hombres pudiesen ejercer una influencia personal, preciso era que las condiciones objetivas en que se desarrollaba el movimiento social germánico viniesen en su apoyo.

¿Existe una relación entre la variedad germánica del movimiento social y la psicología del pueblo alemán? De reconocerlo así, habría que colocar, en primer término, el carácter doctrinario de los alemanes; su afición innata a las teorías, a los sistemas, a los cuadros esquemáticos, que les permite moverse con agilidad por entre las enmarañadas concepciones del sistema marxista y aferrarse con la tenacidad del dogmático a cada principio, una vez que lo ha aceptado como bueno. "¡El principio! ¡El principio!" para un pueblo de "pensadores y poetas", pero también de maestros de escuela, el programa de acción de un partido de oposición radical debe llevar la cubierta de un libro de sociología. "Disimuláis vuestra impotencia —gritó Jaurés a los alemanes en el Congreso de Amsterdam— bajo la intransigencia de las fórmulas teóricas, que vuestro distinguido compañero Kautsky se encargará de suministraros hasta el fin de su vida". A este sentido teórico de los alemanes corresponde la carencia de esa disposición *práctica* que distingue a los ingleses y norteamericanos, y también su repugnancia a mezclarse en las cuestiones de la política diaria que podrían reportarles beneficio. Pero lo que especialmente nos distingue de todos los franceses, de los latinos todos, es la falta de talento revolucionario. Creo que somos el pueblo más apacible de la tierra, sobre todo que somos incapaces de sublevarnos. La rabia contenida es-

capa a lo sumo en la poesía satírica o en la polémica culta. Al hecho no se llega jamás. La única revolución que han intentado hacer los alemanes –en 1848– se ofrece a todo el que tenga una punta de humorismo (excepto el episodio de Blum y los incidentes de Baden) como un espectáculo infinitamente cómico, y no obstante, toda la fraseología revolucionaria que en él se derrochó presenta un carácter; repásense las caricaturas y la literatura satírica de aquella época: en todas partes se verá el morrión ahogando al gorro frigio.

Debemos tener, por último, presente las circunstancias de aquel tiempo para acabar de explicarnos el carácter especial del movimiento social germánico.

Un movimiento genuinamente revolucionario no hubiera sido posible en Alemania, aun suponiendo que el carácter alemán lo hubiese permitido, por la sencilla razón de que era ya demasiado tarde para ello. El revolucionismo, en el sentido francés de la palabra, lleva en sí el sello de lo prematuro. Puede suceder que subsista por mucho tiempo latente en el alma de un pueblo, pero no puede constituirse en principio de un movimiento, cuando éste se inicia en tiempos tan avanzados como aquellos en que el movimiento alemán empezó a manifestarse.

Por otra parte, al iniciarse ese movimiento, encontrábase Alemania todavía en un estado económico tan poco maduro, algo semejante al de Inglaterra a fines del siglo XVIII, que es muy comprensible aquela postergación del movimiento gremial, sacrificado al movimiento político.

¿Hubiera sido, acaso, natural que el proletariado, al querer lanzarse a un movimiento parlamentario legal eminentemente político, hubiese procurado, como en los demás países, el contacto con los partidos de oposición ya existentes? En tal empeño hubiera tropezado con la incapacidad de los partidos burgueses de entonces para emprender una política radical, y acaso también hubiera corrido el proletariado el peligro de perder en esas alianzas su existencia como partido político independiente.

Uno de los rasgos más característicos del liberalismo alemán, herencia del año 1848, es su extraño temor ante el fantasma rojo. Sabido es cómo el movimiento burgués de aquel año

se embotó igual que un cuchillo de mesa y desapareció bajo las bayonetas prusianas, en el momento en que las *gentes mal intencionadas*, la consabida corriente democrática que se mezcla a todo movimiento burgués– ¡véase la gran Revolución Francesa!–, empezaron a hacerse visibles. En aquel punto mismo cesaron el orgullo burgués y la tenacidad burguesa, como siempre ha ocurrido no bien ha vislumbrado siquiera en lontananza el fantasma de la *revolución social:* véase la ley contra los socialistas. Así quedó roto ya desde un principio el puente que hubiera podido unir el movimiento proletario con la oposición burguesa, y que más tarde sufrió un derrumbamiento total.

Y como en la esfera propiamente política aquel pánico de los partidos liberales no les permitió seguir una política de decidido radicalismo, que acaso, y sin acaso, hubiera satisfecho por mucho tiempo aún al proletariado, dibujóse en las filas del liberalismo alemán, en la esfera económica, un doctrinarismo incomprensible para nuestro actual modo de pensar, una verborrea vacía de conceptos, un manchesterismo árido, que acaso nunca alcanzó mayor relieve, ya que tenía un carácter eminentemente estadista. Los desvelos de Schulze-Delitzch, ciertamente muy meritorios en su esfera, no lograron llenar el vacío que la dirección oficial de los partidos liberales dejaba en todos los problemas de la política social de aquella época. Los rabadanes del liberalismo carecían de inteligencia para comprender las aspiraciones que encarnaba el movimiento proletario. Ningún escritor extranjero de alguna talla ha escrito obras tan lamentables como las de Prince-Simtr, sobre la *llamada* cuestión obrera. Posible es, sin embargo, que alguna lumbrera de *l'Institut* le dispute esa gloria.

La incapacidad de los partidos liberales para llevar a sus molinos las agitadas aguas del movimiento proletario, se halla admirablemente reflejada en la respuesta que en 1862 dieron los directores de la Unión Nacional a una diputación obrera de Leipzig. Dicha diputación había ido a anunciarles el propósito de la clase obrera de tomar parte de la vida política, y a consultarle al mismo tiempo sobre la forma que debiera darse a esa actuación independiente del proletariado; y ¿sabéis qué contes-

taron los jefes a esa consulta? Que los trabajadores eran miembros de honor natos de la Unión Nacional.

Y cuando tal era la organización de los partidos, salió Bismarck promulgando en 1867 el sufragio universal, igual, directo y secreto: un legado de Lassalle. Este decreto tuvo dos consecuencias igualmente importantes para la formación del movimiento social germánico: debilitó aún más que ya lo estaba a la burguesía, que —después de la pasajera luna de miel de 1870— había llegado a ser cada vez más insignificante entre la nobleza de un lado y el proletariado de otro, y que desde entonces, por miedo al partido obrero, cada vez más pujante, fue reconcentrándose más y más en sí misma, siguiéndose de ahí un alejamiento cada vez mayor entre los partidos liberales y el proletariado.

Por otra parte, este sufragio democrático, conseguido sin esfuerzo por el proletariado, le animó a lanzarse con mayores bríos por las vías del parlamentarismo puro, e impidió durante mucho tiempo a los jefes adquirir una noción exacta de toda campaña proletaria que no fuese de carácter político.

A medida que el liberalismo alemás se amansaba y por los motivos indicados iba abandonando las últimas reliquias de su radicalismo, la Socialdemocracia iba asumiendo la representación del pensamiento liberal germánico y engrosando más y más sus filas con elementos burgueses de los que militaban en la oposición. Según cálculos muy aproximados, en los millones de votos con que cuenta la Socialdemocracia, entran unos 750.000 votos de la burguesía.

La política reaccionaria del Gobierno alemán, especialmente del prusiano, se encargó entonces de retener en las filas de la Socialdemocracia a los elementos populares que en ellas habían entrado, estrechando aún más los lazos del partido que hubieran podido relajarse. ¿Qué partido socialista podía haber ideado un medio de agitación tan eficaz, ni siquiera parecido al que representaba la ley contra los socialistas? ¡*De la banda de los compañeros sin patria* y otras expresiones célebres por el estilo, más vale no hablar!

Si, por último, nos preguntasen qué es lo que subsistirá en el

porvenir en el movimiento social de este tipo germánico, fácil nos sería la respuesta: lo que de él perdurará, aparte la forma parlamentaria legal de la lucha, será el marxismo, en la medida de su viabilidad. Y con él también, en mi concepto, la fundamental idea de todo el movimiento social.

CAPITULO III

LA TENDENCIA A LA UNIDAD

Observación preliminar

Tan breves como eran las proporciones que este capítulo tenía en las anteriores ediciones (hasta la quinta), tan grande fue la oposición que esta parte del libro encontró en los círculos burgueses. Tan combatida como fue por parte de los socialistas mi afirmación de que el sistema marxista se había bifurcado en dos orientaciones, lo fue por parte de los elementos opuestos, como *fundamentalmente falsa,* esta otra afirmación mía de la tendencia a la unidad. No hace mucho tiempo, todavía el consejero privado, Conrad, en uno de sus *Fundamentos,* me dedicaba las siguientes líneas, en las que se resume la opinión general burguesa a este respecto: "Es fundamentalmente falso lo que Sombart y otros sostienen: que todo movimiento obrero, por el hecho de ir contra el predominio del capitalismo, haya de tener forzosamente carácter socialista. Los hechos dan a esta afirmación un mentís categórico. En los Estados Unidos de Norte América y en Australia, así como en Inglaterra, existe un gran movimiento obrero, y sin embargo, en ninguno de ambos (!) países tiene dicho movimiento el menor (!) carácter socialista. Trátase allí exclusivamente (!) de una lucha de obreros con los patronos, de una mayor participación en los rendimientos comunes del trabajo y de otras medidas encaminadas a mejorar la situación del proletario dentro de la empresa industrial. Esta lucha se libra en ambos (!) países en un terreno puramente individualista, sin que aparezcan por ninguna parte intenciones de derribar los cimientos del Estado

moderno, la propiedad privada (Heine hubiera dicho: sin poner en peligro *el paladín del Estado moral: la propiedad*) ni la producción industrial de los particulares".

Frente a estas objeciones, sigo sosteniendo mi afirmación de que el movimiento social presenta una tendencia perfectamente definida hacia la unidad en la acepción total de la palabra. Y la exactitud de esta afirmación, que hace diez años hubiera sido lícito poner en duda, puede hoy tocarse con las manos. Si hay algún aserto que del proceso histórico haya recibido confirmación plena, es el por mí anunciado.

Acaso la forma aforística en que expresara ese concepto haya sido la causa de que personas juiciosas hayan dudado de la exactitud de mi teoría. Y esa es la razón de que este capítulo, que parece ser el más importante de toda la obra, aparezca en esta nueva edición considerablemente ampliado, y de que en él haya procurado ahondar todo lo posible en la elucidación del problema expuesto.

Con objeto de que puedan orientarse los lectores, debo hacer, ante todo, las observaciones siguientes: La *tendencia a la unidad* que a mi juicio predomina en el movimiento social moderno, puede interpretarse en dos sentidos: como tendencia a la unidad de acción de los distintos proletariados de cada país encaminada a la *internacionalización* del movimiento (y de esto trata la primera parte de este capítulo), y también como tendencia a la unidad interna de ese movimiento en los distintos países. Esta segunda tendencia se manifiesta en series evolutivas distintas: primero, como tendencia del movimiento socialista (socialdemócrata) a actuar con unidad, y en segundo término, como tendencia del movimiento total en los distintos países hacia la dirección socialista. En la segunda parte de este capítulo he procurado trazar las líneas generales, dentro de las cuales tiende a moverse más cada vez la Socialdemocracia, deducidas de las actas del Congreso socialista internacional. La tercera parte está dedicada a exponer: 1º: hasta qué punto se ajusta el movimiento socialista de los distintos países a esas líneas generales, tales como fueron acordadas en todas las asambleas internacionales del *proletariado de todos los países*; 2º: que todo el movimiento social se mueve siguiendo

la dirección de la parte más importante del programa Socialdemócrata.

Para obviar desde un principio toda interpretación errónea, debo llamar la atención sobre estos dos puntos capitales: Primero, que es necesario distinguir entre la apariencia y la esencia en el curso del movimiento social. Aquélla se manifiesta en las palabras, mientras ésta se exterioriza en los hechos. Si se fuese a formar juicio del carácter de un movimiento social por lo que dicen o escriben sus jefes, o por sus documentos literarios, seguramente se tendría de él una imagen completamente falsa. Los caudillos del movimiento norteamericano usaron durante diez años un lenguaje marcadamente antisocialista. Lo cual no fue un obstáculo para que este proletariado avanzase cada vez más por los derroteros socialistas (tanto que hoy ya se halla dentro de ellos, ni tampoco impidió que el movimiento proletario alemán se impregnase cada día más de un espíritu realista evolucionista. Por esto mismo no hay que conceder tampoco importancia grande a las disputas que existen en el seno de los partidos obreros gremiales o políticos, sino que hay que atisbar más bien lo que detrás de las polémicas oratorias de Bebel y Vollmar, Ferri y Turatti, Guesde y Jaurés, se está llevando a cabo. Sobre estos puntos importantes insistiré con más detenimiento.

Yo no he hablado nunca tampoco sino de una tendencia a la unidad, y ya en las anteriores ediciones de esta obra tuve buen cuidado de hacer la aclaración siguiente:

"Al aludir a una tendencia unificadora del movimiento social no he querido dar a entender que exista una uniformidad absoluta de este movimiento en los distintos países. No estoy tan ciego que no vea las infinitas variedades que dicho movimiento presenta aun dentro de un mismo país y las que a cada momento se producen. Ya he tratado de mostrar que estas variedades nacionales se ajustan a un determinismo necesario, que son debidas tanto a la tradición histórica como a la peculiar psicología de cada pueblo, y que hasta cierto punto deben permanecer inalterables. Al hablar de una tendencia a la unidad me refiero también, como ya he dicho varias veces, a esa tendencia que trata de imponerse por encima de las particularidades nacionales. El movimiento social marcha siempre en dos direcciones distintas: una centrípeta y otra centrífuga. Aquélla nace de la uniformidad de la evolución capitalista y se orienta hacia una constitución uniforme; ésta, efecto de las particularidades nacionales, y también de una serie de causas múltiples, tiende hacia una constitución particular".

Sigo pensando como entonces, y debo hacerlo constar con esta insistencia, porque los errores de interpretación se han debido, en gran parte, a no haber hecho de la palabra *tendencia* el caso suficiente.

I. — "*¡Proletarios de todos los países, uníos!*"

Con estas palabras terminaba Marx su Manifiesto. Fue en víspera de la revolución de 1848 cuando lanzó este grito, al que sólo muy *pocas voces* contestaron. El movimiento de 1848, que en muchos de sus extremos fue un movimiento proletario-socialista, se extinguió en los sitios en que había estallado, sin pasar más allá; en Alemania, donde estuvo en la brecha el mismo Marx, dicho movimiento no llegó a alcanzar verdadera importancia. En Inglaterra hubo un momento en que parecía que la revolución de febrero había infiltrado una nueva vida al caduco cartismo, pero éste había caído ya en la fosa. El movimiento francés quedó también aislado, y sabido es qué final tuvo. Y la reacción volvió a caer sobre Europa con nuevos bríos. Todos los gérmenes de un movimiento obrero independiente quedaron sofocados al nacer, y sólo logró subsistir en Inglaterra y desarrollarse el movimiento de agremiación obrera.

Pero la reacción política no hubiera podido contener ni un momento la revolución social. De ello hubo de encargarse —extraño juego del azar el que en 1848 pudo observarse— el oro californiano y australiano, que vino a dar al capitalismo un nuevo y poderoso impulso. Los *turbios* años de 1850 fueron también un período tan radiante, tan lleno de áureos resplandores como ningún otro para el mundo capitalista. Y también otra vez las sombras proletarias se hicieron más espesas.

Desde principios del año 1860 empieza a esbozarse una nueva vida en la población obrera de distintos puntos, y se la ve reponerse poco a poco de los golpes y de la humillación que en el mo-

vimiento de 1848 recibiera, dando muestras de interesarse nuevamente por la vida pública y ejercer una actuación independiente; y detalle característico: esta actuación, que lleva el sello de una vida nueva independiente, no tardó en tomar un matiz internacional. Y no fue esto un accidente fortuito. Como no lo fue tampoco el que por primera vez se dieran la mano en una Exposición universal los obreros de los distintos países: el desarrollo del capitalismo había entrado también en un período de internacionalismo. Los Estados continentales de Europa se aprestaban a competir con Inglaterra. La política comercial, gracias a una serie de convenios mercantiles, empezaba a perder su carácter de exclusivismo y a orientarse hacia la unificación de la vida económica en todo el continente.

Pero desde sus albores, en los comienzos de 1860, el pensamiento del internacionalismo no ha desaparecido nunca por completo del movimiento proletario, aunque naturalmente haya experimentado su realización, en el transcurso de los años, modificaciones esenciales.

La forma que afectaron los primeros ensayos de una unión internacional del proletariado, fue la de aquella célebre *International Arbeiterassoziation* [1]. Fue en 1862, cuando los obreros franceses que habían ido a Londres con motivo de la Exposición universal, se pusieron en inteligencia con los obreros ingleses, para deliberar acerca de sus reivindicaciones comunes. A partir de esa fecha se constituyeron otras asociaciones de esa clase, y en 1864 se fundó una Federación encaminada a reunir en una exclusiva orientación a representantes de los obreros de distintos países. Y he aquí cómo nació la Asociación Internacional Obrera.

¿Qué objeto, qué sentido podía tener semejante confraternidad? Sin duda alguna, pues, podía actuar como una especie de oficina de correspondencia, de secretariado internacional, al cual pudiesen dirigirse los obreros de todos los países cuando necesitasen consultar sobre cualquier cuestión del movimiento social; y podía ser también un Instituto destinado a influir en las reivindicaciones obreras. La mayoría de los obreros, que ya en los linderos de los sesenta años habían concebido y aspiraban a realizar

[1] Asociación Internacional Obrera.

la idea de una unión internacional, seguramente que no pensaban que pudiera ser sino una de estas dos cosas.

Más lejos iba la otra concepción, según la cual debía crearse un foco feudal para el movimiento proletario, un sitio del cual emanasen direcciones, excitaciones y estímulos para los movimientos proletarios de los demás países, y que pudiera extender su influencia a las campañas emprendidas en cada nación por el proletariado. El representante más autorizado de este criterio progresivo era Carlos Marx, que estaba llamado a desempeñar el principal papel en la Asociación Internacional Obrera. Ésta debía ser la primera respuesta a aquel grito de "¡Proletarios de todos los países, uníos!" que había lanzado al mundo. Y Marx no había dudado nunca de que si aspiraba a crear un foco del que amanar pudiese un espíritu de unidad, capaz de unificar los movimientos obreros nacionales, este espíritu tenía que ser el suyo. A pesar de esto, tuvo buen cuidado de explorar primero la situación para ver qué cariz presentaba, y una vez hecho esto, lanzarse ya a su empeño de reunir en una sola gran corriente los distintos raudales del movimiento socialista.

La Asociación Internacional Obrera se fundó sobre las bases del llamado "Mensaje inaugural" y de los estatutos, ambos lanzados por Carlos Marx y redactados con arreglo a sus ideas. En ambos documentos dio Marx muestras de ser un diplomático habilísimo. El "Mensaje inaugural" es un verdadero modelo de sagacidad diplomática; está redactado con oscuridad, pero con una oscuridad deliberada. Habíase impuesto la misión de reunir bajo un mismo techo todas las variedades del movimiento proletario: a los franceses proudhonistas y partidarios de las cooperativas, a los ingleses afectos a los gremios, a los italianos mazzinianos y a los alemanes partidarios del movimiento de Lassalle, y supo realizar esta misión de una manera sorprendente. Hacía justicia a todos y a cada uno de ellos. Describía de mano maestra la miseria en que el capitalismo había lanzado a la población obrera; pero también reconocía los triunfos de las *Trades Unions*. Ensalzaba las ventajas y los frutos del movimiento cooperativo libre (Proudhon, Buchez), pero también tenía una palabra amiga para las cooperativas de producción, subvencionadas por el Estado (Lassalle, Blanc).

De todo ello sacaba la única conclusión que entonces podía ser a todos simpática: que el proletariado de todos los países debía hacerse consciente de su solidaridad internacional. En algunas frases vagas y sentimentales que, a decir verdad, no salían espontáneas de la pluma de Marx, encuentran su ecuación los puntos litigiosos de cada país, y un lazo de unión sus defensores. Los *Estatutos* están llenos también de *apreciaciones* que en el fondo llevan envueltos los fundamentos del marxismo, con concesiones y distingos; por ejemplo, el llamamiento a la *verdad*, a la *justicia* y a la *moral*, pero en las cuales se ha huido cuidadosamente de toda insistencia. Con un poco de buena voluntad puede dárseles otra interpretación y aceptarlas sin comprometerse. De los fines de la Asociación Internacional Obrera apenas si se hablaba. Su acción en los primeros años tenía por esencial objeto el apoyar las huelgas por lo que al principio tuvo buena acogida en muchos círculos, hasta fuera del proletariado.

Pero desde aquel punto empezó Marx a poner en práctica sus planes de un modo sistemático, es decir, a infiltrarle poco a poco su espíritu a la Internacional, y a dirigir por su mediación el movimiento obrero de todos los países. Si repasamos las actas de los Congresos de la Internacional, de 1866 en Ginebra, de 1867 en Lausana, de 1868 en Bruselas, de 1869 en Basilea, veremos cómo de un Congreso a otro van apareciendo esas actas cada vez más influidas por las ideas marxistas, bien que de un modo imperceptible, sin que ni por un momento aparezca en escena el espíritu que las inspira. Resulta, sin embargo, instructivo, y por ello puede apreciarse el grado de desarrollo que en aquella época había alcanzado el movimiento social, ver que aún no habían llegado por aquel entonces las ideas marxistas a todo el proletariado europeo. A medida que la Internacional iba tomando un carácter marxista, surgían por doquiera los proudhonistas de todos los matices, luego los gremios, a quienes no sentó bien que Marx declarase haber cooperado a la *Commune francesa*, y por último, los partidarios de Lassalle. A partir del año 60, una gran parte de la oposición encarnó en un hombre: Miguel Bakounine. Sobre la parte que en estas oposición correspondiese a las hablillas y las querellas personales andan las opiniones muy discordes. Posible es que estas malquerencias personales hayan sido de capital importancia para la disolución de la Internacional. Pero la hostilidad que Bakounine manifestó a Marx fue, en mi concepto, una oposición de principios que revistó verdadera importancia. En 1868 fundó Bakounine la *Alliance International de la Democratie Sociale*, cuyo principal núcleo lo formaban españoles e italianos, en unión de algunos franceses, y en Alianza se manifestó clara y precisa esa oposición de principios existente entre Marx y Bakounine. Pero todo ello bastaría, en último término, a explicar la antítesis entre revolucionismo de una parte y evolucionismo de otra, entre las respectivas concepciones idealista y realista, respectivamente, de la histórica. Bakounine lo hacía todo movido por la alta idea que tenía del poder de la Revolución, por la creencia en que estaba de que las revoluciones debían acometerse, porque eran posibles. Y a esta creencia oponía Marx su idea fundamental de que las revoluciones deben ser, a lo sumo, el último grado en la serie de la evolución económica, la ruptura de la cáscara por el fruto maduro.

La oposición de Bakounine condujo, al fin y al cabo, a la caída de la Internacional; en 1872 se convocó en Nueva York su Consejo general, con objeto, sin duda, de evitar el sepelio oficial de la Asociación. En el año 1876 quedaba ésta disuelta.

A pesar de la relativa brevedad de su existencia, a pesar de su falta de vitalidad interna que no era ningún secreto, la *antigua* internacional tuvo, sin embargo, una importancia grande en la marcha del movimiento proletario moderno. En primer lugar, dotó de expresión a la solidaridad de intereses entre los *proletarios de todos los países*. La forma en que lo hizo podía ser todo lo defectuosa que se quiera, dados aquellos tiempos pero el hecho indiscutible fue que todos los proletarios del mundo se unieron, probando de ese modo que el movimiento social de cada país miraba las cosas por encima de las fronteras, con unos mismos ojos, que la tendencia internacional de la evolución capitalista tenía su contrapeso necesario en la internacionalidad del movimiento proletario. Una vez fijado este concepto, no podía ya borrarse. En segundo término, la Internacional llegó a reunir por primera vez a los obreros y caudillos proletarios de los distintos países en un consejo y una acción comunes, y con esta aproximación hizo que las particularidades nacionales del movimiento social en un país

determinado fuesen conocidas de los representantes de los demás países, que se pudiesen apreciar las ventajas de tal o cual política, y que aumentase la comprensión y el sentido de las idiosincrasias. La Internacional sirvió, por último, para robustecer la tendencia a la unificación interna del movimiento socialista en los distintos países civilizados.

Pero su mayor importancia es la de haber sido la primera forma que adoptó la propaganda de las ideas marxistas. Los distintos mensajes del Consejo general, los debates de sus numerosos congresos, equivalen a verdaderos cursos del concepto marxista de la historia y de política marxista. Indudable era que toda esta labor había de acelerar el advenimiento del socialismo realista, ya que esa propaganda no se limitaba al discurso, sino que era también una propaganda por el hecho, y esto en un sentido y de un modo especial que su mismo fundador, Carlos Marx, no pudo presumir.

La misma Internacional, con sus actos aislados y con su sola existencia, vino a relegar la idea del socialismo racional, utópico, a la categoría de los mayores absurdos. La política de la Internacional fue fecunda en medidas, inspiradas en un espíritu puramente revolucionario. La más importante y también la más conocida de esas revoluciones fue la revolución de la *Commune*, que como ya he dicho en otro sitio, se explica por la concepción que Marx tenía de la *dictadura del proletariado*, y que como ésta, tuvo en el fondo un carácter utópico. Ignoro si Marx se dio cuenta más tarde de la pugna en que estuvo aquella declaración de solidaridad con su propio concepto de la marcha del movimiento social. De todos modos, el fracaso que la *Commune* de París y la Internacional con ella sufrieron en 1871, fue una brilante justificación de las ideas antirrevolucionarias y (con la más cordial simpatía para los *héroes de la Commune*) ésta constituyó un escarmiento para aquella generación, ya adulta, del proletariado. Los únicos obreros que por aquel entonces habían entrado ya por los derroteros del realismo, y también del marxismo, los ingleses, que hasta entonces habían colaborado con un vivo interés en la Internacional, volviéronle la espalda. La conducta de la Internacional había sido como un relámpago que alumbra los senderos en noches de tormenta, y cada vez se veía ya más claro que aquélla, por su cons-

titución total, se hallaba en abierta contradicción con el espíritu marxista. Esto, si no lo vio así, bien pudo verlo el mismo Marx, y es casi seguro que de ahí provino el que tanto él como Engels perdieran su entusiasmo por la Internacional.

¿Qué era, pues, ésta cuando las *Trades Unions* inglesa le volvían la espalda? Una liga de *conspiradores*, una institución pasada de moda, una resurrección de la *liga de los hombres justos*, una mesnada *revolucionaria*, tras la cual no había masas obreras capaces de representar alguna organización, ni económica ni política, puesto que en sus países respectivos no existían. Esto era bien claro para Bakounine, aunque no lo era para Marx. De ahí que creciera el interés del primero por ella, a medida que el entusiasmo de Marx se enfriaba. Bakounine, dada su concepción de las cosas podía ver en la Internacional "la única potencia creadora de personas resueltas, con las que aún sueñan los Kropotkine del día, para encender en toda Europa la hoguera de la revolución. Bakounine concebía, pues, muy lógicamente, la internacional como una asociación de propaganda puramente revolucionaria, y la comparaba muy exactamente con la masonería, 'esa Internacional de los burgueses".

Para cuantos pensasen, como Bakounine, que la implantación del nuevo orden social había de traerse por la propaganda, y si ésta no bastaba, por la fuerza, La Internacional era un principio excelente. Pero a cuantos opinasen, por el contrario, que la transición del estado actual a una forma social más elevada había de ser fruto de una transformación lenta y orgánica del régimen social constituido, la Internacional había de parecerles una empresa prematura, ya que no defectuosa, en su idea fundamental. Una inteligencia entre el proletariado de todos los países sólo podía tener sentido, con arreglo a este último criterio, una vez que el movimiento social se hubiera robustecido en aquellos países, cuando existiesen ya en ellos organizaciones políticas, gremiales o corporativas que pudiesen adoptar acuerdos para una acción común. Era preciso que los movimientos sociales de los distintos países se despojasen, hasta cierto punto, de sus accidentes nacionales, que la evolución económica tendientes a la unidad adquiriese mayor fuerza, antes de que espontáneamente, por un impulso interno, se hiciese consciente al proletariado de su solidaridad

internacional y pudiese llegar a ponerse de acuerdo sobre los puntos principales de su programa.

No debía, sin embargo, hacerse esperar mucho ese momento. Marx no alcanzó a conocerlos, pero sí Engels, que el 1º de mayo de 1890 pudo exclamar con jubiloso corazón: "Hoy, en el momento en que escribo estas líneas, pasa revista el proletariado europeo y americano a su ejército de huelguista, por primera vez movilizado, bajo una misma bandera y con un mismo fin, proclamado por el Congreso de la Internacional de 1866 en Ginebra, y confirmado por el Congreso obrero de París de 1889: la jornada normal de ocho horas, que debe ser establecida por las leyes. Y el espectáculo de este día abrirá los ojos a los capitalistas y terratenientes de todos los países, para que puedan ver cómo los proletarios de todo el mundo se hallan verdaderamente unidos. ¡Ojalá Marx estuviese a mi lado, para que pudiese verlo con sus propios ojos!" Por desgracia, la forma en que Engels veía resucitada la Internacional, la fiesta del 1º de mayo, no ha resultado tampoco muy viable; fuera de algunos Estados de América, en los que el *Labor day* ha llegado a ser en cierto modo una fiesta oficial, en los demás países tropieza siempre con dificultades cada vez mayores. ¿Y no hay, por último, también en ella sus puntos de utopismo? El pensamiento de que la propaganda gran estilo puede ayudar al progreso de la causa social, ¿no procede del acerbo mental anterior al marxismo? Entre los socialistas aumenta cada día más el número de los que así lo entienden.

Pero el internacionalismo del movimiento social ha encontrado formas de expresión absolutamente modernas, opuestas a todo utopismo. Me refiero a los congresos socialistas internacionales y a los secretariados interparlamentarios por una parte, y a los congresos internacionales de gremios y cooperativas por la otra. Aquéllos empezaron con el Congreso obrero internacional celebrado en París en 1889, al que siguieron los de Bruselas (1891), Londres (1896), París (1900), Amsterdam (1904), Stuttgart (1907), Copenhague (1910) y, como Congreso extraordinario, Basilea (1912).

La *nueva Internacional,* como con expresión no muy feliz se ha llamado a estas manifestaciones modernas de la solidaridad

internacional del proletariado [1], se enlaza inmediatamente por su espíritu con la *Internacional antigua.* "La Internacional no ha muerto —dice acertadamente Guillermo Liebknecht en el Congreso de París de 1889—, lo que ha hecho ha sido transfundirse en las poderosas organizaciones obreras y en los movimientos proletarios de todos los países. La Internacional sigue viviendo en nosotros, y este Congreso es obra suya".

"Sigue viviendo en nosotros": he aquí tocado el punto en que aparece más visible el espíritu de continuidad que alienta en el movimiento internacional obrero. Los mismos hombres que estuvieron al frente de la Internacional antigua eran los que ahora, asistidos de toda la autoridad que les daba su historia, acaudillaban a la generación nueva: Liébknecht (padre), De Paepe en París, Carlos Bürkli, Hermann Greulich en Zürich, y otros veteranos, personificaban la unión entre el antiguo y el nuevo movimiento.

Y sin embargo, ¡qué cambio tan profundo se había operado en el transcurso de veinte años escasos! Basta lanzar una breve ojeada a las relaciones internacionales del proletariado de nuestros días, para comprender la enorme diferencia que entre ellas y la antigua Internacional existe.

La antigua Internacional, como hemos visto, quería imponer desde el primer momento la idea de la solidaridad internacional entre los obreros de los distintos países, aspiraba a engendrar mediante uniones internacionales movimientos nacionales. Ahora, en cambio, son éstos los que existen con desarrollo orgánico, y los que lanzan la idea de una Unión Internacional. La Internacional antigua era una florecilla sin raíces, arrancada del tallo, condenada a ajarse y perecer; la nueva Internacional es la flor que abre sus hojas sobre un tronco sólidamente adherido a la tierra, con profunda raigambre. El grito de alerta lanzado por Carlos Marx, sólo podía realizarse en dos etapas, una de las cuales se ha cumplido en nuestros días: "¡Proletarios de cada país, uníos!" Y luego podía añadirse: "¡Proletarios que os habéis unido en

[1] Ahora la llaman "Segunda Internacional", mientras que se designa "social demócrata" a las relaciones del ala radical empezadas durante la guerra.

cada país, uníos todos en una acción común!" Todo lo que ahora existe tocante a organización internacional del proletariado, no es, con efecto, más que la reunión, el enlace de las organizaciones proletarias de cada país, ya sean de carácter político, gremial o cooperativo.

Y es, en verdad, la federación de casi todas las organizaciones del proletariado, al menos del de Europa; de todos los partidos socialistas, pero también de casi todos los gremios. Pues lo que hoy carece de representación en los congresos obreros internacionales, son las uniones gremiales de carácter algo confesional de los distintos países y un par de antiguas *Trade Unions.* El grueso de esta poderosa organización proletaria se ha adherido a los enviados de los partidos socialdemócratas, y la federación de las *Trade Unions* y del *Labour Party* tienen representación oficial en los congresos internacionales.

Y no se reduce a esto todo, sino que también es mucho más extenso hoy que antes el radio de acción de la Internacional, pues en 1869 sólo asistieron al Congreso de Basilea 9 delegados *nacionales,* mientras que en el de Stuttgart (1907) fueron 25 los que tomaron parte. Tanto por esto como por ser mayor el número de delegados de cada nación que a ellos asiste, el número de los congresistas ha logrado un considerable incremento. Mientras que en los congresos de la Internacional no llegaban a un centenar las personas que asistían (60 en Ginebra, 96 en Bruselas, 80 en Basilea), el número de los representantes oficiales se elevó en el Congreso de París (1889) a 407; en el de Bruselas (1891) a 374; en el de Zürich (1893) a 449; en el de Londres (1896) a 748 (de ellos 475 ingleses); en el de París (1900) a 788 (de ellos 473 franceses); en el de Amsterdam (1904) a 476; en el de Stuttgart (1907) a 884. Para que pueda comparar el lector, reproduzco las listas de los delegados que asistieron al Congreso de 1869 y al de 1907.

Congreso de Basilea de 1869: América, 1; Inglaterra, 6 (entre ellos 3 alemanes, Jung, Eccarius, Lessner); Francia, 27; Bélgica, 5 ;Alemania, 12; Austria, 2; Suiza, 4; Italia, 1; España, 2. Total 80.

Congreso de Stuttgart de 1907:

Argentina	3	Rusia (Socialrev.)	24
Australia	1	Suecia	19
Bélgica	27	Suiza	21
Bohemia	41	Servia	1
Bulgaria	5	Gran Bretaña	125
Dinamarca	17	Holanda	9
Alemania	289	Italia	13
Finlandia	2	Japón	1
Francia	78	Noruega	8
Austria	75	España	6
Polonia P. P. S.	18	Africa del Sur	1
Polonia P. S. P.	12	Hungría	25
Rumania	4	Estados Unidos (América)	22
Rusia (Socialdem.)	39		

De igual modo que en el aspecto externo, también en el interno se distinguen por su esencia la *antigua* y la *nueva Internacional.* En primer término, porque ésta no es una Internacional en el sentido de aquélla, y por esto adelanté que no le cuadraba muy bien ese nombre. Me explicaré: la antigua asociación era una asociación internacional independiente de la que eran miembros los distintos obreros de cada país o sus organismos constituidos. La organización del proletariado es ahora, por el contrario, nacional; es decir, que cada trabajador, individualmente, sólo puede afiliarse a las asociaciones nacionales, las cuales se unen a su vez para formar federaciones nacionales, y estos organismos, que descansan en bases de carácter nacional, son los que envían sus representantes a los congresos internacionales. Fácil es comprender cuánto habrán cambiado estos mismos congresos por virtud de tal organización. Al abarcar una esfera de acción más extensa han perdido mucho de aquella intimidad que antes les caracterizaba, y ha cambiado también por completo el contenido de sus deliberaciones. Los congresos de la primera Internacional se asemejaban a clubs de discutidores, en los cuales se trataba con mucho calor, pero no con tanta inteligencia, y haciendo un derroche de razonamientos inspirados en el derecho natural, cuestiones teóricas como la de si es *lícito abolir* la pro-

piedad privada territorial e inmueble, o el derecho de herencia, y otras cuestiones por el estilo. En los nuevos congresos sólo se ha abordado hasta ahora una cuestión concerniente a los principios del movimiento, y que ha ocupado ya las sesiones de tres o cuatro congresos: la de si los socialistas deben tomar parte en la *acción política;* pero esta discusión fue impuesta a la mayoría de los congresistas contra su voluntad por una minoría de anarquistas, y concluyó con la derrota de los enemigos de la acción política. Aparte esto, ninguna otra cuestión de *principios* ha sido sometida a discusión, y es que aquéllos están bien consolidados, ya veremos en virtud de qué causas. El interés de todos los congresos ha absorbido las cuestiones de táctica. Los congresos de la Internacional trataban de echar los cimientos del movimiento social, cuyo diseño había trazado Marx en fecha muy reciente. Ahora ya el edificio ha sido levantado con arreglo a esos planos, y los congresos internacionales no tienen otra misión que la de sostenerle.

Desde el Congreso de París (1900) han tratado los distintos países de estrechar los lazos de sus relaciones internacionales, mediante la creación de una Oficina Socialista Internacional que reside en Bruselas. Esta oficina o Secretariado lo forman de uno a tres (Alemania) representantes de los partidos socialistas de los distintos países (25), y tiene la misión de facilitar informes, de fundar una biblioteca y un archivo socialistas, de publicar obras en las que se toquen cuestiones importantes y se refleje el estado del movimiento social en los países inscriptos; de dar impulso a la política de los partidos ("de tomar las medidas necesarias para favorecer la acción y la organización internacional del proletariado de todos los países"), y, especialmente, de preparar los congresos internacionales que cada tres o cuatro años se celebran. Desde 1904 hay adjunta a esta Oficina una comisión interparlamentaria, para cuya *constitución* y funcionamiento rigen los siguientes principios: "Los representantes de los distintos cuerpos parlamentarios de cada país constituyen entre sí una comisión, de cuyo seno se elige un secretario internacional. Este debe ponerse en contacto con sus colegas de las demás fracciones, con el objeto de transmitirse comunicaciones recíprocas, con lo cual se tiende a facilitar la coordinación de las distintas gestiones par-

lamentarias. Cada país debe nombrar dos delegados en el comité parlamentario internacional. El secretariado parlamentario internacional debe tener su residencia en Holanda, pero sus sesiones las ha de celebrar, alternando, en las capitales de los más importantes Estados. Cuando las circunstancias requieran que países vecinos, como por ejemplo, Francia e Italia, ejerzan una acción común encaminada a determinado objeto, el secretariado internacional debe convocar a este fin una conferencia para tratar de ello. De este modo espera la Oficina internacional poder velar mejor que hasta el presente por los intereses del proletariado internacional y facilitar el triunfo de las aspiraciones socialistas mediante manifestaciones unánimes en los distintos Parlamentos, peticiones unánimes y una unánime acción".

A esta organización internacional de los socialistas sirve de complemento la *organización internacional de los gremios.* También éstos vienen celebrando, desde hace casi el mismo tiempo, congresos periódicos, que constituyen hoy el férreo sostén del movimiento social. El primero de estos congresos en el orden cronológico fue, si no recuerdo mal, el Congreso de mineros celebrado en 1890 en Jolimont; el segundo el de obreros de las industrias textiles, celebrado en 1894 en Manchester. La importancia de estos congresos internacionales de los gremios estriba especialmente en el hecho de reunir a todo el proletariado en una acción común, sin preocuparse para nada de credos políticos, sin hacer distinciones entre quiénes son socialistas y quiénes no lo son: La internacionalización del movimiento gremial se manifiesta aún más visible ahora en las conferencias internacionales de los secretariados de los gremios, que vienen a responder a las conferencias político-socialistas del secretariado internacional de Bruselas. Esas conferencias se vienen celebrando con regularidad desde 1901, primero cada año, y ahora cada dos. En ellas están representadas las organizaciones centrales gremiales de todas las naciones importantes. Para el depacho de los asuntos corrientes actúa un secretario internacional de las centrales de los gremios locales. Este secretario tiene la misión de velar por el mantenimiento de la unión entre las distintas centrales locales, y especialmente de ayudarlas en los casos en que la lucha obrera adquiera grandes proporciones en sus países respectivos.

Los gremios de las distintas ramas del trabajo cuentan ya, desde hace largo tiempo, con instituciones idénticas. En la actualidad tienen ya secretariados internacionales los siguientes gremios: los mineros, los marmolistas, los encuadernadores, los tipógrafos, los zapateros, los talladores de diamantes, los dependientes de almacén, los guanteros, los carpinteros, los curtidores, los metalúrgicos, los obreros que trabajan la porcelana, los sastres, los que trabajan la piedra, los enlosadores, los cigarreros, los obreros de transportes, los camareros, etc. De estos secretariados internacionales las dos terceras partes (12) tienen su domicilio social en Alemania. Y no se crea que esto es casual; el movimiento obrero germánico es hoy el más considerable representante tanto de la organización gremial como del internacionalismo, mientras que los obreros de los demás países no tienen arraigado en la misma medida el espíritu gremial y el sentido de la internacionalización, preponderando en ellos ya el uno, ya el otro. De esto pienso hablar en el siguiente subcapítulo.

Ahora bien; es un hecho indudable que la fundación de la *nueva* Internacional no hubiera podido llevarse a cabo tan pronto de no haberse uniformado al par de ella al menos en los puntos esenciales, la evolución económica y social y el movimiento socialistas en las naciones civilizadas; y a la inversa, la *nueva* Internacional no hubiera podido subsistir ni cumplir su misión sin ejercer una acción igualitaria, uniformadora, sobre la marcha del movimiento social en los distintos países (1).

Y henos aquí llegados a la segunda parte de la cuestión que estamos estudiando: aquella que consiste en averiguar si verdaderamente existe una tendencia a la unidad interna en el movimiento social moderno, y de ser así, en qué sentido se realiza. Esto es lo que vamos a inquirir en los siguientes párrafos. Y siguiendo el plan que nos hemos impuesto, trataremos de demostrar primero la unidad en sí del movimiento social.

[1] Estas diferentes confederaciones internacionales fueron destruidas en parte por la guerra y en parte modificadas esencialmente en su composición y funcionamiento (así la oficina internacional socialista que formalmente subsiste). No hay por qué explicarlo detalladamente en este lugar. Se llegará a una constitución nueva sobre la cual se podrá escribir más adelante. Véase, por lo demás, el apéndice "Los efectos de la guerra mundial", al final de este capítulo.

II – LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA POLITICA SOCIALDEMOCRATA

1 – El internacionalismo

El internacionalismo es la primera idea fundamental que sirve hoy de base al movimiento socialista. Ya conocemos esta idea en su aspecto exterior, pero aquí hemos de dejar sentado que constituye también la esencia interna del movimiento social. Los trabajadores de todas las naciones civilizadas, al dejarse llevar por la corriente del movimiento socialista, no han tenido más remedio que impregnarse de un espíritu de internacionalismo, y conste que nos referimos a los trabajadores de todos los países civilizados, sean alemanes, franceses o ingleses, pues todos ellos están llenos de ese espíritu, como más adelante veremos. ¿Pero qué es ese *espíritu de internacionalismo*?

En un principio puede considerarse simplemente como el reconocimiento de intereses comunes. Así, para presentar un ejemplo, cuando Pete Curran, en nombre de la *General Federation of Tr. U.* (1), saludaba a los miembros de la conferencia obrera internacional, diciendo "que deseaba hacer constar que en todos los países, sean repúblicas o monarquías, si se considera la lucha obrera con un criterio histórico, se ve que imperan las mismas condiciones, y que por lo tanto, ni las diferencias de idioma o de opinión política, ni aquellas otras que se exteriorizan en los hábitos nacionales de los distintos países, pueden separar a los trabajadores, siempre que se invoquen intereses que a todos son comunes". Como quería dar entender que en todos los países civilizados impera el capitalismo y en todos ellos, por consiguiente, ha tenido que producirse un movimiento de oposición obrera, siendo así la misma en todas las naciones tienden a prestarse una ayuda recíproca en la lucha común, ya notificándose unos a otros el resultado de sus experiencias, ya procurando imprimir la misma marcha a los gobiernos mediante la expresión de las mismas aspiraciones, como en la cuestión de la protección a los obreros, ya auxiliando con donativos pecuniarios en caso de grandes huelgas a sus compañeros de los otros países, etcétera. Esta especie de

[1] Fundación General de las Trade Unions.

internacionalismo no es privativa del movimiento proletario, sino que caracteriza también a muchas otras campañas de otra naturaleza, como son los mil congresos científicos que se celebran, la Oficina Internacional del Trabajo en Basilea y el Instituto Internacional de Agricultura que funciona en Roma.

Pero hay algo de particularísimo en el internacionalismo del movimiento obrero, y es que para los socialistas no es esa solo una cuestión de cerebro, sino también de corazón. Si cantan himnos a ese internacionalismo, es porque en él contemplan una idea; la de la fraternidad entre todos los hombres. En los congresos socialistas se sigue empleando aún un lenguaje patético: "¡Abrazaos, multitudes!". El protocolo oficial francés del Congreso de Amsterdam consigna al final del acta de la sesión inaugural estas palabras: "Una impresión intraducible de grandeza y de fuerza se desprende de esta sesión inaugural. Los tres discursos presidenciales han elevado de un golpe la mentalidad y los corazones de los delegados a la alta y serena concepción de una Internacional que habrá de asegurar, por la solidaridad y la ciencia, la paz del mundo y la dicha de todos". Una intraducible impresión de grandeza y de fuerza se desprende de esta sesión de apertura en la que, aparte del presidente, el holandés Van Kol, solo los rpresentantes de Rusia y del Japón habían hecho uso de la palabra. *Inspiración y entusiasmo* cantan de consumo en todos los discursos que en estos congresos de verdadera confraternidad se pronuncian. La canción favorita de los congresistas es la *Internacional* francesa, con su estrofa final:

Es la lucha final:
marchemos todos y mañana
esta Internacional
será la especie humana.

En estos cánticos unánimes late un profundo sentido: la convicción de que aunque los cerebros puedan no estar de acuerdo, los corazones laten al unísono. Yo me permitiría, sin embargo, preguntar a los representantes de la Asociación internacional para la legislación del Trabajo o a los miembros del Congreso internacional para la expansión económica, si al entonar a coro esas canciones se imaginan poner de manifiesto toda la diferencia esencial que existe entre el internacionalismo burgués y el proletario. La burguesía canta dentro del marco nacional (fiestas *patrióticas*); el proletariado en las asambleas internacionales.

Pero hay que tener en cuenta que esos cantos no proclaman, como el himno a la alegría de Schiller:

Odio y rencor en el olvido queden;
al mortal enemigo perdonemos;
nuestra culpa también borrada sea
y que llene la paz el mundo entero.

sino que son himnos de lucha, llenos de odio y de rencor. Pero ¿contra quién va ese odio? Contra las instituciones oficiales, tales como han salido de manos de la historia y de la índole de su actividad vital. Es decir, que el internacionalismo proletario es también antinacionalismo (en un sentido que hemos de detallar más adelante), y esto es lo que le diferencia de todo el internacionalismo burgués.

Pero, ¿contra quién se dirigen los ataques?

Dirígense preferentemente contra todo cuanto se comprende bajo los nombres de "chauvinismo, jingoísmo, imperialismo". Es decir, ¡contra toda política de grandeza, contra las matanzas nacionales, contra la *política de poder,* contra todas las veleidades expansionistas, contra toda política colonial de violencias! Pero también alcanzan a aquello que se considera como causa y efecto al mismo tiempo de esta política imperialista: el militarismo y la guerra. No hay entre los pueblos antagonismo ni enemistades que les obliguen a desenvainar la espada. Las guerras modernas son el sacrificio absurdo de las masas abúlicas, que van como un rebaño al matadero. El militarismo es la planta que da esos frutos criminales. En este tono se expresan los congresos socialistas, la prensa socialista y hasta las reuniones obreras "no políticas" de aquende y allende el canal, de aquende y allende el océano.

Así, en el Congreso de París de 1900, lo declaró Jaurés, a quien el gobierno alemán ha dedicado alabanzas oficiales por su buena fe:

"Con profunda alegría y emoción saludo, en nombre de toda la democracia social francesa, del proletariado francés organizado, a los socialistas organizados del extranjero, a los proletarios

de todos los países, en este momento en que es tan importante que los obreros se unan todos en un mismo credo socialista y en una misma acción, ya que el capitalismo apela para defender sus intereses a los peores institutos bestiales, chauvinistas de la humanidad (*grandes aplausos*), y en todos los países, para asegurar su predominio, trata de despertar los antiguos prejuicios de las masas y poner a los pueblos unos frente a otros. Por esto, de todas las importantes cuestiones que figuran en la orden del día, la más importante es la referente a la organización de la paz internacional y de la fraternidad entre todos los pueblos".

Y todos los oradores que después hablaron se adhirieron incondicionalmente a estas palabras. Pero el agremiacionista inglés Pete Curran se levantó y dijo: "La delegación inglesa consta de organizaciones distintas; de organizaciones gremiales y políticas; pero tanto unas como otras están unánimes en pronunciarse por la paz y la solidaridad internacional, y todos nos hallamos decididos a hacer cuanto sea posible en pro de la unión de los trabajadores. Y nosotros todos consignamos nuestra protesta explícita contra la especie de que los socialistas ingleses secundan la política del gobierno inglés; nunca ocurrirá tal cosa, porque todos nosotros condenamos con expresión unánime el imperialismo y el jingoísmo británicos y la política de latrocinio y de rapiña que el gobierno inglés realiza en el Africa del Sur".

El Congreso consignó su criterio en una resolución, adoptada por unanimidad, y cuyo texto decía así:

"Teniendo en cuenta las conclusiones de los Congresos socialistas internacionales de París (1889), de Bruselas (1891), y de Londres (1896), que condenaron el militarismo como uno de los frutos más perniciosos del régimen capitalista y abogaron por la supresión de los actuales ejércitos, por la institución de tribunales internacionales de arbitraje, reclamando para el pueblo el derecho a decidir la paz o la guerra;

"Teniendo en cuenta asimismo que los sucesos acaecidos desde el último congreso internacional han demostrado hasta qué punto se hallan comprometidas las actuales conquistas del proletariado, y lo mismo la evolución, tranquila y normal, de la sociedad existente, por la amenaza del militarismo, especialmente en su forma novísima, como política mundial;

"Teniendo en cuenta, por último, que la política colonial de expansión y pillaje mantiene, como lo demuestra la cruzada contra China, un estado de malquerencia y roces internacionales, que amenazan convertir la guerra en un estado permanente, cuyas consecuencias económicas, políticas y morales solo el proletariado ha de sufrirlas, el Congreso declara:

"1º Que es necesario que el partido obrero de cada país cierre con redoblado ahinco y energía contra el militarismo y contra la política colonial;

"2º Que es absolutamente imprescindible responder a las alianzas internacionales de las burguesías y de los gobiernos que eternizan las guerras, con la alianza de los proletarios de todos los países para mantener una paz perenne, es decir, que ha llegado el momento de pasar de las demostraciones más o menos platónicas de solidaridad internacional en la esfera política a una acción internacional enérgica, a la lucha común contra el militarismo y la política mundial.

"Como medios prácticos para ello, acuerda el Congreso:

"1º Que los partidos socialistas se dediquen en todas partes a la educación y organización de la juventud, con el objeto de combatir el militarismo, y que lo hagan con el mayor celo;

"2º Que los representantes socialistas de todos los Parlamentos se obliguen incondicionalmente a votar contra todo gasto aplicado al militarismo, al marinismo o a expediciones coloniales;

"3º Que la Comisión socialista internacional permanente se encargue de dar vida en todas las ocasiones oportunas de alcance internacional a movimientos de protesta, uniformes y simultáneos, en todos los países".

En el Congreso de Amsterdam (1904) se adoptó por unanimidad, con motivo de la guerra ruso-japonesa, la resolución siguiente:

"Considerando que la inteligencia y la acción común de los trabajadores y de los socialistas de todos los países es la mayor garantía para el sostenimiento de la paz universal, el Congreso, en este instante en que el zarismo se halla amenazado al mismo tiempo por la revolución y por la guerra, envía un fraternal saludo a los proletarios rusos y nipones, a los que se sacrifica e inmola,

víctimas de los crímenes, tanto del capitalismo como de los gobiernos. El Congreso invita a los socialistas y trabajadores de todos los países, que son los defensores de la paz, a oponerse con toda su energía a la prolongación de la guerra".

Y que esta concepción fue compartida por los socialistas de todo el mundo, pudimos verlo diariamente (antes de la guerra) en las declaraciones de paz y amistad que cambiaban entre sí de un país a otro: los trabajadores ingleses declaran a los franceses que para ellos no existe el conflicto de Siam: los franceses aseguran a los alemanes que ellos no sienten el menor deseo de desquite, y los rusos notifican a los japoneses que condenan la guerra entre Rusia y Japón, etc. Que esta actitud pacifista del proletariado corren parejas con sus disposiciones antipolíticas, demuéstranlo las actas del XVI Congreso internacioal de obreros mineros celebrado en 1905 en Lieja, y que también definió su actitud en la cuestión de la guerra y la paz. Actuaba de ponente el inglés Tomás Burt, el célebre caudillo de los mineros de Northumberland, que había sido Susecretario de Estado en el gabinete Gladstone. He aquí cómo se expresó Burt en dicho Congreso: "No hay cuestión más importante para todas las clases y todas las naciones que la de la guerra y la paz. ¿No es sorprendente que al cabo de dos mil años de civilización cristiana sigan siendo esas naciones que se dicen cristianas, instrumentos de destrucción y de exterminio? Por desgracia, no poca culpa de esto corresponde a Inglaterra. Yo, personalmente, descargo mi conciencia de toda responsabilidad en la guerra de Crimea y en la del Sur de Africa. No hay un inglés hoy que no considere la guerra de Crimea como un enorme error. En cuanto a la guerra del Africa del Sur, la responsabilidad al menos no recae sobre nosotros, pues todos los representantes obreros en el Parlamento, todos los jefes de gremios y corporaciones del país, han protestado contra esa empresa criminal. Yo estuve no hace mucho en el Africa del Sur y volví asqueado de cuanto allí viera. La más espantosa miseria domina hasta entre la población inglesa, y un soldado inglés me confesó que le pesaba haber combatido por una causa injusta. Esa guerra ha ido encaminada solamente contra los trabajadores. Por encima del patriotismo están la humanidad y la justicia. Ignorancia y prejuicio son las fuentes principales de la guerra. Nosotros deseamos poner en su lugar armonía y mutuo acuerdo".

El diputado del Parlamento alemán, Hué, fue objeto de cordiales saludos, sobre todo por parte de los ingleses: "Estoy aún bajo la impresión de la importancia que tiene en este momento en que precisamente un político inglés de tan altas miras y de tantos méritos ha fundamentado tan atinadamente la resolución a favor de la paz; pues, poco a poco, nos hemos ido acostumbrando los europeos del continente a ver en Inglaterra el mal espíritu, siempre dispuesto a incendiar el mundo. Tampoco ha sido Alemania la última en fomentar los armamentos. Pero la gran masa del pueblo alemán no ha asentido a esta política, y teme el grito de guerra de ciertas tropas. Todo parlamento de trabajadores debe ser un parlamento de paz. Es una afrenta para el cristianismo el que predicadores de la palabra evangélica patrocinen, desde el canciller abajo, una lucha fratricida. Cristo, si volviese, arrojaría del templo a latigazos a estos falsos discípulos. ¿Quién ha combatido ahora ante el espectáculo marroquí, con mano dura, a los imperialistas franceses? El partido socialdemócrata. Y él ha sido también quien en los Parlamentos de Alemania, Inglaterra, Bélgica y Austria ha abogado por la paz. En el mismo Berlín quiso Jaurés, con su admirable elocuencia, realizar una manifestación pacifista. Pero el gobierno *amante de la paz* que rige los destinos de nuestro *civilizado país* le dio con la puerta en las narices. Esto demuestra que tenemos la idea de la guerra en casa, en los círculos donde se esperan de ella utilidades. Pero nosotros no estamos con ellos. El mejor patriota no es aquel que dice: "¡con razón o sin ella, mi patria es lo primero!", sino el que enarbola la bandera de la justicia sin hacer distinción de nacionalidades. Cada uno de nosotros se siente orgulloso de su patria, ninguno de nosotros es un sin patria. Pero no queremos acusar recibo con los chafarotes, sin que aspiremos a fundir en un armónico acorde internacional las disonancias nacionales".

Perry (Norteamérica): "Acaso pronto tengamos que lamentar el que también Nortemérica se apreste a nuevos armamentos. Así viene ocurriendo desde el principio de la humana historia. Nada ha sido objeto de tan solícitos cuidados como este tumor enquistado en el cuerpo de la humanidad. Nosotros también ama-

mos la paz, pero en tanto dura la guerra económica es imposible que haya una paz duradera entre los pueblos. Preciso es que desaparezcan los privilegios de aquellos que no tienen interés alguno por la paz universal".

Beugnet (Francia): "Francia y Bélgica han sido el campo de batalla en que se han librado luchas más sangrientas, Así se nos ha educado, poniéndonos siempre ante los ojos al enemigo hereditario. Por un lado, las blancas rocas de Dover, la *pérfida Albión;* por el otro, el fantasma de una invasión germánica. La clase capitalista está por la guerra en todas partes; y cree encontrar en ella su última salvación ante el poder siempre creciente de la clase trabajadora. Francia ha estado a punto de convertirse en una nueva España, en una sierra del Papado. La ley de las Congregaciones la salvó. Pero inmediatamente empezaron las intrigas de la Iglesia, y se volvió a azuzar al pueblo para la guerra. El Papado coquetea con el kaiser, el jefe de la Iglesia cismática. Por todas partes se susurra y se dice que un victorioso kaiser protestante va a restablecer en Francia el poder del Papado. Hablando en verdad, más amenazada que del kaiser, lo está Francia del *capitalismo.* Los periódicos burgueses, sin embargo, al comentar la prohibición de la Asamblea que Jaurés proyectaba en Berlín, cúlpanle a él y no al gobierno alemán. De este modo tiene el capitalismo en sus manos al kaiser y a la República, y así amenaza al mundo con la peor enemiga de la civilización: con la guerra. Pero ¿qué podríamos sacar nosotros de una guerra, aunque fuésemos vencedores? Un general victorioso que, como un nuevo César, nos sometiese otra vez, con un nuevo concordato al poder de la Iglesia".

En análogo sentido se expresaron los demás oradores.

El Congreso adoptó por unanimidad una proposición testimoniando la más calurosa simpatía a los obreros rusos en lucha por la libertad y deseándoles el triunfo total de sus reivindicaciones.

Sobre los medios de suprimir los males expuestos, se volvió a discutir con más calor en el VII Congreso socialista de Stuttgart (1907). Los debates fueron tan animados porque la exigua minoría de herveístas requería un tono más duro y una táctica más acerba contra el militarismo: huelga militar, deserción, revolución, etc. El Congreso paró estos golpes y adoptó por último la resolución siguiente, con la que se contentó a los radicales con algunas frases ambiguas y se definió una vez más la actitud del socialismo internacional frente al problema del militarismo y de la guerra:

"El Congreso confirma la resolución de los anteriores Congresos internacionales contra el militarismo y el imperialismo, y declara una vez más que la lucha contra el militarismo debe ser la misma cosa que la lucha de clases, en el sentido socialista. Las guerras entre los Estados capitalistas suelen ser resultado de la competencia en el mercado mundial, pues cada nación procura, no solo asegurar la posesión de los mercados ya adquiridos, sino, además, conquistar otros nuevos, a cuyo objeto sirve de medio principal la sujeción de pueblos y países extraños. Estas guerras son fruto también de la incesante competencia en los armamentos del militarismo, que representa la obra capital de la hegemonía de la clase burguesa y de la opresión económica y política de la clase obrera. A favorecer las guerras concurren también los prejuicios sistemáticamene sostenidos en provecho de la clase dominante en los países civilizados, y que fomentan la hostilidad entre ellos, apartando a los proletarios de sus propios deberes de clase y de solidaridad internacional. Las guerras, por último, se derivan también de la esencia del capitalismo y no cesarán hasta que quede derrocado el régimen industrial capitalista, o hasta que la misma magnitud de los sacrificios de hombres y dinero que la evolución técnico-militar exige y la resistencia provocada por los armamentos impulse a los pueblos a prescindir de este sistema. Por lo tanto, la clase obrera, que es la que especialmente facilita los soldados y soporta los sacrificios materiales, tiene que ser una enemiga natural de la guerra, que se halla en contradicción, además con sus aspiraciones a crear un régimen económico basado en los principios socialistas, que establezca la solidaridad entre los pueblos.

"El Congreso considera, por lo tanto, deber de las clases obreras, y especialmente de sus representantes en los Parlamentos, el que, reconociendo el carácter de clases de la sociedad burguesa y de los artificios que mantienen las diferencias nacio-

nales, combatan con todas sus fuerzas los armamentos terrestres y marítimos y nieguen su concurso para ellos, procurando, además, que la juventud proletaria se eduque en el espíritu de la confraternidad universal y del socialismo y adquiera conciencia plena del sentimiento de clase. El Congreso ve en la organización democrática del servicio militar, en las milicias populares que habrían de substituir al actual ejército, una garantía esencial que hará imposible las guerras ofensivas y contribuirá a borrar las malquerencias nacionales. La Internacional no puede precisar en detalle la forma en que la clase obrera ha de combatir al militarismo en cada nación, ya que en cada una de ellas han de variar naturalmente las condiciones de lugar y de tiempo. Pero sí tiene el deber de robustecer en todo lo posible y de imprimir coherencia a esas campañas del proletariado contra el militarismo y contra la guerra. Y con efecto: desde el Congreso internacional de Bruselas, el proletariado, en su lucha incansable contra el militarismo, denegando los recursos que se le piden para armamentos terrestre y marítimos, y promoviendo campañas encaminadas a la democratización de la organización militar, ha venido empleando con éxito creciente las más distintas formas de acción para impedir las guerras o para ponerles un rápido fin, así como también para explotar en pro de la emancipación de las clases trabajadoras la conmoción sufrida por la sociedad a consecuencia de esas guerras; prueba de ello son: la inteligencia entre los gremios ingleses y franceses después del incidente de Falshoda vino a asegurar la paz y a restablecer las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia: la conducta seguida por los partidos socialdemócratas de Francia y Alemania en sus Parlamentos respectivos durante la crisis marroquí; las manifestaciones que con igual motivo hicieron los socialistas franceses y alemanes; la acción mancomunada de los socialistas austríacos e italianos, reunidos en Trieste, para evitar un conflicto entre ambas naciones; la enérgica actitud del proletariado socialista de Suecia para impedir un ataque a Noruega, y por último, la lucha ruda y abnegada de los obreros y campesinos socialistas de Rusia y Polonia para combatir la guerra desencadenada por el zarismo, ponerle un rápido término, aprovechando la crisis por ella producida para la emancipación del país y de la clase obrera.

"Todas estas campañas dan testimonio de la fuerza creciente del proletariado y de sus esfuerzos crecientes también para mantener la paz, mediante una acción resuelta y decidida; y esta acción será tanto más fructuosa cuanto más preparados estén los ánimos a recibirla por efecto de una agitación previa, cuanto más unidos y compactos se hallen los partidos obreros de los distintas países por los lazos de la Internacional. El Congreso tiene la convicción de que bajo la presión del proletariado, mediante una aplicación seria de los tribunales de arbitraje en vez de las lamentables instituciones de los gobiernos, se podrá asegurar a los pueblos los beneficios del desarme, que permitiría destinar al fomento de la cultura los enormes gastos de vidas y de fuerzas que los armamentos y las guerras exigen. Ante la amenaza de una guerra, las clases obreras y sus representantes parlamentarios tiene el deber, en los distintos países adheridos a la Internacional, de hacer todo lo posible, secundados en esto por la acción coordinadora del Secretariado internacional, para impedir la ruptura de las hostilidades, acudiendo al empleo de aquellos medios que más eficaces les parezcan para tal objeto y que han de variar, naturalmente, según el grado de acritud de la lucha de clases y de la situación política del país. Caso de estallar la guerra, no obstante esos esfuerzos para conjurarla, deberán las clases obreras trabajar para su pronto desenlace, procurando con todas sus fuerzas aprovechar la crisis industrial y política, engendrada por la guerra, para agitar las masas y acelerar así el término del predominio de la clase capitalista".

En el año 1912 se convocó en Basilea un Congreso extraordinario, a causa de las tensiones políticas en Europa, precisamente para repetir otra vez, con mayor fuerza, la protesta del proletariado internacional contra la guerra. Dos años después estalló la guerra mundial. Todas las resoluciones de los Congresos nacionales e internacionales de trabajadores se demostró en alto grado de poder del movimiento proletario-socialista, pero también el antinacionalismo de los obreros, que hay que comprender en su característica.

Pero como mejor podremos comprender el espíritu que ha engendrado este *antinacionalismo* de la Socialdemocracia sin patria, es investigando en las raíces de esas resoluciones y de

otras de idéntico fondo. Unas y otras son algo así como el desate de un odio contra todo nacionalismo, contra los primitivos sentimientos de adhesión al suelo en que se ha nacido, contra el *patriotismo natural,* odio semejante al que a mediados del siglo XIX animaba a los doctrinarios de la ciudadanía universal, cuyas palabras suscribe aún Bakounine en nuestros días: "Desde el punto de vista de la conciencia moderna, de la humanidad y de la justicia, tales como gracias a los pasados desarrollos de la Historia hemos llegado al fin a comprenderlas, el patriotismo es un hábito malo, mezquino y funesto, puesto que es la negación de la igualdad y de la solidaridad humanas. La cuestión social, planteada prácticamente hoy por el mundo obrero de Europa y América, y cuya solución solo es posible con la abolición de las fronteras, tiende necesariamente a destruir este hábito tradicional en la conciencia de los trabajadores de todos los países".

No creo que quede hoy algún socialista significado cuyas ideas y sentimientos no marchen en esta dirección. Los siguientes párrafos acabarán de demostrarlo. ¿Es que esas declaraciones *antinacionales* proceden de una creciente indiferencia hacia todas las idiosincracias nacionales? ¿Es que ese *internacionalismo* es solo la expresión del producto mental de un internacionalismo de usos y costumbres, es decir, de una nivelación, de una ecuación de todas las antítesis nacionales, o es la confirmación espiritual del hecho de que los sentimientos nacionales patróticos no han arraigado nunca en el proletariado? Esta venía a ser la opinión de Marx al definir en el *Manifiesto Comunista* la actitud de los comunistas respecto a la cuestión de nacionalidad:

"Se ha acusado también a los comunistas de querer suprimir la patria, la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen... Las idiosincracias nacionales y las antítesis entre los pueblos van atenuándose cada vez más con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y con las condiciones de vida por ella determinadas...".

Es indudable que, consciente o inconscientemente, el internacionalismo de la socialdemocracia durante muchos años se ha basado en estos razonamientos. Y es también indudable que aún

hoy mismo hay muchos socialistas que piensan exactamente como Marx. Y se comprende que así sea; pues lo que Marx dice en el párrafo que hemos reproducido encierra una verdad grande, indiscutible. Cada día se esfuman más las particularidades nacionales y se avanza una etapa en el camino que ha de conducir a la completa nivelación de las diferencias nacionales, en cuanto se manifiestan como diferencias de usos y costumbres, de modos de pensar, de literatura, de arte, en una palabra, de una civilización tanto subjetiva como objetiva. A ello contribuye el contacto cada vez más estrecho que se establece entre los pueblos, el fomento de los viajes, la facilidad cada vez mayor de las comunicaciones por medio de la palabra, de la escritura y hasta de la contemplación visual. (Piénsese en el desarrollo de la pintura en el siglo XIX).

También es exacto, hasta cierto punto, que *el trabajador no tiene patria.* No la tiene en ese sentido primitivo *—puramente bestial,* que decía Bakounine— de apego al terruño, como el que siente el campesino. El proletario es un producto descuajado de las grandes ciudades, sin colorido local, sin estabilidad, un hijo del universo. No la tiene tampoco en el sentido de participación en una cultura común, toda vez que hasta las honduras en que vive sumido solo penetra alguna que otra tenue vislumbre de la *cultura* de su patria. También es muy poco lo que de la cultura material le alcanza —se ha dicho que *su patria suele hallarse seis pies debajo de tierra—;* porque, reflexiónese, ¡qué es lo que de la típica manera *nacional* de vestirse o de alimentarse puede trascender a la miserable vida del proletariado! y poco, igualmente, de cultura espiritual, pues los tesoros del arte y de la literatura nacional le están como casi vedados.

En cuanto yo alcanzo esta variedad del sentimiento antinacionalista *—por despecho,* pudiéramos decir— predomina hoy con su mayor fuerza en el proletariado francés, especialmente en los círculos de los socialistas sindicalistas antiparlamentarios. En los últimos tiempos, Hervé, se ha constituído en Francia en propagandista infatigable del antiguo concepto de nación, que, a causa de ello, ha recibido el nombre de herveísmo.

Pero no creo que las ideas de la gran masa de la Socialdemocracia sigan hoy la dirección trazada por Marx, según bien

a las claras lo demuestran las actas del Congreso de Stuttgart (1907). El grueso de la Socialdemocracia, y especialmente los jefes que le dictan la regla, no son hoy internacionales, por haberse hecho anacionales. La ecuación positiva de las antítesis nacionales no ha debilitado en ellos, como tampoco en la burguesía, el sentimiento nacional. Antes por el contrario, pudiera afirmarse que desde la última generación, acá, en el proletariado y sus jefes, como en la burguesía y sus abogados —aunque por motivos totalmente distintos—, se ha robustecido el sentimiento patriótico. La evolución de la conciencia se ha operado, no paralelamente, sino en dirección opuesta al curso de los hechos. De modo, que a la frase de Marx, *"el trabajador no tiene patria"*, se replica cada vez con mayor energía: "Por eso queremos darle una. Por eso queremos hacerle partícipe de los beneficios de la cultura, para que pueda llegar a poseerla". Y al mismo tiempo se generaliza cada vez más, y precisamente entre los socialistas, la convicción de que toda cultura tiene su raíz en las particularidades de los pueblos, y debe ser forzosamente *nacional*, así como de que en los límites de una comunidad nacional puede desarrollarse una humanidad más elevada. Este reconocimiento del determinismo nacional de toda cultura y de toda humanidad es una de las fuentes de que procede esa simpatía de los socialistas de todos los países por los pueblos pequeños englobados en una constitución política que no les es propia: por los polacos, rutenos, armenios, etc. Este artículo *nacional*, en el credo internacionalista de la Socialdemocracia se olvida con frecuencia, y es, sin embargo, de tanta importancia, que considero oportuno reproducir aquí algunas manifestaciones de socialistas de altura, referentes a este particular. Poseemos dos, recientísimas, salidas de labios de los socialdemócratas alemanes,, cuyo antinacionalismo se reputa especialmente brioso. Eduardo David no ha mucho que escribió:

"Solo quien entiende que las comunidades nacionales son formas ya caducas que han perdido el derecho a la vida, puede ver con indiferencia el fracaso del sentimiento de cohesión nacional. Sí; quien así opina considerará ese fracaso como un progreso evolutivo en la dirección de ese ideal que tiende a la formación de una sola masa humana, única y homogénea, que no

ha de reconocer las formas nacionales. Que la Socialdemocracia, no obstante el alcance de ciudadanía universal que sus fines revisten, no acepta tal criterio, lo demuestran ya sus enérgicas protestas contra todos los atropellos de que los pueblos pequeños son víctimas por parte de los grandes. Dondequiera que las naciones oprimidas luchan por el restablecimiento de su independencia política, sea en Polonia, sea en Finlandia, en Armenia, en el Africa del Sur, en Filipinas, donde quiera que sea, allí han estado y están en su favor las simpatías de la Socialdemocracia. Hasta ese punto llega nuestro interés por la conservación de las individualidades humanas, hasta ese punto consideramos necesaria la vida individual de los pueblos para el desarrollo completo de la cultura humana. Sí; nosotros entendemos que así como el socialismo está llamado a emancipar la vida del individuo de la corrupción y tiranía del régimen capitalista, así lo está también a abrir a las naciones el camino de su libertad y de su engrandecimiento".

Estos mismos pensamientos, pero expresados en forma magistral, los expone Engelbert Pernerstorfer en los *Socialistichen Menatsheften* (1): "La nacionalidad en su más alta forma es... un bien ideal. Significa, en último término, la cultura humana en una irradiación particular individual sumamente característica y única; significa el enriquecimiento de la humanidad mediante una forma especial de su existencia". Procurar al proletariado —dice— la participación en los beneficios de esa cultura, es el fin que los socialistas persiguen. No aspiramos solamente a que los hombres habiten en viviendas dignas de ellos, a que se nutran y se vistan, etc., sino que asimismo queremos que, mediante su participación en la cultura elaborada durante tantos siglos, se hagan verdaderos hombres, capaces de poseer cultura y de crearla. Pero toda cultura es nacional. Tiene sus principios en la particularidad de cada pueblo, y en su forma suprema —más que en ninguna otra— presenta un decidido carácter nacional... El socialismo y el pensamiento nacional no solo no se hallan en pugna, sino que van forzosamente de acuerdo. Toda tentativa encaminada a debilitar el pensamiento nacional significaría, de tener

1 "Cuadernos mensuales socialistas".

éxito, una merma en la riqueza de la humanidad... el socialismo quiere organizar la humanidad, no asimilarla. Pero las células y el organismo humano no son los individuos aislados, sino las naciones. Para que el organismo esté sano, preciso es que lo estén las células... Y en toda ocasión en que se trate de la vida verdaderamente nacional; los socialdemócratas alemanes se encontrarán en las primeras filas... Así nos reconocemos con alegría en cada nación y de sus grandes ideas nos enorgullecemos, porque sabemos que el socialismo teórico es una obra del genio germánico. Los pueblos son eternos, a pesar de las mudanzas que sufren, y cuanto más grandes sean, tanto mayor será el impulso progresivo que imprimirán al mundo. Así, nosotros, como buenos socialistas, somos los mejores alemanes. Por lo demás, nuestros jefes han declarado siempre en el Parlamento alemán que nosotros deseamos estar con nuestro pueblo".

Y véase qué notable resultado hemos obtenido: empezamos por otear las huellas del *antinacionalismo* de la socialdemocracia, y hemos dado con un nacionalismo marcadísimo como elemento integrante del credo socialista. ¿En qué quedamos, pues? La Sociademocracia, que se siente internacional y quiere ejercer una acción internacional, ¿es antinacional o no? Lo es en un sentido y no lo es en otro. En realidad, la oposición de que seguramente se trata en este caso, no se deriva de la antítesis que representan los términos internacional y nacional, sino que se halla por entero en la distinta acepción que se da a esa última palabra. Trataré de definir brevemente esta diferencia de interpretación de la esencia del nacionalismo entre la Sociademocracia y sus adversarios.

1º La Socialdemocracia entiende por nación una comunidad de hombres unidos por el idioma y la cultura; sus adversarios piensa, por el contrario, en los Estados actuales, fruto de la casualidad histórica. Donde aquéllos dicen comunidad de cultura, estos otros entienden comunidad política; los unos se refieren a un producto social *natural*, los otros a una *artificial* institución política. Ambos conceptos pueden coincidir, pero la mayor parte de las veces se excluyen. La misma Inglaterra comprende en su seno, aparte ingleses y escoceses, a los irlandeses, que tienen una cultura propia; Francia, a la verdad, representa una absoluta co-

munidad de cultura, pero hay partes de ella diseminadas en otros países; la Alemania actual contiene una parte de Polonia y fragmentos de otras nacionalidades; Austria-Hungría es una mescolanza abigarrada de distintas civilizaciones, y otro tanto puede decirse de Rusia.

La Socialdemocracia reconoce, como ya hemos visto, el derecho de toda nación, en el sentido de una comunidad de lengua, a ser independiente, lo cual supone un sentido de hostilidad a los Estados que tienen *sojuzgadas* a otras nacionalidades. Donde la unidad del Estado se basa en la unidad de la dinastía, como ocurre en Austria, Rusia, etc. La Socialdemocracia es enemiga de estas formas políticas y su hostilidad tiene también un sentido antidinástico.

2º La Socialdemocracia es enemiga de la lucha entre las nacionalidades, mejor dicho, entre los Estados. Combate la fuerza porque es *bestial*, es decir, porque no sólo siega de un modo cruel vidas humanas, sino que despierta también los instintos animales del bruto que hay en el fondo de cada hombre. Los adversarios de la Socialdemocracia consideran la guerra, si no como un beneficio para la humanidad, al menos como un mal necesario. Esta hostilidad de la Socialdemocracia hacia la guerra explica su hostilidad hacia el militarismo y el imperialismo, en los cuales ve síntomas o causas de la guerra, y en tal concepto los combate.

3º La Socialdemocracia no quiere que el nacionalismo degenere en chauvinismo. El reconocimiento de las nacionalidades y de su derecho a la existencia, el reconocimiento de su genio nacional son, en opinión de los socialdemócratas, cosas completamente distintas de la ceguera nacional y el desprecio a los demás países. "Lo que vemos en el chauvinismo odioso y brutal de ciertas esferas es tan repugnante que constituye un obstáculo para la formación de una conciencia nacional, noble y viril" (Pernerstorfer).

4º El *patriotismo* de la Socialdemocracia es, pues, distinto en su esencia del que sienten las clases dominantes, en cuanto éstas se hallan identificadas con los Estados actuales en que se desarrollan. El patriotismo de estas últimas es un patriotismo oficial político-guerrero. Es oficial porque es inculcado y san-

cionado por los elementos oficiales. Y es, además, político, porque el objeto que venera y festeja es la unidad fortuita del Estado existente; así, Bélgica y Holanda tuvieron hasta 1830 un patriotismo neerlandés, y a partir de esa fecha, cada una de ellas se hizo un patriotismo propio, belga y holandés, respectivamente; Italia y Alemania, antes de operar su unificación política, tuvieron un patriotismo fragmentario, correspondiente a los estadillos en que se hallaban divididas, y ahora, en cambio, tienen un patriotismo único: Suecia y Noruega han tenido hasta ahora un patriotismo escandinavo, que ha cedido el puesto a un patriotismo sueco y a un patriotismo noruego, etc. El patriotismo político se halla ligado por su naturaleza en su actividad oficial a acontecimientos que han tenido gran importancia para la formación de la comunidad política que lo inspira: unificación de los Estados federales, triunfos guerreros, y también, por cuanto el patriotismo político se halla representado por la dinastía imperante, a los aniversarios de esta última.

Esta especie de patriotismo no la siente la Socialdemocracia ni se asocia a sus manifestaciones. En general, por hallarse en abierta lucha con la clase imperante, y también por su repugnancia a celebrar ciertas fiestas en unión de los que son sus adversarios. Y, en particular, la Socialdemocracia se abstiene por muchas razones de compartir ese patriotismo político-oficial, ya porque no se aviene a reconocer, o las estima en poco, las comunidades políticas formadas por el azar histórico. "Para las naciones coexistentes en Austria no puede constituir esto un objeto de patriotismo, porque a todas las ha traicionado por igual" (Pernerstorfer), ya porque (en los Estados monárquicos) el patriotismo oficial lleva necesariamente anexo un carácter dinástico, ya también porque ese patriotismo va unido al recuerdo de batallas que la Socialdemocracia no quiere festejar, siendo como es, opuesta a la guerra. Así, pues, la actitud del proletariado frente al patriotismo oficial y político tiene que ser muy distinta, según los diferentes países: a los socialistas rusos les ha de costar mucho trabajo celebrar el aniversario de la casa reinante y a los alemanes la batalla de Sedán, mientras, por el contrario, los franceses han de celebrar de buen grado la destrucción de la Bastilla, los italianos la Brescia de Roma

y los americanos el aniversario de la Constitución, aunque hayan de asociarse para ello a la clase imperante.

Al patriotismo político opone la Socialdemocracia otro que pudiera llamarse *patriotismo cultural.* Su actitud ha sido la misma entre nosotros en 28 de agosto de 1899 que en 9 de mayo de 1905. La oposición que existe entre el patriotismo de la Socialdemocracia alemana y el patriotismo oficial, puede resumirse en la antítesis Weimar contra Potsdam.

Pero este concepto que de la esencia del nacionalismo tiene la Socialdemocracia, ¿no se halla en contradicción consigo mismo? Cuando se reconoce y admite el derecho de las nacionalidades a la independencia, ¿qué otro recurso queda sino aceptar los Estados históricamente constituidos como la roca firme de las nacionalidades, a menos de no legitimar la recíproca animosidad de estos Estados; a menos de considerar las manifestaciones de esta animosidad, la fuerza, como algo inevitable, de adoptar las medidas necesarias para la defensa de la propia nacionalidad (que es lo que más estima cada uno) y aprobar, por lo tanto, el impulso que a los armamentos dan actualmente los Estados?

Para los socialdemócratas no existe tal contradicción. A los Estados que no tienen una común cultura, no les reconocen su legitimidad, por considerarles no sólo innecesarios sino hasta nocivos para los intereses de las distintas nacionalidades en ellos englobadas. En el gran Estado moderno no ven ellos un fenómeno cultural que sea digno de que se le defienda. Creen, por el contrario, que ese gran Estado no sólo debe su existencia a intereses capitalistas o dinásticos, que los bienes que en él parecen valiosos pueden obtenerse del mismo modo y aun mejor que en los grandes Estados modernos en las pequeñas comunidades independientes. Pero ante todo es que no admiten que entre las nacionalidades puedan haber oposiciones tan profundas que hayan de parar en conflictos y guerras. Estas últimas las consideran como respiraderos de los intereses capitalistas o dinásticas. Pero como al mismo tiempo opinan que el capitalismo y el dinastismo son cosas que pueden substituirse, por el socialismo el primero, por la democracia el segundo, no consideran lógicamente este antagonismo *nacional*, mejor dicho, político, como un fenómeno concomitante, fatal y perenne del nacionalis-

mo, sino todo lo contrario, como una manifestación casual y pasajera.

La exactitud de este razonamiento no nos cumple aquí demostrarla, ni de nada nos serviría tampoco someterla a un análisis científico, ya que responde a creencias personales cuya profundidad no es accesible a la sonda científica. Hay que conceder que los grandes Estados no son condición necesaria ni para el progreso material ni para el desarrollo mental de los pueblos; toda nuestra cultura germánica data del tiempo en que Alemania estaba dividida en pequeños Estados, y ricas en bienes materiales son hoy Suiza, Dinamarca y Bélgica, tanto al menos como Rusia y Alemania. Hay que conceder también que todos los conflictos que surgen entre los Estados modernos son imputables a intereses capitalistas o dinásticos. Pero lo que no puede demostrarse es que el capitalismo pueda reemplazarse por el socialismo, e indemostrable es también la hipótesis de que, suprimiendo el capitalismo, ya no habría entre las naciones conflictos que hubieran de dirimirse por las armas. Cierto es que ningún pueblo habría de *declarar la guerra* a otro porque su cocina sea mala, porque sea falsa su filosofía o incolora su música. ¿Pero no es muy lógico pensar que un pueblo que se multiplicase más rápidamente que otro, siempre habría de sentir la necesidad de expansiones territoriales? Y cuando la tierra esté toda poblada, ¿tal expansión no ha de hacerse a costa de otro pueblo? ¿Y cabe pensar que tal *aspiración expansionista* habría de satisfacerse siempre de un modo amistoso? Sin embargo, estos son cuidados posteriores, que no afectan a la política del día.

Pero no cabe duda alguna que si la Socialdemocracia quiere conservarse fiel a sus principios, si ha de llevar adelante su objeto, que es combatir el capitalismo, si no ha de desatender este ideal supremo de una humanidad noble y emancipada, no puede alterar su actitud actual frente al poder político oficial y al patriotismo político. Toda concesión que hiciera al imperialismo, al militarismo o al chauvinismo, significaría su suicidio ideal, equivaldría a la negación del socialismo. Por esta razón, considero una utopía el querer acoplar el nacionalismo imperialista con el socialismo. La frase "socialismo nacional" encierra

una contradicción, si se toma la palabra *nacional* en un sentido imperialista.

Otra cuestión, totalmente distinta, es aquella que se refiere a la parte que la Socialdemocracia considera necesario tomar en la defensa del país y las concesiones que en este terreno se aviene a hacer el régimen imperante, como a diario las hace también en otros muchos. Una concesión de esa clase es el requerimiento de un ejército de milicias, tal como la Socialdemocracia alemana lo concibe. Proceder así, lo hace partiendo de la convicción de que las actuales animosidades que entre unas y otras naciones existen han de perdurar aún algún tiempo, que ningún país puede ir al desarme sin tener la seguridad de que también los demás van a imitarle, partiendo, en una palabra, de la convicción de que aún habrá de pasar algún tiempo antes de que el socialismo llegue a ser un hecho.

La Socialdemocracia alemana ha ido ya muy lejos en sus concesiones sobre este particular. Véase cómo se expresó Bebel en la sesión del Parlamento, de 7 de marzo de 1904:

"Señores míos: Ninguna guerra victoriosa podréis emprender en el porvenir son contar con nosotros. *("¡Cierto! ¡Es mucha verdad!")* Si queréis triunfar, habrá de ser con nosotros, no contra nosotros; sin nuestra ayuda no podréis hacer nada. *("¡Exacto! ¡Es mucha verdad!" en los bancos de los socialdemócratas.)* Digo todavía más, y es que nosotros tendríamos un grandísimo interés en que si hubiésemos de vernos lanzados a una guerra —supongo que la política alemana va conducida con tal cuidado que no tendrá que provocar una guerra—, pero si esa guerra estallase y fuese una guerra de invasión, una guerra en la cual se tratase de la existencia de Alemania, entonces —os doy mi palabra— todos vosotros, desde el primero al último, jóvenes y viejos, nos echaríamos el fusil a la espalda y correríamos a defender nuestro suelo alemán, no por amor a vosotros, sino por amor a nosotros mismos, y aun a pesar vuestro. *("Muy bien! ¡Muy bien!" entre los socialdemócratas.)*

"Nosotros vivimos y luchamos para transformar esta tierra nuestra, esta nuestra patria, este nuestro suelo natal, esta patria que es tan nuestra como vuestra, y acaso más aún, *("¡Bien! ¡Muy*

bien!", entre los socialdemócratas) de modo que sea una dicha vivir en ella, aun para el último de nosotros. *("¡Muy bien! en los escaños de los socialdemócratas.)*

"A esto tienden nuestros esfuerzos, esto es lo que queremos conseguir, y por esto nos opondremos en todo al que pretenda quitarnos un palmo de terreno, con todas nuestras fuerzas, mientras nos quede un hálito de vida". *(Asentimiento entre los socialdemócratas.)*

Insistiendo en estas manifestaciones, para completarlas y afirmarlas, decía Bebel en la sesión parlamentaria del 10 de diciembre de 1904:

"¿Es que pedimos en broma el armamento general del pueblo, la milicia general? ¡No; sino porque entendemos que frente al peligro extranjero es necesario que todo hombre capaz de tomar las armas, desde el primero hasta el último, pueda luchar por la libertad y la independencia de su patria; por eso le pedimos! Habéis sentido accesos de hilaridad al oírme decir esta primavera que yo mismo, a pesar de mis años, estaría dispuesto a coger un fusil para defender la independencia de la patria. Habéis tomado a risa mis palabras. Pues hablaba con toda seriedad; ni yo ni mis amigos consentiríamos que el extranjero ocupase el más pequeño trozo de tierra, porque sabemos bien que en el instante en que Alemania sufriese esa desmembración, toda la vida mental y social del país quedaría en suspenso mientras subsistiese esa partícula de dominio extranjero, que todas las aspiraciones populares se concentrarían en torno de un solo objeto: tenderíamos únicamente a expulsar al extranjero del país. Y esto provocaría también una evolución que, desde nuestro punto de vista, tendríamos que lamentar y combatir con todas nuestras fuerzas." *("¡Muy bien!" en los escaños de los socialdemócratas.)*

Por estas y otras declaraciones semejantes, reiteradas con frecuencia en los últimos años, muchos socialistas franceses, holandeses e italianos han acusado de chauvinismo a la Socialdemocracia germánica.

La guerra mundial puso de manifiesto que esta clase de chauvinismo era la opinión de la mayoría del proletariado, por lo menos en Europa occidental. (Véase página 278 y siguientes.)

II.–El programa de política interior.

Los principios en que se funda la política interior de la Socialdemocracia son también los mismos en todos los países civilizados. Han sido confirmados por numerosas conclusiones de Congresos internacionales; pero donde mejor se hallan resumidos y condensados es en el acuerdo tomado por el Congreso de París de 1900, y cuyo texto es el siguiente:

"El proletariado moderno es el producto fatal del sistema de producción capitalista que hace necesaria la existencia de una masa trabajadora, explotable, sometida tanto en lo económico como en lo político. La elevación y emancipación de esta última sólo puede lograrse haciendo la oposición a los representantes de esa forma de producción que por su misma ley inmanente conduce a la socialización de los instrumentos de producción, y por lo tanto debe el proletariado mantener una actitud de lucha como clase trabajadora frente a la clase capitalista. La socialdemocracia, que se ha impuesto el deber de organizar al proletariado en pie de guerra para la lucha de clases, se propone, ante todo, educar al proletariado, con seriedad y constancia infatigable, en la conciencia de su interés de clase y de su poder como tal, empleando para ello todos los medios correspondientes a la conciencia del derecho popular que la situación política y social pone en sus manos, en cuanto sean indispensables para la consecución de ese fin. Entre estos medios, el Congreso se decide principalmente por la actividad política, el sufragio universal y la organización de la clase trabajadora en grupos políticos, gremiales y corporativos, en asociaciones educativas, cajas de socorro libres, etc., e invita a los socialistas de todos los países para que procuren que estas distintas formas de organización, que a la vez constituyen medios de educación y de combate, marchen en el mayor acuerdo posible, para que así vaya acreciéndose progresivamente el poder de la clase trabajadora y se vaya capacitando ésta para realizar la expropiación política e industrial de la burguesía y la socialización de la producción".

Extrayendo los puntos principales de esta resolución, puede hacerse el siguiente resumen:

1º La Socialdemocracia alemana afirma un concepto realista-

histórico-evolucionista de la historia; al racionalismo, y con él al utopismo y al revolucionismo, se les da por muertos.

2º El movimiento tiene una finalidad colectivista, toda vez que aspira a socializar los medios de producción.

3º El camino para llegar a ese fin es la lucha de clases: "la emancipación de la clase trabajadora sólo puede ser obra de esta clase misma". Con arreglo a la marcha de toda la concepción histórica, esta lucha tiende cada vez con más fuerza a adoptar formas legales.

4ºEl movimiento social actúa al mismo tiempo en tres sentidos: como movimiento político parlamentario, como movimiento gremial y como movimiento corporativo.

Este programa, en el que pueden discernirse con toda claridad los principios fundamentales del socialismo marxista y sobre el que, como hemos dicho, se ha calcado la Socialdemocracia de todo el mundo, ha sido modificado durante los últimos diez o quince años en lo que tenía de hermético, especialmente bajo la influencia de los Congresos internacionales. En los cuatro primeros, de París en 1889, de Bruselas en 1891, de Zurich en 1893, y de Londres en 1896, hubo acaloradísimas discusiones acerca de las principales partes del programa. Sus dos puntos capitales —la socialización de los instrumentos de producción como fin, y la lucha de clases como medio— no han sido ya nunca objeto de controversia como lo fueron en los Congresos de la Internacional *antigua*. Pero sí ha suscitado grandes discusiones la cuestión de la forma cómo ha de conducirse esa lucha de clases. Acerca de este punto ha habido en los citados Congresos oposición vivísima entre los anarquistas, que aún figuraban en ellos con una representación bastante numerosa, y los socialistas; aquéllos, entre los cuales se destacaban Merlino y Domela, que en los primeros Congresos eran aún los jefes de sus delegaciones repectivas, combatían apasionadamente toda actuación política, y sobre todo parlamentaria, del proletariado: lo fiaban todo a la *revolución*, y después de ella, a la organización gremial y corporativa. La polémica, que llegó a adquirir formas violentísimas, terminó excluyéndose a los anarquistas de las deliberaciones de los Congresos socialistas internacionales. Desde el Congreso de Zurich rigen para la admisión de congresistas las condiciones siguientes, que reproducimos en su texto oficial:

Son admitidos a las deliberaciones de los Congresos:

"1º Los representantes de todos los grupos que luchan por la transformación del régimen de propiedad y de producción capitalista, y que consideran como medio necesario a la consecución de este fin, la participación en la labor legislativa y la actuación parlamentaria.

"2º Todas las organizaciones sindicales que, aunque por su carácter no estén llamadas a tomar parte en la lucha política, reconocen, no obstante, la necesidad de una actuación política y parlamentaria. Quedan excluidos, por lo tanto, los anarquistas."

Mas la exclusión de los anarquistas no supone la restricción de una parte esencial del movimiento que la Socialdemocracia representa, sino que sólo significa que ésta se ha liberado de un puñado de extravagantes que entorpecían su marcha. Pues el anarquismo, en los últimos veinte años, ha perdido ya casi toda su importancia, habiendo llegado a ser una *cantidad despreciable* en cuanto se trata del movimiento obrero como movimiento de masas. (Tanto más cuanto que hasta los *sindicatos revolucionarios* de los países latinos y los bolcheviques de Rusia rechazan el dictado de anarquistas.)

Pero estas luchas con los anarquistas han sido de gran importancia por más de un concepto para la elaboración del programa de la Socialdemocracia. Por una parte, han contribuido a disipar las dudas que respecto a la necesidad de una acción político-parlamentaria había aún en algunos círculos no anarquistas. Acaso prescindiendo de los sindicalistas franceses, de un cierto número de socialistas holandeses y de algunos italianos de la extrema izquierda, es hoy general entre los socialdemócratas la convicción de que uno de los primeros deberes del proletariado es el tomar parte en la vida política y parlamentaria. Pero, por otra parte, las polémicas con los anarquistas han contribuido también no poco a que en aquellos círculos socialdemócratas que no estimaban útil nada que no fuera acción política, se haya acabado por comprender la importancia que tienen las otras manifestaciones del movimiento social. Más que todas las

disertaciones teóricas, ha influido para que rectifiquen su juicio en este punto el floreciente desarrollo que gremios y corporaciones han alcanzado durante los últimos quince o veinte años en casi todos los países.

Especialmente instructiva a este respecto es la marcha que en Bélgica ha seguido el movimiento social. Los belgas han llevado a su más alto grado de desarrollo la organización gremial, y sobre todo la corporativa; pero al mismo tiempo no se han cansado de proclamar que estas formas de la lucha social pueden equipararse justamente a la actuación política. Así, Destrée y Vandervelde, en su libro *El Socialismo en Bélgica*, se expresan así sobre este punto: "Para la mayoría de los que siguen las luchas políticas, éstas aparecen como el objetivo esencial de un partido. Paréceles que hay que subordinarlo todo a ellas, y que nada es comparable a un triunfo electoral... (Los espíritus miopes legan hasta creer de buena fe que la evolución de las ideas, de las instituciones y de las costumbres de una nación no tiene importancia propia). Apresurémonos a decir que no compartimos semejante criterio..."

La evolución operada en Bélgica, en Dinamarca y otros países tiene un alcance instructivo en cuanto ha demostrado que no existe oposición alguna entre el movimiento gremial- cooperativo y el criterio *revolucionario* sustentado por la Socialdemocracia.

En otros tiempos era creencia extendida, especialmente en los círculos burgueses, pero también acá y allá entre los socialistas (recuerde el lector lo que he dicho anteriormente acerca del concepto que Lassalle tenía de los gremios y cooperativas), la de que un movimiento obrero socialista era incompatible con un movimiento gremial-cooperativo. Los políticos sociales de la burguesía creían, y aún siguen creyéndolo, que podían combatir con eficacia al *socialismo* fomentando la organización gremial y cooperativa, lo que venía a centuar aún más la antipatía de muchos socialistas hacia estas formas de la lucha social. Tal concepto es erróneo; lejos de excluirse, lo que hacen es completarse en ambas formas del movimiento obrero.

Hace cuarenta años se expresaba Federico Alberto Lange, con su habitual perspicacia, del modo siguiente sobre el aparente

antagonismo entre la "ayuda propia" y el "socialismo" y la eficacia de aquél como antídoto de este último: "Después de todo, queda por lo menos la duda de si todas estas penosas conquistas del proletariado que el poder del capital suele con tanta frecuencia quebrantar y destruir, no serán, en último término, los preparativos para una profunda transformación de las condiciones que ha de afectar a la esencia del Estado y a la forma de la propiedad. En todo caso, la antítesis entre esta clase de propia ayuda militante y la recabada combatiendo al Estado, no es tan grande como de la opinión general podría inferirse." Estas palabras vienen a dar en el clavo. La exactitud del criterio en ellas contenido, ha venido a confirmarla luego la marcha seguida por los acontecimientos a partir de esa fecha. Gremios y corporaciones están unidos hoy al gran movimiento social (cuyo fin colectivo es la destrucción del régimen industrial capitalista) como miembros eficaces del mismo. Se ha acabado por reconocer al fin que el movimiento cooperativo —en la forma descrita al tratar del tipo inglés— ya encaminado por su naturaleza misma a operar el tránsito de la vida económica a un régimen socialista y que por su esencia más íntima se halla en completa oposición con el capitalismo. Y se ha reconocido también que no entrañan los gremios detrimento alguno para el carácter socialdemócrata del movimiento íntegro, sino que por el contrario, antes fortifican que enervan el movimiento socialista. Verdaderamente, no hay que ser tan miopes que veamos en cada *contrato de tarifas* un documento de la *paz social.* Hojeando la *Correspondencia de la comisión general de los gremios germánicos*, encontré allí una apreciación exacta del valor e importancia que las comunidades de tarifas tienen dentro de la *lucha de clases.* Venía a decirse, en resumen, que el proletariado puede reconocer muy bien los beneficiosos efectos de los contratos de tarifas, sin perder por ello el sentimiento de clase que vive en continua lucha con el capitalismo y aspira a suprimirle, sentimiento profundamente arraigado en el corazón de todo socialista. "El contrato de tarifas —copio del libro citado— no puede significar un tratado de paz ni una federación amistosa para la corporación gremial, sino que sólo constituye una etapa en la lucha de clases, que facilita tiempo y ocasión de prepararse a nuevas

luchas." "La esencia del contrato de tarifas se funda en la concepción que lo ha inspirado. Una vez que los trabajadores han adquirido la conciencia de que forman una clase especial con intereses propios, que van más allá del contrato de tarifas, y por su naturaleza son opuestos a la explotación capitalista, el contrato de tarifas sólo puede significar para ellos una etapa y como el primer paso en un camino donde hay que disputar el terreno palmo a palmo. Allí donde entre el proletariado dominan otros móviles que el del progreso militante, donde aquél se deja seducir por el espejismo de una paz duradera, donde la comunidad de tarifas deja de ser una etapa de la lucha de clases, el proletariado cae al punto en la ciénaga del espíritu cooperativo."

Es decir, que el movimiento gremial puede constituir en ciertas circunstancias, que se han dado más de una vez en la historia, un obstáculo para el desarrollo de un movimiento obrero socialista, sin que esto quiera decir que sea opuesto a este último por naturaleza. Todo depende del espíritu que le informe. Si éste es *bueno* –en el sentido socialista–, el movimiento gremial ha de prestar por fuerza, y así lo ha advertido el proletariado pensante, excelentes servicios a la causa socialista. Concuerda en absoluto conmigo (véase mi *Dennoch*) [1] el joven escritor francés Halevy, que ha demostrado conocer a fondo el movimiento social, cuando al determinar las relaciones que entre socialismo y movimiento gremial existen, se expresa como sigue: "El gremio es la escuela elemental del socialismo. El gremio lleva al socialismo a los trabajadores moderados, y atempera a los socialistas, mejor dicho, les obliga a reflexionar. Les obliga a resolver ciertos problemas, les enseña a conocer las dificultades en detalle. El movimiento gremial es una de las formas superiores, es decir, de las buenas formas del movimiento obrero revolucionario. Combátaseles, y al punto veremos caer de nuevo a las masas en los sueños del "gran día". Ahí está la historia para confirmarlo."

Así, pues, las diferencias que hoy existen entre el proletariado y entre sus caudillos estriban solamente en la mayor o menor importancia que unos y otros conceden a determinados

[1] Sin embargo.

aspectos de la lucha social: mientras los unos lo esperan casi todo de la acción político-parlamentaria, los otros no la consideran de tanta eficacia, y abogan –sin renunciar por ello a la actuación política– porque se dé preferente impulso a la organización gremial y cooperativa, y a la agitación de las masas.

Ahora bien; la teoría aquí sustentada de que los partidos socialdemócratas marchan hacia su unificación, ¿no se halla en contradicción con lo que a primera vista se observa? ¿No llegan a nuestros oídos, de Dresde como de Bolonia, de París como de Amsterdam, las mismas disonancias?

Quien sólo superficialmente haya seguido la marcha de los acontecimientos que durante los últimos años se han desarrollado en el seno de los movimientos socialistas de los distintos países y en los Congresos internacionales, podrá fácilmente formarse la idea de que en casi todas partes, pero especialmente en Alemania, Italia y Francia, existen antítesis irreconciliables, de que es inminente la división de los partidos socialistas en dos grupos irreductibles: "radicales", "revolucionarios", "intransigentes", de un lado, y "oportunistas", "reformistas", "revisionistas", y hasta "ministeriales", de otro.

Pero examinando la cuestión más a fondo, resultaría erróneo tal juicio. Yo creo, por el contrario, que las diferencias de criterio que hoy se manifiestan dentro del socialismo práctico no tienen el alcance que se les ha atribuido en cuanto a cuestión de principios, que los socialistas de todos los países se hallan compenetrados en los puntos esenciales de su credo, y que el principio fundamental de todos los partidos obreros socialistas es positivamente el que más arriba expuse.

Es innegable que entre los socialistas de todos los países hay quienes, y no son unos cuantos, aspiran todavía a "hacer la revolución", y se mantienen fieles al revolucionismo al estilo antiguo, que en la Commune de París tuvo su última manifestación histórica. Pero esos elementos acaso ejerzan hoy alguna influencia en Rusia, donde todas las cuestiones, y por razones inmediatas, afectan una forma, especial, pero no la tienen ni grande ni pequeña en Francia, ni en Italia, los clásicos hogares de la revolu-

ción[1]. Ningún *radical*, ni Bebel, ni Ferry, ni Guesde, ni Hyndman, ni Adler, ni Lang, ninguno, en suma, que signifique algo en el movimiento social de su país y que arrastre a las masas tras de su persona, puede ser designado hoy con otro nombre —al menos en su gestión política— que con el de socialista realista-evolucionista.

Por otra parte, podrá haber entre los socialistas quienes se hallen dispuestos a concluir tratados de paz con la burguesía o con el capitalismo, quienes estén hartos de la "larga contienda" de la lucha de clases. Pero tampoco esos individuos desempeñan papel alguno dentro del movimiento socialista de sus países respectivos. Todos los "revisionistas", "oportunistas" o "reformistas", que imponen la norma —los Auer, los David, los Molkenbuhr, los Vollmar, los Heine, los Kolb, entre nosotros; los Jaurè y los Thomas, los Vandervelde y los Anseele, los Turati y los Knudsen, los van Kol y los Pernerstorfer—, se mantienen compactos en el terreno de la lucha de clases, y son *revolucionarios* en el sentido de que aspiran, no a *reformar,* sino a combatir el sistema económico capitalista imperante. Cierto que un hombre como Jaurés se hallará siempre más próximo, por temperamento, al revolucionismo antiguo que un Víctor Adler, y hasta que un Bebel. Sin embargo, en el Congreso de Amsterdam pronunció este último un fulminante discurso en el que negó a la Socialdemocracia alemana toda *pasión revolucionaria,* acusándola de no haber luchado por el sufragio universal en las barricadas, como lo hizo la francesa.

Sólo cuando se tiene en cuenta lo que acabo de exponer puede comprenderse el extraño espectáculo que se reproduce en cada Congreso socialista nacional, y más en grande en los Congresos internacionales del partido, donde después de acaloradísimas discusiones, que duran días y días, concluyen los grupos enemigos por suscribir unos mismos acuerdos, y donde resoluciones en las cuales se expresan términos antitéticos obtienen el mismo número de votos, como en Amsterdam ocurrió, y luego, desechada una de ellas, es adoptada la otra por una abrumadora

[1] Respecto a la limitación que merece este juicio, se hablará en el Apéndice, pág. 278 y siguientes.

mayoría. Así, la resolución *antirrevisionista* de Dresde pasó por 288 votos contra 11, mientras que la misma resolución en Amsterdam, donde constituía también el tema principal de las deliberaciones, fue aceptada por 25 votos nacionales contra 5, y 12 abstenciones. Puede decirse, por lo tanto, que esta resolución expresa el criterio fundamental de los partidos socialistas en la cuestión de táctica, por lo cual considero interesante transcribirla:

"El Congreso condena de la manera más categórica la campaña revisionista encaminada a variar nuestra acreditada y victoriosa táctica, basada en la lucha de clases, pretendiendo que en vez de aspirar a la conquista del poder político mediante la derrota de nuestros adversarios, sigamos una política de pura oposición al orden de cosas constituido.

"Las consecuencias de semejante táctica revisionista serían que, en vez de un partido que trabaja por operar rápidamente el paso del actual régimen social burgués a otro socialista, y que es revolucionario, en el buen sentido de la palabra, tendríamos un partido que habría de reducir sus aspiraciones a la reforma de la sociedad burguesa.

"Por esto, frente a la campaña revisionista mantiene el Congreso su convicción de que la lucha de clases, lejos de debilitarse, se enardece cada día más, y declara: 1º, que el partido declina toda responsabilidad en los estados políticos y económicos creados por el sistema de producción capitalista, y por esa razón rehúsa aceptar cualquier medio que tienda a mantener a la clase dominante en el gobierno; 2º, que la Socialdemocracia, conforme a la resolución de Kautsky, del Congreso socialista internacional de París, de 1900, no puede luchar por la consecución de una participación en el gobierno dentro de la sociedad burguesa.

"El Congreso condena también todo esfuerzo que tienda a suprimir la lucha de clases actual para facilitar la inclinación hacia los partidos burgueses.

"El Congreso espera que las fracciones socialdemócratas conviertan el gran poder de que disponen, tanto por el aumento de sus miembros como por el poderoso incremento de las masas electoras que llevan tras sí, a la aclaración de los fines de la

socialdemocracia, y de acuerdo con los puntos fundamentales de nuestro programa, se apliquen a velar de la manera más eficaz y explícita por los intereses de la clase obrera, por la amplitud y seguridad de la libertad política y de la igualdad de los derechos, a infundir mayor ardor a la lucha contra el militarismo y el marinismo, contra la política colonial y de mundial hegemonía, contra la injusticia, contra la opresión y explotación bajo todas sus formas, y a trabajar activamente en pro de la legislación social y por la satisfacción de las necesidades políticas y culturales de la clase obrera".

¿Quiere esto decir que no hay el menor disentimiento, que reina entre todos una unánime y serena armonía? Pero sin llegar a ese extremo, hay que reconocer que las divergencias que puedan existir no afectan a los puntos esenciales del movimiento obrero. En cuanto a la finalidad y a la escogitación de medios a ella conducentes, no hay en lo esencial ninguna discrepancia. ¿En qué estriban, pues, las que existen?

No es nada fácil contestar a esta pregunta, sobre todo para quien se mantiene algo alejado del movimiento mismo. En cuanto se me alcanza, las discrepancias que se manifiestan en el seno de los partidos socialistas no se concentran ni resumen en un solo punto, sino que se entrecruzan y enmarañan en un revoltijo de motivos y causas que es preciso desembrollar con gran cautela si no se quiere incurrir en errores.

Tales discrepancias son, en parte, de índole real efectiva, esto es, que consisten en positivas diferencias de criterio al juzgar las cuestiones políticas. Es decir, que hay acuerdo completo en cuanto al fin que se persigue y al camino que a su consecución ha de llevar, pero no lo hay en cuanto al compás que se ha de seguir en la marcha, o hablando con más exactitud, sobre el punto preciso del camino en que se halla la meta. Mientras unos consideran como lo más importante la atracción y educación de las masas, la organización de un partido militante consciente de sus fines, la oposición incondicional a todo el orden existente, los otros entienden que ha llegado ya el tiempo de ejercer influencia sobre la constitución de la vida pública mediante la penetración paulatina en el organismo del Estado actual. Estos últimos se consideran lo bastante fuertes para contraer

compromisos con el adversario, sin menoscabo ni riesgo para los propios principios, al paso que aquéllos consideran todo pacto con el enemigo como una amenaza a las propias ideas, por no tener aún, como los otros, la conciencia de su fortaleza. Así, Ansesle se expresaba con gran exactitud en el Congreso de Amsterdam cuando decía:

"Vosotros opináis que la participación directa o indirecta en el gobierno, sólo debemos esperarla como el premio de la lucha de clases y del término de nuestra jornada. Esa participación, según vosotros, sólo puede conducir a quebrantar la lucha de clases y a alejar de nuestras filas a las masas obreras. Está bien; pero temo que así ocurra en aquellos países donde el proletariado tiene una organización vigorosa. Si un día en Bélgica, a consecuencia de un acuerdo del partido, llegamos a tener un *block* o un ministerio socialista, no dejaremos por ello de estar en íntimo contacto con el partido obrero, ni sufrirá nuestra conciencia menoscabo alguno... Si mañana nos viniesen a ofrecer una cartera, la aceptaríamos, diciendo: "¡Muchas gracias! ¿Cuándo se nos va a dar la segunda?" ¿Cómo? ¿Hemos de ver a nuestros obreros dominados por la Iglesia, embrutecidos por el militarismo, agobiados por las jornadas excesivas, extenuados por la miseria, han de encontrarse sin recursos en la ancianidad sometidos a la lucha por la existencia, y cuando una fracción de la burguesía venga a ofrecernos la reforma de todo esto a condición de que aceptemos una parte de la responsabilidad gubernamental hemos de contestarle con una negativa? Yo, por mi parte, no lo haré, y estoy firmemente convencido de que si el proletariado belga fuese bastante fuerte para llegar a esa situación, contestaría una negativa con una bofetada. A los socialistas de Rusia, Bulgaria, Polonia, España y el Japón no les supone ningún sacrificio rehusar su parte de responsabilidad en el gobierno. Han de pasar todavía muchos años antes de que vayan a ofrecérsela".

He aquí expresado, con gran justeza y precisión, que no sólo el concepto subjetivo del estado de las cosas, sino también las condiciones objetivas, distintas en los diferentes países, son importantes factores llamados a resolver esta cuestión de táctica. "No se puede colaborar en un gobierno para conquistar

el poder, sino que se acepta esa colaboración porque se ha adquirido poder suficiente para ello", ha dicho con gran exactitud el danés Knudsen.

En términos análogos expresóse Auer en París (1900): "Todo cuanto al proletariado francés mueve, excita y divide, y nos ha obligado a escuchar discursos que han durado horas enteras, lo hemos oído ya hace años en Alemania, sólo que en tonos menos apasionados. La cuestión de las alianzas con los partidos burgueses, del ingreso en las administraciones comunales, etc., fueron hace veinte años objeto de preocupación para nosotros, y la experiencia nos ha obligado al fin a hacer lo que los franceses tendrán que hacer también ahora, si no quieren perjudicar los intereses de la clase obrera. ¡Cierto que el caso de Millerand no se dio entre nosotros! ¡Tan lejos nos hemos ido! *(Aplausos)*. Esta cuestión es para nosotros una cuestión puramente doctoral. Aquellos de nuestros jefes a los cuales pudiera someterse esta cuestión, se hallan por el momento mucho más cerca de la cárcel celular que del ministerio. *(Grandes risas)*. Durante las pasadas sesiones me he estado acordando de aquel jornalero del *Stromtid*, de Reuter, delante del cual se discutían las excelencias de la mesa. Y aquel sencillo obrero de la baja Alemania pensaba entre sí: "La carne de ternera es un buen plato, pero no llega a nuestros dientes". *(Grandes carcajadas)*. En esa situación nos hallamos nosotros".

Allí, en el Congreso de París, hubo choques violentos entre las opiniones encontradas, y la causa ocasional de ello fue la discusión del caso *Millerand*. ¿Y cuál fue el resultado? ¿Acaso ahondar la división entre los congresistas? Nada de eso. Antes al contrario, todos ellos aceptaron con unanimidad absoluta la famosa resolución de Kautsky, en la que no se hacía otra cosa sino formular el criterio evolucionista, añadiendo además algunas apreciaciones de esas que ni comprometen ni dejan de comprometer sobre las razones de principio o de táctica que pudieran justificar el *millerandismo*. (Durante la discusión dijo Ferry que esa resolución "cerraba la puerta a otro *caso Millerand*, pero dejaba abierta la ventana"). He aquí el texto de la resolución:

"La conquista del poder político por el proletariado no puede ser en un Estado democrático moderno la obra exclusiva de

un golpe de mano, sino que ha de ser el fruto final de una larga y penosa labor de organización económica y política del proletariado, de su regeneración moral y física y de la conquista gradual de los puestos electorales en los ayuntamientos y en los cuerpos legislativos.

"Pero la conquista del gobierno no puede realizarse por fragmentos allí donde el poder se halla centralizado. La entrada de un solo socialista en un ministerio burgués no debe considerarse como el principio normal de la conquista del poder político, sino únicamente como un imperativo excepcional y pasajero en una situación apremiante.

"Decidir si en un caso determinado se tiene delante una situación de esa naturaleza, cuestión es de táctica, pero no de principios. Sobre este peligroso experimento sólo puede ser de utilidad cuando consiente en él todo el partido, cuando el ministro socialista es y sigue siendo en el poder el mandatario de su partido.

"Cuando el ministro socialista procede con independencia y de por sí, cuando deja de ser el mandatario del partido, su entrada en el ministerio, lejos de ser entonces un medio de robustecer aquél, lo es de restarle fuerzas; lejos de ser un medio de acelerar la conquista del poder político, lo es de aplazar su consecución.

"El Congreso declara que todo socialista debe abandonar un ministerio burgués cuando el partido organizado lo declara culpable de parcialidad en la lucha económica entre el capital y el trabajo".

Esta resolución fue aprobada por 29 votos nacionales contra 9 (cada nación tiene 2 votos). Votaron en contra Bulgaria (!) e Irlanda (!), 4 votos; votaron en pro y en contra Polonia, Rusia, Italia, los Estados Unidos de América y, naturalmente, Francia.

Junto con estas diferencias efectivas de opinión, contribuyen todavía otras circunstancias a producir tales oposiciones. En primer lugar, la antítesis entre concepto y vida, lo diremos así en gracia a la brevedad, es con gran frecuencia causa determinante en la agrupación de los partidos, haciendo pensar que

en los programas, en las declaraciones de principios, se ha desarrollado en el transcurso del tiempo una fuerza que no puede obrar con actuación independiente. La formación conceptual ha tomado vida y trata de defenderse contra todos los ataques que pudieran menoscabarla. Pero ese producto mental debe, naturalmente, llegar en un momento dado a estar en contradicción con las exigencias de la vida que en todo ese tiempo no han permanecido estacionarias. Según la terminología marxista, la *superestructura ideológica* de los programas, de los sistemas conceptuales, de las declaraciones de principios, no marcha con rapidez proporcionada a los progresos de la evolución. Hay gentes que se imponen como fin de su vida la defensa de la *pureza de la doctrina,* que continúan siempre pensando en consecuencia inalterable con sus arraigados principios, sin preocuparse para nada de la marcha efectiva de los acontecimientos. Para esos individuos, vida e ideas son una misma cosa, cuando no pretenden amoldar la vida a las ideas. Los hombres prácticos, los hombres de acción, aspiran, por el contrario, a vivir dentro de la realidad. Conocen bien que sus actos no pueden ajustarse a principios abstractos y que en cada momento hay que tener en cuenta las condiciones pasajeras en que se muestra la realidad. Quieren, en fin, proceder con libertad donde las circunstancias lo exigen, especialmente en todas las cuestiones de táctica. Esto que decimos es aplicable a los *radicales* y a los *revisionistas.* Hombres como Adler, como Vandervelde, se hallaron siempre en oposición con gentes como Plejanow o Rosa Luxemburgo.

Víctor Adler: "Considero muy difícil resolver así desde lejos las cuestiones de táctica. Para Plejanow, por el contrario, esta facultad de pronunciarse sobre esas cuestiones crece en proporción del cuadrado de la distancia". "La táctica depende de las circunstancias".

Rapin (Lausana): "Las condiciones de cada país con que hay que contar en la cuestión de táctica, son ya difíciles de apreciar: ¿cómo vamos a determinar *a priori* las que rigen en otros países?"

Vandervelde: "Los socialistas todos de Bélgica consideran imposible trazar normas de tácticas que puedan tener fuerza internacional".

Auer: "He votado la resolución Kautsky, pero esto no quiere decir que esté conforme con todas sus partes, sino que estoy de acuerdo con su tendencia general. Se ha tildado a la resolución Kautsky de ser algo vaga e imprecisa, de no poder servir de regla general para todos los casos. Pues, precisamente por ello la he votado, porque no queremos atarnos las manos para el porvenir. Con nuestra educación teórica y nuestro programa, queremos adoptar la actitud más conveniente en cada caso determinado... Y éste es un derecho que no nos dejamos arrebatar. No somos fanáticos ni profetas, no somos fundadores de religiones que creen tener en el bolsillo la verdad suprema. Nosotros vamos a la busca de esa verdad, y no queremos cerrarnos los caminos que a ella puedan llevarnos".

Por el contrario, Rosa Luxemburgo: "¿Qué otra cosa podemos hacer sino trazar reglas para la táctica práctica del partido? Si abandonamos esa tarea, ¿a qué estos Congresos, a qué entonces nuestra solidaridad internacional?

"La resolución de Dresde no es un simple pedazo de papel, sino que es un hecho histórico, todo un símbolo".

Plejanow: "Aquí se trata de condenar las teorías revisionistas, no las personas... "

Y Anseele, insistiendo: "Si nos llevamos a casa la resolución de Dresde, nuestra clase trabajadora no se explicará cómo ni por qué se nos ha condenado. Vuestra resolución ha de producir hilaridad".

A estas dos fuentes principales de antítesis afluye, además una multitud de causas incidentales, como la tradición histórica, las amistades o enemistades personales y otras circunstancias por el estilo, de modo que no puede trazarse una línea divisoria bien definida, como la que podría marcarse si existiesen motivos diferenciales, reales y precisos. Así es la vida: en la práctica no suele darse esa división neta en dos campos. Donde eso se observa es en las grandes revistas, en los Congresos, y allí suelen predominar los radicales. Pero no porque sean *radicales,* sino porque entre ellos se encuentran los mejores doctrinarios. Pero éstos llevan la mejor parte en las discusiones, sobre todo en la redacción de las resoluciones, porque sobresalen en el manejo de los anti-

guos conceptos, bien elaborados, en las formas de expresión, claras y concretas. En este punto, dejan atrás lógicamente a los hombres de acción, que conceden poco valor a las fórmulas conceptuales y a menudo ni capaces son de comprenderlas, porque los nuevos fenómenos que consigo ha traído la vida, no han madurado lo bastante para que se les pueda encajar en patrones mentales. Y por amor a la paz votan de acuerdo con la concepción más *radical*, teniendo en cuenta que la decisión adoptada por un Congreso tiene poquísima importancia en la marcha positiva de la política. Así se explica que habiendo tenido los radicales en casi todos los Congresos socialistas de los últimos años una mayoría abrumadora, y habiendo esta mayoría condenado la política *revisionista*, haga esta política cada día mayores progresos en todos los países. Y es natural y conveniente que así sea, pues tales progresos no hacen sino acusar el creciente incremento que va tomando el socialismo. Pero por esta misma divergencia entre los acuerdos de los Congresos y la política práctica —*radicales* los unos, reformistas la otra—, puede apreciarse con toda claridad cómo al fin y al cabo no existen diferencias fundamentales.

Los partidos socialistas de los distintos países pueden compararse a orquestas que ejecutan la misma partitura. Las diferencias que entre unas y otras haya, serán debidas a los diferentes instrumentos que toca cada músico, desde el tambor mayor hasta la flauta y el dulce violoncelo. Podrá ocurrir que esas orquestas se compongan en más de un país de instrumentos de viento, a la manera de las ruidosas charangas militares (en las cuales el tambor mayor y los platillos, unidos a las trompetas y los bombardinos, arman un gran estrépito), mientras en otros países priman los instrumentos de cuerda. Esa es toda la diferencia.

III. LOS EFECTOS DE LA GUERRA MUNDIAL

(Apéndice a esta edición)

Ya indicamos el primer efecto que la guerra mundial produjo en el movimiento social: la disolución de la segunda Internacional, que necesariamente había de disgregarse el día de la declaración de guerra, si no definitivamente, al menos mientras durase ésta. Los que antes habían cantado juntos la *Internacional,* se encontraron frente a frente en las trincheras. El secretario permanente del Comité socialista internacional, Vandervelde, apenas entraron los alemanes en Bélgica, inició una propaganda apasionada de agitación patriótica contra los "bárbaros alemanes", recorriendo las diferentes naciones para enardecer los ánimos y alimentar el odio al enemigo, a favor de su patria maltratada.

Pero en los distintos países europeos (a excepción de Rusia) las ideas se habían transformado en tal forma que desaparecieron los antagonismos dentro de la democracia social, hasta el punto de que en todos los Parlamentos, los socialistas concedían los créditos de guerra contra el voto de minorías reducidísimas. No llevaron a cabo ninguna de sus medidas contra la guerra, medidas aprobadas en numerosos Congresos internacionales. Traicionaron la Internacional y se colocaron decididos al lado de su gobierno, es decir, marcharon unánimes junto a los hijos de la "clase dominante" contra sus compañeros los proletarios de los pueblos enemigos.

¿Qué razones les indujeron? No es posible afirmar nada concreto. Sólo puede asegurarse una cosa: se equivocan los que suponen que esta conducta patriótica de los obreros europeos

tuvo por únicos motivos las consideraciones de conveniencia material; algo así como si su conciencia les obligase a defender como asalariados los intereses del capital, ligado en fuerte trabazón internacional. Estos juicios son hijos de un doctrinarismo confuso y fácil de refutar. Hay que suponer que los motivos que indujeron a esta conducta patriótica de las fracciones en los Parlamentos y a los proletarios en las fábricas, fueron de naturaleza muy variada. Bien pueden haber influido estos cálculos del capitalismo, pero, además de ésta, hubo otras razones de política general y de táctica de partido. Pero seguramente influyeron más los impulsos irreflexivos del amor patrio, el entusiasmo nacional que se apoderó de los pueblos en aquellos días de agosto de 1914, y que produciendo en las almas exasperadas una exaltación morbosa, trajo el triste resultado de un desastre sin perspectivas de arreglo y que no puede explicarse ahora con necios artificios.

Tal vez revivió en la Socialdemocracia alemana el espíritu del viejo Bebel, quien pocos años antes de su muerte abogó en el discurso ya citado del Reichstag, con calurosas palabras, por el deber de la defensa de la patria. Otros obreros, como los franceses y especialmente los ingleses, obraron tal vez por presión de alguna autoridad civil. En resumen: cabe suponer que hubo una infinidad de motivos de índole nacional o irreflexivos, que produjeron en conjunto los mismos resultados en todas partes; los proletarios de todos los países no se unieron y, traicionando la Internacional, se incorporaron a filas, como buenos patriotas.

Transcurridos los primeros dos años de guerra, la situación cambió: la Socialdemocacia en los diferentes países varió de aspecto. Notóse esta mudanza en el aumento cada vez mayor de aquella minoría que, manteniéndose firme en el principio de la Internacional, pero tan reducidísima en un principio, como queda dicho, que apenas se la tuvo en cuenta, no ya en los Parlamentos, sino fuera de ellos. Sometidos a la presión de la censura y del estado de guerra, estos adversarios intransigentes de la lucha hubieron de aceptarla, pero no sin hacer una propaganda práctica oponiéndose a la concesión de créditos, progresando también en otra proganda positivamente pacífico-internacionalista, adoptando los procedimientos de las antiguas conjuras

secretas y las costumbres e ideas de los viejos revolucionarios. Como una secta perseguida en todas partes y amenazada con prisiones y muerte, trasladaron sus reuniones a países neutrales, congregándose, por primera vez, en Zimmerwald, Suiza (1915), y más tarde en Kienthal (1916). De estos lugares tomaron sus nombres.

Suscitáronse, entretanto, antagonismos en las filas de aquellos socialistas que, en un principio, habían concedido los créditos de guerra. También en Alemania empezó a sentirse el miedo entre aquellos hombres que, a pesar de su conducta patriótica (aparente al menos) adoptada en agosto de 1914, se alzaban ahora contra la guerra. Medio año después los italianos socialistas solicitaban volver a los principios de la Internacional, exigiendo a toda costa el término de la guerra, llegando a adoptar la determinación de negar los créditos para ella.

Así se formaron en todos los países —con notable concordancia en sus rasgos fundamentales aunque con diferencias de detalle— tres grupos socialdemocráticos, independientes de todas las fracciones anteriores: una derecha, compuesta con los hombres que permanecieron fieles en lo esencial a las opiniones que profesaban en agosto de 1914, de los cuales se burlaron sus adversarios llamándoles "patriotas sociales", y a veces separatistas (Scheidemanner); una izquierda, con tendencia marcadamente revolucionaria, anárquico-bolchevista, y un centro compuesto por los que no tenían una orientación patriótica, sino internacionalista, sin ser bolcheviques, los cuales, murmurando de los gobiernos, han demostrado ser incapaces para la lucha revolucionaria, como ha dicho un escritor bolchevista. A la derecha pertenecen en Alemania, entre otros, Ebert, Scheidemann, David, Landsberg; en Francia, Guesde, Renaudel, A. Thomas, Sembat; en Bélgica, Vandervelde; en Inglaterra, Hyndman, Henderson; en Italia, Bissolati, Mussolini. A la izquierda pertenecen: en Alemania, Carlos Liebknecht (hijo), Rosa Luxemburgo, Franz Mohring; en Francia, Lorio; en Italia, Serati; en Inglaterra, Mac Lean, el jefe del B. S. P. (Partido Socialista Británico), Williams. Al centro pertenecen: en Alemania, Haase, Bernstein, Kautsky; en Francia, Longuet; en Italia, Turati, Treves; en Inglaterra, Macdonald.

¿Nos hallamos aquí con una apariencia duradera en esta formación de grupos que cristalizó durante la guerra una apariencia que persistirá en tiempo de paz? Creemos que no. Estas agrupaciones se formaron ocasionalmente; deben su existencia a la guerra y es muy probable que al terminar ésta desaparezcan o por lo menos se transformen completamente. Es indudable que esta división en derecha e izquierda hizo agruparse en cada una personas que formaron en efecto núcleos uniformes en organización interna desde el punto de vista de la actitud adoptada en el problema nacional, que si prevaleció durante la guerra, no justifica la formación de nuevos grupos cuando ya los problemas del trabajo resultantes de la paz reclaman otra vez sus derechos. Ya los compañeros que en cada uno de estos grupos figuran unidos, tienen un punto de vista completamente distinto. El antagonismo que indudablemente surgió entre "radicales" y "reformistas", o como quiera designárseles, produjo una escisión en ambos grupos, separando las dos mitades en otros dos diferentes. No hay más que fijarse en los nombres de los adictos a ambas fracciones enemigas para comprender lo ilógico de su unión o separación: Bernstein, Turati, Macdonald, hombres pertenecientes a los revisionistas moderados, figuran en el ala izquierda; Guesde, Hyndman, radicales significados, en la derecha. La separación se produce en todos los países. La transformación de los grupos se verificará, según toda previsión, del modo siguiente: La izquierda revolucionaria seguirá constituyendo la fracción independiente, lo que significará algo nuevo para algunas naciones, como Alemania, pues otras, en su movimiento social, tenían ya esta fracción de la izquierda con tendencias al anarquismo. Su refuerzo indudable ha sido una consecuencia de la guerra y de la revolución rusa y constituirá una interrupción o desviación en su "tendencia a la unidad", tendencia de la que ya me ocupé, considerándola como característica del movimiento social anterior a la guerra. El socialismo doctrinal y el revolucionario ganarán así nueva fuerza vital y decidirán indudablemente, con más intensidad que en los últimos años de paz, la actitud del mundo socialista. Todas las tendencias sindicalistas y bolchevistas afluirán a esta corriente principal, uniéndose también a ella, según todas las probabilidades, una parte del "centro" actual, un tercio aproximadamente de nuestros socialistas independientes. Los otros dos tercios del centro se reunirán otra vez con la derecha, formando el antiguo partido socialdemócrata, dentro del cual subsistirán los mismos antagonismos que vimos en pugna antes de la guerra en los Congresos nacionales e internacionales. Este partido socialdemócrata, que comprenderá, suponemos, la gran mayoría de todas las naciones, continuará su marcha progresiva allí donde quedó interrumpida en 1914, reanudando también sus relaciones internacionales. Y no creo dudoso que dentro de muy poco se funde una tercera Internacional, o si se quiere, una cuarta Internacional, si se cuenta aparte la que surgió durante la guerra.

Es verdad que la prosecución del progreso del movimiento social en el sentido que indicamos sólo se verificará en el supuesto de que persista en ser movimiento. Claro está que la situación cambiaría en el momento en que el proletariado consiguiese el poder en alguna parte. Entonces, todo lo dicho en este libro pasaría a la historia y el progreso futuro se realizaría en condiciones completamente nuevas, de las que hablaremos si los acontecimientos lo exigen.

Por ahora, Rusia es una isla del socialismo, puesto que en el momento actual (diciembre de 1918) el porvenir de Alemania es inseguro aún. Rusia tiene una situación especial, semejante a su movimiento social anterior a la proclamación del Estado socialista. Diremos unas cuantas palabras respecto al asunto.

Rusia fue la única gran potencia europea de las que hicieron la guerra, en la que el proletariado negó desde un principio los créditos para ella, valiéndose de sus representantes en el Parlamento. Así como en un principio los internacionalistas de todos los países formaron una minoría reducidísima, en Rusia los "socialistas patriotas' 'se agruparon bajo la dirección de Plejanow. El movimiento socialista ruso tuvo además un carácter especial, porque fue apoyado con gran fuerza por un partido no proletario: el revolucionario-socialista, que se apoyó a su vez, principalmente, en los labradores pobres, manteniéndose en partido revolucionario contra la forma básica socialista, por su compenetración en el Mir. Sólo la existencia de este partido revolu-

cionario-socialista explica el prolongado dominio del bolchevismo.

El partido socialdemócrata, como lo entendía la Europa occidental, se dividió desde 1903, como ya hemos dicho, en dos grupos: el mayor, radical-revolucionario (bolchevique), y el menor, moderado-reformista (menchevique). Durante la guerra y la revolución surgieron otras modificaciones: los mencheviques se separaron hacia la derecha, con el pequeño grupo de socialistas-patriotas que dirigía Plejanow. Los internacionalistas se agruparon a la izquierda, bajo la dirección de Martow. El viejo Axebrol quedó al frente del bloque de los mencheviques. Además se separó de los socialistas-revolucionarios hacia la izquierda, un grupo radical, el llamado maximalista, que hoy marcha unido a los bolcheviques, pero sin identificarse con ellos. Es indudable que cuando los bolcheviques se apoderaron del poder, hace tiempo, no contaban con la mayoría de los socialistas, puesto que ya no pertenecían a éstos los socialistas-revolucionarios. Afirman los unos que han logrado aumentar cada día el número de sus adictos; los otros lo niegan. Los futuros acontecimientos harán pronto la claridad deseada sobre este y otros puntos tan obscuros dentro del movimiento social.

INDICE